DIÓN DE PRUSA

DISCURSOS

XII - XXXV

TRADUCCIÓN, INTRODUCCIONES Y NOTAS DE
GONZALO DEL CERRO CALDERÓN

EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 127

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por AURELIO PÉREZ JIMÉNEZ.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1989.

Depósito Legal: M. 17338-1989.

ISBN 84-249-1388-4.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1989. — 6167.

XII

«OLÍMPICO» O «SOBRE EL PRIMER CONCEPTO DE DIOS»

INTRODUCCIÓN

Empieza Dión su discurso agradeciendo de una forma original el interés que el pueblo manifiesta por oír su palabra. Él es como la lechuza, sin belleza, sin atractivos, sin voz. Sin embargo, lo que ocurre con la lechuza ha ocurrido también con Dión. El pueblo acude con mayor interés que el que tendrían en escuchar a los sofistas, auténticos pavos reales.

Plantea luego la pregunta sobre el posible tema de su discurso. ¿Hablará de los misterios de las tierras lejanas que acaba de visitar? ¿O les contará de este dios de Olimpia que preside el panteón de todos los dioses de Grecia?

Como los grandes literatos de la remota Antigüedad, Dión invoca a las Musas. Y tomando como punto de partida la estatua de Zeus Olímpico, aborda el tema de la naturaleza de los dioses en general, y de Zeus en particular. Luego expone las fuentes que nos llevan al conocimiento de la divinidad. Son dos básicamente: la idea innata de Dios que poseen todos los seres racionales y la adquirida a través del magisterio de los hombres. Entre estos «maestros» están los *poetas*, que hablan bellamente de Dios, pero que dejan a sus lectores la libertad de seguir o no sus enseñanzas. Los *legisladores*, que obligan a aceptar sus normas estableciendo castigos para los desobedientes. Tam-

bién son «maestros» a su manera los *artistas* plásticos (pintores y escultores). Finalmente, los *filósofos* son una fuente, la más veraz posiblemente, del conocimiento de la divinidad.

Partiendo de los artistas, el autor se fija en Fidias, el más grande de todos ellos, autor, entre otras obras famosas, de la estatua del *Zeus Olímpico*. Un presunto interlocutor expone sus puntos de vista sobre la obra de Fidias. Pero Fidias responde subrayando las ventajas que tienen el poeta y el lenguaje frente al escultor y los materiales en los que éste plasma sus obras.

Dentro de este contexto, hace Dión un elogio de Zeus y una exposición de los distintos aspectos de su personalidad que han motivado las diversas denominaciones del dios.

«OLÍMPICO» O «SOBRE EL PRIMER CONCEPTO DE DIOS»

¿Será posible, señores, que, como suele decirse, delante 1
de vosotros mismos y de tantos otros me haya ocurrido esa extraña y paradójica experiencia que se cuenta de la lechuza? Pues no es, en absoluto, más inteligente que las otras aves ni más hermosa de aspecto, sino que es, ni más ni menos, lo que de ella conocemos. Pero cuando se pone a cantar su lúgubre y desagradable canto, la rodean las demás aves [1]. Y en cuanto la ven, unas se posan cerca de ella, otras revolotean a su alrededor. Y ello, a mi parecer, porque desprecian su vulgaridad y su torpeza. Sin embargo, suele decirse que las aves admiran a la lechuza.

Pues, con mayor razón, sentirán admiración al ver al 2
pavo real [2], tan hermoso y tan lleno de colorido, cómo se pavonea y va mostrando la belleza de sus alas, cuando hace la rueda delante de la hembra y despliega la cola co-

---

[1] Dión parte de un hecho demostrado por la ornitología y que él interpreta a su manera. En el mismo fenómeno basa Plutarco (*Nicias* 19) su comparación cuando dice que, al aparecer el general espartano Gilipo en Sicilia, «muchos volaron a él como cuando aparece la lechuza, dispuestos a hacer la guerra».

[2] El autor se compara con la lechuza: viejo, desaliñado, con la voz cascada; pero es capaz de congregar a un auditorio numeroso. Los sofistas, verdaderos pavos reales, no despiertan el mismo interés.

locándola toda en círculo como un hermoso teatro o un grabado en el que aparece el cielo tachonado de estrellas. Y es, realmente, admirable por el conjunto de sus colores, que casi parecen oro engastado en lapislázuli. En la punta de las alas hay una especie de ojos o de anillos tanto en
3 la forma como en todo su parecido. Y si quieres más detalles, fíjate en que es tanta la ligereza de su plumaje que no resulta ni pesado ni penoso de llevar por su tamaño. En público, se muestra tranquilo y confiado ante los que lo contemplan y da vueltas y más vueltas como en una exhibición. Y cuando quiere llamar la atención, mueve las alas y hace un ruido gracioso como el de un viento ligero que agita la espesura de un bosque.

Pero las aves no sienten el más mínimo deseo de contemplar al pavo real ataviado con todos estos adornos, ni se inmutan ante el ruiseñor cuando oyen su canto de ma-
4 drugada. Ni siquiera se deleitan con la música del cisne, cuando, llegado a una feliz vejez, entona su canción postrera de puro placer por haber dejado atrás las pesadumbres de la vida. Ese cisne que canta religiosamente mientras se encamina gozoso hacia una muerte libre de penas [3]. Ni aun entonces las aves, fascinadas por esos cantos, se congregan sobre el ribazo de cualquier río, o en una lisa pradera, en las limpias orillas de un lago o en algún pequeño y florido islote de un río.

5 En cambio, vosotros, a pesar de que tenéis tantos espectáculos divertidos [4] y tantas cosas que oír, unas ve-

---

[3] Como los cisnes «que cantan más y mejor» cuando se acerca la hora de su muerte, dice PLATÓN que, Sócrates experimenta el gozo de la muerte cercana (*Fedón* 84d-85b).

[4] Los juegos Olímpicos, festivales de carácter nacional, eran una ocasión propicia que aprovechaban muchos vendedores o repartidores de arte, ciencia, magia y mercancías de toda clase.

ces, a hábiles oradores, otras, a escritores entretenidos tanto en verso como en prosa, otras, en fin, a numerosos sofistas como otros tantos pavos reales llenos de colorido, traídos y llevados por las alas de la fama y por los discípulos, vosotros, digo, venís a mí con ánimo de escucharme; a mí, que ni sé ni presumo de saber cosa alguna. ¿No tengo, pues, razón cuando comparo vuestro interés con el que despierta la lechuza, producto, yo diría, de un designio divino? [5]. Por el mismo designio, esta ave es, según dicen, la favorita de Atenea, la más bella y más sabia de las deidades [6]. En Atenas, la lechuza fue objeto del arte de 6
Fidias, quien la consideró digna de figurar al lado de la diosa en la consagración del templo con el consentimiento del demos. También representó en secreto, según se cuenta, a Pericles y grabó su propia imagen en el escudo de la diosa [7].

Sin embargo, no creo que estas cosas signifiquen alguna ventaja para la lechuza, si no fuera porque reflejan una inteligencia superior. Por ello compuso Esopo [8], según 7
creo, aquella fábula en donde la lechuza aparece como criatura sabia [9]. En ella aconseja a las aves que no permitan

[5] Desde una postura providencialista, Dión explica lo que ocurre en la naturaleza como la realización del programa trazado por los dioses.

[6] La lechuza era el ave favorita en Atenas. Sus ojos brillantes recordaban los de la diosa Atenea, «la de ojos de lechuza». Figuraba en las monedas atenienses que, por ello, se llamaban también «lechuzas».

[7] Fidias, al grabar la guerra de las Amazonas, se representó a sí mismo en la figura de un anciano calvo, y a Pericles en actitud de combatir con una amazona (Plutarco, *Pericles* 31).

[8] Esclavo liberto, natural de Samos, vivió en el siglo VI a. C. y fue autor genial de una larga colección de fábulas.

[9] Entre los animales que Esopo emplea como protagonistas de sus fábulas, algunos, como la lechuza, la hormiga, el zorro y otros, tienen cartel de sabios.

crecer a la encina recién plantada, sino que la destruyan de la forma que sea. Porque la encina iba a segregar un veneno inevitable del cual las aves quedarían prisioneras, a saber, la liga de cazar [10]. De la misma forma, cuando los hombres sembraban el lino, la lechuza mandó a las aves que recogieran la simiente, porque, si crecía, les cau-
8 saría muchos problemas [11]. En otra ocasión, habiendo visto a un hombre armado de arco, dijo profetizando: «Este hombre volará más deprisa que vosotras, pues aunque es de a pie, os lanzará dardos alados.»

Pero las aves no confiaron en sus palabras, sino que tuvieron a la lechuza como insensata, y hasta andaban diciendo que estaba loca. Pero, después, convencidas por la experiencia, la admiraron y la consideraron realmente sabia. Por eso, cuando aparece, acuden a ella como a quien lo sabe todo. Pero ya no les da consejos, sino que sólo se lamenta.

9 Quizá vosotros habéis recibido la doctrina verdadera y los consejos convenientes que dio la filosofía a los antiguos griegos. Pero aquéllos prefirieron ignorarlos y despreciarlos, mientras que los actuales los recuerdan muy bien. Y vienen a mí por mi apariencia, honrando a la filosofía como las aves a la lechuza, aunque realmente ella sea un ave silenciosa y torpe de palabra [12]. Y estoy convencido de que ni antes he dicho nada importante, ni ahora tengo
10 más conocimiento que vosotros. Pero hay otros que son

---

[10] La caza se practicaba en Grecia como necesidad y como diversión. Para las aves menores se tendían trampas de lazo, de liga y de resortes. La liga se fabricaba con resina de los árboles.

[11] El lino, en efecto, servía para confeccionar las redes de cazar.

[12] Por su propio testimonio sabemos que Dión iba vestido con desaliño, barba, cabellos largos, etc. Cf. Epicteto, *Pláticas* IV 8, 4-6.

sabios y plenamente dichosos [13]. Y si queréis, yo os los puedo presentar, mencionando a cada uno por su nombre. Pues, por Zeus, creo que puedo ser útil sólo para reconocer a los que son sabios y diestros y a los que todo lo saben. Y si vosotros deseáis figurar entre ellos, debéis abandonar todo lo demás, a vuestros padres y a vuestra patria, los santuarios de los dioses y los sepulcros de los antepasados [14]. Luego, habéis de seguir a los sabios a donde os lleven, o quedaros en donde se establezcan, ya sea en la Babilonia de Nino y Semíramis [15], ya sea en Bactria [16], o en Susa [17], en Palibotra [18] o en cualquiera de las ciudades célebres y prósperas. Y, dándoles dinero o granjeándoos su favor de otra manera, seréis más felices que la misma felicidad. Pero si no queréis, sino que ponéis el pretexto 11
de vuestra naturaleza, vuestra pobreza, vuestra vejez o vuestra debilidad, no sintáis envidia de vuestros hijos ni los privéis de los bienes mejores, antes bien encomendadlos a los cuidados de maestros bien dispuestos o tratad de convencer o de obligar a los que no quieran aceptarlos. Educados así convenientemente y convertidos en sabios a los

---

[13] Según la opinión de Dión, «el sabio es feliz» necesariamente. Así lo dice en el título y en el contenido del Discurso XXIII.

[14] Los santuarios de los dioses de la ciudad y los sepulcros de los antepasados constituían la esencia más auténtica de la patria para un griego. Eran, igualmente, expresión de sus sentimientos religiosos nacionales.

[15] Nino es un personaje legendario, esposo de Semíramis y fundador de Nínive, capital de Asiria (cf. Platón, *Leyes* 685c). Babilonia está ubicada más al Sur, en el lugar en que el Eufrates y el Tigris se acercan.

[16] Capital y provincia del Imperio Persa, en la ruta seguida por Alejandro Magno.

[17] Residencia de verano de los reyes de Persia.

[18] Llamada también Pataliputra, estaba situada en la confluencia de los ríos Son y Ganges.

ojos de los griegos y de los bárbaros, serán famosos en adelante, y destacarán en virtud, gloria, riqueza y, prácticamente, en toda clase de poder. Pues no sólo, según suele decirse, la virtud y la gloria acompañan a la riqueza, sino que también la riqueza acompaña necesariamente a la virtud [19].

12 Movido por sentimientos de benevolencia y amistad, os anuncio y aconsejo estas cosas delante de este dios [20]. Y pienso que debo, ante todo, convencerme a mí mismo y animarme en la medida en que me lo permitan mi salud y mi edad. Pero, a causa de mis achaques, debo buscar entre los antiguos algún posible resto de sabiduría como desechado ya y trasnochado, a falta de buenos maestros que vivan todavía [21].

Os voy a contar también otra cosa que me pasa por la que, igualmente, me parezco a la lechuza. Y ello, aun-
13 que os riáis de mis ocurrencias. La lechuza no saca ningún provecho de las aves que revolotean a su alrededor, pero resulta de la máxima utilidad para el cazador. Pues no hace falta ni que se les ponga cebo ni que se imite su canto. Basta con mostrar la lechuza para que acuda una gran can-

---

[19] El dicho es de Hesíodo, *Trabajos y Días* 313. En *Mt.* 6, 33 se dice: «Buscad el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura».

[20] Con la expresión «este dios» se está refiriendo al Zeus de Olimpia, representado en la gigantesca estatua de oro y marfil labrada por Fidias. Era una estatua sedente, de marfil, con vestidos de oro, que ocupaba una tercera parte del santuario. Llevada a Constantinopla por Teodosio I en el año 475 d. C., desapareció en un incendio. Epicteto consideraba una desgracia morir sin haberla conocido (*Plát.* I 6, 23-24).

[21] Una constante en los escritos de Dión es su admiración sincera e incondicional por la cultura de los antiguos. Para él, evidentemente, «cualquiera tiempo pasado fue mejor».

tidad de pájaros. Pues lo mismo me pasa a mí. No saco ningún provecho del interés de la multitud, ya que no trato de hacer discípulos, sabiendo, como sé, que no tendría nada que enseñarles, puesto que yo mismo no sé nada. Y para mentirles y engañarlos con promesas, no tendría valor. Pero, si me asociara con un sofista [22], le podría prestar un gran servicio reuniéndole una gran multitud y dándole, después, ocasión para disponer a su antojo de la caza. Pero no sé por qué ninguno de los sofistas me acepta y ni siquiera se alegra de verme.

Así pues, sé por vuestra sabiduría y vuestra sensatez 14
que, de hecho, me creéis cuando os hablo de mi inexperiencia y de mi ignorancia. Y no me lo creéis a mí solo, sino que se lo hubierais creído también a Sócrates, quien, hablando de sí mismo ante el pueblo, afirmaba que no sabía nada [23]. Pero seguramente consideraríais sabios y dichosos a un Hipias, a Polo y a Gorgias [24], los cuales se admiraban y se alababan a sí mismos más que nadie.

---

[22] Los «sofistas» o profesionales de la sabiduría fueron unos maestros ambulantes que, hacia mediados del siglo v a. C., produjeron cambios profundos en la cultura de los griegos. Eran algo así como profesores de enseñanza superior y enseñaban la forma de llegar al éxito en la política o en cualquier otra profesión. Escépticos de mentalidad, criticaron el orden social y los planteamientos religiosos.

[23] Es la «ironía», actitud típica de Sócrates, quien fingía no saber nada sobre un tema para poder abordar a los que se consideraban a sí mismo como «expertos».

[24] Hipias, Polo y Gorgias son tres famosos sofistas. Hipias (siglo v a. C.), de Élide, el polifacético, se consideraba como *autárkēs*, es decir, creía bastarse a sí mismo en todo. Polo, natural de Acragante en Sicilia, fue discípulo y acompañante de Gorgias. Gorgias, de Leontinos en Sicilia, fue un maestro que enseñaba, ante todo, a convencer por la palabra. El diálogo de Platón que lleva su nombre trata, precisamente, sobre la «retórica», a la que los sicilianos llamaron «maestra de la persuasión». Cuando llegó a Atenas el año 427 a. C., era ya de edad avanzada.

15 Sin embargo, yo os aseguro que os habéis preocupado, a pesar de que sois una gran muchedumbre, por oír a un hombre que ni es hermoso de aspecto, ni fuerte, sino que ya está marchito por la edad, no tiene ningún discípulo y declara no profesar ni arte ni ciencia alguna ni de las nobles ni de las menores. Tampoco practica la adivinación ni la sofística, ni ejerce ninguna actividad de orador o adulador, ni es hábil para escribir ni desempeña cargo alguno que sea digno de alabanza o que merezca la atención. Solamente lleva cabellos largos [25].

Pero si esto os parece mejor y más acertado [26],

lo haré y trataré de llevarlo a cabo de la mejor manera
16 posible. Sin embargo, no vais a oír las palabras que se acostumbran hoy en día, sino otras bastante más torpes y sencillas, tal como lo estáis viendo. Es preciso, en suma, que vosotros me permitáis seguir hablando de aquello que se me ocurra, y que no os molestéis si os parece que divago en mis palabras, lo mismo que cuando en el pasado llevaba una vida errante y descuidada. Por el contrario, tened comprensión, porque estáis oyendo a un hombre ignorante y charlatán.

Pues, en efecto, en la actualidad acabo de terminar un largo camino de regreso del Istro y de la tierra de los getas, o misios [27], para servirme de la denominación moder-
17 na de ese pueblo empleada por Homero. Y he venido no

---

[25] Aunque absurdo, el argumento de los cabellos largos sirve para que la gente lo reconozca como sabio y filósofo (cf. Discurso XXXV 2, y también, la n. 12 a este Discurso XII).

[26] Homero, *Odisea* I 376; II 141.

[27] El Istro era el nombre dado al curso inferior del Danubio. Los getas (o misios) eran uno de los pueblos que habitaban en Tracia, región que se extendía entre el Danubio y el mar Egeo.

como traficante de mercancías, ni como porteador o boyero al servicio del ejército. Ni traigo una embajada de alianza o de buen augurio de parte de los que elevan sus plegarias junto con nosotros, pero sólo de boca. Vengo

desarmado, sin casco, sin escudo y hasta sin lanza [28]

y no dispongo de ninguna otra arma. De modo que me 18
he quedado admirado al ver que habéis aguantado mi presencia. Pues no sé cabalgar, ni soy diestro arquero ni hoplita. Tampoco soy de los soldados ligeros, incapaces de llevar la armadura pesada, ni valgo como lanzador de jabalina ni como hondero. Ni siquiera tengo fuerzas para talar bosques o cavar trincheras, ni para segar forraje de los prados del enemigo mirando frecuentemente hacia atrás, ni para levantar una tienda o una empalizada. Eso lo suelen hacer las tropas auxiliares que siguen a los ejércitos
en calidad de no combatientes. Yo, que soy un inútil 19
para todas estas cosas, he venido a vosotros, que sois hombres nada perezosos y que no disponéis de tiempo libre para oír mis palabras. A vosotros, dedicados a temas más altos y que vivís en perpetua agonía, como esos caballos atentos al golpe de la tralla, que no aguantan la demora, sino que, llevados de su ardor y su impaciencia, dan manotazos contra el suelo con sus cascos.

Allí había por todas partes espadas, por todas partes corazas, por todas partes lanzas [29]. Todo estaba lleno de

---

[28] HOMERO, *Ilíada* XXI 50.

[29] El autor ha ido enumerando los distintos cuerpos de un ejército antiguo: caballería, arqueros, infantería pesada, infantería ligera, honderos, tropas auxiliares. Por lo demás, este ambiente de guerra debe situarse en el contexto de las guerras de Trajano contra los getas o dacios, cuyas escenas pueden verse en la columna dedicada en Roma por este emperador a sus hazañas.

caballos, todo lleno de armas, todo lleno de hombres armados. Y en medio de tantos combatientes, yo solo apare-
20 cía despreocupado, con absoluta naturalidad, como espectador pacífico de la guerra, deficiente de cuerpo y avanzado en la edad. No llevaba el cetro de oro ni las cintas sagradas de dios alguno, ni llegaba para rescatar a una hija después del obligado viaje hasta alcanzar al ejército [30]. Lo único que deseaba era contemplar a unos hombres que luchaban por el poder y la autoridad, y a otros por la libertad y la patria [31]. Después, no para huir del peligro —que nadie lo crea así—, sino por haberme acordado de un antiguo voto, me desvié hacia aquí para dirigirme hasta vosotros. Pues considero que los asuntos divinos son más excelentes y provechosos que los humanos, por muy importantes que éstos sean.

21 ¿Qué es, pues, más agradable para vosotros y más oportuno, que yo os describa lo que hay allí, las dimensiones de aquel río y la condición natural del país, el clima de sus estaciones y la raza de sus hombres o, mejor todavía, su población y su poderío? ¿O, más bien, me referiré a la vieja y gran historia de este dios junto a cuyo templo
22 estamos? Porque él es, en efecto, el rey común de hombres y dioses, su jefe, su soberano y su padre. Más aún, Zeus es el administrador de la paz y de la guerra, según la opinión de los sabios y experimentados poetas de la Antigüedad. Y también según nuestra opinión, si es que, al hablar de estos temas, acertamos a elogiar convenientemente y en pocas palabras su naturaleza y su poder, aunque lejos siempre de sus merecimientos.

---

[30] Alusión al sacerdocio de Apolo, Crises, quien fue a Troya para rescatar a su hija y se vio despreciado por Agamenón (HOM., *Il.* I 13-15).

[31] Los romanos luchaban por extender su imperio; los dacios, por defender su tierra y su libertad.

Tendré, pues, que hacer como Hesíodo, varón honrado 23 y amado de las Musas, quien, muy razonablemente, no se atrevió a empezar exponiendo sus propios pensamientos, sino suplicándoles a las Musas que le contaran de su padre Zeus. Porque, en todos los aspectos, este canto es más apropiado para las diosas que la enumeración de cuantos fueron contra Ilión, tanto soldados como bancos de remeros, de los que la mayoría eran unos insensatos. Y ¿qué poeta habrá más sabio y más honrado que aquel que de este modo pedía ayuda para componer su obra:

Musas de Pieria, que dais fama con vuestros cantos, 24
venid a cantar a Zeus, a celebrar a vuestro padre.
Por él los mortales se hacen igualmente ilustres y oscuros,
conocidos y desconocidos, según el beneplácito del gran [Zeus;
aquel que truena en las alturas y habita en mansiones [etéreas,
con la misma facilidad da la fuerza que abate al poderoso,
humilla a los soberbios que exalta a los humildes,
corrige a los desleales que quebranta a los orgullosos [32]?

Respondedme, pues, hijos de la Élide, si este discurso 25 y esta canción son los más adecuados para esta asamblea. Pues vosotros sois los jefes y directores de este festejo, los inspectores y supervisores de cuanto aquí se diga o se haga. ¿O acaso los que aquí habéis venido vais a ser solamente espectadores de estos espectáculos tan bellos como famosos y, en particular, del culto al dios y a su imagen

---

[32] HES., *Trabajos* 1-8. Estos ocho primeros hexámetros de los *Trabajos* contienen la invocación a las Musas a la manera de los principios de la *Ilíada* y la *Odisea.* Los vv. 6-7 tienen su eco en la *Biblia* (cf. *Luc.* 1, 52).

bendita? Vuestros antepasados, con generosidad en los gastos y con la más excelsa de las artes tallaron y consagraron esta estatua, la más bella y la más amada de los dioses de cuantas existen en el mundo, elaborada, según se dice, por Fidias que sacó el modelo de los textos poéticos de Homero. El dios, con un ligero movimiento de sus cejas
26 conmueve el Olimpo, como dijo el poeta de manera tan plástica como convincente:

Dijo, y el Cronida hizo un gesto con sus oscuras cejas.
La inmortal cabellera se agitó sobre la cabeza inmortal
del soberano, y el Olimpo todo se estremeció [33].

¿O tendremos, acaso, que reflexionar también con mayor atención sobre detalles, como las composiciones poéticas y las ofrendas, y, de una forma más relajada, ver si hay algo que pueda condicionar o configurar de algún modo la opinión universal sobre la divinidad, como si estuviéramos en la tertulia de un filósofo?

27 Ahora bien, acerca de la naturaleza de los dioses en general y del soberano de todas las cosas en particular, existe antes que nada una opinión y una idea común a todo el género humano, tanto entre los griegos como entre los bárbaros. Esa idea es imprescindible y natural a todo ser dotado de razón, y surge de la misma naturaleza sin necesidad de un maestro mortal ni de un iniciador, y sin riesgo alguno de error [34]. Ella sola se abre paso y pone de manifiesto nuestro parentesco con los dioses, a la vez que aclara muchos aspectos misteriosos de una verdad que

---

[33] *Il.* I 528-30. Era, al parecer, el gesto de la estatua del *Zeus Olímpico* de Fidias.

[34] La idea innata de Dios es considerada como algo común a todos los pueblos y a las más diferentes culturas.

no permite que dormiten o actúen con negligencia los hom-
bres más ancianos y más antiguos. Pues, como no habi- 28
tan lejos ni fuera de la divinidad, sino que están enraiza-
dos en medio de ella [35], más aún, conviven con ella en
todo momento, no pueden seguir por más tiempo actuan-
do neciamente. Sobre todo, porque de la divinidad reciben
los hombres juicio y razón, como iluminados totalmente
por divinas y grandiosas apariciones del cielo y de las es-
trellas, del sol y de la luna. Día y noche se encuentran
con imágenes variadas e increíbles, descubren visiones ex-
traordinarias y escuchan rumores de todas clases produci-
dos por los vientos y los bosques, por los ríos y por el
mar, y hasta por animales, tanto domésticos como salva-
jes. Los hombres mismos emiten sonidos claros y agrada-
bles, y saben apreciar el vigor y la sabiduría de la voz humna
atribuyendo valores simbólicos a las cosas que llegan a los
sentidos. Así pueden nombrar y señalar todo lo que en-
tienden, y consiguen con facilidad recordar y comprender
un número infinito de cosas. Por ello, estando, como 29
están, llenos de la naturaleza divina, tanto por la vista co-
mo por el oído y, en una palabra, por todos los sentidos,
no podían los hombres ser ignorantes ni desconocer quién
es el que les ha dado el ser y los ha engendrado, a saber,
ese mismo dios que ahora los salva y alimenta. Los hom-
bres, pues, habitan en la tierra, contemplan la luz del cie-
lo, disponen de abundantes alimentos, porque su antepasa-
do dios se lo prepara todo y se lo ofrece en abundancia.
El primer alimento que tomaban los primitivos indígenas 30

---

[35] Esta simbiosis del hombre con la divinidad es materia profesada por filósofos como EPICTETO (*Plát.* II 8, 12 s.). Por otra parte, es una idea cristiano-bíblica ampliamente documentada en el *A.T.* (p. ej., *Éx* 13, 21; *Deut* 4, 7; *Jer* 14, 9) y en el *N.T.* (p. ej., *Jo* 14, 20, 23).

era producto de la tierra que entonces era todavía blanda y fértil. Y lo tomaban de la tierra como de una madre, lo mismo que ahora las plantas sacan de la tierra la humedad. El segundo alimento que tomaron sus descendientes estaba compuesto de frutos espontáneos y hierba tierna con dulce rocío y

frescas aguas de las Ninfas [36].

Además, pendientes del viento que los rodea y alimentados por su soplo continuo, aspiran el aire húmedo, como niños pequeños a quienes nunca les falta la leche, porque tienen
31 siempre a disposición el pecho de su madre. Con razón, pues, podemos decir que ésta fue la primera comida tanto para los primitivos como para los que vinieron después. Porque, cuando el bebé, tierno y débil todavía, abandona el seno materno, lo recibe la tierra que es su madre verdadera. Luego, el aire, soplando sobre él y reconfortándolo, lo reanima con un alimento más fluido que la leche y le comunica la facultad de emitir sonidos. Éste sí que podría llamarse con razón el primer pecho que la naturaleza ofrece a los recién nacidos.

32 Al observar estas experiencias, no podrían por menos de admirar y amar a la divinidad, tanto más cuanto que percibían cómo las estaciones del año se sucedían con absoluta regularidad sin alteraciones de ninguna clase, y todo para nuestra supervivencia. Más aún, los hombres han recibido de los dioses, frente a los demás animales, la particularidad de entender y reflexionar sobre estas cosas.
33 Esto viene a ser prácticamente lo mismo que si alguien presentara a un individuo, griego o bárbaro, para ser iniciado en un santuario de misterios, espléndido por su be-

---

[36] Son dos coriambos de autor desconocido.

lleza y tamaño [37]. El aspirante contempla allí muchas visiones misteriosas, oye muchos sonidos por el estilo, ve cómo aparecen luz y tinieblas alternativamente y cómo van sucediendo otros mil detalles. Y no digamos, si, como se acostumbra a hacer en la ceremonia llamada de entronización, los padrinos hacen sentarse a los neófitos y luego danzan a su alrededor [38]. ¿O es natural, acaso, que ese 34
hombre no sienta nada en el fondo de su alma ni sospeche siquiera que lo que va sucediendo es fruto de un plan y de una sabia preparación? Pues así lo entendería cualquiera, aunque fuese uno de esos bárbaros lejanos y anónimos, y no tuviese exégeta o intérprete, con tal de que estuviera dotado de sentimientos humanos. ¿O será, quizás, algo imposible de percibir? Pero ahora es toda la raza humana la que es iniciada, en público, con la iniciación más completa y perfecta, no en un pequeño edificio construido por los atenienses para recibir a un pequeño grupo, sino en este mundo, construcción artística y sabia, donde abundan por doquier infinitas maravillas [39]. Además, los iniciadores no son hombres semejantes a los iniciados, sino dioses

---

[37] Clara alusión a los misterios de Eleusis, ritos secretos de iniciación celebrados en honor de la diosa Démeter, de su hija Perséfone y de Dioniso. Las imponentes ruinas de los Propileos y del Telesterion —sala hipóstila de iniciación, con graderíos para unos tres mil espectadores— dan idea de la importancia, el tamaño y la belleza del santuario de Eleusis. La edificación estaba a unos 22 km. de Atenas, a orillas del mar y frente a la isla de Salamina. La escasez de noticias que tenemos sobre estos misterios es debida al secreto que pesaba sobre los iniciados y que fue, en términos generales, lealmente observado.

[38] Platón (*Eutidemo* 277d) compara la actitud de los dos hermanos, Eutidemo y Dionisodoro, frente a Clinias, con la del iniciador con sus neófitos en la ceremonia de iniciación.

[39] Según San Pablo (*Rom* 1, 18-21), Dios se revela a los hombres por medio de las cosas creadas.

inmortales los que inician a simples mortales. Y de noche y de día, a la luz del sol o de las estrellas —si se nos permite la expresión— danzan sin cesar a su alrededor [40]. Y de todas estas cosas, ¿no va a percibir el hombre ninguna sensación ni va a tener la más ligera sospecha, sobre todo cuando hay un corifeo que lo preside todo y que organiza el cielo entero y el universo, a la manera de un sabio timonel que gobierna una nave bella y copiosamente pertrechada?

35 No hay, pues, razón para que nadie se sorprenda de que sucedan estas cosas entre los hombres. Pero sí, y con mayor motivo, al constatar que estos sentimientos alcanzan también a los brutos e irracionales animales, hasta tal punto que reconocen y honran al dios y están dispuestos a vivir según sus preceptos. Y mayor sorpresa todavía nos causan las plantas, las cuales no tienen ningún género de inteligencia, sino que, al carecer de alma y de voz, están gobernadas por una naturaleza sencilla. Con todo, voluntariamente y de buen grado, produce cada una de ellas su propio fruto. Así la intención y el poder de este dios
36 quedan totalmente evidentes y manifiestos. Y nosotros caeremos en el colmo del ridículo y de la ingenuidad, si andamos diciendo que tal manera de sentir es para los animales y los árboles tan natural como para nosotros la estupidez y la ignorancia. Algunos hombres, que se creen más sabios que la misma sabiduría, no derraman cera en sus oídos, como, según dicen, hicieron los marinos de Ítaca para no oír el canto de las Sirenas [41], sino más bien una

[40] El universo recibía de los griegos el nombre de *kósmos*, por el orden con que está organizado. Además, el mundo es como un teatro en el que Dios es el corifeo; o una nave, en la que Dios es el timonel.

[41] *Od.* XII 173-177. Odiseo taponó con cera los oídos de sus marinos, mientras él, atado, pudo escuchar el canto de las Sirenas.

especie de plomo, blando y, a la vez, impenetrable para la voz humana. Más aún, pienso que arrojan ante sus ojos una capa de oscuridad y tinieblas, como aquella, bajo la cual, según Homero, no fue posible descubrir ni reconocer a Zeus [42]. Luego, desprecian lo divino y erigen una estatua a una divinidad perversa y extraña, imagen del lujo, de la excesiva desidia y de la insensatez licenciosa, divinidad realmente afeminada a quien dan el nombre de Placer. Y la honran y la veneran con címbalos de sonido leve y con flautas tocadas en la oscuridad. Nadie podría censurar esta suerte de diversión, si no se pasara de cantar razona- 37
blemente y no se tratara de suprimir y desterrar a nuestros dioses haciéndolos salir de su propia ciudad y de su reino, y hasta del universo entero, para ir a otros países extraños, lo mismo que esos hombres desgraciados que van desterrados a islas desiertas. Y andan diciendo que todas las cosas que existen no tienen conciencia, ni inteligencia ni dueño, y que sin jefe, sin guía y sin guardián, andan errantes y vagan al azar, al no haber nadie que ahora las cuide y que antes las haya creado a todas. Ni siquiera quieren reconocer que los dioses pueden hacer como los niños: que ponen sus aros en movimiento y luego los dejan rodar solos [43].

Estas cosas las he abordado en mi discurso sin salirme 38
del tema. Lo que pasa es que quizá no resulte tan fácil seguir la línea del pensamiento o el razonamiento de un filósofo, ni saber a dónde se dirige, dado que lo que expone parece siempre lo más conveniente y hasta necesario para los oyentes. Y es que yo para nada me preocupo «ni

---

[42] *Il.* XIV 243.

[43] Sería la postura de los deístas, quienes admiten la existencia de Dios, pero niegan su intervención en la marcha del mundo.

de la clepsidra ni de las fórmulas jurídicas»[44], sino, como alguien ha dicho, hago uso de una gran independencia y libertad. Sin embargo, no me es difícil volver sobre mis pasos, como pasa a los diestros timoneles que se desvían ligeramente del rumbo con su nave.

39 Ahora bien, ya hemos dicho que la primera fuente de la opinión y la creencia en los dioses es, sencillamente, la idea innata en todos los hombres, formada a partir de las mismas obras y de la verdad. Esta idea se ha ido consolidando no por algún error o al azar, sino que empezó con claros perfiles y permanece constantemente a lo largo del tiempo y entre todas las gentes, siendo realmente algo común y general de los seres racionales[45].

La segunda fuente es, a nuestro parecer, la idea adquirida[46] que se va formando en nuestras almas no de cualquier manera, sino con relatos, fábulas y costumbres, unas veces de autor desconocido y por transmisión oral, otras
40 veces por medio de escritos de autores famosos. En cuanto a la creencia en los dioses, podemos afirmar que una parte es voluntaria y fruto de la exhortación, otra es obligatoria y de precepto. Y estimo que la que contiene el aspecto de voluntariedad y exhortación nos viene por los poetas, la que contiene la obligación y lo preceptivo nos llega por los legisladores. Pero ninguna de estas dos partes podría

---

[44] ARISTÓTELES (*Constitución de los atenienses* 67, 2-3) explica la función de estos relojes de agua, que servían para medir el tiempo de los oradores en un proceso. Por eso, «el agua que fluye apremia» (PLATÓN, *Teeteto* 172d).

[45] Lo decía CICERÓN: ni hay hombre que no tenga alguna noticia de Dios, ni hay otros seres —además del hombre— que la tengan (*Leyes* I 8, 4).

[46] Frente a la idea innata (cf. § 27, n. 34 de este discurso) está la idea adquirida (ver PLATÓN, *Fedro* 237d, y *República* 618d).

prevalecer, si no preexistiera la idea innata sobre los dioses. Pues por ella les llegan a los que están bien dispuestos las órdenes y las exhortaciones, sobre todo cuando de algún modo las preveían de antemano. Por cierto que algunos poetas y legisladores las expresan correcta y ordenadamente, mientras que otros divagan en algunos puntos.
No podría, por el momento, explicar con suficiente ampli- 41
tud cuál de estos dos aspectos citados —la poesía o la legislación— fue más antiguo en el tiempo entre nosotros, los griegos. Pero parece más probable que el sistema que no usa castigos, sino que se basa en la persuasión, es más antiguo que el método que funciona mediante castigos y
obligaciones. Hasta ahora, pues, casi podemos decir que, 42
para el género humano, evolucionan por igual la actitud hacia el padre primero e inmortal —a quien los que nos sentimos griegos llamamos Zeus Patrio— y la actitud hacia los padres mortales y humanos. Pues, ciertamente, el primer sentimiento de benevolencia y atención hacia los padres existe en los hijos espontáneamente como un don
de la naturaleza y de la práctica de la bondad. Y así el 43
que nace devuelve enseguida, en la medida de lo posible, amor y servicio a aquel que, después de haberlo engendrado, lo alimenta y lo ama. En segundo y tercer lugar, están los sentimientos suscitados por los poetas y legisladores. Los poetas exhortan a no negar la gratitud debida a quien, además de anciano y consanguíneo, es autor de nuestra vida y nuestra existencia. Los legisladores obligan y amenazan con castigos a los que no están dispuestos a obedecer. Sin embargo, no explican ni aclaran a qué clase de padres y con qué servicios debemos pagar las deudas que con ellos hemos contraído. Pero, en los relatos y en las fábulas acerca de los dioses, podemos observar que sucede lo mismo y hasta en mayor medida.

Tengo observado que en todas partes resulta molesta la exactitud para la mayoría de las personas. Y por lo que a los discursos se refiere, no les importa tanto la precisión cuanto la abundancia de palabras. Esas personas, sin exponer un plan previo ni seguir un orden temático, y sin partir de un verdadero exordio en sus discursos, se lanzan a exponer inmediatamente las cosas más obvias y evidentes, según suele decirse, «sin lavarse los pies» [47]. Ahora bien, los pies sucios no son ningún perjuicio cuando se ha de pasar a través del barro o de abundantes inmundicias. Pero una lengua ignorante se convierte en un castigo nada pequeño para los oyentes. Sin embargo, es justo que las personas educadas, a las que se debe prestar mayor atención, nos ayuden y colaboren con nosotros hasta que, como de un camino sinuoso y escarpado, logremos llevar nuestro discurso al camino recto.

44 Hemos señalado, pues, tres razones para explicar la opinión que los hombres tienen de la divinidad: la naturaleza, los poetas y los legisladores. Ahora podemos añadir como cuarta razón las artes plásticas y artesanales en la elaboración de estatuas e imágenes de los dioses. Me refiero a los pintores, escultores, talladores de piedras y, en suma, a todo aquel que demuestra ser capaz de imitar con el arte la naturaleza de la divinidad. Unas veces se trata de un ligerísimo esbozo que fácilmente engaña a la vista. Otras veces es una mezcla de colores y un trazado de líneas que refleja casi con exactitud lo que se pretende. A veces, con el trabajo de tallar la piedra o labrar la madera, va quitando el artista lo que sobra hasta dejar la imagen que aparece al final [48]. Otro sistema consiste en fundir el bron-

[47] Expresión usual equivalente a «sin preparación».

[48] Se cuenta que Miguel Ángel, cuando veía un bloque de mármol,

ce y otros materiales preciosos por el estilo y verterlos en moldes. Otras veces, en fin, se moldea la cera que es lo que más fácilmente se acomoda al arte y mejor admite rectificaciones. Así trabajaban Fidias, Alcámenes [49] y Poli- 45
cleto [50]. Así también Aglaofonte, Polignoto y Zeuxis [51] y el primero de todos, Dédalo [52]. Y no les bastaba con demostrar su destreza e inteligencia en otras cosas, sino que exhibiendo imágenes y toda clase de interpretaciones de los dioses, y, tomando como mecenas tanto a personas particulares como a ciudades, lo llenaron todo de abundantes y variadas representaciones de la divinidad. Y no se apartan en absoluto de los poetas y los legisladores. De los legisladores, porque para no aparecer contrarios a las leyes, se sometían a los castigos previstos. De los poetas, porque veían que habían sido precedidos por ellos y que fueron los poetas los más antiguos forjadores de imágenes. Por ello, no querían aparecer ante la mayoría como in- 46
dignos de crédito y autores de odiosas novedades. Y, así, realizaban la mayor parte de sus obras de acuerdo con los

veía ya la estatua que pretendía tallar; su trabajo, decía el artista, consistía en quitar la materia que sobraba.

[49] Escultor griego (460-400 a. C.), nacido en Lemnos y discípulo de Fidias. Fue autor de una famosa estatua de Homero.

[50] Escultor de la segunda mitad del siglo v a. C., natural de Argos. Son famosas sus estatuas del *Doríforo,* el *Diadúmeno* y la *Amazona herida.*

[51] Aglaofonte, Polignoto y Zeuxis fueron tres célebres pintores del siglo v a. C. Polignoto de Tasos, hijo y discípulo de Aglaofonte, es considerado por los griegos el inventor de la pintura, que usó para decorar edificios públicos. De Zeuxis, oriundo de Heraclea en la Magna Grecia, se cuenta que era tanto el realismo de su pintura, que los pájaros acudían a comer las uvas pintadas por él.

[52] Héroe legendario en el que se personifican las labores artísticas y artesanas. Construyó el laberinto de Creta e ideó unas alas para huir volando de la isla con su hijo Ícaro.

mitos, pero otras las inventaban por su cuenta haciéndose en cierta manera rivales y, a la vez, compañeros de oficio de los poetas. Pues mientras que los poetas componen sus argumentos basándose simplemente en lo que se dice, los artistas interpretan la divinidad, para la mayoría de los espectadores y para los más ignorantes, mediante lo que entra por los ojos [53]. Todas estas cosas tienen su fundamento en aquel principio primero y han nacido en honor y alabanza de la divinidad.

47 Y, por cierto, al margen de aquella simple y antiquísima idea de Dios, innata por naturaleza en todos los hombres junto con la razón, además de estas tres clases de intérpretes y maestros —los poetas, los legisladores y los artistas—, hay que añadir una cuarta que ni es indiferente en modo alguno ni carece de cierta experiencia sobre el tema. Me refiero a los filósofos, los más veraces quizás y más perfectos de cuantos interpretan y explican con la palabra la naturaleza de la divinidad.

48 Por lo que al legislador se refiere, dejémosle ahora que se dedique a sus cuentas, como hombre formal que es y encargado de corregir a los demás. Pues conviene que mire por sus intereses tanto como por vuestras personales ocupaciones [54]. En cuanto a los restantes, elijamos a los mejores de cada clase, y veamos si se descubre que han realizado algo útil o perjudicial para la piedad en obras o en palabras, si viven entre sí en concordia o en discordia y quién de ellos está más cerca de la verdad por estar de acuerdo con el punto de vista más primitivo y sincero.

---

[53] También en el contexto de nuestra cultura, los relieves y esculturas de las catedrales tenían la misma finalidad, por lo que eran considerados como la *Biblia pauperum*.

[54] Es decir, el legislador debe procurar, en interés de todos, que los juegos no duren más de lo conveniente.

Ahora bien, todos éstos dicen lo mismo, como quienes han seguido un mismo rastro y lo conservan, aunque unos abiertamente, otros con menos claridad. Pues quizá necesite consuelo el verdadero filósofo, si se lo compara con escultores o poetas, precisamente, en un festival donde los jueces están a favor de estos últimos.

Pues supongamos que alguien lleva ante los griegos, 49 en primer lugar, a Fidias, aquel sabio y divino artífice de esta obra sagrada y hermosísima, y pone como jueces a los mismos que organizan la competición en honor del dios, más aún, al tribunal común de todos los peloponesios y hasta de los beocios, jonios y demás griegos que hay en todas partes tanto de Europa como de Asia, y no para pedir razón del dinero ni de los gastos hechos en la estatua, por ejemplo, cuántos talentos de oro y marfil se emplearon, y de madera de ciprés o de cidra, materia duradera e indestructible para el interior de la obra, ni tampoco de los gastos en comida y salarios para los obreros que trabajaron en gran número y durante mucho tiempo desde los más vulgares operarios hasta el sueldo mayor y más elevado pagado a Fidias en razón de su arte. Todo esto podría interesar a los eleos calcularlo, ya que lo habían gastado con prodigalidad y esplendidez. Pero nosotros 50 vamos a imaginarnos que el proceso se ha entablado contra Fidias, aunque sobre otros asuntos. Pues entonces cualquiera podría decirle:

«Oh tú, el mejor y más noble de los artistas, nadie podrá negar que has realizado una obra agradable y encantadora, así como una imagen extraordinariamente deleitosa para todos los que han llegado hasta aquí tantas veces y en tan gran número, tanto griegos como bárbaros. Pues, 51 realmente, hasta los mismos animales irracionales se quedarían admirados, si pudieran contemplar este espectácu-

lo. Y no solamente los toros, llevados continuamente delante de este altar, se someterían de buen grado a los sacrificadores para agradar al dios, sino que también las águilas, los caballos y los leones, como apaciguando su furor indómito y salvaje, se quedarían tranquilos fascinados por esta visión. Y en cuanto a los hombres, todo aquel que se encuentre en estado de agotamiento después de apurar desgracias y tristezas a lo largo de su vida y de no poder ni siquiera conciliar un sueño agradable, al ponerse delante de esta imagen, se olvidará, creo yo, de todas las cosas terribles y duras que se sufren en la vida humana.
52 Así, tú ideaste y fabricaste una imagen que sencillamente

disipa el llanto y la cólera y hace olvidar todos los males[55].

Tanta es la luz y tanta la gracia que irradia tu arte. Y no sería razonable que ni el mismo Hefesto[56] achacara defectos a esta obra, si juzgara por el placer y gusto que causa a la mirada humana.

»Examinemos ahora si tallaste una imagen adecuada y una figura digna de la naturaleza de un dios, ya que usaste una materia que resulta agradable y representaste una figura de varón extraordinaria en belleza y tamaño, aunque la verdad es que hiciste realmente una forma de varón en los demás detalles. Si haces una defensa satisfactoria de esta tesis entre los presentes y los convences de que inventaste lo más apropiado y conveniente, en forma y figura, al primero y más grande de los dioses, podrías recibir otro sueldo mayor y más justo que el que te paga-

---

[55] *Od.* IV 221.

[56] Dios griego, hijo de Zeus y esposo de Afrodita. Es el dios del fuego y de los metales, artista del hierro y forjador de armas y herramientas divinas. Los romanos lo identificaron con Vulcano.

ron los eleos. Ya ves, pues, que no es pequeño nuestro empeño y nuestro peligro. Pues antes, como no teníamos nada claro, unos nos formábamos una idea y otros otra, y cada uno representaba y se imaginaba cualquier divinidad según su propia capacidad y naturaleza. Y si reunimos algunos modelos insignificantes y oscuros de los artistas primitivos, no es porque les demos crédito en absoluto o porque les prestemos mayor atención. Pero tú, con la fuerza de tu arte, venciste y uniste primero a Grecia y luego a los demás en el aprecio de esta estatua, pues la realizaste tan maravillosa y magnífica que ninguno de los que la han contemplado podría recibir ya una mayor sorpresa. ¿O piensas, acaso, que Ifito, Licurgo [57] y los eleos de entonces instituyeron la competición y el sacrificio que más convenía a Zeus, pero por falta de dinero no lograron hallar una estatua digna del nombre y la figura del dios, y eso que eran muy superiores en capacidad a sus descendientes? ¿O temieron, más bien, que no iban a ser capaces de representar por medio de un arte perecedero la excelsa y perfectísima naturaleza del dios?» 53 54

A esto respondería probablemente Fidias, pues no era precisamente mudo ni de una ciudad torpe de palabra, sino que incluso era amigo íntimo y compañero de Pericles [58]: 55

«Varones griegos, el concurso ha sido el más grande que ha existido. Y conste que no estoy ahora dando cuenta

[57] Ífito y Licurgo son los legendarios fundadores de los Juegos Olímpicos en el 776 a. C. Pero es extraño que Licurgo, legislador espartano, tuviera este protagonismo en Olimpia, donde nunca Esparta implantó su dominio.

[58] Pericles (495-429 a. C.) encarna la idiosincrasia ateniense y da nombre al período más glorioso de la historia de Atenas. Fue excelente político, estratega y orador. Los atenienses —y Pericles lo era— solían ser abiertos de trato y buenos conversadores frente al «laconismo» de los espartanos.

y razón de la forma de dirigir y gobernar una ciudad, ni de la importancia de la flota o de la infantería, si están o no debidamente atendidas, sino que me refiero al dios dominador del universo y al parecido de mi obra con él, es decir, si ha quedado decorosa y apropiada, sin que le falte nada de la semejanza que es capaz de lograr un hombre, o más bien resulta indigna e inconveniente.

56 »Recordad que no fui yo el primero que os explicó y enseñó la verdad. Pues ni siquiera había nacido en aquellos antiguos tiempos en que Grecia todavía no tenía creencias claras y determinadas sobre estos temas. Sino que nací cuando Grecia era ya en cierto modo adulta, y tenía ideas y convicciones sobre los dioses fuertemente arraigadas. Paso por alto las obras de escultores y pintores que, siendo más antiguos que mi arte, coinciden con él, excepto en
57 aquello que se refiere a su perfecto acabado. Acepté, sin embargo, vuestros puntos de vista tan antiguos como respetables, pues no era posible ir contra ellos. Además, encontré otros artistas que hablaban de la divinidad, eran más antiguos que yo y se consideraban mucho más sabios. Me refiero a los poetas, quienes podían por medio de su poesía arrastrar a los hombres hacia cualquier opinión, mientras que nuestras obras personales ofrecen solamente
58 un parecido relativamente aceptable. Pues las representaciones divinas —me refiero a las del sol, la luna, el cielo todo y las estrellas— aparecen por sí mismas absolutamente admirables. Pero su imagen resulta simple y torpe, cuando uno pretende reproducir las fases de la luna o el giro del sol. Más aún, estas realidades están llenas de sentimiento y de intención, pero en sus representaciones no lo manifiestan en modo alguno. Por eso, probablemente, no fue-
59 ron veneradas por los griegos desde el principio. Pues ningún escultor ni pintor será capaz de representar la inte-

ligencia ni la sensatez en sí mismas. Y ello, porque nadie es capaz ni de verlas ni de investigarlas en absoluto. Y no se trata de una simple sospecha, sino que, porque sabemos de qué forma han surgido estas creencias, recurrimos a lo mismo, es decir, atribuimos a Dios un cuerpo humano como sede de la cordura y de la razón. Y a falta de un modelo más apropiado, tratamos de reflejar lo invisible y lo irrepresentable por medio de algo que puede representarse y verse. Nos servimos del valor del símbolo, y no como hacen algunos bárbaros, que representan la divinidad por medio de animales partiendo de pretextos tan insignificantes como absurdos. Pero aquel hombre —Homero— que sobresalió más que nadie por la hermosura, majestad y magnificencia de sus obras, ese sí que fue prácticamente el mejor creador de estatuas de los dioses.

»Nadie podría afirmar que era mejor no haber expues- 60
to ante los hombres estatuas o imágenes de los dioses, sólo porque era conveniente que no miraran a otra cosa que al cielo. Pues el hombre, dotado de inteligencia, venera todas esas imágenes, a sabiendas de que los dioses son seres felices a los que contempla como de lejos. Pero, a causa de la opinión que los hombres tienen de los dioses, se sienten fuertemente inclinados a honrarlos y venerarlos de cerca, y se aproximan a ellos hasta tocarlos, y les ofrecen sacrificios y coronas creyendo que así los persuaden mejor.
Pues, sencillamente, como los niños pequeños, cuando son 61
separados de su padre o de su madre, sienten una terrible nostalgia y deseo de ellos, y hasta en sueños tienden las manos muchas veces hacia los padres ausentes, así también hacen los hombres con los dioses. Los aman por su bondad y familiaridad, y están dispuestos a vivir de algún modo en su compañía y a conversar con ellos. Por ello, muchos bárbaros, por su falta absoluta de sentido artístico,

denominan dioses a ciertas montañas, a árboles estériles y a piedras sin tallar, objetos nada apropiados para representar la forma divina.

62 »Pero si me consideráis responsable de esta imagen, debéis irritaros antes con Homero. Pues él representó una figura muy parecida a esta obra mía, y habló de la cabellera del dios y hasta de su barbilla en el principio mismo de su poema, cuando refiere que Tetis suplicaba por la honra de su hijo [59]. Pero es que, además, atribuía a los dioses conversaciones, deliberaciones y discursos y hasta viajes desde el Ida [60] al cielo y al Olimpo, sueños, banquetes y aventuras amorosas adornándolo y sublimándolo todo con sus versos, pero sin apartarse un ápice de la semejanza humana. Así, por ejemplo, cuando se atrevió a atribuir a Agamenón los rasgos representativos del dios, diciendo que era

en ojos y cabeza semejante a Zeus que se divierte con el [rayo [61].

»Pues, por lo que se refiere a mi obra, nadie, por muy
63 loco que esté, podría compararla con cualquier objeto mortal, si examina su belleza y tamaño propios de un dios. Por ello, si, dentro siempre de las posibilidades de mi arte, no soy mucho mejor y más diestro creador que Homero —quien, por cierto, os parece igual a un dios en sabiduría—, estoy dispuesto a someterme al castigo que me queráis im-
64 poner. Pues la poesía es una cosa magnífica y, se mire

[59] *Il.* I 501-502.

[60] *Ibid.*, VIII 20. Desde las cimas del Ida, Zeus podía contemplar directamente el escenario de la batalla que se libraba junto a Troya. Este monte no debe confundirse con el del mismo nombre, situado en Creta y donde, según la mitología, fue criado Zeus.

[61] *Il.* II 478.

como se mire, resulta cómoda e independiente. Además, por la cantidad y variedad de vocabulario y de recursos lingüísticos, está capacitada por sí misma para expresar los sentimientos del alma. Y cualquiera que sea el perfil, la obra, la emoción o el tamaño que se le ocurran al poeta, nunca estará en inferioridad de condiciones, desde el momento en que la voz de un mensajero [62] podría explicar con claridad todas las cosas. El mismo Homero dice:

Una lengua voluble tienen los mortales y palabras abun-
[dantes,
variadas y un vasto campo de palabras para oír y res-
[ponder [63].

»Y, en efecto, la raza humana será pobre en cual- 65
quier cosa, pero no en voz ni en palabras. En esto solo posee una maravillosa riqueza. Pues nada de lo que llega a sus sentidos queda sin su debida expresión o denominación, sino que enseguida impone el hombre a lo que percibe el sello inconfundible de un nombre, y muchas veces hasta varios nombres para una misma cosa. De modo que, cuando articula alguna palabra, la opinión que manifiesta se acerca mucho a la verdad. Y es que el hombre tiene destreza y capacidad para expresar con palabras todo lo
que se le ocurre. Pero el arte de los poetas es espléndido 66
e irreprochable, particularmente el de Homero, quien hizo uso de la mayor libertad, ya que no tomó una sola variedad de lenguaje, sino que mezcló todos los dialectos grie-

[62] Cuando en las obras dramáticas hay algo interesante que no puede traerse a escena, queda siempre el recurso a un mensajero que refiera lo que ha ocurrido lejos o fuera. Así lo hicieron los dramaturgos griegos, aunque sólo fuera porque *segnius irritant animos demissa per aurem quam quae sunt oculis subiecta fidelibus* (Horacio, *Arte Poética* 180 s.).

[63] *Il.* XX 248-249.

gos[64] hasta entonces diversificados, el de los dorios, el de los jonios y hasta el de los atenienses. Homero hizo una mezcla mucho más que la que hacen los tintoreros con los colores, y no sólo de los dialectos de su tiempo, sino también de los anteriores. Pues si había sobrevivido alguna palabra, la adoptaba, como cuando se saca una moneda antigua de un tesoro sin dueño. Todo ello lo hacía por
67 su afición al lenguaje. Y tomó hasta nombres de los bárbaros sin escatimar ninguno, con tal que tuviera, según su opinión, gracia y fuerza expresiva. Aportó, además, no sólo elementos vecinos y de las cercanías, sino también los más lejanos con la intención de cautivar al oyente fascinándolo con lo inesperado. Y no los dejó tal como estaban, sino que unas veces los amplió, otras los abrevió y otras los modificó de otra forma.

68 »Finalmente, se mostró a sí mismo no sólo como forjador de versos, sino también de palabras, dando a las cosas una denominación personal, unas veces porque aplicaba simplemente nombres a los distintos objetos, y otras porque daba nuevas acepciones a los nombres que ya las tenían, como si pusiera sobre un sello otro sello brillante y más visible. No desdeñaba ningún sonido, sino que, en resumen, imitaba las voces de los ríos, de la selva, de los vientos, del fuego y del mar, y hasta del bronce, la piedra y, en una palabra, de todos los animales e instrumentos, lo mismo de las fieras o de los pájaros que de las flautas y los caramillos. Inventó palabras para el estrépito, el zumbido, el trueno, el golpe seco, el crujido. Y, así, llamó 'murmuradores' a los ríos, 'resonantes' a los dardos, 'rugientes' a las olas, 'irritados' a los vientos, y cosas pareci-

[64] El lenguaje de Homero, de carácter artificial, es, en efecto, una mezcla de los más importantes dialectos en la historia de la lengua griega.

das a otros fenómenos terribles y realmente admirables, con lo que provocaba en las mentes gran desconcierto y confusión. De modo que nunca le faltaban nombres terri- 69
bles o agradables, suaves o ásperos, como tampoco de los que ofrecen otras infinitas diferencias, tanto en sonidos como en significados. Por esa facilidad para inventar palabras, era capaz de inculcar en el alma cualquier sentimiento que quería.

»Nuestro arte, en cambio, siendo de tipo manual y artesano, en modo alguno goza de la misma libertad. Pues, en primer lugar, necesitamos muchos colaboradores y un material suficientemente sólido, para que dure, pero que no lleve demasiado trabajo en su elaboración ni sea difícil de conseguir. Además, es preciso preparar un modelo fijo 70
y permanente de cada imagen que pueda reflejar todos los aspectos de la naturaleza y el poder del dios. Pero a los poetas, les es más fácil abarcar con su poesía muchas otras formas y las más variadas figuras. Pues añaden movimientos y reposos, gestos y palabras, según lo que consideran más conveniente en cada momento. Y, así, digo yo, tienen ventaja en lo que se refiere a la dificultad y al tiempo de su ejecución. Ya que el poeta, movido por una sola idea y un solo impulso del alma, extrae, como de una fuente desbordante de aguas, gran cantidad de poemas antes de que la visión y la inspiración que tuvo lo abandonen y se disuelvan [65]. En cambio, el sistema de realizar nuestro arte es laborioso y lento, y se avanza con esfuerzo y poco a poco. Ello es debido, creo yo, a que se trabaja con materiales más duros que la piedra.

»Lo más difícil de todo es que el artista debe con- 71
servar continuamente en su alma la misma imagen, hasta

[65] La misma idea en PLATÓN, *Ión* 534ab.

que consigue culminar su obra, y eso a veces durante muchos años. Y por cierto, lo que suele decirse, que los ojos son más fieles que el oído [66], a lo mejor es verdad. Pero también lo es que son difíciles de convencer y que necesitan mayor evidencia. Pues aunque la vista se enfrenta con los mismos objetos que contempla, también es fácil de excitar y embaucar el oído, si se le envían imágenes alucinan-
72 tes por medio de versos y sonidos. Ahora bien, nuestro arte tiene medidas precisas en cantidad y en tamaño, pero los poetas pueden ampliar las suyas cuanto quieran. Por eso, para Homero, resultó muy fácil hablar del tamaño de Eris [67], diciendo:

toca el cielo con la cabeza mientras anda por el suelo [68].

En cambio, yo debo contentarme con llenar el espacio señalado por los eleos [69] o los atenienses.

73 »Tú, pues, Homero, el más sabio de los poetas, reconocerás que, sobresaliendo con mucho por la fuerza de tu poesía y por el tiempo en que viviste, fuiste realmente el primero que ofreciste a los griegos muchas y hermosas representaciones de todos los dioses y, en particular, del más grande de ellos. Aquellas representaciones eran, unas

[66] Cf. Hor., *Art. Poét.* 180 s. Heródoto (I 8) refiere cómo el rey de Sardes, Candaules, quiso convencer a Giges de la hermosura de la reina mostrándosela desnuda después de ponderársela de palabra, porque «entre los hombres se da menos crédito a los oídos que a los ojos».

[67] Eris, hija de la Noche, era la diosa de la discordia y compañera de Ares, dios de la guerra. Ella fue la que, en las bodas de Tetis y Peleo, arrojó la manzana entre las diosas Hera, Atenea y Afrodita con la indicación: «Para la más hermosa.» Paris, hijo de Príamo de Troya, se la adjudicó a Afrodita.

[68] *Il.* IV 443.

[69] Los eleos son los habitantes de la Élide, región del Peloponeso, donde se encontraba el santuario de Olimpia.

veces, de carácter bondadoso; otras, terribles y espantosas. Pero el que yo he tallado es un dios pacífico y manso en todos los aspectos, como corresponde a un protector de una Grecia en armonía y concordia. Y gracias a mi arte 74
y a la sabiduría y honradez de la ciudad de los eleos, he decidido tallar a este dios como bondadoso, venerable y con aspecto alegre. Un dios que es el dador de la vida, de la subsistencia y de todos los bienes, y que es padre, Salvador y Custodio común de los hombres. Y lo hice en la medida en que es posible a un hombre mortal reproducir la naturaleza divina y transcendente.

»Considera, pues, si no vas a encontrar mi estatua de 75
acuerdo con todas las denominaciones del dios. Pues Zeus es el único de los dioses a quien se le da el nombre de Padre y Rey, Protector de la ciudad, Dios de la amistad y de la buena compañía, Protector de los suplicantes, Dios de la hospitalidad y de las cosechas. Recibe, además, otros innumerables apelativos, como expresión de los distintos aspectos de su bondad. Se le invoca como Rey, por su autoridad y su poder; como Padre —pienso yo—, por su solicitud y su mansedumbre; como Protector de la ciudad, por su cuidado de la ley y del bien común; como Familiar, por la comunidad de raza existente entre dioses y hombres [70]; como Dios de la amistad y la buena compañía, 76
porque procura mantener unidos a todos los hombres y quiere que sean amigos unos de otros y que nadie sea enemigo o adversario de nadie; como Protector de los suplicantes, porque escucha propicio a los que le invocan; co-

[70] En estos párrafos, nos ofrece Dión una síntesis de su pensamiento teológico acerca del que, en la mitología griega, es el primero y principal de los dioses, «Padre de los dioses y de los hombres» (Hesíodo, *Teogonía* 47; Epict., *Plát.* I 19, 12; y cf. *Il.* I 503; etc.).

mo Dios de los fugitivos, porque ofrece refugio contra el mal; como Dios de la hospitalidad, porque no hay que despreocuparse de los extranjeros ni considerar extraño a ningún hombre [71]; como Protector del hogar y de las cosechas, porque es el que produce los frutos y el que da la riqueza y el poder.

77 »Y aunque se trataba de representar algo sin palabras, ¿no ha quedado suficientemente expresado según las reglas del arte? Pues la fuerza y la magnificencia de la imagen pretenden demostrar su autoridad y su dignidad de rey; la mansedumbre y la amabilidad, su paternal solicitud; la majestad y la gravedad de la estatua ponen de manifiesto al Protector de la ciudad y de las leyes; la comunidad de raza entre dioses y hombres queda representada por el parecido en la forma que tiene carácter de símbolo. El Protector de la amistad, de los suplicantes, de los extranjeros, de los fugitivos, y todas las denominaciones por el estilo, se transparentan en la humanidad, mansedumbre y amabilidad de mi obra. La sencillez y la grandeza de ánimo reflejadas en la imagen representan al Dios del hogar y de las cosechas. Pues, en realidad, se parece muchísimo a alguien que da y reparte bienes.

78 »Estas propiedades son las que, en la medida de lo posible, traté de representar, ya que no podía darles un nombre. Pero al dios que con sus continuos rayos provoca la guerra y la destrucción de grandes muchedumbres, o causa lluvias torrenciales, tormentas de granizo o de nieve, o que despliega el arco iris azulado, presagio de guerras, o que envía una estrella que despide continuos destellos, portento temible para navegantes y soldados, o que

[71] Según ANTÍSTENES (en DIÓGENES LAERCIO, VI 12): «nada es extraño para el hombre sabio».

manda la terrible discordia a griegos y bárbaros hasta infundir en los hombres cansados y agotados un amor incesante por la guerra y el combate; a ese dios, que pesa sobre la balanza la suerte de los héroes manifestada por la inclinación espontánea de los platillos, no era posible representarlo por medio del arte [72]. Pero aunque ello fuera posible, nunca lo hubiera intentado. Pues no es posible reprodu- 79
cir el trueno sin sonidos, ni sacar de los metales de estas minas subterráneas [73] una imagen de relámpago o de rayo sin luz. En cambio, para Homero era sencillísimo hablar de la tierra sacudida o del Olimpo conmovido por una ligera inclinación de las cejas de Zeus, o de una corona de nubes alrededor de su cabeza, pues el poeta gozaba, en todas estas cosas, de una gran libertad. Nuestro arte, por el contrario, tropieza con grandes dificultades, ya que el espectador dispone del argumento cercano y definitivo de la vista.

»Por otra parte, si alguien considera que el material 80
empleado es indigno de la dignidad del dios, tiene realmente razón. Sin embargo, no tendría motivo para criticar ni a los que lo han aportado ni al que lo ha seleccionado o aprobado. Pues no había otra materia mejor ni más ilustre que pudiera llegar a las manos de los hombres para ser transformada artísticamente. ¿O es que es posible, aca-

[72] Este párrafo está lleno de resonancias homéricas: Zeus es el que con sus rayos provoca guerras o tormentas (*Il.* X 5-8); el que despliega el arco iris como presagio de guerras (*ibid.*, XVII 547 s.); el que envía a navegantes y soldados una estrella (*ibid.*, IV 75-76); el que envía la terrible Discordia a las naves aqueas (*ibid.*, XI 3-4); el que pesa con su balanza la suerte de Aquiles y Héctor (*ibid.*, XXII 209-213), etc.

[73] Las palabras «metal» y «mina» eran un solo término en griego. Las minas más famosas fueron las de plata del Laurio cerca del cabo Sunio, en la parte oriental del Ática.

so, modelar el aire, el fuego o una fuente de abundantes
81 aguas con herramientas manejadas por los mortales? Sólo se puede trabajar lo que está contenido como material resistente dentro de todos estos elementos. Y no me refiero al oro y la piedra, que son cosas pequeñas y mezquinas, sino a toda realidad que sea fuerte y pesada. El seleccionar las figuras y combinarlas en una sola para formar todo género de animales o plantas, si no es posible hacerlo con todos los dioses, mucho menos con este dios realmente único, a quien otro poeta dirigió estas hermosas palabras:

Omnipotente padre, artista supremo de Dodona[74],

82 pues él es el primero y el más perfecto artesano, y tomó como patrono de su arte no la ciudad de los eleos, sino la materia de la que se ha hecho el mundo entero. De Fidias o de Policleto no se podría razonablemente pedir más de lo que hicieron. Más aún, su obra es mayor y más
83 venerable que la obra de nuestras manos. Ni siquiera al mismo Hefesto[75] le hizo Homero sobresalir por su experiencia en otras cosas, sino que pudo presentar al dios como artista en la fabricación del escudo, pero no como inventor de nuevos materiales. Pues dice así:

Y echó al fuego duro acero, estaño,
precioso oro y plata[76].

---

[74] En este fragmento de PÍNDARO (núm. 57 en *Píndaro. Odas y fragmentos* [B.C.G. 68], Madrid, 1984, pág. 338), se menciona ese misterioso lugar del Epiro, Dodona, donde existía un oráculo de Zeus, cuya voluntad se manifiesta por el ruido que producía «el follaje divino del gran roble de Zeus» (*Od.* XIV 327-330; cf. *Il.* XVI 233-235, y HERÓD., II 55). Aunque también había otros modos de adivinar la voluntad del dios.

[75] Hefesto, del que ya hemos hablado (cf. n. 56), forjó obras tan famosas como el cetro de Zeus, el tridente de Posidón, el escudo de Hércules y las armas de Aquiles.

[76] *Il.* XVIII 474-475.

Ningún hombre podrá, pues, demostrar que haya existido un artista mejor que yo. Pero no hay mortal que se pueda comparar con el mismo Zeus, creador del universo.»

Si Fidias hubiera dicho estas cosas en defensa propia, 84
estoy seguro de que los griegos lo hubieran premiado justamente con una corona.

Pero, quizá, muchos no han comprendido el tema de mi discurso, y eso que, desde mi punto de vista, era muy apropiado para que lo entendieran tanto los filósofos como los ignorantes. He tratado sobre la construcción de estatuas, y más concretamente, sobre la forma de construirlas. También he hablado sobre los poetas, si son los que mejor o peor han interpretado las cosas divinas. Y, finalmente, sobre el primer concepto de Dios, cómo fue y de qué manera surgió entre los hombres. También hablé, y mucho, sobre el poder de Zeus y sus denominaciones. Y si dijimos palabras de elogio sobre la estatua y los que
la dedicaron, pues tanto mejor. Y es que, en realidad, 85
tiene una mirada tan benevolente y bondadosa, que casi parece que nos habla de este modo más o menos:

«Estas ceremonias, eleos y griegos todos, las realizáis con una ejecución tan hermosa como apropiada. Y ofrecéis sacrificos espléndidos en la medida de vuestras posibilidades. Más aún, sois los primeros que celebráis el más renombrado campeonato de resistencia, fuerza y velocidad, observando las costumbres que os han llegado de las fiestas y de los misterios. Pero tengo muy en cuenta aquello de que

A ti no te dominan grandes cuidados, sino que a la vez [la vejez
penosa sobrellevas, te marchitas malamente y estás aver- [gonzado [77].»

[77] *Od.* XXIV 249-250.

XIII

EN ATENAS: SOBRE SU DESTIERRO

INTRODUCCIÓN

Una de las víctimas de la vesania de Domiciano (51-96 d. C.) fue también Dión. Aunque tuvo la suerte de contarlo. Pero su amistad con un alto personaje de los muchos que mandó ejecutar el maniático emperador le acarreó las tristes condiciones del desterrado. Sin embargo, la situación no debió de ser excesivamente penosa para un hombre naturalmente aventurero, como fue Dión. Quizás hubo de abandonar Italia, pero le quedaban abiertas muchas puertas. Así, lo encontramos en Cícico, muy cerca de su Bitinia natal, cuyas fronteras no se atreve a traspasar (Discurso XIX 1).

Bien sea porque el destierro no le fuera particularmente molesto, bien porque ya habían pasado muchos años desde entonces, el caso es que Dión habla del destierro desde un punto de vista estoico. Y toma su destierro como pretexto o punto de partida para hacer unas reflexiones personales sobre la filosofía de la vida.

Que el destierro tiene aspectos negativos es un hecho obvio. Salir de la patria y del calor de la familia supone siempre un doloroso desgarro. El mismo Odiseo sufrió con intensidad sus consecuencias. Pero el destierro no es algo intrínsecamente malo; de lo contrario, no hubiera aconsejado el oráculo de Delfos al rey Creso que se exiliara. Y

a Delfos recurrió también Dión, a quien el dios brindó nuevos alientos con su respuesta.

Salió, pues, Dión hacia su destierro con unos atavíos que hicieron a los extraños tomarlo como vagabundo, mendigo y filósofo. Esta fama determinó en cierto modo su actitud. Pues quiso realizar en su vida errante lo que la gente pensaba de él. Y, en consecuencia, vivió como filósofo. Y como filósofo enseñó que lo más importante en la vida no es ser rico o aprender las artes, las letras o los deportes, sino practicar la convivencia, salir de la vulgaridad y ser bueno y honrado. La Historia, la grande, es también en este aspecto *magistra vitae*, y desde la plataforma de la Historia, los grandes maestros, como Sócrates, quien en una larga intervención desarrolla las ideas contenidas en el diálogo pseudo-platónico *Clitofonte*.

Concluye Dión que todos los ciudadanos han de hacerse discípulos de los grandes maestros hasta que alcancen la condición de «sabios y enamorados de la justicia».

EN ATENAS: SOBRE SU DESTIERRO

Yo salí desterrado por mi reconocida amistad con un 1
hombre[1] nada mezquino, sino relacionado con los que entonces eran afortunados y poderosos, un hombre que murió por las mismas cosas por las que a muchos, por no decir a todos, parecía dichoso, es decir, por el parentesco y la familiaridad que tenía con los poderosos. El único motivo de que entonces me acusaran fue el ser amigo y consejero de aquel hombre. Pues lo mismo que los escitas[2] entierran con los reyes a sus escanciadores, cocineros y concubinas, así es costumbre entre los tiranos sacrificar por cualquier causa a otros muchos con los condenados a muerte.

Entonces, pues, cuando se tomó la decisión de enviar- 2
me al destierro, yo pretendía averiguar si el destierro era realmente un trance difícil y desagradable, como opina la

---

[1] Domiciano (51-96 d. C.), según SUETONIO (*Domitianus* 10), mandó ejecutar por razones realmente ridículas a varios notables, entre ellos, a un primo hermano suyo, de nombre Tito Flavio Sabino, que pudo ser muy bien el «hombre nada mezquino» mencionado por Dión.

[2] Eran un pueblo del SE. de Rusia, que ocupó las regiones situadas al N. del mar Negro. Tuvieron relaciones culturales y comerciales con los griegos. En Atenas, los esclavos escitas desempeñaban las funciones de policía.

mayoría, o todas estas cosas representan para cada cual una experiencia distinta, como se cuenta de la adivinación que practican las mujeres en los santuarios. Pues esas mujeres toman una bola o una piedra y tratan de descubrir en ella el asunto que investigan. Y cuentan que la bola es para unas ligera, pero para otras resulta tan pesada que apenas pueden moverla del sitio.

3 Del mismo modo, el destierro, la pobreza y, por supuesto, la vejez, la enfermedad y las demás cosas por el estilo a unos les parecen pesadas y difíciles, y a otros ligeras y fáciles de soportar. En un caso, posiblemente, porque la divinidad aligera el peso según la transcendencia del tema; en el otro, creo yo, por la fuerza y la disposición del interesado.

4 Y me acordaba precisamente de Odiseo, quien, según Homero, se lamentaba frecuentemente de su suerte, a pesar de ser un héroe enormemente capacitado para el sufrimiento. Sin embargo, decía muchas inconveniencias y se quejaba a todas horas a la orilla del mar por la añoranza de su patria [3]. Finalmente, como dice el poeta, deseaba ver subir el humo de su tierra, aunque tuviera que morir al momento. Y no le servían de consuelo ni sus anteriores hazañas ni aquella diosa tan hermosa y tan buena que tanto lo apreciaba hasta prometerle que lo haría inmortal. Pues por encima de todas estas cosas prevalecía su añoranza y
5 su amor por la patria. Y en otra ocasión evocaba yo a Electra, cuando, en uno de los poetas posteriores, iba preguntando por su hermano con tristeza, compadecida de su destierro y diciendo algo parecido a esto [4]:

---

[3] *Odisea* I 48-59; V 82-84, 151-158. Odiseo, retenido por la ninfa Calipso, añoraba su patria y su hogar.

[4] Eurípides, *Electra* 233-236.

¿En qué lugar de la tierra pasa el desdichado su desdi-
[chado destierro?

A lo que aquél respondía no menos lastimosamente:

Se consume contemplando diversos rincones de la ciudad.

Y ella, a su vez, preguntaba:

¿Carece, por ventura, del sustento de cada día?

Y él le contestaba de este modo:

Lo tiene, sí, pero escaso, como desterrado que es.

Además de todo esto, recordaba yo las innumerables 6
proezas y las guerras llevadas a cabo por desterrados con el fin de poder regresar a su patria, guerras agotadoras dirigidas contra los demos y los tiranos que los habían expulsado. Pues consideraban una gloria el hecho de morir combatiendo en su propia tierra.

Todas estas consideraciones me causaban sopresa y me obligaban a ver como algo horrible e insoportable lo que me había sucedido. Pero entonces me acordé de Creso [5], rey de los lidios, a quien ante una pequeña contrariedad le aconsejó Apolo que abandonara el poder y huyera voluntariamente al destierro, y que no sintiera ninguna vergüenza si los hombres lo tomaban por un cobarde. Éstos fueron, más o menos, los términos del oráculo:

---

[5] Rey de los lidios y hombre proverbialmente rico. Sometió las ciudades griegas del Asia Menor a su poder y mantuvo intensas relaciones con ellas. Hacia el 550 a. C., su reino y su persona cayeron en manos de Ciro, fundador del Imperio Persa, quien le perdonó la vida en memoria de una antigua conversación de Creso con Solón (HERÓDOTO, I 30-33, 86).

7 *Cuando un mulo llegue a ser rey de los medos,*
entonces, lidio afeminado, al Hermo pedregoso
huye, y no te quedes ni tengas miramiento de ser cobarde [6].

Está claro que el oráculo emplea la palabra «miramiento» en vez de «vergüenza», de acuerdo con la costumbre de los poetas, y «ser cobarde» en vez de «lo que piensa
8 la mayoría». De esto saqué la conclusión de que no siempre el destierro es molesto y perjudicial, y que el permanecer en la patria tampoco es un bien de excesivo valor. De lo contrario, Apolo no hubiera recomendado y aconsejado, por una parte, ir al destierro, mientras, por otra, prohibía tajantemente permanecer en la patria. Y ello, cuando hablaba en oráculo a un hombre en extremo solícito de los asuntos de la divinidad, que ofrecía muchísimos sacrificios y había enviado las mayores ofrendas que jamás se habían presentado en Delfos [7].

9 Pensando estas cosas, tomé la determinación de enca- 9
minarme al santuario del dios para consultar a tan experto consejero, según la vieja costumbre de los griegos [8]. Pues si es un experto consejero en materia de enfermedades, o

---

[6] *Ibid.*, 55.

[7] El oráculo de Apolo en Delfos era la suprema instancia de cualquier asunto griego, ya de índole pública, ya de índole particular. El santuario recibía generosos donativos de sus devotos por sus aciertos reales o provocados. Una inscripción de Delfos nos informa de que había tarifas diferentes para los asuntos públicos (7 dracmas y 2 óbolos) y para los privados (4 óbolos). Previa purificación en la fuente de Castalia, el peregrino entraba por los Propileos y subía por la vía sagrada hasta el templo del dios. Allí una sacerdotisa, sentada sobre el trípode sagrado, recibía el oráculo que luego interpretaban los sacerdotes.

[8] Entre otros devotos de Delfos, hemos de recordar a Creso, quien había hecho espléndidos regalos al santuario. Los delfios lo retribuyeron con privilegios particulares.

sobre la esterilidad —cuando a un hombre no le nacen hijos— o sobre las cosechas, no iba a ser menos en un caso como este. Y a mi consulta respondió con un oráculo extraño y nada fácil de interpretar. Pues me ordenó que continuara haciendo con toda solicitud aquello mismo en lo que estoy ocupado, como si se tratase de una actividad honrada y provechosa, «hasta que —dijo— llegues al extremo de la tierra». Ahora bien, no es fácil mentir ni encaja en las costumbres de un hombre, y mucho menos en
las de un dios. Consideré, pues, que Odiseo, después de 10
tantas aventuras, no vaciló en volver a navegar empuñando los remos para seguir el consejo de Tiresias [9], difunto ya, hasta venir a dar con hombres que no conocían el mar ni siquiera de oídas [10]. Y yo, ¿no iba a hacer lo mismo si era el dios quien me lo ordenaba?

Así, después de darme ánimos a mí mismo para no tener miedo ni vergüenza de lo que hacía, me puse un humilde vestido y, mortificándome también en las demás cosas,
comencé a vagar por todas partes. Los que se encontraban 11
conmigo, al verme, me llamaban unos vagabundo, otros mendigo y algunos hasta filósofo [11]. A partir de entonces me sucedió que, poco a poco, sin pretenderlo y sin que yo tuviera gran concepto de mí mismo, recibí este nombre.

---

[9] Célebre adivino de Tebas que se quedó ciego por haber sorprendido a Atenea en el baño, o porque, según la tradición, dio la razón a Zeus en una disputa conyugal con Hera. Mencionado en *Od.* X 492, 524, XI 139, etc., es el adivino que interviene en la solución de la tragedia de Sófocles, *Edipo Rey* 300 ss.

[10] *Od.* XI 119 s.

[11] Esta reacción popular demuestra que la apariencia de Dión se apartaba de los cánones considerados como normales. Además, «filósofo», como insulto, significaba algo así como extravagante.

Por el contrario, la mayoría de los llamados filósofos se autoproclaman a sí mismos como hacen los heraldos en las Olimpíadas. Yo, por mi parte, siendo tantos los que me llamaban filósofo, no podía oponerme ni siempre ni
12 a todos. De modo que, por fortuna, conseguí algún provecho de esa fama. Pues muchos se presentaban ante mí y me preguntaban qué era, según mi opinión, bueno o malo. De este modo me veía obligado a reflexionar sobre estos temas para poder responder a los que me preguntaban. En una ocasión hasta me pidieron que hablara desde la
13 tribuna pública. En consecuencia, tuve que hablar de los deberes de los hombres y de las cosas que, desde mi punto de vista, podían serles provechosas.

Tenía la impresión de que, en general, todos los hombres son unos insensatos y de que nadie hace lo que debe ni busca la forma de librarse de los males presentes y de su mucha ignorancia e inquietud de ánimo, con el objeto de vivir de una manera más razonable y mejor. Por el contrario, todos andan revueltos y como arrastrados del mismo modo, y casi por las mismas cosas, para conseguir dinero, fama y determinados placeres del cuerpo. Pero nadie es capaz de librarse de estas cosas ni de hacer libre a su propia alma. Lo mismo, creo yo, que las cosas que caen en un remolino se ven forzadas a dar vueltas y no pueden librarse del vértigo.

14 Estas y otras cosas parecidas se las echaba en cara de vez en cuando a todos los demás y, en primer lugar, a mí mismo. Y, en un momento de perplejidad, recurrí a una frase antigua pronunciada por un tal Sócrates, y que no cesaba nunca él de repetir gritando con insistencia a todos y en todas partes, en las palestras y en el Liceo, en los talleres y en el ágora lo mismo que un *deus ex ma-*

china [12], como alguien ha dicho. Sin embargo, nunca 15
pretendí que fuera mía la frase, sino de quien era, y consideraba lógico que se me excusara, si no podía acordarme con precisión de todas las palabras ni de todo su contenido, sino que la decía con algunas palabras de más o de menos. Ni creo que, porque digo estas cosas que ya se han dicho muchos años antes, merezca por ello menos atención. «Porque, quizá —dije—, recibiréis por ello el mayor provecho. Pues no es razonable que las palabras antiguas, evaporándose como drogas, pierdan su vigor.»

Pues aquel Sócrates, siempre que veía a muchos hom- 16
bres reunidos, gritaba, entre lamentaciones y reproches, con absoluta valentía y franqueza: «¿Hacia dónde os precipitáis, hombres? ¿Ignoráis, acaso, que no estáis haciendo nada de lo que debéis, sino que andáis preocupados por las riquezas, tratando de conseguirlas a cualquier precio con el fin de poseerlas en abundancia y dejarlas en mayor cantidad a vuestros hijos? [13]. Sin embargo, todos por igual anduvisteis despreocupados de esos mismos hijos; y, antes, lo estuvisteis de vosotros que sois sus padres, pues no supisteis encontrar ni un sistema de educación ni una forma de vida conveniente y provechosa para los hombres. Con esa educación podríais usar vuestras riquezas con rectitud y justicia, y no de forma que perjudicaseis injustamente a otros. Así —lo que es más importante que las riquezas— no os haríais daño a vosotros mismos, ni a vuestros hijos, hijas, mujeres, hermanos y amigos; ni ellos os lo harían a vosotros.

---

[12] Cf. Pseudo-Platón, *Clitofonte* 407a, y Platón, *Crátilo* 425d. Aristóteles advierte en la *Poética* (1454ab) que el desenlace debe surgir de la acción, y no ser traído por medio de una forzada intervención divina. Cf. Horacio, *Arte Poética* 191 s.

[13] Cita casi textual de Ps.-Plat., *Clit.* 407a-b.

17 »Ahora bien, ¿creéis que, aprendiendo de vuestros padres el arte de la cítara, la lucha y las letras y enseñando las mismas cosas a vuestros hijos, viviréis en una ciudad más morigerada y mejor? Pero si uno reúne a los tañedores de cítara, a los profesores de gimnasia y a los gramáticos [14] que mejor conocen sus respectivas materias para fundar una nación, como en otro tiempo hicisteis vosotros en Jonia [15], ¿qué clase de ciudad os parece que sería y cuál su forma de vida? ¿No sería mucho peor y más mezquina que la ciudad de los traficantes en Egipto, donde viven toda clase de traficantes, tanto hombres como mujeres? [16]. ¿No formarán una ciudad mucho más ridícula estos maestros de vuestros hijos a quienes me refiero, es decir, los maestros de gimnasia, de cítara y de gramática, si reciben, además, a los rapsodas y a los actores?

18 »Pues, en efecto, todo lo que aprenden los hombres, lo aprenden, precisamente, para que, cuando surja la necesidad por la que lo han aprendido, puedan actuar según sus conocimientos. Así lo hace el timonel empuñando el timón en cuanto sube a la nave, pues para eso aprendió a pilotar. Y así también el médico, cuando se hace cargo

[14] Estos tres educadores, el gramático, el citarista y el paidotriba, estaban al frente de los tres campos en que se dividía la educación griega tradicional: lectura, escritura, cálculo (gramático), canto y manejo de un instrumento (citarista), educación física (paidotriba).

[15] Región litoral del Asia Menor que mira al mar Egeo y que fue colonizada por los jonios hacia el 1100-1000 a. C. Fue el centro de una intensa actividad intelectual y científica, y de una cultura que se forjó en centros tan prósperos como Éfeso y Mileto, o en islas como Samos y Quíos.

[16] Se trata de Náucratis, colonia fundada el 610 a. C. por Mileto en el brazo más occidental (Canóbico) del Nilo. Fue el principal punto de contacto entre las culturas de Egipto y Grecia. En la época helenística su importancia se desplazó a Alejandría.

de un enfermo, lo cura con medicinas y métodos de alimentación, pues para eso aprendió la profesión. Ahora 19
bien —continuó diciendo—, cuando hay que tomar alguna decisión en interés de la ciudad, ¿os reunís, acaso, en la asamblea y empezáis unos a tocar la cítara, otros a hacer ejercicios gimnásticos y otros a leer algún fragmento de Homero o de Hesíodo? Pues bien, estas cosas las sabéis mejor que otros y, partiendo de ellas, pensáis que vais a ser hombres honrados y que vais a poder administrar correctamente los asuntos públicos y los privados. Y ahora, con esta esperanza administráis vuestra ciudad y preparáis a vuestros hijos, para que sean capaces de tratar tanto sus asuntos particulares como los públicos, con tal de que sepan tocar discretamente a la cítara aquello de

Palas, terrible destructora de ciudades [17],

o se dediquen por entero a la lira. Pero, por lo que se refiere a saber lo que os conviene tanto a vosotros mismos como a vuestra patria, y a llevar en concordia una vida política y social por cauces de legalidad y justicia, sin agraviaros mutuamente ni conspirar los unos contra los otros, eso nunca lo aprendisteis ni os importó para nada. Y ni aun ahora os preocupáis de ello. Y aunque estáis viendo 20
continuamente a los actores trágicos en las Dionisíacas [18], y compadecéis las desgracias de los personajes de las tragedias, sin embargo, nunca os habéis dado cuenta de que todos esos males no les suceden a los analfabetos ni a los

---

[17] Fragmento de un poeta lírico —*Lamprocles*—, citado por ARISTÓTELES, *Nubes* 967, en un contexto sobre la educación.

[18] Había varias fiestas en honor de Dioniso. Las más importantes eran las Grandes Dionisíacas o fiestas de primavera (marzo) en las que se celebraban los certámenes de tragedias.

que desentonan cuando cantan ni a los que desconocen el arte de la lucha. Ni os habéis fijado en que nadie representa una tragedia basándose en la vida de un pobre hombre. Por el contrario, cualquiera vería con gusto todas las tragedias que traten de los Atreos [19], los Agamenones [20] y los Edipos [21], los cuales poseían las mayores riquezas en oro, plata, tierras y ganados. Pues bien, hasta al más desgraciado de ellos le nació, cuentan, un cordero de
21 oro [22]. Y Támiris [23], que tan bien conocía el arte de tañer la cítara, por atreverse a competir en música con las mismas Musas se quedó ciego y, en adelante, tuvo que abandonar el oficio de citarista. A Palamedes [24] de nada le sirvió el haber sido el inventor de las letras, para librarse de morir maltratado y apedreado por aquellos mismos aqueos que habían sido instruidos por él. Y es que, mientras eran analfabetos e ignorantes de las letras, le respeta-

---

[19] Atreo, padre de Agamenón y Menelao, vio su familia ensangrentada por horribles crímenes. Maldito por su padre Pélope, se refugió en Micenas, donde llegó a ser rey. La tumba mejor conservada de Micenas, de estilo de colmena, lleva el nombre de «Tesoro de Atreo».

[20] Agamenón, rey de Micenas, fue el generalísimo de los griegos que combatieron contra Troya. Al regresar, fue muerto por su esposa Clitemestra.

[21] Edipo (de pies hinchados) es el héroe de las tragedias de Sófocles *Edipo Rey* y *Edipo en Colono*. Mató a su padre Layo y se casó con su madre Yocasta, como ya había anunciado el oráculo de Delfos.

[22] La leyenda cuenta que lo que le nació a Atreo fue un cordero con vellocinos de oro, gracias a los cuales fue rey de Micenas. Pero los vellones fueron motivo de hondas enemistades familiares, una de cuyas consecuencias fue la muerte del propio Atreo a manos de su sobrino Egisto.

[23] Támiris, cantor tracio, presumía de que cantaba mejor que las Musas. Castigado por ellas, fue privado de la vista y de la voz; cf. *Ilíada* II 595.

[24] Palamedes tuvo fama de sabio y sagaz. Se le atribuye la invención del faro, la balanza, los dados, las letras del alfabeto, etc. Acusado de traición por Odiseo, fue condenado a muerte en Troya.

ron la vida. Pero, cuando les enseñó las letras a los demás —y a los Atridas evidentemente los primeros—, y con las letras les enseñó cómo se encienden fuegos y se cuenta el pueblo, ya que antes no sabían ni siquiera contar una muchedumbre como los pastores cuentan su ganado, entonces, al hacerse más sabios y más eficientes, lo mataron.

»Pero si creéis —dijo— que los oradores son capaces 22
de tomar decisiones y que su arte puede hacer buenos a los hombres, me sorprende que no les hayáis encomendado también las tareas de juzgar sobre los asuntos públicos, en vez de asumirlas vosotros, y que no les hayáis encargado el despacho de las finanzas, si es que los consideráis los más justos y honrados. Ahora bien, habríais actuado exactamente como si hubierais nombrado timoneles y navarcas a los remeros y a los cómitres.»

Y si alguno de los políticos y de los oradores le con- 23
testara: «Cuando los persas se lanzaron con tantas tropas dos veces seguidas contra Atenas y el resto de Grecia, la primera vez al enviar el rey de Persia un cuerpo de ejército con sus generales, y la segunda al presentarse Jerjes en persona con todas sus tropas de Asia, los atenienses, educados de aquella manera, los vencieron a todos ellos y fueron en todas partes superiores, tanto en el consejo como en la lucha [25]. Pero, a pesar de todo, ¿cómo iban a poder superar a tanta multitud dotada con tantos preparativos, si no fuera porque eran superiores en valor? ¿O cómo iban a sobresalir en valor, si no era porque tenían la mejor educación de todas, y no una educación vulgar y mediocre?»,

---

[25] La primera de estas expediciones acabó con la victoria de los atenienses sobre los persas en Maratón (490 a. C.). La segunda, dirigida por Jerjes en persona, fue derrotada en las batallas de Salamina (480 a. C.) y Platea (479 a. C.).

24 a quien le dijera estas cosas le respondería: «Los persas no vinieron porque hubieran recibido alguna particular educación ni porque supieran tomar decisiones sobre los asuntos públicos, sino porque se habían entrenado practicando el disparo con arco, la hípica y la caza. Y, sin embargo, entre ellos la cosa más vergonzosa era desnudarse y escupir en público. Pero aquellos entrenamientos no les iban a servir de nada. En consecuencia, no había prácticamente ningún general ni rey al frente de ellos, sino que eran innumerables miríadas de hombres, los más insensatos y desgraciados de todos. Sin embargo, había entre ellos uno solo que llevaba la tiara enhiesta y se sentaba en un trono de oro. Y él, como si fuera un dios, los empujaba a todos a la lucha. Unos se lanzaban al mar, otros montañas abajo. Y aunque azotados, llenos de miedo, tropezando unos con otros y temblando, se veían obligados a morir [26].
25 Es lo mismo que si dos hombres combatieran, ignorantes de las prácticas de la lucha. En el caso de que uno de ellos derribara alguna vez al otro, no sería por la experiencia, sino por casualidad; incluso, si el mismo combatiente lo consiguiera hasta dos veces seguidas. Es lo que pasaba cuando los persas llegaron a las manos con los atenienses. Pues unas veces vencían los atenienses, y otras los persas; como ocurrió más adelante, cuando los persas, combatiendo al lado de los lacedemonios, llegaron hasta derribar las
26 murallas de Atenas [27]. ¿Podrías, acaso, decirme que en-

[26] Es la expresión de la opinión tradicional que los griegos, libres y organizados racionalmente, tenían de los persas, sometidos al poder absoluto de su rey como esclavos masificados.

[27] Los persas estuvieron siempre atentos a los asuntos griegos, y se pusieron del lado de la potencia que parecía garantizar un equilibrio que los favorecía. Por eso, se inclinaron unas veces del lado de Esparta y otras del lado de Atenas.

tonces los atenienses estaban peor educados y menos instruidos en letras? Y después, en otra ocasión, cuando, bajo el mando de Conón, vencieron los atenienses en la batalla naval de Cnido [28], ¿fue porque estaban mejor entrenados en la lucha atlética y en el canto?»

De este modo, pues, demostraba que los atenienses no recibían ninguna educación provechosa. «Y ello —dijo— les ha sucedido no sólo a los atenienses, sino también prácticamente a todos los hombres tanto en el pasado como en la actualidad.

»Además —continuó—, el no haber recibido la educa- 27
ción adecuada y el no saber nada de lo que hay que saber, ni estar suficientemente preparado para la vida, y, sin embargo, vivir y pretender emprender así asuntos de importancia, es algo que no convence a nadie y menos todavía a los mismos interesados. Y ello, aunque suelen echar en cara a los ignorantes y a los que no tienen educación que no saben vivir correctamente. Pero son ignorantes no los que no saben tejer o trabajar el cuero, o los que son incapaces de bailar, sino aquellos que ignoran lo que debe saber el que pretenda ser un hombre bueno y honrado.»

De este modo les recomendaba que pusieran cuidado 28
en atender a sus requerimientos y que se dedicaran a la filosofía. Pues sabía que, si le obedecían, no harían otra cosa que dedicarse a ella. Ya que el procurar ser apreciado y el afanarse por ser un hombre bueno y honrado no es otra cosa que vivir como filósofo. Sin embargo, no acos-

[28] Conón, el único general que se salvó del desastre de Egospótamos, venció junto a Cnido a la flota espartana. Conón combatía entonces al servicio del Rey de Persia. Era el año 394 a. C. Como Sócrates murió el 399 a. C., no es posible que pudiera hacer alusión alguna a la batalla de Cnido.

tumbraba a usar este nombre, sino que solamente recomendaba que los hombres procuraran ser honrados.

29 Así pues, a aquellos hombres les decía yo casi estas mismas cosas tan anticuadas y trasnochadas. Pero como no me dejaban tranquilo ni siquiera cuando me encontraba en la misma Roma, no me atrevía a pronunciar ni una palabra por mi propia cuenta. Pues tenía miedo de hacer el ridículo y de parecer un insensato, puesto que estaba convencido de ser un anticuado y un ignorante. Por eso, me hice esta consideración:

«Vamos, hombre, si remedando tales palabras las aplicara yo a las cosas que más admiración provocan entre esta gente, y afirmara que ninguna de ellas vale la pena —ni el lujo, ni el desenfreno—, sino que lo que necesitan es una educación integral y buena, a lo mejor no se burlaban de mí por decir estas cosas ni me llamaban insensato.
30 Pero si lo hacen, podré decirles que estas palabras fueron pronunciadas por un hombre a quien los griegos todos admiraron por su sabiduría y a quien Apolo consideró como el más sabio de todos [29]. El mismo Arquelao [30], rey de Macedonia, hombre de extensos conocimientos y que había convivido con muchos sabios, solía invitarle con dones y recompensas para poder escucharle cuando hablaba de estos temas.»

31 Así intentaba yo también hablar a los romanos, cuando me invitaron porque creían interesante que yo les dirigiera la palabra. Y no lo hacía cogiéndolos aparte de dos en dos o de tres en tres en palestras y paseos. Pues no es posible reunirse de esta manera en aquella ciudad. Pero

---

[29] PLATÓN, *Apología* 21a-b.

[30] Arquelao, rey de Macedonia del 413 al 399 a. C., fomentó la helenización de su país llamando a su corte a sabios y artistas griegos.

cuando muchos estaban ya reunidos en un mismo lugar, yo trataba de decirles que necesitaban una educación mejor y más cuidada, si querían llegar a ser felices realmente y de verdad, y no, como ocurre ahora, según el parecer de la mayoría de los hombres. Y lo comprenderán mucho mejor, si alguien les hace cambiar de opinión y se encarga de enseñarles que no merece la pena ninguna de las cosas por las que se preocupan y que tratan de poseer con todo su afán, en la idea de que cuantas más posean tanto mejor
y más dichosamente vivirán. Pero, por lo que se refiere 32
a la sensatez, la hombría y la justicia, si es que las practican en serio y las asumen de corazón, hallarán en alguna parte maestros de éstas como de las demás virtudes. Y no les importará si son griegos o romanos, o si entre los escitas o los indios hay alguien que sea maestro de estas materias que digo. Pues no se trata, desde mi punto de vista, de la práctica del tiro con arco o de la hípica. Sino que, por Zeus, lo que hace falta es un médico que sepa curar las enfermedades del cuerpo a la vez que esté suficientemente capacitado para sanar las del alma, un médico que pueda librar del desenfreno, de la codicia y de otras enfermedades por el estilo a los que están dominados por ellas.
Ahora bien, un médico así conviene tomarlo y llevarlo 33
consigo después de convencerlo por la fuerza de la razón o de la amistad. Pues a un hombre como ése no es posible convencerlo ni con dinero ni con otra clase de regalos. Y después de colocarlo en la acrópolis [31], hay que obligar por decreto a que tanto los jóvenes como los ancianos frecuenten su compañía, hasta que todos, convertidos en sa-

[31] En la acrópolis o ciudadela solían estar los edificios públicos más importantes, desde donde se dirigían los destinos de la ciudad. Sus murallas la protegían en tiempos de guerra.

bios y enamorados de la justicia, desprecien el oro y la plata, el marfil y los ricos alimentos, los perfumes y los placeres carnales. Entonces vivirán felices dominándose a sí mismos ante todo y sobre todo, y luego, gobernando a los demás hombres.

34 «Pues, entonces —dije—, vuestra ciudad será grande, fuerte y verdaderamente poderosa, ya que en la actualidad su grandeza resulta sospechosa y no del todo segura. Porque —añadí— cuanto mayor sea entre vosotros la hombría, la justicia y la sensatez, tanto menor será la cantidad de plata y oro, de objetos de marfil y ámbar, de cristal, cidro, ébano, de adornos mujeriles, de bordados, afeites y, en una palabra, de las cosas que en vuestra ciudad son
35 más apreciadas y objeto de emulación. Entonces necesitaréis pocas de ellas, y cuando hayáis llegado a la cima de la virtud, ya no necesitaréis ninguna. Habitaréis en casas más pequeñas y mejores, y no tendréis que alimentar a tanta muchedumbre de esclavos perezosos y totalmente inútiles. Y lo más paradójico de todo: cuanto más piadosos y religiosos os hagáis, tanto menores serán las ofrendas de incienso, de perfumes y de guirnaldas; ofreceréis menos sacrificios y menos costosos, y la cantidad de gente que
36 ahora vive a costa vuestra será mucho menor. Toda la ciudad, en fin, como una nave a la que se aligera de lastre, saldrá a flote y será mucho más ágil y segura. Veréis cómo la Sibila y Bacis [32] os profetizan estas mismas cosas, ya que se trata de dos excelentes profetas y adivinos. Pero tal como están las cosas en la actualidad por la gran cantidad de riquezas que de todas partes afluyen a este lugar

---

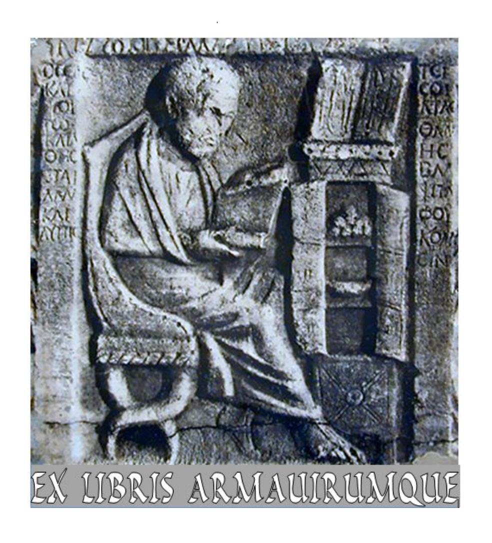
[32] Sibila es el nombre que se daba a las profetisas, muchas de las cuales tuvieron nombre propio. Los profetas masculinos recibían el nombre de Bacis.

único, domina el lujo y la ambición. Por eso, ocurre lo mismo que cuando Aquiles, después de adornar la pira de Patroclo con abundante leña, con muchas telas, vestidos y, además, con grasas y aceites, derramando libaciones y prometiendo sacrificios, rogaba a los vientos que vinieran
a prender fuego y a consumirlo todo [33]. Pues tales cosas 37
son igualmente a propósito para excitar la insolencia y el desenfreno de los hombres.»

Sin embargo, yo no les decía que les resultara difícil ser educados, «puesto que en lo demás, les decía, habéis aprendido todo lo que os propusisteis, aunque no fuerais por eso mejores que nadie». Me refiero a la hípica, la lucha con arco, la infantería pesada...

---

[33] *Il.* XXIII 161-177, 192-216.



XIV

SOBRE LA ESCLAVITUD Y LA LIBERTAD (I)

INTRODUCCIÓN

Dión empieza este discurso con dos afirmaciones: 1) todos los hombres desean la libertad, pero 2) ignoran, en realidad, en qué consiste ser libre. Porque muchos piensan que ser libre quiere decir no estar sometido a nada ni a nadie. Pero, en contra de este punto de vista elemental y simple, está el hecho de los soldados y los enfermos que se someten a los jefes militares o a los médicos y, sin embargo, no dejan por eso de ser libres. Los esclavos, en cambio, obedecen a pesar suyo.

En este punto de la exposición aparece un interlocutor cuya presencia da al resto del discurso perfil de diálogo. A través de la diatriba rechaza Dión la noción de esclavitud que nace del dinero pagado por el coste del esclavo. O el concepto que se deriva del poder de castigar a un hombre. La libertad o la esclavitud están más allá de estos detalles, porque tienen ambas su raíz en el alma de los hombres. La libertad es, pues, «la ciencia de las cosas permitidas y de las prohibidas», mientras que «la esclavitud es la ignorancia de las cosas lícitas y de las ilícitas».

La libertad o la esclavitud guardan proporción con la sabiduría o la ignorancia, con la prudencia o la insensatez. De ahí que lo mismo puede ser esclavo el Gran Rey (de Persia), que libre cualquier siervo cargado de cadenas. Pues

la libertad verdadera nada tiene que ver ni con los títulos, ni con los cargos, ni con el peso de los grilletes ni con la clase de vestidos.

Dión pronuncia este discurso probablemente durante su destierro. Y en esas circunstancias había adoptado no sólo el hábito externo y la apariencia de filósofo, sino la profesión de maestro. Su concepto de libertad coincide con la doctrina estoica, según la cual el hombre sabio y que sabe dominarse a sí mismo es el que realmente es libre. Epicteto en sus *Diatribas* reconoce que «nadie es libre si no se domina a sí mismo» (IV 1).

SOBRE LA ESCLAVITUD Y LA LIBERTAD (I)

Los hombres desean ser libres más que ninguna otra 1
cosa. Y dicen que la libertad es el mayor de los bienes, como la esclavitud es el más vergonzoso y desdichado de los males. Sin embargo, no saben exactamente en qué consiste ser libre o ser esclavo. Además, no hacen nada, como quien dice, para librarse de eso tan vergonzoso y duro que es la esclavitud, ni por poseer lo que más les merece la pena, como es la libertad. Por el contrario, practican aquellas cosas por las que necesariamente han de ser esclavos toda la vida y jamás conseguirán ser libres. Sin embargo, 2
quizá no sea normal sorprendernos porque no pueden ni conseguir ni evitar lo que realmente ignoran. Pues si casualmente ignoran lo que son un cordero y un lobo, pero consideran que uno es útil y bueno de poseer, y el otro perjudicial e inútil, no sería nada sorprendente que tuvieran miedo del cordero y huyeran de él como si fuera un lobo; en cambio, se acercarían al lobo y lo llamarían, creyendo que era un cordero. Pues la ignorancia produce estos efectos en los ignorantes, y los obliga a rechazar o a buscar lo contrario de lo que quieren y de lo que les conviene.

Veamos, pues, si la mayoría de los hombres tiene 3
ideas claras sobre la libertad y la esclavitud. Pues quizá les censuramos sin motivo, cuando de hecho conocen estas cosas mejor que nadie.

Así pues, si alguien les pregunta que en qué consiste la libertad, quizá respondan que en no estar sometido a nadie y en obrar sencillamente según el propio criterio.
4 Pero supongamos que, al que así ha respondido, le vuelven a preguntar qué pasa cuando un coreuta está en un coro y no atiende al corifeo ni se somete a él, sino que canta o desentona por su cuenta. No creo que esté de acuerdo con los que consideran hermosa y libre esa conducta, antes, por el contrario, creen que el atender y obedecer al director de coro y el empezar a cantar, o terminar, cuando el director ordena es vergonzoso y propio de esclavos.
5 Ni tampoco si uno le pregunta, en el supuesto de un pasajero que no hace caso del timonel ni cumple sus órdenes, si cree que eso significa ser libre. Por ejemplo, si a uno le mandan sentarse, y permanece de pie en la nave, sólo porque así se le ocurre; o si le mandan achicar agua o recoger las velas, y ni achica agua ni toca una cuerda, a ése tampoco se le puede llamar libre o digno de envidia
6 porque actúe según su propio criterio. En cuanto a los soldados, nadie diría que son esclavos porque obedecen a su general, y se ponen de pie cuando el general se lo ordena; y toman alimento o cogen las armas, se ponen en formación y avanzan o se repliegan, solamente si su general se lo manda. Y nadie podrá llamar esclavos a los
7 enfermos porque obedecen a sus médicos. Y eso que les obedecen en cosas nada insignificantes ni sencillas, como cuando les mandan algunas veces abstenerse de comer y beber. Así pues, si alguna vez cree el médico que debe atar al enfermo, lo ata sin más. Y cuando hay que amputar o cauterizar, amputará o cauterizará en la medida en que lo crea oportuno. Si el enfermo no obedece, todos los de la casa se pondrán del lado del médico. Y no sólo los libres, sino muchas veces los mismos criados del enfermo

ayudan a atar a su amo, y traen fuego para el cauterio, y preparan lo demás. ¿Dirás, acaso, que no es libre un 8 hombre así, por tener que aguantar muchas cosas desagradables bajo la autoridad de otro? Porque entonces tampoco dirías que fue libre Darío [1], rey de los persas cuando se cayó del caballo en una cacería y se le dislocó el tobillo. Pues tuvo que obedecer a los médicos que tiraban y retorcían para que la articulación volviera a su sitio. Y, sin embargo, se trataba de médicos egipcios [2]. Ni llamarías libre a Jerjes, cuando, al retirarse de Grecia y verse sobre la nave envuelto en una tempestad, obedeció en todo al timonel y no se permitió, contra el criterio de aquel hombre, ni hacer el más leve gesto ni modificar sus decisiones. Por consiguiente, nadie podrá seguir diciendo que la libertad consiste en no estar sometido a nadie y en hacer lo que uno quiera.

Pero, quizá, replicarán que todos éstos obedecen en 9 lo que les interesa, como, por eso, obedecen al timonel los pasajeros, los soldados al general y los enfermos al médico. Además de que los que les mandan sólo les mandan hacer cosas que también interesan a los que obedecen. Pero los amos mandan hacer a los esclavos no lo que interesa a los esclavos, sino lo que piensan que es más ventajoso para los mismos amos. Entonces, ¿qué? ¿Acaso al amo 10 le interesa que su criado se muera, se ponga enfermo o sea un granuja? Nadie, pienso yo, se atrevería a decirlo.

---

[1] Se trata de Darío I, rey de Persia del 522 al 485 a. C. Sucedió a Cambises y fue el gran organizador del imperio. Era el rey persa que envió la expedición frenada en Maratón. De su caída del caballo refiere HERÓDOTO en sus *Historias* III 129.

[2] No fueron, sin embargo, los médicos egipcios los que curaron a Darío, sino Democedes de Crotona (*ibid.*, III 129-130). Sobre la medicina en el antiguo Egipto, cf. *ibid.*, II 84.

Por el contrario, lo que le interesa es que viva, esté sano y sea útil. Y estas mismas cosas resultarán también provechosas para el criado. De manera que el amo, si es inteligente, no mandará a su criado nada más que aquello que le interese al criado, en la seguridad de que eso mismo será también útil para él mismo.

11 INTERLOCUTOR. — Pero aquel por quien uno paga dinero es por necesidad un esclavo.

DIÓN. — Bueno, muchos hombres han pagado dinero por otros muchos que eran libres y han abonado un rescate, bien a los enemigos, bien a los ladrones, y algunos incluso han pagado su propio precio a sus dueños [3]. Sin embargo, no se puede decir que éstos sean esclavos de ellos mismos.

12 INT. — Ya, pero si alguien tiene derecho a azotar, encarcelar o matar a otro, y a hacerle cualquier cosa que quiera [4], es porque ese otro es su esclavo.

---

[3] El esclavo, en la Grecia antigua, procedía de tres fuentes: el nacimiento (los hijos de esclavos), un juicio condenatorio por insolvencia, la guerra (los prisioneros). Jurídicamente, el esclavo era un «cuerpo» que se podía vender, legar o alquilar. El amo podía castigarlo, pero no tenía derecho de vida o muerte. Según JENOFONTE (*Económico* VII 37), la dueña de la casa debe cuidar al esclavo enfermo. Pero, de todos modos, la situación de los esclavos era muy variable, pues dependía del lugar de trabajo (minas, campo, industria, casa) o de la profesión, así como del carácter del amo. Particularmente triste fue la suerte de los ilotas en Esparta.— Lo sorprendente es que los filósofos no abordaron el tema en profundidad. Para ARISTÓTELES, incluso, los esclavos eran parte integrante de la familia junto con el padre, la madre y los hijos (*Política* I 12, 3-6). Podían conseguir la libertad de cuatro maneras: por el dinero ahorrado por el mismo esclavo, por testamento del amo, por manumisión del dueño y por manumisión pública por servicios al Estado.

[4] Esta situación de los esclavos refleja un endurecimiento de sus condiciones de vida en los tiempos de Dión.

DIÓN. — Bueno, ¿y qué? ¿No pueden los piratas hacer eso mismo a sus prisioneros? Y tampoco, por eso, se trata de esclavos. Más aún, ¿no tienen derecho los jueces a imponer la pena de cárcel, de muerte o cualquier otra pena que quieran a muchos de los acusados? Y tampoco estos acusados son esclavos. Pero si lo fueran solamente durante el día en que cada uno de ellos se somete a juicio, eso no tendría ningún sentido. Porque ¿se ha dicho de alguien que haya sido esclavo sólo por un día?

INT. — Y bien, resumiendo en una palabra, hay que 13
reconocer que aquel que puede hacer lo que quiere, es un hombre libre, y el que no, es un esclavo.

DIÓN. — Pero no podrá hacer esta misma afirmación en el caso de los navegantes, ni de los enfermos, ni de los que prestan servicio en el ejército, ni de los que están aprendiendo las letras, la cítara, la lucha o cualquier otro arte. Pues no les está permitido hacer lo que quieren, sino lo que el timonel, el médico y el maestro les mandan. Pero es que tampoco los demás pueden hacer lo que les apetece, sino que, si alguno hace algo en contra de las leyes establecidas, será castigado.

INT. — Luego el que tiene poder para obrar como 14
quiera en todo aquello que no está prohibido ni mandado por la ley es libre y, por el contrario, el que no tiene ese poder es esclavo.

DIÓN. — Bueno ¿y qué? ¿Crees que te está permitido hacer todo lo que no está expresamente prohibido por las leyes, como cobrar impuestos, cuidar un prostíbulo y otras cosas por el estilo?

INT. — Por Zeus, no me atrevería ni siquiera a decir que tales cosas les estén permitidas a los hombres libres.

Pues para estas cosas hay un castigo que es el ser objeto de odio y de rechazo por parte de los hombres [5].

15 DIÓN. — Bueno, ¿y qué? Todo lo que los hombres intemperantes hacen por causa de su intemperancia, y los insensatos por su ignorancia, bien descuidando su hacienda o su persona, bien comportándose injusta y desconsideradamente unos con otros, resulta perjudicial para los que lo hacen. Pues reciben daño unas veces en su persona, otras en su hacienda o, lo que es más importante, en su propia alma.

INT. — En esto que dices tienes razón.

DIÓN. — ¿Luego tampoco es lícito hacer estas cosas?

INT. — Pues claro que no.

16 DIÓN. — En una palabra, que no es lícito hacer las cosas indignas, absurdas e inconvenientes, mientras que las justas, provechosas y buenas hay que reconocer que no sólo son convenientes sino lícitas. ¿No te parece?

INT. — Pues sí, así me parece.

DIÓN. — Por consiguiente, nadie que haga cosas indignas e inconvenientes quedará sin castigo, tanto si es griego como si es bárbaro... y tampoco aquel por quien se ha pagado su precio en dinero.

INT. — No, por supuesto.

DIÓN. — En cambio, a todos les está permitido hacer las cosas contrarias, de modo que los que hacen lo que está permitido vivirán sin castigo, mientras que los que ha-
17 cen lo que está prohibido serán castigados. ¿O crees tú que hacen lo que es lícito solamente los hombres que tie-

---

[5] En el Discurso XII 15, distingue Dión profesiones nobles y profesiones inferiores. Entre éstas, y en su nivel inferior, están las ocupaciones infamantes desempeñadas por los más pobres. Recordemos que «pobre» significa, en griego, «el que se esconde por vergüenza o miedo (*ptōkhós*)».

nen conocimiento de causa, y que hacen las cosas contrarias únicamente los ignorantes?

INT. — Pues claro.

DIÓN. — Por consiguiente a los hombres sensatos les está permitido hacer cuanto quieren, mientras que a los insensatos no les es lícito hacer lo que pretenden. En consecuencia, ¿será preciso reconocer que los hombres sensatos son libres y pueden obrar como quieren y, en cambio, los insensatos son esclavos y hacen lo que no les está permitido?

INT. — Es posible.

DIÓN. — Luego es necesario afirmar que la libertad 18
es la ciencia de las cosas permitidas y de las prohibidas, y que la esclavitud es la ignorancia de las cosas lícitas y de las ilícitas [6]. Por este razonamiento, nada podría impedir que el Gran Rey, ese que lleva una enorme tiara sobre su cabeza, fuera un esclavo y no pudiera hacer nada de lo que hace. Pues todo lo haría de forma penosa y desagradable. En cambio, otro cualquiera, considerado como esclavo y llamado esclavo, que ha sido vendido no una sino muchas veces, según la oportunidad, y que eventualmente llevara los más pesados grilletes, podría ser más libre incluso que el Gran Rey.

INT. — Pues a mí me parece lo más absurdo el que 19
alguien que lleva grilletes, o está marcado o muele en el molino, sea más libre que el Gran Rey.

DIÓN. — Pero, bueno, ¿has estado por casualidad en Tracia [7]?

---

[6] Responde esta opinión al optimismo de la moral socrática, según la cual conocer una ley equivale a cumplirla (cf. JENOFONTE, *Memorables* IV 6; PLATÓN, *Protágoras* 332, 345, 358; ARISTÓTELES, *Ética nicomaquea* VI 13, 1145, VII 2, 1146).

[7] Es la región situada al Este de Macedonia y al Norte del Egeo. Para los griegos era una región bárbara, es decir, de cultura no griega.

INT. — Pues sí que he estado.

DIÓN. — Entonces habrás visto allí que las mujeres libres están llenas de tatuajes y tienen tantos más tatuajes y tanto más complicados cuanto más nobles son y de más nobles familias [8].

INT. — ¿Y esto qué quiere decir?

20 DIÓN. — Pues que, al parecer, nada impide el que la reina también esté tatuada. ¿Y crees que algo se lo podría impedir al mismo rey? Además, ¿no has oído nada de esa clase de gente cuyo rey vive custodiado en una torre altísima de la que no le está permitido ni siquiera bajar? Pero si algo has oído, sabrás que es posible que un rey viva confinado. Y seguramente verías cómo los tracios se sorprendían, si les contabas historias del rey de los persas, y no creerían que existe un rey que anda viajando en un carro y que va a donde quiere [9].

INT. — Pero no podrías presentar a un rey que esté atado.

21 DIÓN. — Un rey de los hombres, quizá no; pero el rey de los dioses, el primero y más anciano de todos, sí vive prisionero, según se dice y si hemos de creer a Hesíodo, Homero y a otros sabios autores que lo cuentan de Cronos [10]. Y, por Zeus, que no sufre estas penas injustamente y de parte de un enemigo, sino de parte del ser más justo y que le es más querido. De donde se concluye que le hace sufrir estas cosas por considerarlas dignas de un rey y pro-

---

[8] «Estar marcado es, entre los tracios, señal de gente noble; no estarlo es de gente vil y baja» (HERÓD., V 6).

[9] Los historiadores cuentan, de los mosinecos, que vivían en torres de madera. Eran pueblos del Ponto y de Escitia. JENOFONTE refiere el asalto de los griegos a su fortaleza, donde el rey murió sin atreverse a salir (*Anábasis* V 4 ss.; cf. HERÓD., III 94, VII 78, etc.).

[10] HESÍODO, *Teogonía* 488-506.

vechosas para él. Pero muchos lo ignoran y nunca podrían 22
imaginar que un mendigo, un cautivo o una persona de mala reputación llegara a ser rey. Y, sin embargo, saben que Odiseo, aunque en traje de mendigo y pidiendo limosna a los pretendientes, no por ello dejaba de ser el rey y el señor de la casa. En cambio, Antínoo y Eurímaco, a quienes Homero llama «reyes», eran unos miserables y desgraciados [11]. Pero ellos mismos, como ya he dicho, lo ignoran y, como prendas de su dignidad, se ciñen tiaras y toman cetros y coronas para que todos vean que son reyes. Y ocurre, creo yo, como cuando los dueños marcan a sus ganados para que la marca les sirva de distintivo. Así, por ejemplo, el rey de Persia ponía mucho cuidado en ser el único que llevara la tiara enhiesta. Y al que se atrevía a ponérsela así, inmediatamente mandaba ejecutarlo. Pues no era bueno ni conveniente que entre tantos miles de hombres hubiera dos que llevaran enhiestas las tiaras. Pero, en cuanto a tener un criterio recto y en cuanto a que nadie fuera más sabio que él en prudencia, eso no le importaba nada.

Ojalá, pues, no ocurra como en otro tiempo cuando existían tales signos de la dignidad real. Y que no haga falta ahora que haya tales distintivos de la libertad, de modo que se tenga que caminar con gorro en la cabeza para que la gente pueda distinguir al que es libre del que es esclavo [12].

---

[11] En traje y apariencia de mendigo llega Odiseo a su patria Ítaca. Y como mendigo es recibido y tratado por Antínoo, Eurímaco y otros pretendientes y criados (HOM., *Od.* XIV ss.).

[12] Según JENOFONTE (*Constitución de los atenienses* 10 ss.), no se distinguían los hombres libres de los esclavos por la forma de vestir. Más tarde, al parecer, hubo prendas que servían como símbolos de libertad.

XV

SOBRE LA ESCLAVITUD Y LA LIBERTAD (II)

INTRODUCCIÓN

Nuevamente aborda Dión en este discurso el tema de la esclavitud y la libertad. Y lo hace desde un punto de vista en el que se manifiesta obsesivamente interesado. ¿Cómo distinguir a un esclavo de un hombre libre? Los estoicos ya han dado la respuesta. Y a ella va a llegar Dión a través del debate que mantienen dos interlocutores en un contexto privado, pero con oyentes que reparten sus preferencias entre ambos protagonistas.

Todo surge cuando el más débil, dialécticamente hablando, recurre al insulto. Sus airadas palabras «no eres hombre libre» van a provocar la diatriba. El injuriado analiza todas las etiquetas que le va presentando su rival: ni la patria, ni los padres (putativos), ni la forma de vida, ni el estar sometido son argumentos suficientes para colegir la esclavitud de una persona.

Y aunque los interlocutores se ponen de acuerdo en que es esclavo el que es objeto de una posesión, tropiezan con la misma dificultad. Porque ni el que es adquirido por dinero, regalo o herencia, ni el que nace de padres esclavos, ni el que es capturado en acción de guerra son por necesidad esclavos. Lo es, más bien, el que es servil por naturaleza. De donde concluye el discurso con la afirmación de

que libre es igual que noble, como esclavo es lo mismo que grosero o servil de espíritu.

Las ideas fundamentales de este discurso coinciden con el Antístenes de Diógenes Laercio (*Vidas de los filósofos* VI). Antístenes, fundador de la Escuela Cínica, era también un bastardo de nacimiento, pero un noble de espíritu.

SOBRE LA ESCLAVITUD Y LA LIBERTAD (II)

Hace poco tiempo asistí a una discusión en la que se 1
debatía el tema de la esclavitud y la libertad. Pero no era un debate ante los jueces ni en el ágora, sino sencillamente en una casa particular y sin límite de tiempo [1]. Además, estaban también presentes no pocos partidarios de cada uno de los dos contendientes. Pues me parece que habían estado antes discutiendo casualmente sobre otros temas. Vencido, pues, uno de ellos por la fuerza de los argumentos y encontrándose desconcertado, recurrió al insulto, como muchas veces suele suceder. Y empezó a echarle en cara al otro que no era hombre libre. El otro sonrió con gran amabilidad y dijo:

A. — ¿De dónde infieres eso? ¿Es posible, acaso, 2
saber quién es esclavo y quién es libre?

B. — Sí, por Zeus —contestó—. Yo sé, por ejemplo, que yo soy libre y que también lo son todos éstos. Pero tú nada tienes que ver con la libertad.

Entonces algunos de los presentes se echaron a reír, con lo que el primero ya no sintió ninguna vergüenza. Y de la misma manera que los gallos valientes se reaniman

[1] En la oratoria forense los discursos se medían mediante una clepsidra o reloj de agua.

con los golpes y redoblan su coraje, así también aquel hombre se reanimó, redobló su coraje ante el insulto y preguntó al otro que dónde había aprendido lo que afirmaba sobre ellos dos.

3 B. — Porque —respondió— sé que mi padre es ateniense como el que más, mientras que el tuyo es criado de fulano —y citó su nombre—.

A. — Según eso, ¿qué es lo que me impide ungirme en el gimnasio de Cinosarges [2] en compañía de los bastardos, si de verdad soy hijo de madre libre —y posiblemente hasta ciudadana— y del padre que dices? ¿O es que no ha habido muchas mujeres ciudadanas que, ya sea por vivir solas o no encontrar marido, han quedado encintas unas de varones extranjeros, otras de esclavos? Algunas obraban así por ignorancia, pero otras actuaban con pleno conocimiento de causa. Ahora bien, nadie de los que nacen así es esclavo, sino que sólo puede decirse que no es ateniense.

4 B. — Pero es que yo sé que también tu madre es compañera de esclavitud de tu padre.

A. — Bueno, ¿y tú conoces a tu propia madre?

B. — Completamente. Es una ciudadana, hija de ciudadanos, que aportó a su matrimonio una rica dote.

A. — ¿Y podrías, acaso, afirmar con juramento que eres hijo de aquel de quien ella afirma que eres? Pues Telémaco no creyó que valiera la pena insistir en la defensa de Penélope, hija de Icario, considerada como una mujer discretísima, asegurando que decía la verdad al afirmar que

---

[2] El gimnasio de Cinosarges, en las cercanías de Atenas, fue el lugar en el que Antístenes fundó la escuela filosófica de los cínicos. En los tiempos más antiguos era el gimnasio de los bastardos, es decir, de los que no eran atenienses puros.

Odiseo era el padre [3]. Pero tú, según las apariencias, no
sólo te atreverías a jurar en defensa tuya y de tu madre
si alguien te lo pidiera, sino también sobre una esclava
cualquiera afirmarías con juramento quién era el padre de
su hijo, como ocurre en el caso de la que dices ser mi
madre. ¿O te parece imposible que quede encinta por 5
obra de otro hombre libre o, incluso, de su mismo señor?
¿No son muchos los atenienses que tienen relaciones con
sus criadas, unos a escondidas y otros públicamente? Y
no por eso son todos mejores que Heracles, el cual no se
desdeñó de tener relaciones ni siquiera con la esclava de
Yárdano de quien nacieron los reyes de Sardes [4]. Más aún, 6
seguramente sabes cómo Clitemestra, hija de Tindáreo y
esposa de Agamenón, no sólo tuvo relaciones con su propio marido Agamenón, sino que también cohabitó con Egisto mientras su marido estaba ausente [5]. De la misma manera Aérope, mujer de Atreo, aceptó el trato con Tiestes [6].
Y otras muchas mujeres de hombres famosos y ricos, tanto antiguamente como en la actualidad, tuvieron relaciones
con otros, de los que algunas veces llegaron a tener hijos.
Pero esa mujer, a la que tú llamas criada, guarda fidelidad
a su propio marido con tan absoluto rigor que nunca ha
tenido relaciones con otro. Pero hay más todavía. Hablan- 7
do de nosotros dos, aseguras que somos hijos, respectivamente, de la que parece ser y es llamada nuestra madre.
Sin embargo, podrías citar a muchos atenienses —y, por
cierto, de los más conocidos— que resultaron no ser hijos,
no ya de su padre, sino ni siquiera de aquella a la que

[3] *Odisea* I 214-220.

[4] Así lo refiere HERÓDOTO (I 7), aunque existen tradiciones divergentes.

[5] El adulterio de Clitemestra con Egisto forma parte de la leyenda de los Atridas recogida por Esquilo en su *Agamenón*.

[6] Cf. n. 19 al Discurso XIII, sobre las desgracias de Atreo.

consideraban su madre. Y, sin embargo, fueron criados como hijos legítimos. Estos detalles los ves continuamente expuestos y relatados por los autores de comedias y en las tragedias. Pero, a pesar de ello, no cejas en tus opiniones, tanto sobre ti como sobre mí, cual si supieras con seguri-
8 dad de qué modo y de quiénes hemos nacido. ¿No sabes que la ley ofrece la posibilidad de acusar de difamación al que habla mal de alguien sin aportar ninguna prueba definitiva de lo que afirma?

B. — Pues yo sé que las mujeres libres, cuando no tienen hijos, hacen pasar por suyos a hijos ajenos si no pueden concebir ellas mismas. Y es que cada una de ellas quiere retener a su marido y conservar su casa y, además, que no les falten medios para mantener a los hijos. Pero en el caso de las esclavas ocurre lo contrario, pues algunas se deshacen del niño antes del parto, otras después si pueden hacerlo a escondidas y, algunas veces, hasta con la complicidad de los maridos. Así no tendrán problemas al verse obligadas a criarlos para la esclavitud.

9 A. — Sí, por Zeus, excepto en el caso de la esclava de Eneo, el hijo bastardo, según él mismo decía, de Pandión [7]. Pues el pastor de Eneo, que vivía en Eléuteras [8], y la mujer del pastor no sólo no abandonaban a los hijos que engendraban, sino que, si encontraban en el camino niños ajenos abandonados, aunque no supieran de quién eran, los recogían y alimentaban como si fueran suyos. Y, después, nunca reconocían voluntariamente que fueran

[7] Pandión, hijo de Erictonio, tuvo de Zeuxipe, hermana de su madre, cuatro hijos (Erecteo, Butes, Procne y Filomela) y un bastardo, Eneo. Murió de pena cuando sus hijas fueron transformadas en aves.

[8] Ciudad de Beocia, al Sur de Tebas, junto al camino antiguo que bajaba de Tebas a Atenas.

hijos de otros. Pero tú, quizás, insultarías a Zeto y a Anfión [9] antes de que se supiera quiénes eran, y serías capaz de jurar que los hijos de Zeus eran esclavos.

Y sonriendo con mucha ironía el otro interlocutor, 10
dijo:

B. — ¿Presentas como testigos a los trágicos?

A. — Sí, porque los griegos confían en ellos. Tanto que a quienes los trágicos tienen como héroes, a ésos como a héroes los griegos les ofrecen sacrificios. Y cualquiera puede ver los santuarios edificados en su honor. Del mismo modo, fíjate, si lo prefieres, en el caso de la mujer frigia, esclava de Príamo, que crió a Alejandro en el monte Ida como si fuera su propio hijo después de recibirlo de su marido, que era pastor y que no puso reparos a la crianza del niño. En cuanto a Télefo [10], el hijo de Auge y de Heracles, dicen que fue criado no por una mujer sino por una cierva. ¿O te parece a ti que una cierva se compadecería de un recién nacido y desearía criarlo más que un
ser humano, si este ser humano fuera una esclava? Veamos, 11
pues, por los dioses. Si yo reconociera contigo que mis padres son los que tú dices, ¿de dónde conoces su condición de esclavos? ¿O es que también conocías perfectamente a sus padres, de modo que estás dispuesto a jurar por cada uno de ellos que ambos han nacido también de otros esclavos, y lo mismo sus anteriores antepasados y todos desde el principio? Pues es evidente que, si alguno

[9] Zeto y Anfión eran hijos de Zeus y Antíope de Tebas. Hermanos gemelos, eran, sin embargo, distintos de carácter. Pues, mientras Zeto era rudo y basto, Anfión tenía tal sensibilidad, que, al pulsar la lira, las piedras solas se acoplaban en los muros de Tebas.

[10] Hijo de Heracles y de la sacerdotisa Auge, fue expuesto cuando era niño. Aquel abandono dio lugar a las circunstancias descritas por Dión.

de la familia es libre, ya no es posible considerar con razón a sus descendientes como esclavos. Y es imposible, buen hombre, que desde todos los siglos, como suele decirse, haya una raza de hombres en la que no hayan nacido infinitos hombres libres y otros tantos esclavos. Y, por Zeus, tiranos y reyes, cautivos y esclavos marcados, comerciantes y zapateros, y personas con las demás profesiones que pueden darse entre los hombres y que han experimentado todos los trabajos, todas las formas de vida, todas las for-
12 tunas y las desgracias. ¿O es que no sabes que, precisamente por eso, los poetas hacen ascender directamente hasta los dioses a las familias de los llamados héroes, para que su categoría personal ya no pueda discutirse? Y, así, dicen que la mayoría de los héroes ha nacido de Zeus, a fin de que los reyes, los fundadores de ciudades y de los héroes epónimos no caigan en actitudes que, entre los hombres, son consideradas como reprochables. En consecuencia, si los asuntos humanos son como decimos nosotros y otros más sabios que nosotros, tú no has recibido de tu familia más libertad que cualquiera de los que son considerados como siervos. A no ser que tú también te apresures a llevar tu propia ascendencia hasta Zeus, Posidón o Apolo. Y lo mismo podría yo decir sobre mi cualidad de esclavo.

13 B. — Pasemos un tupido velo sobre el tema de la familia y de los antepasados, ya que te parece un problema complicado. Pues, quizá, va a resultar que eres otro Anfión o Zeto o Alejandro, el hijo de Príamo. Pero lo que es verdad es que todos sabemos que tú vives como esclavo.

A. — Y ¿qué? ¿Te parece a ti que todos los que viven como esclavos son esclavos? ¿Y no crees que muchos de ellos, aun siendo hombres libres, viven injustamente como esclavos? Algunos han recurrido ya hasta a los tribunales para demostrar que son libres, pero algunos han de sopor-

tar de por vida la esclavitud, porque no tienen argumentos
para demostrar con claridad su categoría de hombres li-
bres, o porque los que se llaman sus amos no son demasia-
do duros con ellos. Por ejemplo, Eumeo, el hijo de Ctesias, 14
hijo de Ormeno, era descendiente de un varón totalmente
libre y rico; sin embargo, trabajaba como esclavo en Ítaca
en la casa de Odiseo y de Laertes [11]. Y aunque pudo mu-
chas veces regresar navegando a su casa si hubiera queri-
do, nunca lo consideró oportuno. Y ¿qué más? Muchos
de los atenienses que cayeron prisioneros en Sicilia ¿no sir-
vieron como esclavos en la misma Sicilia y en el Pelopone-
so, aunque eran hombres libres? [12]. Igualmente, los prisio-
neros de otras muchas batallas sirvieron como esclavos,
unos durante algún tiempo hasta que encontraron quienes
pagaran por ellos el rescate, otros de por vida. Fue por 15
entonces cuando, al parecer, también el hijo de Calias vi-
vió mucho tiempo como esclavo en Tracia, después de la
batalla en la que los atenienses fueron derrotados cerca
de Acanto [13]. Y ocurrió que, algún tiempo después, ha-
biendo escapado y llegado a casa, reclamó parte de la he-
rencia de Calias con lo que causó muchos problemas a sus
parientes. Pero, según mi opinión, se trataba de un impos-
tor, pues era no hijo, sino escudero de Calias, aunque en
el aspecto se parecía a aquel joven hijo de Calias que mu-
rió casualmente en la batalla. Además, hablaba griego co-

---

[11] Eumeo es el fiel porquero de Odiseo y «el que con mayor solicitud cuidaba sus bienes»; contó a su amo la historia de su vida. (Cf. *Od.* XIV 4; XV 390 ss.)

[12] Son los atenienses que cayeron prisioneros en la desdichada expedición a Sicilia durante la Guerra del Peloponeso (413 a. C.).

[13] Acanto abandonó la Confederación Ática, el 424 a. C., bajo la presión del espartano Brásidas. Pero no hay noticias de ninguna batalla.

rrectamente y entendía de letras. Pero eso mismo les ha
16 ocurrido a otros muchísimos. Y hasta ahora mismo, de los que viven como esclavos estoy seguro de que muchos son libres. Pues si un ateniense, después de caer prisionero durante la guerra, es llevado a Persia o, por Zeus, a Tracia o a Sicilia para ser vendido, no por eso podremos decir que es esclavo, si ha nacido libre. Y, por el contrario, si es traído acá algún tracio o persa no sólo de los que han nacido en libertad, sino incluso aunque sea hijo de algún jefe o de un rey, nunca reconoceremos que es un hombre
17 libre. ¿No conoces la ley, vigente tanto en Atenas como en otros muchos pueblos, que no permite al que es esclavo de nacimiento conseguir los derechos de la ciudadanía? En cambio, al hijo de Calias, si es que realmente se salvó entonces entre los prisioneros, una vez que regresó de Tracia después de pasar allí no pocos años y de ser azotado muchas veces, nadie consideraría lógico excluirle de la ciudadanía. Algunas veces hasta la misma ley niega que sean esclavos los que han sido injustamente reducidos a esclavi-
18 tud. ¿Qué es, pues, por los dioses, lo que, según tus conocimientos he hecho, o lo que me ha ocurrido para que puedas afirmar que soy esclavo?

B. — Yo sé que tú has sido mantenido por tu amo, que ibas detrás de él y que hacías todo lo que te mandaba. Y si no lo hacías, te pegaba.

A. — Con eso demuestras que los hijos son también esclavos de sus padres. Pues también van detrás de muchos de ellos cuando son pobres, y los acompañan al gimnasio y a la comida. Además, todos son mantenidos por sus padres, son golpeados muchas veces por ellos y les obe-
19 decen en todo lo que les mandan. Y si es cosa de obedecer y recibir castigos, podrías llamar esclavos de los maestros a los que aprenden en sus escuelas; lo mismo que a los

paidotribas [14] y a los que enseñan cualquier otra cosa podrías llamarlos amos de sus alumnos. Pues también dan órdenes a los alumnos y castigan a los desobedientes.

B. — Por Zeus, ni los paidotribas ni los demás maestros pueden encarcelar a sus alumnos, ni venderlos ni encerrarlos en el molino. En cambio, a los amos les están permitidas todas estas cosas.

A. — Pero, quizá, no sabes que en muchos pueblos, 20
y muy bien organizados, estas cosas que dices están permitidas a los padres con respecto a sus hijos. Y, así, pueden encarcelarlos, si quieren, y venderlos, y, lo que es todavía más duro, les está permitido matarlos sin necesidad de juzgarlos ni de presentar ninguna acusación [15]. Y, sin embargo, no por eso son esclavos de sus padres sino hijos. Así pues, porque yo sirviera como esclavo y fuera realmente esclavo desde mis principios, ¿que me impide ahora ser más libre que cualquiera? Y en tu caso, por el contrario, aunque hayas sido hijo de padres enteramente libres, ¿qué te impide ser más esclavo que los demás?

B. — Pues yo no veo cómo va a ser posible que, siendo, 21
como soy, libre, pueda llegar a ser esclavo. En cambio, no es imposible que tú te hayas hecho libre al haberte dado tu amo la libertad.

A. — Pero, bueno, querido amigo, ¿es que nadie podría ser libre, si no es emancipado por su amo?

B. — Pues, ¿cómo, entonces?

A. — Como en aquella ocasión en que los atenienses, después de la batalla de Queronea [16], propusieron median-

---

[14] El paidotriba era el profesor de educación física (cf. n. 14 al Discurso XIII).

[15] Esto es verdad según el derecho romano, porque el esclavo era una «res». El amo era su propietario y podía venderlo o matarlo.

[16] En Queronea, ciudad de Beocia, venció Filipo II de Macedonia

te votación que los siervos que participaran en la guerra obtuvieran la libertad, si la guerra continuaba y Filipo no suspendía las hostilidades contra ellos. Muchos de los siervos que había en Atenas, o casi todos, habrían obtenido la libertad sin necesidad de que su amo los emancipara.

B. — De acuerdo, pero sólo si es la ciudad la que te da la libertad de manera oficial.

22 A. — Bueno, vamos a ver. ¿No crees que yo puedo libertarme a mí mismo?

B. — Claro, si sacas dinero de algún sitio para pagárselo a tu amo.

A. — No me refiero a ese sistema, sino a aquel mediante el cual Ciro se libertó no sólo a sí mismo, sino también a todos los persas, que eran un pueblo tan numeroso. Y lo hizo sin pagar dinero a nadie ni necesitar ser emancipado por un amo. ¿O no sabes que Ciro era el criado que le llevaba la antorcha a Astiages, y cuando se hizo fuerte y le pareció llegado el momento, logró ser a la vez libre y rey de toda el Asia [17].

B. — Ya lo sé. Pero ¿cómo dices que yo puedo llegar a ser esclavo?

23 A. — Porque muchísimos que son libres se venden a sí mismos, con lo que se hacen esclavos por contrato en condiciones a veces nada razonables, sino en una situación de extrema severidad.

Hasta aquel momento, los presentes estuvieron atentos al debate en la seguridad de que lo mantenían más en bro-

a los atenienses y a los tebanos y acabó, prácticamente, con la resistencia griega a su expansión. Era el año 338 a. C.

[17] Se refiere, lógicamente, a Ciro el Grande (576-529 a. C.), el fundador del Imperio Persa y del que Jenofonte escribió la historia novelada de su educación en la *Ciropedia*.

ma que en serio. Pero, después, empezaron a surgir altercados, porque encontraban absurdo que no fuera posible hallar un argumento definitivo con el que distinguir, sin lugar a dudas, al hombre esclavo del libre. Pues, así, podían seguir fácilmente discutiendo y replicando sobre cualquier aspecto del tema. Dejando, por ello, al margen la 24
investigación sobre aquel hombre y su cualidad de esclavo, se dedicaron a indagar quién es esclavo en términos generales. Y tenían la impresión de que aquel a quien alguien posee legítimamente como posee propiedades o ganados, con derecho a usar de él como quiera, ése se llama con toda razón, y es, esclavo de su poseedor.

El que había replicado sobre el tema de su condición de esclavo suscitó, de nuevo, la cuestión sobre qué era lo más importante en el concepto de posesión. Pues, por lo 25
que se refiere a una casa, un campo, un caballo y un buey se ha descubierto que muchos de sus dueños poseyeron estas cosas injustamente durante mucho tiempo; algunos, incluso, después de haberlas heredado de sus padres. Así, también es posible adquirir injustamente la posesión de un hombre. Ya que lo mismo que pasa con las demás cosas, los esclavos pertenecen a sus dueños, unas veces porque los reciben de otros, porque alguien se los regala, porque los heredan o porque los compran; otras veces, porque han nacido en su casa —son los que suelen llamarse, precisamente, «nacidos en casa»—. Una tercera forma de posesión se da cuando alguien captura a un prisionero en una guerra o en un saqueo y, luego, lo retiene reducido a esclavitud. Es el método, creo yo, más antiguo de todos. Porque los primeros que fueron esclavos no es verosímil que nacieran de otros esclavos al principio, sino que, capturados en un saqueo o en una guerra, se vieron así obligados a servir como esclavos a sus aprehensores. En consecuencia, 26

éste es el sistema más antiguo del que dependen los demás, sistema en extremo vulnerable y de fuerza muy escasa. Pues cuando se presenta la ocasión y pueden escapar, nada impide que vuelvan a ser libres, puesto que estaban injustamente reducidos a esclavitud. Luego tampoco antes eran realmente esclavos. Algunas veces, no sólo escaparon ellos de la esclavitud, sino que lograron incluso esclavizar a sus amos. Y, entonces, según el dicho, al caer la ficha todo empieza a ser lo contrario de lo que era antes [18].

Dijo entonces uno de los presentes que, quizás, éstos no podían llamarse esclavos, pero que sus hijos, nietos y biznietos podían ya con razón recibir este nombre.

27 A. — Pero, ¿cómo es posible? Pues si el ser capturado convierte a un hombre en esclavo, la denominación de esclavo es más propia de los mismos que son capturados que no de sus descendientes. Pero si uno es esclavo por haber nacido de esclavos, es evidente que los que nacen de padres libres, que antes habían sido esclavos, no pueden ser esclavos ellos mismos. Así, vemos a aquellos mesenios famosos que, después de tantos años, recuperaron no sólo
28 la libertad sino también su propia tierra. Pues cuando los tebanos vencieron en Leuctra a los lacedemonios, invadieron el Peloponeso acompañados de sus aliados y obligaron a los lacedemonios a devolver el territorio de Mesenia [19]. Y volvieron a instalar en Mesenia a todos los llamados Ilotas, nacidos de los antiguos mesenios y que enton-

[18] Alusión al juego de la concha o el tejuelo expresado con al adverbio *ostrakínda*.

[19] Las victorias de Tebas sobre los espartanos en Leuctra (371 a. C.) y en Mantinea (362 a. C.) provocaron, entre otros efectos políticos, la hegemonía tebana bajo Epaminondas y la liberación de Mesenia del poder de Esparta.

ces vivían como esclavos en Esparta [20]. Y nadie puede decir que los tebanos obraran entonces injustamente, sino que obraron con toda honradez y justicia. Por consiguiente, si esta manera de lograr la posesión, de la que todas las demás se derivan, no es justa, podemos casi afirmar que no existe ninguna otra, y que hasta la misma palabra de «esclavo» no responde realmente a la verdad.

Ahora bien, posiblemente —prosiguió—, al principio 29
no recibía el nombre de esclavo aquel que era comprado con dinero, ni el que había nacido de esclavos —como piensa la mayoría—, sino más bien el que era por naturaleza grosero y servil. Pues hemos de reconocer que muchos de los llamados esclavos son, sin duda, libres de espíritu, mientras que muchos de los libres son totalmente serviles. Y es posible que ocurra lo mismo con los nobles y los aristócratas. Ya que a éstos se los llamó desde un principio «bien nacidos», pero por su capacidad para la virtud, puesto que a nadie le importaba quiénes eran sus padres. Más adelante, los hijos de los antiguos ricos y de personajes famosos
recibieron de algunos el título de «nobles». La prueba 30
más clara de esto es que ese nombre se usaba en la Antigüedad para los gallos, los caballos y los perros, de la misma forma que se usaba para los hombres. Así, cuando uno ve a un caballo fogoso, arrogante y bien dotado para la carrera, no anda preguntando si su padre es por casualidad oriundo de Arcadia o de la Media [21], o de Tesalia,

[20] Dión entiende, pues, que los ilotas de Esparta eran los descendientes de los mesenios reducidos a esclavitud. La hegemonía de Tebas fue para los mesenios la hora de la libertad.

[21] La Arcadia —en el centro del Peloponeso—, la Media —al Oeste de Mesopotamia— y Tesalia —en la Grecia Central— eran regiones ricas en caballos. En los ejércitos griegos, la caballería solía estar formada por tropas de Tesalia.

sino que, juzgando al caballo por él mismo, asegura que es un caballo de raza. Igualmente, el que es experto en perros, cuando ve a uno rápido, animado y sagaz en seguir el rastro, no indaga en absoluto si es de raza caria o espartana [22] o si procede de cualquier otro lugar, sino
31 que afirma que el perro es de casta. Y lo mismo ocurre con el gallo y los demás animales. Por lo que, evidentemente, será también igual en el caso de los hombres. De modo que el que es bien nacido para la virtud debe llamarse «noble», aunque nadie conozca a sus padres ni a sus antepasados.

Pero no es posible —continuó— ser noble si no se es bien nacido, ni ser bien nacido si no se es libre. De donde se concluye que es necesario de absoluta necesidad que el hombre vil de nacimiento sea esclavo. Pues, en verdad, si tuviéramos la costumbre de hablar de libertad o esclavitud refiriéndonos a los caballos, los gallos y los perros, no podríamos decir que unos son los nobles y otros los libres, ni que unos son los esclavos y otros distintos los viles de nacimiento.

32 De la misma manera —añadió—, con respecto a los hombres, no es lógico afirmar que unos son los nobles y bien nacidos, y otros los libres, sino que los que son lo uno son también lo otro. Como tampoco es lógico decir que unos son los viles de nacimiento y los miserables, y otros los esclavos.

Y, así, la argumentación pone de manifiesto —concluyó— que no son los filósofos los que enredan los nombres, sino la mayoría de los nombres ignorantes quienes lo hacen por su inexperiencia.

---

[22] Caria era la región sita en el SO. del Asia Menor. Esparta ocupaba el cuarto sudeste de la península del Peloponeso.

XVI

SOBRE LA TRISTEZA

INTRODUCCIÓN

Una vez más parece reflejar Dión en este discurso su circunstancia de desterrado. Como hombre obligado a abandonar su patria, sabe de soledades y sinsabores. Pero, como filósofo, trata de buscar en la filosofía las raíces para un consuelo definitivo.

Parte de los hechos para llegar a teorías. Aquí, el hecho es que muchos hombres viven sumidos en la tristeza, algunas veces con ciertos visos de sádicas manías. Pero, ante la eventualidad, posible siempre, de males que se ciernen amenazadores sobre la existencia humana, propone la teoría de que el hombre inteligente no debe afligirse por nada. Pesadumbres habrá siempre, como en la guerra siempre hay disparos.

Es el otro hecho, constituido por los golpes de la vida rodeados de la incertidumbre sobre el cuándo, el cómo o el dónde. Y frente al hecho, la teoría: nada hay duro, penoso o difícil para el hombre sensato.

El remedio, pues, es el entrenamiento del espíritu, como lo es para el vigor coporal el entrenamiento del cuerpo. O en mera doctrina estoica, la virtud, que es lo mismo que la sabiduría, es la clave para resolver todos los problemas de la vida.

SOBRE LA TRISTEZA

El hecho de que la mayoría estén dominados por el 1
Placer tiene, quizás, una explicación. Y es que permanecen a su lado como hechizados y encantados. Pero el ser esclavos de la Tristeza es una cosa absolutamente absurda y sorprendente. Pues, doloridos y atormentados por el más duro de los tormentos, permanecemos en ella y no admitimos el razonamiento que podría liberarnos y alejarnos del sufrimiento. Sin embargo, ¿qué cosa hay más miserable que un hombre afligido? ¿Y qué visión puede ser tan vergonzosa? Su sentimiento, pienso yo, se refleja hasta en su
cuerpo y lo deja sombrío y desagradabale de ver. Pues es 2
de una absoluta simpleza no sólo el mero hecho de ceder al impulso de la mente, sino también el afán de procurarse algunos detalles de carácter externo, como vestidos negros, apretones de mano y formas humillantes de sentarse. Y parece como si uno se viera obligado por todas estas cosas a no olvidarse nunca de que está afligido, sino a tener siempre en la memoria el dolor, aun sabiendo que el dolor cesará y que no siempre habrá un motivo de sufrimiento.
Pues siempre puede suceder la muerte de un pariente o la 3
enfermedad de algunos de los allegados o de uno mismo. Además, puede surgir una mala reputación, un quebranto económico, el fracaso de algún proyecto en su totalidad

o en parte, un mal negocio, un peligro y los mil detalles
por el estilo que suceden a lo largo de la vida. Y casi por
4 necesidad se da siempre alguna de estas cosas. Finalmente,
si llega un tiempo en el que no sucede nada molesto, a
pesar de todo, el esperar que suceda y el saber que todo
eso es posible pesarán sobre el ánimo de los que tienen
esa manera de ser. Por lo tanto, no hay que ir buscando
consuelo en cada una de estas circunstancias —pues sería
la historia de nunca acabar, ya que la vida está llena de
pesadumbres—. Lo que hay que hacer es arrancar total-
mente del alma este sentimiento y llegar al firme convenci-
miento de que el hombre inteligente no debe afligirse por
nada. Por lo demás, debe tener libertad de espíritu, con
lo que logrará garantías frente a todas las adversidades.
Pues nada es terrible por sí mismo, lo es por nuestra
5 forma de pensar y nuestra debilidad. Así, la mayoría de
los hombres, si les sucede alguna cosa de las consideradas
como insólitas, están siempre pensando en ella, aunque se
trate de un recuerdo desagradable. Con ello les ocurre lo
que a los niños, que están deseando tocar el fuego a pesar
de que sienten gran daño; pero si se lo permiten, lo volve-
rán a tocar.

6 Es lo que ocurre a los que salen a la guerra, que de nada les sirve, si van sin armadura, querer evitar cada uno de los dardos que les lanzan. Pues no es posible guardarse de todos, sino que hace falta tener una coraza sólida y el resto de la armadura, para que, si les alcanza algún disparo, no logre herirlos. De la misma manera, a los que llegan a la vida no les es posible desviarse ni guardarse para no ser heridos por ninguno de los innumerables dardos de la fortuna que, en cantidades inmensas, amenazan a todos los hombres. Por ello, lo que se necesita es una mentalidad firme y, sobre todo, invulnerable e inaccesible

al abatimiento o, por lo menos, que no acuse los golpes con facilidad, ni se rinda ante cualquier eventualidad que se presente. Pues muchas veces hay que recibir golpes y heridas innumerables. Así, los que tienen los pies tiernos 7
y mal entrenados, cuando se ponen a caminar descalzos, nunca encuentran un camino que no les hiera o les haga daño, sino que la más mínima cosa les molesta. En cambio, para los pies bien entrenados ni el camino más escabroso resulta difícil.

Así pues, siendo tantas las pesadumbres, y en primer lugar, las que causa el cuerpo, ¿qué se podrá esperar del pusilánime? ¿O cómo será posible que quien está atento a cada una de esas pesadumbres y fácilmente se desanima no sea el ser más desgraciado de todos, que anda siempre rogando a los dioses para que lo libren de esto o de aquello? Es lo mismo que si alguien va caminando bajo la 8
lluvia y, al no tener nada con qué cubrirse, rezara solamente para librarse de cada una de las gotas de agua [1]. (Por cierto, que más constantes que las gotas de lluvia son las desgracias de la fortuna.) O, por Zeus, como si uno que va navegando, en vez de atender al timón y afrontar convenientemente cualquier eventualidad rezara para que ninguna de las olas chocara contra la nave [2]. Y fíjate aún, necio, que aunque todo te sucediera a entera satisfacción, ¿qué garantía tienes de que vas a vivir hasta el día siguiente y que no vas a ser quitado de en medio juntamente con todas las cosas que consideras buenas? [3]. En consecuencia, lo primero por lo que debes afligirte y sentir miedo es la incertidumbre de las cosas. Pero date cuenta de que nadie 9

[1] Imagen de DEMÓSTENES, IX (*Contra Filipo, III*) 33.

[2] *Ibidem.*

[3] Idea semejante en *Lc* 12, 20.

es totalmente dueño de su vida, sino que todos los que se tuvieron por dichosos y muy afortunados han muerto. Ese mismo final lo tienes ya delante de ti. Y aunque llegaras a la mayor longevidad, sería una tontería y la mayor simpleza el pensar que algo de lo que sucede es realmente terrible, enorme o admirable, excepto el pasar un solo día sin tristeza, miedo y otras sensaciones por el estilo.

10 Cuentan que Jasón se ungió con cierto ungüento que recibió de Medea y que, después —así, al menos, yo lo interpreto—, no recibió daño alguno ni de parte del dragón ni de los toros que respiraban fuego [4]. Éste es, pues, el remedio que debemos recibir de Medea, es decir, de nuestra sensatez [5], y así despreciaremos todo lo demás. De lo contrario, todo será fuego para nosotros, y todo, dragones despiertos.

11 Sin embargo, cada uno de los que están afligidos asegura que lo que le pasa a él es lo más terrible de todo y lo más digno de compasión. Lo mismo ocurre con los que transportan pesos. Cada uno cree que lo que él transporta es lo más pesado. Y la realidad es que todo se debe a que el cuerpo es débil y torpe. Porque el mismo peso lo levantaría y llevaría con facilidad otro hombre que fuera más fuerte.

---

[4] Según la leyenda, Medea, enamorada de Jasón, le facilitó un ungüento que le hizo invulnerable frente a los bueyes lanza-llamas. Luego le reveló el remedio para vencer a los gigantes nacidos de los dientes del dragón y para adormecer al dragón que custodiaba el vellocino de oro.

[5] El nombre de Medea está etimológicamente relacionado con la raíz griega que significa «pensar», «cuidar», «preocuparse».

XVII

SOBRE LA CODICIA

INTRODUCCIÓN

A modo de introducción, Dión establece la norma de que los sabios deben hablar de aquellos temas que más ignoran los hombres. Y con mayor urgencia, si se trata de temas transcendentales y útiles para la vida. Así es el tema de la codicia, de la que Dión afirma que «es causa y principio de los mayores males». Y, aunque todos lo reconocen, nadie logra verse libre de sus lazos. Una larga cita de las *Fenicias* de Eurípides le da pie para desarrollar una exposición de los males que la codicia acarrea.

La historia y la leyenda recogen numerosos argumentos en forma de experiencias o recomendaciones: los hijos de Yocasta, la guerra de Troya, Jerjes, Polícrates, etc., fueron otras tantas víctimas de la codicia. Y el oráculo de Delfos lo dejó bien claro al castigar a los ambiciosos: a los espartanos en la aventura de Tegea; a los atenienses en la expedición a Sicilia.

La codicia es uno de tantos casos en los que, como dice el refrán, «la avaricia rompe el saco», es decir, el exceso rompe el necesario equilibrio y lleva, o puede llevar, a la ruina. Es lo que pasa, por ejemplo, con la riqueza o con la salud. La exuberancia puede ser motivo de serios tropiezos.

SOBRE LA CODICIA

La mayoría de los hombres piensa que los sabios deberían tratar aquellos temas de los que nadie tiene ideas claras. Y ello, con la finalidad de que los que oigan hablar de las cosas que ignoran las aprendan. Pues es superfluo enseñar lo que ya se sabe y lo que conocen todos por igual. Pero yo, si viera que nosotros nos mantenemos fieles a lo que consideramos justo y no hacemos nada fuera de nuestra costumbre [1], no creería necesario alargarme sobre algo que es evidente. Ahora bien, dado que nuestro desconocimiento del bien y del mal no nos hace tanto daño, según mi apreciación, como el no hacer caso de las enseñanzas sobre el tema o el no seguir nuestras opiniones particulares, considero de gran provecho refrescar vuestra memoria y recomendaros por medio de mis palabras que seáis obedientes y cumpláis de obra vuestros deberes.

1 (beside line 1) · 2 (beside "algo que es evidente. Ahora bien, dado que nuestro des-")

Pues lo mismo, digo yo, que los médicos y los timoneles dan muchas veces las mismas órdenes, aunque ya la primera vez sus subordinados han oído lo que mandan, pero lo hacen al ver que andan descuidados y distraídos, así también es útil hablar muchas veces sobre los mismos

[1] En Demóstenes (*Sobre la corona* 228) esta expresión se refiere a la opinión que se tenía sobre Demóstenes y su adversario Esquines.

temas a lo largo de la vida, cuando la mayoría conoce sus deberes, pero no los cumple. Pues lo importante, creo yo, no es que los enfermos conozcan lo que les conviene,
3 sino que lo pongan en práctica, ya que esto es lo que les devolverá la salud. Como tampoco importa que los demás conozcan cuáles son las cosas provechosas o perjudiciales para la vida, sino que no se equivoquen a la hora de elegir entre ellas. Y de la misma forma que los enfermos de los ojos saben que les hará daño tocárselos con las manos y, sin embargo, lo hacen sin poder evitarlo, así también, por lo que a las demás cosas se refiere, los hombres, en su mayoría, aun sabiendo perfectamente que el hacer algo no los va a beneficiar, no por eso dejan de
4 caer en ello. Por ejemplo, ¿quién ignora que la intemperancia es un gran mal para los que la padecen? Y, sin embargo, cualquiera podría encontrar a muchísimos que son unos intemperantes. Y, por Zeus, todo el mundo sabe que la pereza no sólo es incapaz de proporcionar lo necesario para la vida, sino que incluso destruye lo que ya se tiene, Sin embargo, se pueden encontrar, de hecho, más perezo-
5 sos que hombres dispuestos a hacer algo. En consecuencia, conviene, creo yo, que los más juiciosos hablen siempre y sin cesar sobre estos temas, por si fuera posible hacer cambiar a la gente y obligarla a ser mejor. Pues de la misma manera que en los misterios el hierofanta [2] previene a los iniciandos, y no una sola vez, sobre todo lo que hay que hacer, así también será muy útil hablar muchas veces, mejor dicho, siempre, como si se tratara de una arenga

[2] El hierofanta era, en Eleusis, el sacerdote que dirigía las ceremonias de iniciación en los misterios. Por ser el más alto funcionario del santuario, llevaba vestidos regios (PLUTARCO, *Arístides* 5) y, entre otros ritos, realizaba el matrimonio sagrado con la sacerdotisa de Deméter.

sagrada, de lo que conviene hacer en la vida. Las inflama- 6
ciones del cuerpo no ceden enseguida con los primeros ungüentos, sino que si se prolonga el tratamiento, se reblandecen y mejoran. De forma parecida, debemos estar agradecidos, si alguien alivia las inflamaciones del alma de la mayoría haciendo sin cesar uso de la palabra y el razonamiento.

Acerca de la codicia, puedo asegurar que todo el mundo sabe que no es ni conveniente ni buena, sino causa y principio de los mayores males. Sin embargo, ningún hombre está libre de ella ni renuncia a poseer lo mismo que
su vecino. Y a pesar de que cualquiera podría descubrir 7
que la pereza, el desenfreno y, en general y sencillamente, todos los demás vicios son perjudiciales para los mismos que los tienen, y que los que están enredados en ellos merecen, digo yo, que se les corrija y reprenda, no por ello son objeto de odio ni tenidos como enemigos del género humano. Sin embargo, la codicia no sólo es para el hombre el mayor mal, sino que, además, perjudica incluso a sus prójimos [3]. Y, por supuesto, nadie compadece al codicioso ni cree que vale la pena darle lecciones, sino que todos se apartan de él y lo consideran como enemigo.
Si, pues, cada uno de los presentes quiere conocer la mag- 8
nitud de tal perversidad, considere cómo reacciona frente al que trata de enriquecerse por encima de los demás. Pues así podrá explicarse cómo tendrían que portarse con él los demás, si él fuera igual. Y, por cierto, Eurípides, que no es inferior a nadie entre los poetas, introduce a Yocasta cuando habla a Eteocles para recomendarle que procure

[3] Entre las muchas frases de MENANDRO que se han conservado en forma de sentencias, hay una que reza: «la codicia es el mayor mal para los hombres».

no ser más rico que su hermano. Y le dice, más o menos, estas palabras:

9 *¿Por qué te entregas, hijo, a la peor de las deidades,*
la codicia? No lo hagas. Es una deidad injusta.
A muchas casas y ciudades felices
entró, y salió tras arruinar a sus devotos.
Y tú estás loco por ella. Pero lo mejor para los mortales
es honrar la igualdad, con la que los amigos con los amigos,
las ciudades con las ciudades, los aliados con los aliados
mantienen la unidad. Pues la igualdad es natural entre los hombres.
Y así, con el grande está enemistado
el pequeño y vive sus días en la enemistad[4].

10 He recogido la cita completa. Pues el hacer uso de lo que ya ha sido bien expresado es propio de hombre inteligente.

En este párrafo están contenidas todas las consecuencias de la codicia. Y es que no es provechosa ni en privado ni en público. Por el contrario, trastorna y destruye la prosperidad no sólo de las familias sino de los Estados. Además, la costumbre entre los hombres es honrar la igualdad, y con ello se consigue una amistad universal y una paz de todos con todos. Mientras que las diferencias, las rencillas internas y las guerras exteriores ocurren solamente porque los hombres desean tener más, con lo que todos
11 acaban careciendo hasta de lo necesario. Pues, ¿qué cosa hay más necesaria que la vida y qué es lo que más aprecian los hombres? Y, sin embargo, hay hombres que arruinan

---

[4] EURÍPIDES, *Fenicias* 531-540. Esta larga cita del parlamento de Yocasta ha sido ligeramente retocada por Dión. Es particularmente llamativa la sustitución que hace de *philotimía* por *pleonexía* que es el título de este discurso.

su vida por el dinero, y algunos han llevado, incluso a su propia patria, a la desolación. Después de estas ideas, este mismo poeta niega que entre los dioses exista la codicia. Por ello, permanecen incorruptibles y eternos, y guardan todos el orden debido día y noche y durante las distintas estaciones. Porque si no fuera de este modo, ninguno de ellos podría sobrevivir. Ahora bien, si hasta entre los dioses la codicia acarrearía la ruina, ¿qué consecuencias de esta enfermedad no sufrirán los hombres? Con razón hace mención Eurípides de pesos y medidas como si hubieran sido inventados para fomentar la justicia y para que nadie fuera más rico que otro [5].

También Hesíodo afirma que la mitad puede ser más 12
valiosa que el todo [6], porque tiene en cuenta, creo yo, los daños y perjuicios que pueden derivarse de la codicia. Pues, ¿qué rey, o potentado o pueblo, al intentar transgredir los límites de lo justo y alcanzar mayores ventajas, no acabó arrojando por la borda toda su anterior prosperidad y cayendo en las mayores y más inconcebibles desgracias, con lo que legó a todos sus descendientes claros ejemplos de insensatez y perversidad? O, por el contrario, todo el que se conforma con ser inferior y soporta su aparente derrota de buen grado, ¿no acaba poseyendo más bienes que los demás —bienes que le llegan de modo espontáneo y sin necesidad de esfuerzo— y no goza de prosperidad durante muchísimo tiempo disfrutando con la mayor seguridad de los bienes de la fortuna?

Sin ir más lejos, los hijos de Yocasta [7], cuando se 13
enemistaron por aspirar a más, el uno por desear el man-

---

[5] En el nombre de la igualdad se han establecido los pesos y las medidas (vv. 541-542).

[6] *Trabajos y Días* 40.

[7] Eteocles y Polinices, hijos de Edipo y Yocasta, acordaron reinar

do, el otro tratando por todos los medios de conseguir una parte del poder, ¿no se mataron el uno al otro aunque eran hermanos, y ambos se convirtieron en motivo de grandes males para sus respectivos seguidores? Pues los atacantes perecieron al punto, y los defensores fueron derrotados poco después por no permitir que los muertos fueran se-
14 pultados [8]. Igualmente, por la avaricia de un solo hombre que raptó a Helena y se llevó las riquezas de Menelao, los habitantes de la ciudad más grande de Asia perecieron con sus hijos y mujeres, y por acoger a una mujer con unas pocas riquezas, recibieron un castigo tan grande [9]. También Jerjes, señor del otro continente, cuando tuvo la intención de apoderarse de Grecia, y reunió y trajo una expedición tan grande y tantos millares de soldados, perdió vergonzosamente todo su ejército y logró apenas salvar su vida mediante la huida. Y, después, se vio obligado a ver cómo su país y las ciudades de la costa eran presa del
15 saqueo. Y de Polícrates se cuenta que, mientras gobernó en Samos solamente, fue el hombre más feliz del mundo. Pero cuando quiso entrometerse en algunos asuntos de los habitantes del continente e hizo una travesía para exigir dinero de Oretes, encontró una muerte nada digna, ya que pereció crucificado bajo el poder de aquel bárbaro [10].

---

en Tebas en años alternos. Pero Eteocles expulsó a Polinices, que regresó para hacer la guerra a su hermano en la campaña de «los Siete contra Tebas». En singular combate murieron los dos hermanos.

[8] Creonte, rey de Tebas, prohibió bajo pena de muerte enterrar a Polinices. La violación de esa orden por motivos de piedad y sus consecuencias es el tema de la *Antígona* de Sófocles.

[9] Paris-Alejandro, de visita en Esparta, raptó a la hermosa Helena, esposa de Menelao, lo que dio origen a la guerra y destrucción de Troya.

[10] Polícrates fue tirano de Samos del 540 al 522 a. C. Realizó grandes obras, entre ellas, el célebre acueducto. En el 522 a. C., atraído con

Estos detalles los he aportado para que os sirvan de ejemplos. Y los he tomado de entre los más antiguos y de otros posteriores, tal como aparecen referidos tanto en los poetas como en otros escritores. Pues vale la pena re- 16
cordar también que el dios [11], por ser como es, castiga a los codiciosos. Y, así, a los espartanos que le consultaban si les entregaría la Arcadia, no sólo les rechazó la petición, sino que les reprendió su insaciabilidad diciendo de este modo:

¿Me pides la Arcadia? Mucho me pides, mas no te la daré.

Por el contrario, les impuso un castigo prediciéndoles el futuro. Pero lo hizo de forma que no lo entendieron, sino que marcharon contra Tegea y cayeron en las desgracias de todos conocidas [12]. Negándoles, pues, manifiestamente la Arcadia, tampoco les entregó Tegea, que era el lugar más fortificado y más importante de Arcadia. Pero, en términos generales, por causa de la codicia la mayoría de los hombres no tiene oídos ni se entera de lo que se dice.

En otra ocasión, a los atenienses que consultaban sobre 17
la isla de Sicilia les respondió el oráculo que anexionarían Sicilia a su ciudad. Pero «Sicilia» era el nombre de una colina situada cerca de Atenas [13]. Y, así, no pusieron atención a lo que tenían al lado y delante de los ojos. Y es que estuvieron tan ciegos por su deseo de poseer más y

---

engaño por el sátrapa persa Oretes, fue desollado vivo y crucificado (HERÓDOTO, III 120-125).

[11] Se refiere al dios Apolo de Delfos, a quien habían consultado los espartanos.

[12] Según HERÓDOTO (I 66), engañados los espartanos por una respuesta ambigua del oráculo de Delfos, fueron con sogas y grilletes a conquistar Tegea. Pero fueron vencidos y reducidos a penosa esclavitud.

[13] PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* VIII 11, 12.

más, que creyeron que el dios les decía que encerrarían en una sola muralla Atenas y aquella isla situada a tantos miles de estadios. En consecuencia, habiendo navegado hasta allá, no sólo fracasaron en su intento de conquistar Sicilia, sino que perdieron el Ática y vieron que su propia ciudad caía en poder de sus enemigos [14].

18 Si alguien se propusiera referir uno por uno ejemplos por el estilo, seguro que no terminaría ni siquiera en un año. Reflexionad, si no, que la mayoría considera la fuerza física como uno de los bienes principales. Sin embargo, pienso yo, a los que son fuertes hasta el colmo y a los que sobresalen en exceso por el vigor del cuerpo, les convendría renunciar a una parte de ese vigor. Pues lo que excede la justa medida resulta, creo yo, problemático. De la misma manera, la riqueza que se posee, si no es excesiva, no perjudica a sus dueños, sino que, por Zeus, proporciona una vida más cómoda y despreocupada. Pero si es excesiva, causa más preocupaciones y más adversidades que la situación que consideramos placentera. Muchos se han arrepentido de haberse enriquecido demasiado, y algunos, por ello, han llegado a carecer de las cosas más elementales.

19 Bueno, pues refiriéndonos a nosotros mismos, si cada uno de los miembros naturales de nuestro cuerpo quisiera sobresalir, ¿sería posible que sobreviviéramos ni siquiera el más corto espacio de tiempo? Digo, por ejemplo, si nuestra sangre aumentara por encima de la justa medida, o, por Zeus, nuestro aliento acrecentara el calor de nuestro cuerpo más de lo que es justo y conveniente, ¿no creéis

[14] TUCÍDIDES narra con todo lujo de detalles la funesta expedición a Sicilia de la armada ateniense, que terminó en un completo desastre (*Guerra del Peloponeso* VI-VII). La caída de Atenas y la destrucción de sus murallas están descritas en JENOFONTE (*Helénicas* II 2).

que, por ello, tendríamos que enfrentarnos con grandes y difíciles enfermedades? Y en la armonía de estos órganos, si alguna cuerda tiene mayor tensión de la debida, ¿no acabará, por Zeus, destruyéndose toda la armonía? [15].

Yo, por mi parte, me sorprendo muchísimo al pensar 20 qué hubiésemos hecho, si no hubiéramos recibido de los dioses con medida hasta la parte más pequeña de nuestra vida [16]. Pero, como si nos estuviéramos preparando para una vida eterna, todos ambicionamos poseer más que los demás. Así como, si alguien tiene previsto hacer una travesía de dos o, a lo más, de tres días y embarca víveres para un año, parecerá que está loco, de la misma manera si uno sabe que no podrá vivir más de setenta años y se prepara suministros para mil, ¿no será porque está posiblemente igual de loco? Y es que algunos preparan tal cantidad de cosas que, si tuvieran que viajar por mar, enseguida se hundiría su nave. Y, por Zeus, que eso les pasa a muchísimos.

Bueno, pues cuando alguien ha invitado a un banquete 21 a diez o quince huéspedes, aunque debe saciarlos a todos, si prepara comida para quinientos o para mil, ¿no parecerá que está totalmente enajenado? Así también nosotros sabemos que las necesidades del cuerpo son limitadas, pues

[15] En uno de los fragmentos conservados de Alcmeón de Crotona (*ca.* 500 a. C.), enseñaba éste que la salud depende de la armonía de los elementos del cuerpo (*isonomía*), mientras que la enfermedad consiste en el predominio (*monarkhía*) de uno de ellos (cf. CONRADO EGGERS LAN, VICTORIA E. JULIÁ, *Los filósofos presocráticos* [B.C.G.], vol. I, Madrid, 1981; 2.ª reimpr., Madrid, 1986, pág. 261, fr. 431; cf. asimismo, P. LAÍN ENTRALGO, *La medicina hipocrática,* cap. I: R. LIVINGSTONE, *El legado de Grecia,* cap. VII: «La medicina» [CH. SINGER].)

[16] Según el testimonio de *Mt.* 10, 30, hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados por Dios.

necesitamos, creo yo, vestido, protección y alimento. Sin embargo, las ampliamos como si tuviéramos que recoger provisiones para un ejército. Y con razón, por Zeus, pues casi todos mantienen dentro de ellos mismos un ejército de deseos. Por lo que se refiere al vestido, nadie quiere tenerlo más largo que el cuerpo, pues resultaría embarazoso. En cambio, absolutamente todos desean tener más riquezas de las necesarias, y no saben que esto resulta todavía más incómodo.

22 Pienso que Creso, el Lidio [17], lo hizo estupendamente cuando quiso poner en evidencia la insaciabilidad de los hombres. Introdujo a algunos en sus tesoros y les permitió llevarse todo el oro que cada uno pudiera transportar sobre su cuerpo. Pues bien, muchos no solamente llenaron su regazo, sino que se llevaban pepitas sobre la cabeza y en la boca, de modo que a duras penas podían caminar, pues iban dando tumbos de forma ridícula. Así también, creo yo, caminan algunos a lo largo de la vida torpemente y haciendo el ridículo por causa de su codicia.

[17] Era proverbial la riqueza de Creso, rey de Lidia desde el 561-546 a. C. La escena de Alcmeón llenándose de oro las botas más holgadas que encontró al efecto, los senos y pliegues de la ropa y hasta la boca, esta descrita por HERÓD., VI 125.

XVIII

SOBRE EL EJERCICIO DE LA PALABRA

INTRODUCCIÓN

Este discurso va dirigido a un prócer de la política. Se trata de una persona experta que ha traspasado los límites de la juventud, es amiga de Dión y ha recurrido a él en busca de consejo. Es, además, rico y poderoso, está en la flor de la vida y vive lleno de inquietudes por lograr metas siempre más altas.

¿Quién es este interesante personaje? Sabemos que Dión tuvo relaciones de amistad con «un hombre nada mezquino» (Discurso XIII 1) y que esas relaciones le costaron el destierro. Por eso, se ha pensado en la posibilidad de que se trate de alguno de los que estaban en la cúpula del poder, un Vespasiano (9-79 d. C.) o un Nerva (30-98 d. C.). Pero también puede ser que tras este destinatario no se esconda ninguna persona concreta.

El caso es que Dión va a exponer una especie de programa para la formación retórica, presidido por dos afirmaciones. Ante todo, que el ejercicio de la palabra es algo tan importante para un político que vale la pena gastar tiempo, esfuerzo y hasta dinero para mejorar y profundizar su dominio. En segundo lugar, que, en el caso de tan buen alumno, hay que estudiar con moderación y sin crispaciones.

Divide luego a los escritores en tres apartados: poetas, historiadores y oradores. Pero advierte que en ésta, como

en otras materias, no hay que buscar lo mejor o lo más caro, sino lo más provechoso y rentable.

Según este criterio, Dión prefiere, entre los *poetas,* a Menandro y a Eurípides. Ambos son diestros en el trazado de caracteres. Eurípides es, además, experto en filosofía. Claro que Homero será, siempre y en todo, el primero. Por el contrario, los líricos no merecen particular atención del hombre político.

Entre los *historiadores,* cita a Heródoto, aunque más por lo entretenido de sus relatos que por sus valores históricos. Pues, como historiador de primera categoría, Tucídides se lleva sus preferencias; y entre los de segunda, Teopompo.

De los *oradores* reconoce la superioridad de Demóstenes y Lisias, pero prefiere el estudio de Hipérides o de Esquines por considerarlos más fáciles y asequibles.

Tras un ligero recuerdo dedicado a los modernos y a la transcendencia de los autores socráticos, se explaya en una alabanza entusiasta e incondicional de Jenofonte. No sólo, dice, es el mejor de todos para la formación del hombre político, sino que con él solo basta y sobra. Y, entre las obras de Jenofonte, ninguna como la *Anábasis.* Pues en ella se contienen modelos perfectos de discursos para todas las eventualidades que puedan presentarse en la política. Y lo mismo que otros maestros, también Dión recomienda la repetición y el repaso de las lecturas que más interés han suscitado durante su estudio.

Como sistema de trabajo, prefiere dictar a un amanuense para escribir, y la lectura hecha por otro para estudiar. La razón, su manía de verosimilitud y la postura más relajada del que dicta o escucha. De esta manera, queda todo más cerca de la realidad.

SOBRE EL EJERCICIO DE LA PALABRA

Después de alabar muchas veces tu forma de ser como 1
propia de un hombre bueno y digno de ser el primero entre los mejores, nunca te admiré tanto antes como ahora. Pues un hombre que está en lo más florido de la vida, destaca en poder por encima de todos, posee abundantes riquezas, tiene la posibilidad de vivir en el lujo día y noche, y, sin embargo, se preocupa todavía por la educación y aspira a adquirir experiencia en el uso de la palabra, y no vacila aunque tenga que sacrificarse, me da la impresión de que se trata de un alma profundamente noble y no sólo amante de la gloria, sino también, y realmente, amante de la sabiduría [1]. Pues los mejores de los antiguos solían decir que aprendían no sólo cuando eran jóvenes,
sino también cuando ya eran ancianos [2]. Y creo que tú 2

---

[1] No hay acuerdo sobre la identidad de este personaje. Las circunstancias aducidas —poder, riquezas, lujo, nobleza de ánimo— apuntan hacia un prócer de la política. Un Vespasiano o un Nerva podrían ser los posibles destinatarios. Pero también es posible que Dión no se refiera a una persona concreta.

[2] Plutarco (*Solón* 31) cita el verso de la elegía de Solón a Mimnermo: «Me hago viejo aprendiendo siempre muchas cosas.» También recoge este verso Cicerón en boca de Catón, quien asegura que aprendió griego siendo ya anciano (*De senectute* VIII).

llevas razón cuando opinas que el hombre político debe tener experiencia y fuerza de palabra. Porque de ello se deriva una gran utilidad para ser querido, para ser influyente, para ser apreciado y para no ser despreciado. Pues ¿en qué confían los hombres medrosos más que en la palabra? ¿Y con qué se sienten purificados y castigados los insolentes y los arrogantes? ¿O con qué se liberan de sus deseos? ¿A qué monitor soportan con mayor manse-
3 dumbre que a aquel que les deleita con su palabra? En cualquier caso, se puede ver muchas veces cómo en las ciudades unos gastan dinero, hacen donaciones y ofrecen exvotos, pero se alaba a los oradores como si ellos fueran los responsables de todas aquellas ventajas. Por ello, también, los más antiguos poetas que recibían de los dioses el don de la poesía nunca dijeron que fueran contemplados como dioses, ni los fuertes, ni los hermosos, sino los oradores [3]. Y ahora, yo te alabo y te admiro, porque no sólo te has fijado en estos hechos, sino que intentas ponerlos en práctica.

4 Yo siento, por mi parte, una gratitud nada casual porque me has considerado útil a ti mismo para sacar adelante este proyecto y esta empresa. Pues, hasta el momento, como dijo uno de los antiguos cuando afirmaba que era suficiente adivino para él solo [4], yo también creía bastarme a mí mismo en el uso de la palabra, aunque ello con limitaciones. Pero tú me ensalzas y tratas de convencerme para que tenga confianza por si puedo ser útil a un hombre que no sólo ha llegado a la cumbre de la educación, sino que también es una persona de categoría. Qui-

---

[3] Sin embargo, en Homero es frecuente el apelativo aplicado a sus héroes «semejante a un dios».

[4] Alusión a las palabras de Sócrates en Platón, *Fedro* 242c.

zá yo podría ser útil lo mismo que un muchacho o un viejo pastor son útiles, a veces, a un caminante fuerte y vigoroso mostrándole un atajo o un camino que el caminante casualmente no conocía.

Pero para no extenderme demasiado, antes de entrar 5
en el asunto, trataré de atenerme a tus órdenes.

Un muchacho, pues, o un hombre joven deseoso de retirarse de otras actividades públicas para dedicarse al ejercicio de la oratoria y conseguir fuerza dialéctica, necesita otra clase de trabajos y de prácticas. Pero tú ya eres experto en este trabajo y no puedes retirarte de la política, ni necesitas especial fuerza ni habilidad forense, sino la que conviene y basta a un hombre político. Debes saber, ante 6
todo, que no te hacen falta ni trabajo ni fatiga. Pues a quien ha hecho ya mucho ejercicio, estas prácticas le ayudan muchísimo a progresar; pero al que se ha ejercitado poco, lo hacen perezoso y desconfiado para poner manos a la obra. Lo mismo sucede si uno fatiga con pesados ejercicios gimnásticos a hombres que no están acostumbrados al entrenamiento corporal, que acaba debilitándolos. Así pues, como a los cuerpos no acostumbrados al esfuerzo conviene tratarlos con masajes y ejercicios moderados más que con ejercicios violentos de gimnasia, así tu debes plantearte el estudio de la oratoria acompañándolo con actividades placenteras mejor que con el mero esfuerzo y la fatiga.

En cuanto al estudio de los poetas, yo te aconsejaría que te dedicaras con particular atención a Menandro, entre los autores cómicos, y a Eurípides, entre los trágicos [5].

---

[5] Es interesante notar la sensibilidad de Dión hacia estos dos autores que, por su mentalidad y su talante, están más cerca de las posturas y los gustos de la época helenística y romana. Eurípides (485-406 a. C.),

Y a éstos de forma que no hagas la lectura por ti mismo sino por medio de otros que saben interpretar mejor y de forma agradable, y en todo caso, sin cansar. Pues es mayor el efecto cuando uno queda libre del trabajo de la lec-
7 tura. Ninguno de los más sabios me criticará por elegir la comedia de Menandro antes que la Comedia Antigua, y a Eurípides antes que a los trágicos anteriores. Pues tampoco los médicos prescriben a los que necesitan tratamiento los alimentos más caros, sino los más provechosos. Ahora bien, sería un trabajo ímprobo referir las ventajas que se obtienen de estos autores. Pues, por ejemplo, la representación que hace Menandro de cualquier tipo y de cualquier rasgo gracioso supera la destreza de los antiguos cómicos. Y la agilidad y el arte de la verosimilitud de Eurípides quizá no alcanzan la grandiosidad en la divinización de los personajes y la dignidad propia de los trágicos, pero resultan muy útiles para un hombre político. Más aún, es hábil en trazar caracteres y sentimientos, y salpica sus poemas con sentencias siempre provechosas, como buen experto que es en filosofía [6].

8 Pero Homero es el primero, el del medio y el último en ofrecer a todo el mundo —niños, adultos y ancianos— todo cuanto cada cual puede asimilar. La poesía lírica, la elegíaca, los yambos, los ditirambos son muy importantes

«el más trágico de todos», según Aristóteles, después de sufrir en vida un cierto rechazo por sus puntos de vista racionalistas y novedosos, fue luego apreciado y representado más que los otros trágicos. Menandro (342-291 a. C.), principal autor de la llamada Comedia Nueva, recibió de Eurípides una influencia que transmitió, a través de Plauto y Terencio, a la posteridad.

[6] Eurípides es, en efecto, un magnífico pintor de caracteres. Sus personajes no son héroes lejanos, inaccesibles, sino hombres y mujeres de la vida real. Además, posee un estilo salpicado de frases y sentencias que trascienden la circunstancia concreta de sus escenas.

para quien tiene tiempo libre. Pero quien abriga el proyecto de dedicarse a la política y, a la vez, logra más fuerza en obras y en palabras no puede tener tiempo libre para
esas lecturas. Sin embargo, el hombre político debe, por 9
muchas razones, recurrir diligentemente a los historiadores. Y ello, porque, incluso al margen de las palabras, es absolutamente necesario que el hombre político, el que elige la carrera de la política, adquiera la experiencia de sucesos, éxitos y fracasos que suceden a hombres y ciudades no solamente de acuerdo con la razón, sino también algunas veces en contra de ella. Pues el que conoce prácticamente todo lo que ha sucedido a otros, pondrá en práctica las cosas que emprende mucho mejor y con la máxima seguridad. Y cuando tenga éxito, no se engreirá en demasía, sino que estará dispuesto a soportar noblemente cualquier fracaso. Porque no es tan insensato como para no pensar, incluso en pleno éxito, que la fortuna podría volverle la espalda [7].

A Heródoto [8], pues, recurrirás con absoluta tranqui- 10
lidad cuando necesites esparcimiento. Pues la suavidad y la dulzura de su relato te causarán la impresión de que sus escritos son de carácter legendario más que históricos. Entre los historiadores de primera categoría se encuentra, a mi parecer, Tucídides [9], y entre los de segunda, Teopom-

---

[7] Es lo que ARISTÓT., *Poetica* 11, 1452a llama «la peripecia».

[8] Llamado «padre de la Historia», nació en Halicarnaso (Asia Menor) el 485 a. C. Viajó muchísimo para conocer pueblos y culturas. Escribió la historia de las guerras entre Europa y Asia, obra dividida por los eruditos alejandrinos en nueve libros en honor de las nueve Musas. Fue muy apreciado en Atenas. Murió en Turios en el sur de Italia el 425 a. C.

[9] Ateniense (*ca.* 456-400 a. C.), es posiblemente el mayor historiador de la Antigüedad, sistemático, imparcial, preciso, analítico, psicológico.

po [10], pues éste no sólo tiene un algo de retórico en la versión de sus discursos, sino que resulta vigoroso y cuidadoso en la expresión, además de que su facilidad de palabra no es tan vulgar como para resultar molesta. En cuanto a Éforo [11], proporciona mucha información histórica, pero lo ramplón y desaliñado de su relato no es precisamente lo que más te conviene.

11 En cuanto a los oradores, todo el mundo conoce quiénes son los mejores. Demóstenes [12] sobrepasa a todos por la fuerza de su elocuencia, la sagacidad de su pensamiento y la riqueza de su vocabulario. Lisias [13] sobresale por su estilo conciso, su sencillez, la coherencia de su pensamiento y su naturalidad. Sin embargo, no te aconsejaría que te dedicaras sobre todo a estos dos, sino más bien a Hipé-

---

Puede ser considerado como el fundador del método científico de la historia. Escribió la *Guerra del Peloponeso,* sobre el desdichado enfrentamiento entre Atenas y Esparta, que ocupó el último tercio del siglo v a. C. de Grecia.

[10] Teopompo de Quíos (siglo IV a. C.), discípulo de Isócrates, fue uno de los continuadores de Tucídides. Sólo conocemos el título de sus obras. Entre las de carácter histórico estaban las *Helénicas,* que enlazaban con Tucídides y abarcaban los hechos griegos hasta la batalla de Cnido (394 a. C.), y las *Filípicas,* que eran una obra ingente sobre Filipo II de Madedonia.

[11] Éforo de Cime (s. IV), como Teopompo, discípulo de Isócrates y continuador de Tucídides. Fue muy admirado por Polibio y usado por Diodoro. Su mérito es haber escrito, en los 30 libros de sus *Historias,* un intento de historia universal.

[12] Político ateniense (384-323 a. C.) y enemigo visceral de Filipo II de Macedonia, es el orador por excelencia. Compuso piezas de los más variados géneros, pero sobresalió, particularmente, como orador político.

[13] Meteco (450-378 a. C.), logógrafo o escritor de discursos de encargo, es uno de los maestros indiscutibles del griego clásico. Son famosas sus etopeyas o cuadros de costumbres.

rides [14] y a Esquines [15], pues sus recursos son más sencillos y sus construcciones más fáciles de entender, además de que la belleza de sus expresiones no desdice en nada de la de aquéllos. También te recomendaría que leyeras a Licurgo [16], por ser más ligero todavía y poner de manifiesto en sus discursos una cierta sencillez y nobleza de carácter.

Llegado a este punto, aunque alguien me critique por 12
recomendar la lectura de los que son absolutamente mejores, afirmo que conviene no olvidarse de los autores más recientes y que han vivido poco antes que nosotros. Me refiero a las obras de Antípatro [17], Teodoro [18], Plutión [19], Conón [20] y otros por el estilo. Pues sus recursos nos serán tanto más útiles cuanto que los estudiamos sin que nuestra opinión quede condicionada por su autoridad, como ocurre con los antiguos. Ya que, por el hecho de poder criticar lo que otros han dicho, tenemos más confianza para emprender nosotros las mismas cosas. Además, uno se 13

---

[14] De Hipérides (389-322 a. C.) se conservan solamente fragmentos; fue muy apreciado en la Antigüedad por su nobleza y honradez.

[15] Esquines (390 - *ca.* 325 a. C.) fue el adversario político de Demóstenes. Era de familia humilde, pero bien dotado para la oratoria. Vencido por Demóstenes en el famoso proceso «Por la Corona», acabó sus días como profesor de retórica en Rodas.

[16] Es otro de la lista de los Diez Oradores (*ca.* 389-324 a. C.), enemigo empecinado de Macedonia.

[17] Es el padre, posiblemente, de Nicolás de Damasco, el que fuera preceptor de los hijos de Antonio y Cleopatra y amigo de Herodes el Grande de Judea.

[18] Teodoro de Gadara fue maestro de Tiberio en Rodas y del autor anónimo de la obra *Sobre lo sublime.*

[19] Es poco más que un nombre. Se sabe que fue maestro de retórica.

[20] Autor de unas *Diégesis* de 55 leyendas dedicadas a Arquelao de Capadocia, el que fue rey del 36 a. C.-17 d. C.

compara a sí mismo más gustosamente con otro cuando de la comparación se deduce que no es inferior a él, y hasta en ocasiones podría parecer mejor.

Pero me vuelvo ya a los socráticos, a quienes considero imprescindibles para todo hombre aficionado a la retórica. Pues como no hay condimento que, sin sal, resulte gustoso al paladar, así ninguna clase de literatura me parece agradable al oído si le falta la gracia socrática.

En cuanto a los demás, resultaría una labor ímproba el enumerar sus méritos y una tarea nada fácil el estudiar-
14 los. Por mi parte, yo opino que al hombre que se dedica a la política podría bastarle Jenofonte, y sólo Jenofonte, entre los antiguos. Pues, tanto el que dirige un ejército en tiempo de guerra como el que habla en la asamblea, en el senado y hasta en los tribunales, si quiere expresarse no sólo como orador, sino también como político y como hombre de estirpe regia, podrá hablar justamente lo que es propio de su cargo. Jenofonte, pues, me parece el mejor de todos y el más provechoso para todas estas actividades. Y es que sus pensamientos son para todo el mundo diáfanos, sencillos y fáciles de comprender. El estilo de sus relatos es agradable, lleno de gracia y persuasivo, con mucha verosimilitud, mucha gracia y penetración, de modo que resulta vigoroso no sólo por la habilidad sino también por
15 el encanto de sus palabras. Si deseas, pues, leer con todo cuidado su obra sobre la *Anábasis,* verás que todos los discursos que tú tendrás que pronunciar han sido ya desarrollados por él. De modo que sirve de modelo a todo el que recurre a él o pretende imitarlo. Pues si es útil para el político reanimar a los que han caído en la desesperación, Jenofonte demuestra muchas veces cómo hay que hacerlo. Y si hay que exhortar o aconsejar, nadie que sea conocedor de la lengua griega dejaría de conmoverse con

sus discursos parenéticos. Tanto que hasta la mente se 16 me turba y, algunas veces, lloro durante la lectura de tantas hazañas. Y si es preciso hablar con prudencia a los engreídos y orgullosos, y no dejarse impresionar por su mal humor ni renunciar vergonzosamente al propio criterio hasta hacer en todo lo que a ellos les apetece, también lo aprenderemos en él. Igualmente, si hay que hablar en secreto tanto a los generales sin la tropa como a la tropa sin los generales; o de qué modo hay que hablar a personas de estirpe real; o cómo se engaña a los enemigos para hacerles daño, y a los amigos para favorecerlos; y cómo a los que andan preocupados sin motivo hay que decirles la verdad sin ofenderlos, sino tratando de convencerlos; y cómo no hay que fiarse demasiado fácilmente de los jefes y cómo los jefes engañan a sus subordinados; por qué medios intrigan los hombres o son objeto de intrigas.

Todas estas cosas están en Jenofonte suficientemente 17 documentadas. Y ello, porque, creo yo, al mezclar las palabras con los hechos y al tomar los datos no de oídas ni copiándolos de otro, sino porque él mismo había participado en los hechos y en las palabras, hizo que sus datos fueran más fidedignos en todas sus obras y especialmente en aquella de la que vengo haciendo memoria [21]. Y has de saber que, si recurres a su lectura con diligencia e interés, no te arrepentirás en modo alguno, antes sentirás que este autor te tiende una mano tanto cuando estés en el Consejo como cuando estés en la Asamblea.

---

[21] Es destacable el entusiamo con que habla Dión sobre Jenofonte (430-355 a. C.) y su *Anábasis*. De todos modos, Jenofonte, a quien la tradición ha llamado la «Abeja ática» por haber tocado géneros muy diversos, vivió con particular protagonismo las peripecias de la aventura. Pues, muerto Ciro, el conspirador, y asesinados a traición los generales griegos, Jenofonte organizó y dirigió la retirada de los 10.000 griegos.

18 En cuanto a escribir, no te aconsejo que lo hagas tú mismo, sino que o lo hagas muy raras veces o, mejor, se lo encomiendas a otro. Pues, en primer lugar, el que dicta se parece más al que habla que el que escribe; y, en segundo lugar, el dictado se hace con menos trabajo. Además, aunque resulte con menos precisión que la escritura, ayuda más al ejercicio de la palabra. Y no creo que valga la pena que escribas estas composiciones escolares, sino que, si tienes que escribir, elige alguno de los discursos con cuya lectura más hayas disfrutado, sobre todo, de los de Jenofonte, bien tratando de refutar lo que otros dicen, bien
19 intentando decir lo mismo de otra manera. De todos modos, si tienes buena memoria, es mejor repetir sus relatos. Pues, con ello, acaba uno acostumbrándose a la forma de sus narraciones y a la precisión de sus ideas. Esto no quiere decir que tengas que copiar palabra por palabra una obra entera, sino que, si algo te gusta extraordinariamente, procures retenerlo. Para un muchacho, habría escrito muchas más cosas sobre este asunto, pero para ti basta con lo dicho. Pues aunque retengas sólo una pequeña parte, te servirá de gran provecho. Pero si tuvieras alguna dificultad, o el hacerlo te costara trabajo, tampoco se trata de algo imprescindible.

20 Tengo la impresión de que me he extendido demasiado en mis consejos. Pero tú tienes la culpa por haberme convencido y provocado. Lo mismo que los que sobresalen en la lucha condescienden algunas veces con los más débiles y les hacen creer que son más fuertes, así me parece que tú me has animado a que te escriba acerca de unas cosas que, por cierto, conocías bastante bien, como si las ignoraras. Yo desearía, si a ti te resulta agradable, que alguna vez nos reuniéramos para leer a los antiguos y discutir sobre ellos. Así podríamos sernos el uno al otro de

alguna utilidad. Del mismo modo que a los pintores y a 21
los escultores no basta decirles cómo deben ser los colores y las líneas, sino que lo que más les aprovecha es que su maestro les vea mientras pintan o modelan; y de la misma manera que no basta que los maestros de gimnasia hablen de las distintas formas de lucha sino que deben mostrárselas prácticamente a sus pupilos, así también en consejos de esta índole se obtendría mayor provecho si el que los recibe viera, al que los da, ponerlos en práctica. Yo, por mi parte, aunque tenga que leer mientras tú escuchas, no dudaría en hacerlo para provecho tuyo. Y ello, porque te quiero, admiro tu pundonor y te estoy agradecido por el honor que me has hecho.

XIX

SOBRE LA AFICIÓN A LAS AUDICIONES

INTRODUCCIÓN

Quizá no poseamos en este discurso otra cosa que una introducción general a un tema tratado con mayor amplitud: la afición a escuchar toda clase de audiciones tanto dramáticas como musicales, recitales de poesía como lecciones de filosofía.

Dión hace referencia a la época y circunstancias de su destierro. Y se acerca a Cícico, ciudad vecina a su patria, aunque lo hace con ciertas cautelas. Pero la llegada de un célebre tañedor de cítara cambia su programa y relega su presencia a un segundo plano. Dión, que se confiesa aficionado a la música, deja su protagonismo en aras de su afición.

Reconoce que es también aficionado incondicional a escuchar a los sofistas, actores y poetas. Y nos da una noticia curiosa sobre la interpretación de las piezas trágicas. Se han eliminado, dice, en la ejecución de las tragedias de cara al público, las partes más difíciles y complicadas, como son los cantos del coro o partes cantadas de la obra.

Y es que las tragedias vienen a ser en esto como el cuerpo humano. Las partes duras resisten más lo asaltos del tiempo. Las delicadas, en cambio, son las primeras que desaparecen.

SOBRE LA AFICIÓN A LAS AUDICIONES

1 Algunos de mis familiares sentían hace tiempo la necesidad de tener un encuentro conmigo. Se decía, asimismo, que muchos de los ciudadanos deseaban verme, porque consideraban que yo estaba por encima de los demás a causa de mis aventuras, los cambios de mi vida y las aparentes miserias de mi cuerpo. Finalmente, hasta me acusaban diciendo que me portaba injustamente con ellos. Pero yo no quería acercarme hasta la frontera misma, porque el hacerlo era propio de un hombre apesadumbrado por el destierro y deseoso de volver a casa [1]. Eso es lo que les pasa a los que no dejan nada en la copa, porque tienen evidentemente mucha sed. Llegué, pues, a Cícico y allí me 2
detuve para que cualquiera de mis amigos que lo deseara tuviera la oportunidad de venir a visitarme. Y, por cierto, que me salvé, como se dice del citarista del cuento, cantando una canción.

Pues cuando llegó el mejor de los actuales tañedores de cítara, en la opinión de algunos, y no inferior a ninguno de los antiguos, ni siquiera a Arión [2], el que se libró

[1] Como en otros lugares, Dión hace alusión a su destierro. Bitinia, su patria, quedaba al Este de la Propóntide o Mar de Mármara no lejos de Cícico, la colonia de Mileto.

[2] Lírico y músico griego nacido en Metimna de Lesbos. Fue, según la tradición, el primer compositor de ditirambos y un excelente tañedor

de morir en el mar, los habitantes de Cícico debieron de practicar la adivinación. Porque ¿cómo iban a conocer ese detalle con seguridad sin haber oído a aquel hombre tocar la cítara? Pero tan pronto como se enteraron de que estaba en la ciudad, enseguida sintieron un extraordinario in-
3 terés, y todos acudían al senado. Y así yo, pensando que podía asistir y participar de tan hermoso espectáculo, llegué con grandes ánimos entre los primeros en medio de unos tres mil, o más, espectadores. Pues soy aficionado a las audiciones y amigo incondicional de la música, aunque más bien profano en la materia. De modo que si hubiera vivido en los mismos tiempos de Orfeo [3], creo que hubiera sido el primero en seguirle, aunque fuera entre cervatillos y terneros sin sentirme avergonzado por nada. Pues también ahora, cuando acudo a oír a un sofista, me pasa con frecuencia lo mismo por mi afición desenfrenada a los discursos. Y no me importa reunirme con criaturas [4] parecidas, encantadoras y bellas unas veces; y otras, ruidosas y dispuestas siempre a triscar.

4 Esto me ocurre con los sofistas y con casi todos los oradores. Lo mismo que los pobres, conscientes de su propia pobreza, consideran dichosos a los que son medianamente ricos, así yo también admiro y aprecio a los que en cierta medida son capaces de hablar en público, porque soy consciente de mi incapacidad para la oratoria. Por otro

---

de cítara. En uno de sus viajes, arrojado del barco por los marineros, fue salvado por un delfín. Vivió en los siglos VII-VI a. C. Cf. HERÓDOTO, I 23-24.

[3] Cantor mítico griego, oriundo de Tracia, hijo de Apolo y la musa Calíope. Con su canto fascinaba no sólo a los hombres, sino a los animales y a la naturaleza inanimada. Introdujo en Grecia el culto de los Misterios. A la sombra de su figura se desarrolló la doctrina del orfismo.

[4] Se trata de criaturas como las que seguían a Orfeo.

lado, la intervención de los citaristas y, por Zeus, de los actores profesionales creo que contribuye no poco a proporcionar placer. Pues su voz es más fuerte y evidentemente más armoniosa; y su lenguaje, muy cuidado, y no como el de los oradores que intentan hablar casi siempre improvisando. Los poetas, en cambio, escriben sus composiciones con mucho primor y libres de preocupaciones. Toman la mayoría de sus temas de la Antigüedad y de autores mucho más sabios que los de ahora. Por lo que a la comedia se refiere, ha quedado todo; pero de la tragedia, solamente los pasajes, al parecer, más resistentes [5]. Me refiero a las partes de los yambos cuyos fragmentos son representados en nuestros teatros, mientras que han desaparecido las partes más delicadas como son los cantos del coro. De la misma manera, creo yo, de los hombres antiguos aguantan el asalto del tiempo las partes más duras del cuerpo, como son los huesos y los músculos, mientras que las demás se desvanecen. Por eso, los cuerpos de los más ancianos aparecen achacosos y debilitados. Y aquellos ancianos que están gordos por su riqueza y su buena vida, aunque ya no les queda nada de fortaleza sino grasa en vez de carne, parecen estar, según piensa la mayoría, bien alimentados y más jóvenes.

[5] Tanto la comedia como la tragedia tenían partes habladas y partes cantadas. Los fragmentos hablados son, en terminología y en ritmo, más próximos al lenguaje ordinario. Mientras que las partes cantadas por el coro, sobre todo en la tragedia, son mucho más complicadas en palabras y en ritmo. Por ello, son también más lejanas del lenguaje y de la comprensión de la gente sencilla. De ahí que se suprimieran en las representaciones populares.

XX

SOBRE EL RETIRO

INTRODUCCIÓN

Antes de hablar Dión de las ventajas del retiro, trata de definir en qué consiste la acción de retirarse. Pues no debe confundirse el retiro con la huida, ni el recogimiento con la cobardía. Retirarse es más una actitud que un movimiento de traslado de un lugar a otro. Pues estorban más los ruidos interiores que las circunstancias externas. Las pesadumbres interiores seguirán al hombre a todas partes, porque van con él enraizadas en su propia alma.

Pero el hombre pierde sin recato ni rubor esa inmensa riqueza que es el tiempo. Perder una moneda lo llena de desasosiego. En cambio, derrochar el tiempo lo deja indiferente. Se trata, pues, de un aprendizaje que hay que practicar: el estar a solas con nosotros mismos. Y no es cuestión de lugares mejores o peores. El retiro más eficaz es el que se dirige hacia el interior de uno mismo.

Para ilustrar estas ideas, refiere Dión escenas de la vida de cada día, trazando viñetas, donde aparecen hasta los maestros de escuela de la época ejerciendo la profesión en plena calle. Lo abigarrado de un zoco oriental pasa ante nuestros ojos y nuestra sorpresa.

Todo es cuestión de practicar el ejercicio de la atención, para que nada sea capaz de desviarla ni dirigirla a otra cosa distinta de la que nosotros queremos.

Por consiguiente, si falta paz a nuestro alrededor, la buscaremos dentro de nosotros mismos, sin derramarnos en pensamientos o sueños inútiles cuando no perjudiciales, como le ocurrió a Paris, que fue por ello responsable de la guerra de Troya.

SOBRE EL RETIRO

Debemos aclarar, ante todo, cuál es el concepto de 1
«retiro» y a quiénes tenemos que considerar como personas que «se retiran». ¿O es que hay que decir que «se retiran» los que se apartan de los trabajos y las actividades que les interesan? Pues sería lo mismo que si uno que es ciudadano ateniense, cuando fuera preciso enrolarse en el ejército para luchar por su patria porque los espartanos habían invadido el Ática o porque avanzaba Filipo [1] o cualquier otro enemigo, se retirara a Mégara [2] o a Egina [3] para no enrolarse ni poner en peligro su vida. ¿Se podría decir en ese caso que «se había retirado»? ¿O acaso se retira el que, siendo dueño de grandes posesiones, se va de la ciudad para librarse de las contribuciones especiales? [4]. ¿O se retira el que pudiendo dar la salud a los 2

[1] Alusión a dos circunstancias de la historia de Grecia: la invasión del Ática por los espartanos durante la Guerra del Peloponeso y el insistente avance de Filipo en el siglo IV a. C. hacia el corazón de Grecia.

[2] *Polis* vecina del Ática en el camino que llevaba al Istmo.

[3] Egina es la isla situada en el golfo Sarónico frente a las costas del Ática. En el siglo VI mantuvo una rivalidad comercial con Atenas.

[4] El término griego para designar estas contribuciones es *leitourgía* o contribución especial impuesta a personas ricas para aliviar los gastos del Estado. Entre otras, estaba la subvención a los gastos necesarios para el montaje de las obras dramáticas, para la guerra, etc.

enfermos, aunque entre ellos haya amigos y familiares, los abandona y se marcha a otro lugar para evitarse las molestias y no tener problemas al curarlos? Y cuando un ciudadano cualquiera es requerido ante la ciudad si no quiere aceptar un cargo, ni ayudar a la autoridad, ni hacer servicio de guardia porque tiene que privarse del descanso, antes al contrario, para librarse de todas estas pesadumbres y para que nadie le pueda llamar la atención ni molestarlo cuando bebe, duerme o se divierte, se retira a otra parte, ¿se tendría que decir, acaso, que hombres así «se retiran»? Desde luego que no, porque lo que hacen éstos, evidentemente, es huir y escaparse, y no hay excusa ni pretexto que les valga para ese descanso ni para esa fuga.

3 Sería, pues, inexacto decir que «se retiran» los que se apartan de ocupaciones inútiles y de trabajos que en nada les interesan para procurarse una tregua en sus pesadumbres. Y así, no se podría decir que «se retira» el que se traslada de una ciudad a otra o de un país a otro. Pues adondequiera que vaya encontrará muchos obstáculos que no le permitirán hacer lo que le interesa. Y el acompañar continuamente a alguien y pasar el tiempo bebiendo, jugando a los dados o haciendo cualquiera de las cosas perjudiciales e inútiles, es en todas partes lo mismo. Y también, pasar el rato con el primero que se encuentra, charlando y oyendo palabras inútiles, tanto si se conversa sobre los asuntos del emperador o los de cualquiera [5],
4 como alguien ha dicho. Porque el insensato no es dueño de su propia alma, sino que anda de allá para acá llevado fácilmente de cualquier pretexto y cualquier compañía.

En consecuencia, así como los derrochadores no podrían dar razón de su dinero ni explicar en qué lo han

[5] Cf. Aristóteles, *Retórica* III 15, 5.

gastado, aunque es evidente que han gastado enormes sumas de dinero, así también los hombres, en su mayoría, serían incapaces de dar razón de su tiempo y de su vida, y no podrían explicar en qué han gastado cada día, mes o año. Pues está claro que la vida pasa y el tiempo se gasta, cosa de gran valor para los hombres y, desde luego,
a mi parecer, más preciosa que el dinero. Pero, sin em- 5
bargo, cuando se pierde una dracma, el hombre lo nota enseguida y siente la mordedura de su pérdida. Y cuando ya son muchas las que se pierden, son pocos los que ante esta eventualidad conservan la tranquilidad. Quiero decir que no se entristecen ni se duelen por su descuido y por no estar atentos a lo que vale la pena, sino sólo por la pérdida de las dracmas. En cambio, cuando se pasa un día perdido, y hasta dos o tres, no hay nadie que se pre-
ocupe. Y es que en el tema del dinero, llegan a hacer 6
cálculos minuciosos, porque, si no ponen atención ni se preocupan de las cosas, toda su hacienda podría disiparse y perderse sin que se dieran cuenta. Pero en el tema del tiempo, no pueden hacer los mismos cálculos, y parece como si no tomaran precauciones para aprovechar cada día, ni se cuidaran de no perderlo a la ligera, con lo que no se dan cuenta de que toda su vida podría disiparse y perderse.

Pero está claro que ni permaneciendo en este lugar ni 7
marchándonos fuera nos vamos a librar de tan triviales preocupaciones; ni siquiera retirándonos a Corinto o a Tebas [6], sino procurando estar a solas con nosotros mismos. Pues tanto en Tebas como en Mégara y, prácticamente, en cualquier lugar de Grecia y de Italia a donde uno vaya, se puede vivir sin trabajar y pasarlo bien. Y se esté donde

---

[6] Corinto sobresalía por su exquisitez; Tebas, por su ramplonería.

se esté, nunca faltará un pretexto para gastar gran cantidad de tiempo si surge la oportunidad, ya sea haciendo
8 el perezoso, ya trabajando. Por consiguiente, el mejor y más provechoso de todos los retiros es el que se toma hacia dentro de uno mismo prestando atención a los propios asuntos, tanto si uno está en Babilón como si está en Atenas [7], si está en un campamento militar como si está solo en una pequeña isla [8]. Pues estos retiros y estas migraciones tienen una cierta importancia para proporcionar descanso y permitir hacer lo que se debe. Y es que pasa como con los enfermos, que el hecho solo de cambiarlos de una cama a otra les proporciona a veces un cierto pequeño alivio, aunque no tanto como para curar la enfermedad.

9 Podemos ver cómo incluso en medio del mayor estrépito y en medio del gentío puede cualquiera continuar sin problemas su trabajo. Así, por ejemplo, el que toca la flauta o da clases de flauta sigue haciéndolo. Y muchas veces pone su escuela en medio de la calle, y no le distraen en absoluto ni la gente ni el ruido de los transeúntes. Igualmente, el que baila y el maestro de baile están en lo suyo sin preocuparse de los que riñen o hacen otras cosas. Y lo mismo, el citarista y el pintor. Y lo que ya es el colmo de todo esto, los maestros de las primeras letras se sientan en las calles con los niños y nada les impide en medio de
10 tanta gente a unos el enseñar, a otros el aprender. He llegado a ver, mientras me paseaba por el hipódromo, a muchas personas que al mismo tiempo hacían cosas distin-

---

[7] Babilonia era símbolo del desorden; Atenas lo era del orden. En el *Apocalipsis* de San Juan, Babilonia es presentada con connotaciones negativas (*Apoc.* 14, 8; 16, 19; 17, 5; 18, 2.10).

[8] Horacio (*Epístolas* I 11, 27): «Cambian de cielo, no de ánimo, los que cruzan el mar»; Epicteto, *Pláticas* II 17, 21, la misma idea.

tas. Uno tocaba la flauta, otro bailaba, otro hacía magia, otro leía un poema; aquél cantaba, el de más allá contaba una historia o una fábula. Y ninguno de ellos impedía a los demás atender a sus ocupaciones y hacer lo que estaba haciendo [9].

Sin embargo, ninguna de estas actividades es de las 11
que recogen el alma, la estabilizan y la hacen despreciar todo lo demás. Mientras que la educación, según parece, y la filosofía, que son las que consiguen mejor estos efectos, necesitan precisamente mucha soledad y retiro. Y lo que pasa con los enfermos, que si no hay silencio y tranquilidad por todas partes, no pueden conciliar el sueño, eso pasa también a los aficionados a las letras. Si no guardan silencio todos a su alrededor, de modo que no haya ninguna otra cosa interesante que atraiga la vista o el oído, no será capaz su mente de atender a sus propios asuntos y de concentrarse en ellos.

Pero veo también que los que habitan cerca del mar 12
no tienen problemas, sino que pueden pensar en lo que quieren, y hablar, escuchar y dormir cuando se les presenta la ocasión. Porque no les importa para nada el murmullo del mar ni se preocupan de él. Pues si quisieran poner atención para ver cuándo el ruido se hace más fuerte o más suave, o contar las olas que chocan contra la orilla, o se dedicaran a mirar cómo las gaviotas y las demás aves se posan sobre las olas y nadan sobre ellas con facilidad, no les quedaría tiempo para hacer otra cosa.

Así pues, todo el que es capaz de pensar rodeado de 13
tanta gente, del ruido que hacen y de sus trabajos, dado

[9] Es algo exagerada la afirmación de Dión. La calle o el hipódromo no son los mejores lugares para desarrollar ciertas actividades, como son la enseñanza de las letras o de la música.

que estas circunstancias en nada difieren de lo que sucede en el mar, no se sentirá molesto por nada. Antes bien, según parece, esto viene a servir de lección y de ejercicio muy interesante para acostumbrar la mente a seguir con sus reflexiones y no distraerse con otras cosas que no sean
14 las previstas y las que parecen razonables. Así, nuestra mente, acostumbrada a la reflexión, podrá hacer siempre lo que le interese. En cambio, la que vaga de acá para allá, la que anda inquieta y pasa de una ocupación a otra cuando encuentra algo que le proporciona placer o descanso, no podría reportar ningún provecho ni aun con toda la tranquilidad y soledad posibles, como el agua en un terreno escabroso, que corre hacia donde puede.

15 Tengo entendido que cuando los perros están bien entrenados y son esforzados, en cuanto se sienten libres, buscan enseguida el rastro y no lo dejan aunque todo el mundo los llame y aunque les lleguen muchas voces por todos lados, y se mezclen muchos olores de frutos y flores, y aparezca gran cantidad de hombres y de otros animales, y huellas de caballos, bueyes y ovejas. Un perro así ni ve ni siente ninguna de estas cosas, sino que, sin hacer caso de ellas, se aferra por todas partes al rastro y lo sigue hasta que encuentra y levanta la liebre. Luego insiste en la persecución, sean como sean los terrenos por donde discurre. Pues ni llanuras, ni caminos, ni parajes demasiado escabrosos, ni barrancos, ni corrientes lo detienen por muy variado que sea el recorrido que hace la liebre al intentar
16 despistarlo. Pero los perros inexpertos y desentrenados captan el rastro con lentitud y desisten con facilidad. Y si desde algún sitio se esparce un rumor, ya sea de perros que ladran, ya de hombres, caminantes o pastores que conversan, enseguida, levantando el morro del rastro, lo dirigen en dirección del ruido. Todo esto, como ya he dicho,

es fruto de la costumbre. De la misma manera, pues, convendría acostumbrar a nuestra mente a no volverse atrás ni retirarse del trabajo que mejor le va. De lo contrario, no será fácil destacar en nada ni llevar a cabo adecuadamente ninguna empresa.

¿O no es acaso en los desiertos y en los lugares tranqui- 17
los, o allí principalmente, donde los hombres insensatos han encontrado la manera de no pensar en lo que deben, sino de tener otros muchos y absurdos pensamientos con los que se hallan a gusto mientras se inventan para su consumo personal tiranías, riquezas y otras maravillas? Los hay que excavan tesoros y se hacen de repente como dueños de enormes cantidades de oro y plata. Otros se autoproclaman reyes y monarcas de ciudades y pueblos, y luego, poniendo inmediatamente en práctica todo lo que guarda relación con la tiranía, matan a unos, a otros los destierran, mantienen relaciones sexuales con las doncellas, los muchachos y las mujeres que les apetecen, participan en
los banquetes y en los festines más lujosos. Otros, pres- 18
tando dinero y otras mercancías, se fabrican para ellos mismos sueños brillantes y variados como si estuvieran realmente despiertos y en plenitud de facultades. Algunas veces de estos sueños brotan mezquinas y absurdas realidades. Pues las tiranías no nacen precisamente de estas cosas [10]. Ya que la tiranía no se deja dominar por una mente perezosa y en cierto modo siempre dormida, sino todo lo contrario, por un cuidado diligente y despierto. Pero los gastos excesivos, los lances amorosos y otras ocupaciones parecidas han hecho ya muchas veces tropezar a muchos.

---

[10] La tiranía no era, en un principio, un sistema político represivo. Los «tiranos» eran hombres inteligentes y activos, preocupados por el bienestar del pueblo y del engrandecimiento de la patria.

19 Un ejemplo de lo dicho puede ser, creo yo, Alejandro [11]. Cuando se encontraba casualmente descansando en el monte Ida [12] de sus trabajos pastoriles, se le ocurrió el pensamiento y el deseo de que sería causa de felicidad y ventura el tener como esposa a la mujer más bella del mundo. En comparación con esa mujer no valía la pena ni el trono, ni la riqueza ni el dominar por la guerra a la humanidad entera. A continuación, empezó a discurrir quién sería y en qué país viviría esa tal mujer, y cómo podría llegar a
20 esas bodas. Y empezó a despreciar a las doncellas y a las vírgenes de Ilión [13], siendo como era hijo del rey, y no las juzgaba dignas de su rango. Del mismo modo menospreciaba a las mujeres de Lidia [14] y Frigia [15], a las de Lesbos [16] y Misias [17]. Y se enteró de que en Esparta había una mujer a la que llamaban hija de Zeus, casada con Menelao [18], rey él mismo y hermano del rey de toda Grecia. A esa mujer la habían pretendido y deseado conquistar los príncipes y nobles de los griegos, llevándole abundantes dotes y regalos, porque hasta se decía que tenía dos

---

[11] Alejandro-Paris, hijo de Príamo de Troya y raptor de Helena.

[12] Cf. la n. 60 del Discurso XII.

[13] Nombre con el que también se denomina a Troya. La obra de Homero sobre un episodio de la guerra de Troya se llama, por ello, *Ilíada*.

[14] Rica región del Asia Menor, cuya capital era Sardes. Su rey Creso fue el paradigma del hombre opulento.

[15] Región del NO. del Asia Menor que sirvió de puente entre las culturas de Europa y Asia. Dos de sus reyes, Gordio y Midas, han pasado a la leyenda.

[16] Patria de Safo y Alceo, isla eolia situada frente a las costas de Frigia.

[17] Es la región donde se encuentra la que fue ciudad próspera y culta, Pérgamo.

[18] Se trata de Helena, esposa de Menelao, rey de Esparta. El hermano de Menelao, Agamenón, era rey de Micenas y dirigió la expedición griega contra Troya.

hermanos valientes, Polideuces y Cástor [19], hijos de Zeus. Deseó, pues, hacer de ella su propia mujer. Sin embargo, 21
opinaba que sería una empresa nada fácil. Pero si algún dios se la prometía y se la daba, no tardaría en cumplirse su deseo. ¿Y qué otra diosa podría razonablemente concederle esta gracia sino la que domina y dirige los asuntos del matrimonio y del amor? [20]. Por lo tanto, si aquella diosa se lo concedía, no le sería difícil esa boda. Pero ¿de qué modo podría convencerla para que le hiciera este favor más que haciéndose en cierta manera devoto de la diosa y ofreciéndole dones y favores? Pero resultaba que ella no necesitaba riquezas, pues era de oro [21] y poseía sencillamente todas las riquezas. Tampoco necesitaba sacrificios, pues todo el mundo se los ofrecía en todas partes. Ni era fácil que pudiera escuchar cualquier otro alegato o plegaria. Pero si alguien le presentara lo que ella más deseaba y lo que consideraba más precioso que todo, y además atestiguara que era la más hermosa de las diosas, enseguida ganaría su voluntad. Ahora bien, ¿frente a quién valdría 22
la pena salir victoriosa y ser preferida en este aspecto más que frente a las primeras y más grandes de las diosas, Atenea y Hera? Más todavía si éstas se presentaban con gran-

[19] Helena era hija de Zeus y Leda. Zeus, convertido en cisne, se unió a Leda a la que dejó encinta. En el parto nacieron dos huevos que contenían cada uno un par de gemelos, Cástor y Pólux, Helena y Clitemestra. Antes de casar a Helena, Tíndaro, esposo de Leda, hizo jurar a todos que respetarían la voluntad de Helena y ayudarían al elegido si la hermosa le fuera infiel. Los príncipes griegos cumplieron el juramento al ayudar a Menelao a recuperar a su esposa, raptada por el príncipe troyano Paris-Alejandro.

[20] Es decir, Afrodita, que era venerada particularmente por los troyanos y los apoyaba en su contencioso con los griegos.

[21] «Áurea» es uno de los epítetos con que Homero califica a Afrodita (*Ilíada* V 427; XIX 282).

des y admirables regalos para obtener la victoria. Discurriendo de este modo y tratando de poner en práctica su designio y su propósito, como alma que sigue mientras duerme sus fantasías e invenciones y urde sueños grandiosos y coherentes, se imaginó entonces que Zeus lo nombraba juez de las diosas. A las otras dos las pasó por alto, tanto a ellas como a sus regalos, pero a Afrodita la prefirió a cambio del salario y el don de recibir por esposa a aquella mujer por la que tanto había suspirado y suplicado.

23 A pesar de que no era más que un boyero y un hombre privado, no tuvo problema con sueño tan fantástico. Ahora bien, dado que también era hijo de rey y potentado, que sobresalía en la ciudad más grande de aquel tiempo por sus riquezas, por su poder y por el afecto particular que sus padres sentían hacia él, puso en práctica el resto de aquel sueño como si ya hubiera sucedido [22]. Después de construir naves y reclutar compañeros, navegó hacia Grecia y Esparta. Y, habiendo entrado en la casa de Menelao y de Helena y recibido los honores de la hospitalidad, convenció a la mujer para que abandonara a su marido y a Grecia. Regresó, pues, con ella a Troya, donde aquella mujer fue el origen de grandes problemas y desgracias.

24 De este modo, los pensamientos y los deseos del alma de un simple ciudadano sin influencias son inconsistentes y lánguidos, de forma que nada problemático puede derivarse de ellos. Pero, lo mismo que los sueños se disipan realmente enseguida tan pronto como los que los tienen se despiertan y, como suele decirse, no aguantan ni el sol

[22] Lo que Dión deja en mero sueño, lo explica la mitología con el relato del «Juicio de Paris» durante las bodas de Tetis y Peleo. Al conceder a Afrodita la manzana de oro, Paris-Alejandro rechazó el Imperio de Asia que le ofrecía Hera, y la sabiduría que le brindaba Atenea.

ni el día, así, más o menos, ocurre en esta clase de pensamientos y esperanzas. En cambio, los pensamientos y deseos de los monarcas, de los ricos o de los que tienen cualquier clase de poder, suelen tener una realidad muchas veces dura y terrible. Y aquí ocurre, a mi parecer, lo 25
que con esas criaturas que nacen del viento. Pues cuentan que hay huevos que nacen así, sin relación de sexos ni semilla de macho. Son los que llaman «huevos de viento», como si de un golpe de viento hubieran nacido. Por eso, el mismo Homero, pensando, creo yo, que no es ni imposible ni inverosímil que aparezca ante los hombres una raza de caballos hijos del viento, dijo que el Bóreas [23] se enamoró de algunas yeguas de Troya y las fecundó con su simiente, de donde nació una raza nueva de caballos [24]. Pues del mismo modo, de un pensamiento erróneo e imposible se deriva muchas veces un hecho real y verdadero.

Todas estas cosas que he dicho son consecuencia de 26
aquella digresión inicial que hice para explicar que es preciso acostumbrar nuestra mente a cumplir con su obligación y a ejercitar el pensamiento en todas partes, tanto en medio del ruido más ensordecedor como en la tranquilidad más absoluta. Porque, si no, ni la soledad ni la tranquilidad ofrecerán mayores garantías para que los insensatos dejen de maquinar tantas cosas absurdas y de cometer tantos errores.

---

[23] Es el dios de los vientos del N., hijo de Astreo, titán que de Eos, la Aurora, engendró a los cuatro vientos.

[24] Hom., *Il.* XX 223-229.

XXI

SOBRE LA BELLEZA

INTRODUCCIÓN

Otro de los temas que más obsesionaron a los griegos fue el de la belleza. Descubridores de ella en muchos aspectos de la vida, fueron también espléndidos realizadores de la misma en obras y en palabras.

La presencia de un prócer de la belleza —joven, alto, atractivo, modesto— desata la confesa locuacidad de Dión. Y aunque hay distintas valoraciones, como también hay distintos conceptos de lo bello, el hecho es que la belleza ha sido, y es, una palanca poderosa para encender pasiones y mover voluntades.

Un ejemplo preclaro es Nerón, quien puso todo el peso de su poder imperial para satisfacer su particular culto a la belleza. Un Nerón a quien, a pesar de sus excéntricas locuras, muchos súbditos añoraban. Esta apreciación nos lleva certeramente a la época de Domiciano, emperador del 81 al 96 d. C. Ni Vespasiano ni Tito antes de Domiciano, ni Nerva ni Trajano después, habrían podido hacer añorar a Nerón. Pero Domiciano, sí. Sobre todo, el Domiciano posterior al año 88, cuando una conspiración descubierta despertó sus terrores y su crueldad. A partir de entonces, Domiciano sembró el terror con tanto descaro que muchos llegaron a echar de menos al mismísimo Nerón.

Por lo demás, Dión ya se ha convertido de la retórica a la filosofía. Su actitud recuerda a la persona provecta, profesional de la filosofía cínica, siempre con una gota de ironía a flor de labios; como cuando relata la picaresca de los libreros que tratan de echar siglos sobre las obras más recientes.

Lo que sí deja bien sentado es el hecho de la relatividad de la belleza. Si, al decir de Protágoras, «el hombre es la medida de todas las cosas», lo es también en el tema de la belleza. Es decir que en la belleza hay muchos aspectos subjetivos por encima y más allá de las medidas y las proporciones. Porque para valorar lo bello cuentan tanto, o más, el lugar, el tiempo o, simplemente «el cristal con que se mira».

SOBRE LA BELLEZA

DIÓN. — Qué alto es este joven y qué hermoso. Más 1
aún, su porte tiene algo de antiguo [1] como yo no lo he visto en los actuales, a no ser en las estatuas más antiguas de las dedicadas en Olimpia. Pues las imágenes de los posteriores siempre son inferiores y tienen una apariencia más vulgar, lo cual es debido en cierta medida a los artistas, pero mucho más al hecho de que los representados eran así.

INTERLOCUTOR. — Lo que dices es verdaderamente terrible, si es que, como si de plantas o animales se tratara, los hombres hermosos van desapareciendo, según dicen que ha pasado con los leones que había en Europa, cuya raza ha quedado extinguida [2]. Pues antes los había en Macedonia y en otros lugares. Sería, pues, una pena que también se marchitara así la belleza de los hombres.

DIÓN. — La masculina, buen amigo, ciertamente. Sin 2
embargo, la belleza femenina quizá vaya en aumento. Un varón hermoso se da ahora raras veces, y cuando se da, pasa inadvertido para la mayoría más todavía que los ca-

---

[1] Como en otros tiempos, también en el de Dión, «antiguo» podía ser sinónimo de hermoso y de calidad. PLUTARCO, contemporáneo de Dión, opinaba lo mismo (*Pericles* 13).

[2] Los leones están presentes en el arte y en las leyendas de Grecia. La entrada a la fortaleza de Micenas está presidida por dos leones rampantes. Y no lejos, en Nemea, habitaba el león al que Hércules dio muerte.

ballos hermosos para los muleros. Y si alguien se interesa por los hombres guapos, es en plan lascivo y para nada bueno. De modo que, a mi parecer, los que nacen se agotan rápidamente y desaparecen. Pues no solamente la virtud se acrecienta con la alabanza, sino que también la belleza crece cuando es apreciada y alabada [3]. Pero cuando nadie tiene interés ni se fija en ella, o sólo la aprecian los malvados, entonces se disipa como las imágenes del espejo.

INT. — ¿Acaso, pues, como hacen muchas veces los atenienses, tendremos que proclamar también nosotros el tiem-
3 po presente como vacío de belleza [4] al no haber ningún hombre hermoso?

DIÓN. — Pues claro, por Zeus, al menos según pensaban los persas. Porque de los griegos nadie pensaba así, excepto uno del grupo de los Treinta [5]. ¿O es que no conoces el caso de Critias [6], uno de los Treinta Tiranos, que dijo que la figura más hermosa entre los varones era la más femenina, y entre las mujeres, la más masculina. Por eso, lo eligieron con razón los atenienses como legislador

---

[3] Desde un punto de vista sociológico, las modas hacen que algo se cultive y prospere. También los hombres hermosos.

[4] Dión dice, literalmente, que se debería proclamar la «anarquía», término con que se definía el tiempo en el que no había arcontes. Cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* XIII 1, sobre la «anarquía» que siguió a la marcha de Solón, durante el tiemo que estuvieron sin arconte. JENOFONTE (*Helénicas* II 2, 1) se refire al año de los Treinta Tiranos como al año de la «anarquía» por haber estado sin arconte.

[5] Los Treinta Tiranos fueron los oligarcas puestos por Esparta en Atenas al término de la guerra del Peloponeso (404 a. C.).

[6] Jefe de la oligarquía de los Treinta, había sido discípulo de Sócrates. Enemigo de la democracia, estuvo desterrado en Tesalia, de donde volvió al caer Atenas en mano de los espartanos. Murió en un encuentro con las tropas de Trasibulo, jefe del partido democrático.

para que modificara las leyes antiguas. Y, por cierto, que no dejó ni una intacta.

INT. — Bueno, pero, ¿qué pensaban los persas de la belleza?

DIÓN. — ¿No está bastante claro, cuando convertían 4
en eunucos a los más hermosos para que llegaran a la mayor hermosura posible? Luego pensaban que lo femenino destacaba por su belleza. Y prácticamente todos los bárbaros hacen lo mismo, igual que con los demás animales, porque sólo piensan en los placeres de la carne. Por ello, lo que Dédalo [7] hizo, según se cuenta, para engañar al toro, pues extendió una piel de vaca sobre una armazón de madera, eso lo hacen también aquéllos poniendo sobre los varones una figura de mujer, porque, de lo contrario, son incapaces de enamorarse. Quizás entre los persas la causa 5
sea también el sistema de la educación, pues los niños son educados durante mucho tiempo por mujeres y por eunucos ancianos. Pero los niños no suelen frecuentar en absoluto la compañía de otros niños, ni los adolescentes la de otros adolescentes, como tampoco se desnudan en las palestras y los gimnasios [8]. De ahí se deriva, creo yo, el hecho de que tengan relaciones con sus propias madres. Como les pasa a los potros que, cuando, crecidos ya, siguen todavía con sus madres, intentan montarlas. El tema de la 6
alimentación tiene también aquí su importancia. Pues el caballo es mucho más hermoso que el asno, pero los asnos no se sienten atraídos por los caballos por su naturaleza, sino sólo cuando han sido alimentados con leche de yegua.

---

[7] Cf. n. 52 al Discurso XII.

[8] Los griegos no tenían reparo en desnudarse en palestras y gimnasios. Más áun, gimnasia quiere decir ejercicio que los atletas practican desnudos.

Igualmente, al caballo que ha sido criado con leche de burra, le pasa lo mismo [9].

Entre los hombres, el poder puede ser también causa de acciones ilegales. Por ejemplo, todos sabemos que en nuestros días Nerón no sólo castró a su amado, sino que también le cambió su nombre por otro de mujer, precisamente por el de la mujer amada, que luego fue su esposa y con la que se casó después de haberla deseado y haber encarcelado públicamente a su anterior esposa, en cuyo tiempo había alcanzado el trono [10].

7 INT. — Y ¿cómo se llamaba aquella mujer cuyo nombre impuso al eunuco?

DIÓN. — ¿Qué te importa a ti eso? Ten la seguridad de que no se llamaba Rodogune [11]. Aquel joven dividía en dos partes los cabellos de su cabeza, y las jovencitas lo seguían cuando iba de paseo; se ponía vestidos de mujer y se veía obligado a hacer otras cosas por el estilo. Finalmente, se ofrecieron grandes honores y riquezas infinitas en cantidad para aquel que lograra convertirlo en mujer.

INT. — ¿Y acaso hubo alguien que lo prometió?

8 DIÓN. — ¿Y cómo no se lo iban a prometer a quien ofrecía tanto? ¿O es que no sabes cuánto era el poder del que ofrecía? Porque donde y cuando es necesario nombrar a uno emperador, suelen elegir al hombre más rico y del que esperan recibir más dinero. Por lo demás, no les importa en absoluto qué clase de hombre sea, aunque después de ocupar el poder se ponga a castrarlos a todos —a

---

[9] ARISTÓTELES (*Historia de los animales* 557b, 15), refiere que «la yegua no acepta al burro ni la burra al caballo a no ser que el burro haya amamantado al caballo».

[10] SUETONIO, *Vida de los XII Césares* VI 28.

[11] Nombre persa de mujer (PLUTARCO, *Artajerjes* 27). El rey de los partos, Arsaces, dio por mujer a su hija Rodogune a Demetrio Nicetor.

todos en general, y a los que han recibido dinero, en particular—, y por añadidura los prive de todas sus posesiones. En esto destacaba especialmente Nerón. Nadie se 9
atrevía a contradecirle sobre algo que dijera ni siquiera a decir que era imposible lo que mandaba. De modo que si mandaba a alguien que volara, también eso se lo prometía. Y era mantenido durante largo tiempo dentro de palacio en compañía del emperador como si tuviera intención de volar realmente [12]. Nerón era el único que no guardaba moderación alguna en lo tocante al dinero, ni para darlo ni para recibirlo. Y fue sólo por esta insolencia para con su eunuco por la que encontró la muerte. A saber, en un momento de cólera el eunuco reveló los proyectos de Nerón a sus servidores. Por este motivo, se distanciaron de él y le obligaron a morir de la forma que fuera. Aunque 10
éste es un tema que todavía sigue sin conocerse. Pues por lo que se refiere a sus restantes súbditos, nada le impedía seguir en el poder durante todo el tiempo, como lo demuestra el hecho de que aún ahora todos desean que estuviera vivo. Y la mayoría hasta se lo cree, y eso que en cierto modo Nerón ha muerto no una sino muchas veces en compañía de los que creían firmemente que vivía [13].

INT. — Tú estás siempre inventando razones para ridiculizar lo que hacen los hombres. Y ahora mismo, sin ninguna base, has hecho lo mismo. Pero no me has dejado preguntarte lo que yo quería.

DIÓN. — Quizá me miras con desdén y juzgas que des- 11
varío porque no hablo de Ciro y de Alcibíades [14], como

---

[12] SUET., *Vida*... XII 2.

[13] *Ibidem*.

[14] Una vez más, habla Dión de la manía de mirar y admirar lo antiguo por sistema. Conscientes de ello, los escritores y libreros, sucumbían a la fácil tentación de dar «gato por liebre».

hacen todavía los sabios de nuestros días, sino que hablo de Nerón y de otros temas parecidos, recientes y oscuros que puedo recordar. La causa de todo esto es que no me gustan en absoluto los trágicos ni me preocupo por emularlos. Además de que tengo entendido que en la tragedia es una vergüenza nombrar a gente que vive todavía. Por el contrario, había que abordar un tema antiguo, incluso aunque no tuviera nada de verosímil. Los autores antiguos no se avergonzaban de nombrar a los que vivían entonces ni cuando hablaban ni cuando escribían. En cambio, los actuales tratan de nombrar a los antiguos con cualquier
12 pretexto. Con qué fundamento hacen eso, te lo voy a explicar. Y, por favor, no me vengas con que siempre estoy diciendo tonterías; lejos de mí el hacerlo. Pero, ¿tú te das cuenta de lo que hacen algunos libreros?

INT. — ¿Y por qué me lo preguntas?

DIÓN. — Porque, como saben que la gente se interesa más por los libros antiguos en la idea de que están mejor escritos y en mejores materiales, entierran en trigo los libros más vulgares de los autores modernos para que acaben pareciendo antiguos por el color. Y luego, después de estropearlos bastante, los venden como si fueran antiguos. Pero, ¿qué es eso que hace rato estás deseando preguntarme?

13 INT. — Pues acerca de este joven quería saber quién es y de quién es hijo. Porque yo nunca jamás he sentido por nadie tan gran admiración. Por la edad, parece un muchacho de dieciséis años quizás, o de diecisiete, pero por la estatura es tan alto como cualquier adulto. Y su modestia es tan grande que hace al que se le acerca tener al punto sentimientos de modestia. No es posible mirar su rostro largo tiempo si él no mira casualmente hacia otro lado. Pues nadie es tan desvergonzado ni tan de piedra

que pueda aguantar con la mirada fija en él, sino que necesariamente tiene que darse la vuelta y apartar los ojos. Esta experiencia me produce una admiración extraordinaria, porque la belleza cuando va acompañada de modestia, incluso a los desvergonzados les hace mirar a otro lado y los obliga a sentir vergüenza.

DIÓN. — Pero, a lo mejor, no te has fijado en lo que 14
sucede con el agua,

INT. — ¿Qué sucede?

DIÓN. — Pues que cuando el sol la ilumina perpendicularmente produce reflejos más fuertes. Y posiblemente has visto en los muros una luz que se mueve y da vueltas, pero que, en comparación con la que cae perpendicularmente, no es real sino que es el reflejo del rayo de sol que incide sobre el agua. Un reflejo parecido brota de la modestia verdadera, y hace que los que la contemplan parezcan personas llenas de modestia. Pero en cuanto se marchan, vuelven a ser desvergonzados.

INT. — Pues a mí me parecía que el mismo maestro de gimnasia estaba como entusiasmado y sorprendido.

DIÓN. — Pues más todavía te sorprenderás cuando 15
sepas que este muchacho, aun siendo como es, no pertenece a nadie.

INT. — ¿Qué quieres decir con que no pertenece a nadie?

DIÓN. — Lo mismo que tú cuando preguntabas que de quién era. Pues creo que quieres preguntar que de quién es hijo.

INT. — ¿Es que es acaso uno de los hombres «sembrados» [15]?

DIÓN. — Pues sí que le iría bien con su estatura y su hombría, si esos hombres fueran delicados y amables por

[15] Los hombres «sembrados», o nacidos de los dientes del Dragón de Cadmo, son los tebanos (cf. EURÍPIDES, *Suplicantes* 578).

naturaleza como lo es este muchacho, y no duros y ásperos como hijos de la tierra de que son. Y en cuanto a su físico, no andas equivocado al compararlo con un beocio más que con un espartano o un ateniense. Pero lo que no es posible ignorar en modo alguno es que es la quintaesencia de lo griego.

INT. — Pues ¿qué? ¿Es que hay acaso alguna diferencia de razas en materia de belleza? ¿O crees que no hay ningún hombre hermoso entre los bárbaros [16]?

16 DIÓN. — Bueno, pero fíjate en que existe una forma de ser típicamente bárbara tanto en la figura como en la belleza, y otra típicamente griega, lo mismo que varían también la lengua y el vestido. ¿O crees que Aquiles y Héctor [17] fueron hermosos de la misma forma?

INT. — Pero, ¿es que el poeta trata de algo que no sea la valentía de Héctor?

DIÓN. — No, cuando Héctor prende fuego a las naves. Pues no creo que entonces fuera el momento de acordarse de la belleza. Pero cuando murió y fue despojado de sus vestiduras, refiere cómo los aqueos se quedaron sorprendidos al ver su belleza. Éstas son sus palabras:

Y ellos contemplaron la forma y la figura maravillosa de [Héctor [18].

17 Porque antes no habían tenido, creo yo, tranquilidad para contemplarlo con atención. Y en todo lo demás, Homero

---

[16] Para un griego, «bárbaro» es aquel que no sabe hablar en griego y pertenece, por tanto, a otra cultura. Los griegos se creían superiores a los pueblos bárbaros.

[17] Aquiles y Héctor eran los dos héroes principales de la guerra de Troya; el uno, en el ejército griego, y el otro, en el troyano.

[18] *Ilíada* XXII 370-402, contexto de la muerte de Héctor y del escarnio a que es sometido su cadáver.

lo describe con más detalle que a cualquier otro de los hombres hermosos. Pues dice, por ejemplo, que su cabeza era graciosa, su cabellera muy negra y su cuerpo delicado. Pero sobre la figura de Aquiles nada dice en detalle, excepto que su cabellera era rubia [19]. También menciona la cabellera de Euforbo [20] y de Patroclo, muertos ambos en plena juventud. Pero de los demás hombres, así como de las más hermosas mujeres, habla muy poco. Sin embargo, nadie podría decir que todos ellos tenían la misma clase de belleza, ni que Alejandro, Euforbo o Troilo [21] se parecieran en algo a Menelao, Patroclo y Nireo [22]; y menos todavía entre los bárbaros, se les parecían Sesostris el egipcio [23], Memnón el etíope [24] o Ninia [25], Eurípilo [26] o Pélope [27].

---

[19] *Ibid.*, I 197; XXIII 191.

[20] *Ibid.*, XVII 51.

[21] Troilo es uno de los hijos de Príamo muertos a manos de Aquiles (*ibid.*, XXIV 253 ss.).

[22] Nireo era el griego más hermoso (después de Aquiles) de los que combatieron en Troya (*ibid.*, II 671-675).

[23] A Sesostris, rey mítico de Egipto, dedica Heródoto un amplio espacio en su *Historia* (II 102-110).

[24] Memnón, rey de Etiopía, era hijo de Titono y la Aurora. Homero ensalza su figura en *Odisea* XI 520-522. Son famosas sus estatuas colosales que se levantan junto a Tebas, en la orilla izquierda del Nilo.

[25] Hijo de los fundadores de Nínive, Nino y Semíramis. Nínive se llamó primitivamente Nino (Heród., I 103).

[26] Héroe de la guerra de Troya (*Il.* II 736; XI 819 ss.), muerto por Neoptólemo, el hijo de Aquiles (cf. *Od.* XI 520 s.).

[27] Pélope fue hijo de Tántalo, quien a su vez era hijo de Zeus. Tántalo traicionó a los dioses, que lo castigaron al suplicio de pasar hambre y sed con el agua y la comida ante sus mismos ojos.

XXII

SOBRE LA PAZ Y LA GUERRA

INTRODUCCIÓN

En este breve discurso, tampoco tenemos, probablemente, otra cosa que la introducción a un tema más amplio. Tema que el mismo Dión anuncia cuando dice que va a tratar concretamente sobre la paz y la guerra.

La realidad es que estas pocas páginas no desarrollan ningún tema de forma coherente. Todo da la impresión de una toma previa de posiciones de carácter general. La brevedad del discurso avala esta apreciación.

Habla el autor de dos clases de autores, los filósofos y los oradores. Entre los oradores distingue a los livianos, amigos de cotilleos, y a los que merecen desempeñar cargos políticos. De éstos, algunos pueden ser considerados como filósofos de la política. Son los auténticos oradores.

Pero los oradores tratan los temas en un sentido concreto y limitado a las circunstancias particulares. Los filósofos, en cambio, abordan los asuntos en abstracto, con una proyección genérica y universal. Por ello, tienen ya las soluciones preparadas, de forma que, cuando surge una circunstancia concreta, le aplican el remedio con una asepsia y una independencia que no suele ser, precisamente, la virtud de los oradores.

SOBRE LA PAZ Y LA GUERRA

Muchas, por no decir todas, las consecuencias de cual- 1
quier trabajo o actividad son evidentemente comunes a los filósofos y a los oradores. Pero no me refiero a esos oradores aficionados a los cotilleos del ágora, ni a esos mercenarios interesados solamente en el dinero y en sus disputas particulares sobre contratos y préstamos con interés, sino a aquellos que merecen figurar entre los consejeros y legisladores del Estado. Así fueron, creo yo, Pericles [1] y Tucídides [2] en Atenas; y antes todavía, Temístocles [3], Clíste-

[1] Hombre de Estado ateniense (595-429 a. C.) que fue el jefe político de Atenas en la época de su máximo esplendor. Hizo construir sobre la Acrópolis los Propileos y el Partenón. Su gobierno fue, en cierto modo, absorbente. Murió en la peste que se desencadenó en Atenas poco después de empezar la guerra del Peloponeso.

[2] Este Tucídides, distinto del famoso historiador, fue el adversario político de Pericles. En el 444 a. C., fue condenado al ostracismo, con lo que Pericles quedó como dueño absoluto de los destinos de Atenas.

[3] General y político ateniense (528-459 a. C.), vencedor de los persas en Salamina (480 a. C.), fue el creador de la marina de guerra ateniense para la que hizo fortificar el Pireo. Colaboró con Arístides en la organización de la Confederación de Delos. Como él, fue también condenado al ostracismo.

nes [4] y Pisístrato [5], por lo menos mientras conservó el nom-
2 bre de «orador» y «demagogo» [6]. Porque a Aristides [7], a Licurgo [8], a Solón [9], a Espaminondas [10] y a otros por el estilo hay que considerarlos como filósofos de la política y oradores en el más noble y auténtico sentido de la palabra. Me refiero, por ejemplo, a los que aconsejan y legislan sobre la educación de la juventud. Así fue en Esparta Licurgo, quien legisló, además, sobre las sociedades de amantes, la adquisición de riquezas —en qué cantidad y de qué modo hay que adquirirlas—, sobre el matrimonio, los derechos políticos, sobre la moneda, la honra y la infamia, sobre la disposición de las casas, sobre si se debe habitar en una ciudad amurallada o sin murallas, como

[4] Fue el fundador de la democracia o uno de sus principales organizadores. Realizó reformas político-sociales importantes. A él se debe la institución del ostracismo, destierro honorífico para defensa de la democracia. Vivió en los siglos VI-V a. C.

[5] Tirano de Atenas, muerto el 527 a. C. Apoyado por los *diákrioi* o montañeses, usurpó el poder político. Bajo su dirección, conoció Atenas una época de brillantez y prosperidad. Le sucedieron sus hijos Hipias e Hiparco.

[6] El término «orador» (*rhḗtor*) se aplicaba al que hablaba públicamente al pueblo. El término «demagogo» (o jefe del pueblo) no tenía en un principio el matiz peyorativo que adquirió después.

[7] Llamado «el Justo», combatió en Maratón, Salamina y Platea. Tuvo diferencias con Temístocles, porque apoyaba un ejército fuerte de hoplitas. Condenado al ostracismo, regresó durante la invasión de Jerjes. Fue el principal organizador de la Confederación de Delos.

[8] Legendario legislador de Esparta.

[9] Uno de los Siete Sabios de Grecia (640-566 a. C.), fue político, legislador y poeta. Introdujo en Atenas varias reformas que aceleraron decisivamente el proceso democrático.

[10] Estadista y general tebano que condujo a su patria hacia la hegemonía sobre toda Grecia. Venció a los espartanos en la batalla de Leuctra (371 a. C.) y en la de Mantinea (362 a. C.), en la que murió.

el dios aconsejó a los espartanos. También legisló sobre los ejercicios guerreros y sobre el orden en la batalla no sólo según el sistema hoplita, sino también según el que inventó, dicen, Epaminondas cuando colocó a los amantes con sus amados para que se ayudaran mejor y fueran testigos mutuos de su valor o de su cobardía. Aquel escuadrón, llamado sagrado, derrotó a los espartanos en la batalla de Leuctra [11], a pesar de que todos los griegos los apoyaban. Y, finalmente, lo más importante, como muchos 3
frecuentemente reconocieron, legisló sobre la paz y la guerra, asunto del que ahora me ocupo.

Esta clase de asuntos es denominada por los filósofos «sobre los deberes». Por ejemplo, si hay que casarse, dedicarse a la política, establecer la monarquía o la democracia o cualquier otro sistema de gobierno. Y entre otros asuntos, está, a mi parecer, el de si se ha de hacer la guerra.

Y no tratan los filósofos de estos temas en general, sino que estudian cuándo, con relación a quiénes y qué tiene que suceder o dejar de suceder para que haya que actuar. Pero existe una gran diferencia con respecto al punto de vista de los oradores. Pues éstos estudian casos concretos. Por ejemplo, si les conviene a los atenienses hacer la guerra a los peloponesios, o ayudar a los habitantes de Córcira contra los corintios; o si a Filipo le interesa aliarse con los tebanos para hacer la guerra contra los Focenses; o si a Alejandro le conviene invadir Asia [12]. Pues en todas 4

[11] Ciudad de Beocia, célebre por la victoria de Epaminondas sobre el ejército espartano. Con un sistema estratégico revolucionario, la falange oblicua, Epaminondas deshizo el monolítico cuerpo de hoplitas espartano. Era la primera derrota sufrida por Esparta en una batalla formal.

[12] Estos ejemplos concretos responden a contextos históricos: los dos primeros se refieren a los prolegómenos de la guerra del Peloponeso. El tercero, a la intervención de Filipo en la Guerra Sagrada contra los

estas decisiones es de la mayor importancia dilucidar si es justo hacer la guerra a los que no han cometido previamente una ofensa. Y si ha habido ofensa de parte de aquellos a quienes se proyecta hacer la guerra, de qué magnitud debe ser la ofensa cometida.

Los filósofos, en cambio, miran estos asuntos como de lejos, y examinan sus perfiles en abstracto. Pues resulta mucho mejor tener estudiados previamente todos los problemas y elegidas las soluciones, para que, cuando se presente el momento de actuar, puedan los interesados abordar el asunto con pleno conocimiento de causa y dar incluso consejos a los demás. Ya que no estaría bien que, sorprendidos de pronto por alguna circunstancia inesperada, se vieran desconcertados y tuvieran que improvisar sobre lo que ignoran. Pues cuando los oradores tienen que estudiar un problema, al no saber más que los demás ni haber estudiado el tema con anterioridad, se aconsejan a sí mismos a la vez que aconsejan a los demás. En cambio, los filósofos tienen ideas previas sobre las actividades citadas y desde tiempo antes han adoptado soluciones. Por eso, si se los llama para ser consejeros de las ciudades, de las naciones o de los reyes, estarán en situación mejor y más segura para manifestar su punto de vista acerca de lo que está sucediendo, pero no a ellos solos. Y no dicen ahora una cosa y después la contraria, ni se dejan llevar de la ira, la envidia o el dinero, como pasa con la balanza que, según uno de sus oradores [13], se inclina siempre a favor del dinero. Y digo esto no con ánimo de criticar a la oratoria ni a los buenos oradores, sino a los malos que presumen de ser los únicos.

---

focenses. El cuarto, al proyecto de Alejandro relativo a la conquista del Imperio Persa.

[13] Demóstenes, *Sobre la Corona* 298.

XXIII

EL HOMBRE SABIO ES FELIZ

INTRODUCCIÓN

En este discurso, uno de los doce que tienen forma dialogada, aborda Dión un problema típico en la mentalidad estoica. Aunque los estoicos ya tienen la respuesta en el sentido de que la verdadera virtud es la sabiduría, y la sabiduría es la raíz de la felicidad, Dión plantea la pregunta de una forma directa partiendo de otro principio más general. Es decir, si el hombre puede o no puede ser feliz.

Aduce luego unas citas de Homero y Eurípides que expresan una opinión más bien negativa. Para Homero, los dioses son por definición «los felices». Frente a la divina felicidad, el hombre arrastra sus múltiples desgracias. Desgracias que Eurípides destaca y que Dión glosa con ejemplos tomados de la naturaleza y de la mitología.

Los dos interlocutores se ponen de acuerdo en lo nuclear: el hombre es, o puede ser, feliz. Pero también es un hecho que existen hombres desgraciados. Dión explica esta felicidad, o infelicidad, por el *daímōn* que le ha caído en suerte a cada hombre. Sin embargo, aceptada la tesis de que todos los *daímones* son divinos y buenos, surge la dificultad: si todos los hombres han recibido un *daímōn* bueno, ¿por qué unos son felices, y otros, desgraciados? La respuesta es obvia. Todo depende de la obediencia o desobediencia del hombre a las órdenes, insinuaciones o consignas del *daímōn*. El que es sabio y prudente obedece

y es feliz; el que es imprudente e insensato desobedece y es desgraciado.

CONCEPTO GRIEGO DEL «DAÍMŌN». — En los umbrales de éste y de los dos discursos siguientes es necesario aclarar un concepto que puede condicionar su comprensión. es el concepto de *daímōn* que subyace a las palabras básicas de estos discursos y está en la base de la doctrina que en ellos se pretende expresar.

El término *daímōn* abarca un amplio campo semántico que va desde demonio o espíritu del mal hasta Dios. La raíz podría estar relacionada con los verbos *daíō* o *daízō* que significan «repartir», «dividir», etc. Así pues, *daímōn* sería el que tiene el encargo de repartir a cada hombre su suerte.

Pero, sea lo que sea de su etimología, el caso es que con *daímōn* se puede significar:

a) Una divinidad concreta, sinónima de dios. En la *Ilíada* I 222, Atenea regresa al Olimpo, morada de Zeus y de todas las demás deidades *(daímones)*.

b) Un dios de rango inferior, intermedio entre los dioses y los hombres. El Amor, dice Platón en el *Banquete* (202d), está entre dios y el hombre, lo mismo que cualquier *daímōn*. Y explica por boca de Diótima que los *daímones* son intérpretes y mensajeros entre los dioses y los hombres, y que son como la pieza necesaria para completar el Todo.

c) Un espíritu malo o demonio. Es el concepto ordinario en los escritos del *Nuevo Testamento*. Por ejemplo, *Mt* 8, 31. Aunque la palabra corriente en el *N.T.* es *daimónion*.

d) Un genio bueno o espíritu del bien, como en Plutarco, *César* 69; *Artajerjes* 15. Sería una especie de genio

protector, semejante al ángel custodio en la religión cristiana.

e) La voluntad de los dioses, el destino y también la meta del destino en este mundo, que es la muerte. De ahí las expresiones que sirven para indicar si las acciones humanas son realizadas según o contra la voluntad de un dios: *sỳn daímoni* (*Il.* XI, 792) o *katà daímona* (Heródoto, I 111); *pròs daímona* (*Il.* XVII 98).

f) El alma de los muertos, que luego actúan como genios tutelares. Según Hesíodo (*Trabajos* 121-122, 126), los hombres de la primera edad del mundo, una vez muertos, son los *daímones* custodios de los hombres y dispensadores de la riqueza.

De la misma raíz se han desarrollado toda clase de palabras: sustantivos y adjetivos, verbos y adverbios, palabras compuestas y derivadas. Entre otras, dos de los términos empleados para significar «felicidad» *(eudaimonía)* e «infelicidad» *(kakodaimonía)* con sus adjetivos correspondientes *(eudaímōn* y *kakodaímōn).* Estos dos pares de palabras no indicarían originalmente otra cosa que posesión por un espíritu bueno *(eú)* o malo *kakón).*

Como podremos ver, los Discursos de Dión nos hablan de unos seres exteriores al hombre, presentes en su vida, distintos de los dioses y causa de su felicidad. Podrían ser una especie de ángeles custodios o, como los llama J. W. Cohoon en su traducción de la colección Loeb, «guiding spirits».

Ante la imposibilidad de hallar un término adecuado que refleje con exactitud la compleja realidad que se esconde tras el término *daímōn,* he preferido servirme de él sin traducirlo, en sus diversas flexiones. Valgan, pues, estas explicaciones para situar el problema en su punto exacto y hacer posible una interpretación correcta de ese término.

EL HOMBRE SABIO ES FELIZ

DIÓN. — ¿Qué te parece? ¿El hombre es o no es feliz? 1 Y si no lo es, ¿crees que lo ha sido o que lo será? ¿O más bien opinas que la felicidad es una cosa imposible para el hombre, como si alguien dijera que el hombre es inmortal? Pues, a lo mejor, tienes la misma opinión que Homero y otros muchos poetas.

INTERLOCUTOR. — ¿Dónde expresa Homero su opinión sobre el tema?

DIÓN. — En el pasaje en el que hace decir a Zeus, y no a cualquiera de los dioses, que no hay ser más miserable que el hombre

de cuantos alientan y se arrastran sobre la tierra [1].

¿No crees tú que al decir «miseria» quiere significar desgracia?

INT. — Sí, claro.

DIÓN. — Y otro poeta, expresando no una opinión per- 2
sonal sino pública y dirigiéndose a los espectadores del teatro, les recomienda

[1] HOMERO, *Ilíada* XVII 477. Frente a esta opinión sobre los hombres, el poeta califica a los dioses como felices (*mákares*), *ibid.*, I 339, IV 127, y en *Odisea* V 186.

llorar al que nace porque empieza una carrera de males,
mientras que al que muere y cesa de sufrir[2]

hay que despedirlo con alegría y felicitaciones.

INT. — Es verdad.

DIÓN. — Sin embargo, no fue bueno el consejo que dio. Porque si hay que llorar una vez por los hombres a causa de su desgracia, habrá que lamentarse cuando nacen por los males que les aguardan; cuando mueren, por lo mucho y terrible que han sufrido; y mientras viven, porque están
3 sumergidos en males. Por consiguiente, según el poeta, nunca podremos cesar de lamentarnos, y con mayor razón que los ruiseñores. Pues se dice que los ruiseñores en primavera se lamentan por Itis [3], mientras que los hombres deberían lamentarse con razón también durante el verano y el invierno. Sería, pues, mucho mejor dejar morir enseguida de sus propios males a los que nacen, y no envolverlos en pañales, ni lavarlos, ni alimentarlos ni dedicarles tantos desvelos para hacer de ellos unos desgraciados. Pues esto es propio de enemigos y no de amigos o tutores.
4 ¿No sería, pues, mejor, por Zeus, quitarles cuanto antes la vida? Ya que, según este razonamiento, los únicos sensatos serían los que nacieron en la Cólquide de los dientes

---

[2] Es Eurípides, en un fragmento de su *Cresfonte.* Al referir HERÓDOTO (V 4) las costumbres de los tracios, recoge los usos particulares de los trausos que se lamentan a gritos cuando nace un niño, y cantan y bailan de alegría cuando alguien se muere. TEOGNIS (425-428) ya proclamaba que «lo mejor de todo es no nacer», sentimiento profesado por SÓFOCLES, *Edipo en Colono* 1225-1229.

[3] Era hijo de Tereo y Procne. Ésta, para vengarse de Tereo que la había engañado a ella y violado a su hermana Filomela, mató a Itis y se lo sirvió guisado. Al enterarse el infeliz, persiguió a las dos hermanas. Compadecidos los dioses, transformaron a Procne en ruiseñor, a Filomela en golondrina y a Tereo en abubilla.

de dragón que fue sembrando Jasón. Pues aquéllos, en cuanto se dieron cuenta de que habían nacido, se mataron enseguida unos a otros hasta que no quedó ninguno [4]. Al ayudarse así mutuamente, quedó claro que lo hacían por amistad y no por rencor.

INT. — Bueno, pero este poeta me parece que desvaría [5]. 5
En cambio, la opinión de Homero me preocupa, porque, siendo tan sabio, expresó una opinión así sobre los hombres.

DIÓN. — ¿Y qué dijo que no fuera razonable? Porque no afirma que todos los hombres son desgraciados, sino que no hay ser más desgraciado que el hombre desgraciado, cosa que todos seguramente afirmaríamos. Pues posiblemente el hombre es el único ser desgraciado, como también es el único feliz. Y ello, porque es el único insensato como también es el único sensato [6]. Ya que no pueden ser ni injustos ni intemperantes un caballo, un cerdo o un león, como tampoco pueden ser incultos ni analfabetos.

INT. — Bueno, tengo la impresión de que rectificas 6
con razón la opinión de Homero. Y yo, por mi parte, te respondo que, según mi opinión, el hombre es feliz.

DIÓN. — ¿Quieres decir entonces que es feliz el que tiene un *daímōn* bueno y que es desgraciado el que lo tiene malo?

INT. — Pues, claro.

DIÓN. — Pero, ¿llamas bueno al *daímōn* en otro sentido?

INT. — Pues, ¿cómo entonces?

---

[4] Era una de las condiciones para conseguir el vellocino de oro. Los que nacieron de los dientes del dragón murieron como consecuencia de la discordia que Jasón sembró entre ellos arrojándoles piedras.

[5] Se refiere a Eurípides.

[6] Por ser racional y libre, el hombre es el único que es también consciente de los bienes o males de la existencia.

DIÓN. — Lo mismo que se llama bueno a un hombre, y más todavía a un dios. O si crees que los dioses son buenos, seguramente crees que son justos, sensatos, prudentes y que tienen todas las demás virtudes. ¿O crees, acaso, que son injustos, insensatos y desenfrenados?

INT. — ¿Yo? De ninguna manera.

DIÓN. — Luego si opinas que un *daímōn* es bueno, opinas evidentemente que también es justo, útil y sensato.

INT. — ¿Y cómo no?

DIÓN. — ¿Acaso cuando piensas que alguien es malo piensas también que es malvado, injusto e insensato?

INT. — Absolutamente.

7 DIÓN. — ¿Y qué? ¿No crees que cada hombre vive según su propio *daímōn*, sea de la clase que sea, y no según otro?

INT. — Nunca según otro.

DIÓN. — Entonces tendrás que pensar que el que recibe un buen *daímōn*, vive justa, sensata y prudentemente. Pues reconoces que así es su *daímōn*.

INT. — Totalmente.

DIÓN. — Y el que recibe un *daímōn* malvado vive malvada, insensata, necia y desenfrenadamente. ¿No te parece?

INT. — Me parece que esto es lo que sucede, de acuerdo con lo que acabamos de decir.

DIÓN. — Por consiguiente, todo hombre inteligente, justo y prudente es feliz al estar acompañado de un buen *daímōn*. En cambio, el que es libertino, insensato y bribón, ha de ser necesariamente desgraciado, porque está íntimamente unido a un *daímōn* malo. ¿Es así o no es así?

INT. — Es verdad, sí.

8 DIÓN. — ¿Y llamas sabio a alguien que no sea un hombre sensato, justo, honrado y valiente, y, por el contrario, ignorante al que es injusto, indigno y cobarde?

INT. — Así se lo llamo.

DIÓN. — Luego, ya que tienes esta forma de pensar, no vuelvas a sorprenderte porque diga que sólo el hombre sabio y todo hombre sabio es feliz, mientras que de los ignorantes no hay nadie que no sea un desgraciado. Pues también a ti te lo parece así.

INT. — Lo que has dicho me parece razonable. Pero 9
no me atrevería a afirmar eso de que un *daímōn* sea malvado, injusto e insensato. Además, no creo que vosotros los filósofos podáis aceptar esa afirmación, ya que vosotros consideráis divinos a los *daímones*.

DIÓN. — Pues yo no he expresado ahora mi opinión personal en la mayoría de las cosas, excepto en aquello de que, en mi opinión, todo hombre sabio, y sólo él, es feliz. Pero en lo demás he hablado según la opinión de la mayoría de los hombres, para que no parezca que pretendo imponer mis ideas a nadie. Pero mira: si de veras 10
consideráis que el *daímōn* es divino, bueno y que no es causa de mal para nadie, ¿cómo afirmáis que el hombre pueda ser desgraciado? ¿O es que eso les sucede a los que no prestan atención ni obedecen a su *daímōn* que es bueno? Es como si pensáramos que todos los médicos son buenos en su profesión y ninguno de ellos malvado y perjudicial, y, sin embargo, viéramos que algunos de sus pacientes lo pasaban mal y empeoraban de sus enfermedades. Evidentemente podríamos afirmar que es que no quieren hacer lo que se les manda, porque los enfermos que obedecen, se curan necesariamente. Y no creo que nadie pueda extrañarse de que ocurra así.

INT. — Es verdad.

DIÓN. — ¿Y qué te parece a ti? Los que son realmente 11
moderados, los prudentes y los inteligentes ¿son acaso los que desobedecen a los médicos experimentados y a los que

les prescriben los mejores remedios, o, por el contrario, los que desobedecen son los insensatos y los indisciplinados?

INT. — Está claro que los indisciplinados.

DIÓN. — ¿Y qué? ¿Crees que obedecer al *daímōn* bueno y vivir de acuerdo con él es propio de hombres prudentes e inteligentes o de malvados e insensatos?

INT. — De hombres prudentes.

12 DIÓN. — Y el no obedecerle ni prestarle atención, sino obrar en contra de la divinidad y de los *daímones*, ¿crees que es propio de hombres malvados e ignorantes?

INT. — ¿Y cómo podríamos decir otra cosa?

DIÓN. — ¿Y son felices los que obedecen a un *daímōn* así, y desgraciados los que lo desobedecen?

INT. — Necesariamente.

DIÓN. — Luego también aquí sucede que el hombre sabio y sensato es, bajo todos los aspectos, feliz; pero el hombre necio es desgraciado. Y ello, no porque el *daímōn* sea malo, sino porque el hombre necio no presta atención al *daímōn* que es bueno.

XXIV

SOBRE LA FELICIDAD

INTRODUCCIÓN

Tema realmente transcendental en la vida del hombre. Todo lo demás es adjetivo o tiene carácter de medio hacia la meta de la felicidad. Y, sin embargo, dice Dión, los hombres le dedican poca atención y menguados esfuerzos.

Muchos se afanan por conseguir una cierta destreza en algún deporte o profesión. Pero son pocos los que se preocupan por sacarles a esas actividades el fruto correspondiente de felicidad.

De ahí, la inutilidad de muchos planteamientos. Sin embargo, todo —deporte, profesión, arte— adquiere una nueva dimensión, cuando se afronta desde el prisma de la cantidad y calidad de felicidad que puede conseguirse, aunque uno vea su libertad coartada y se sienta extranjero en la tierra que pisa, como le pasaba a Dión. Por ello, en las duras circunstancias de su destierro, toma como *leitmotiv* de varios discursos, nota con razón von Arnim, el tema de la felicidad. Ya que no podía ser feliz por rico o poderoso, trataría de serlo por el único sistema eficaz, por sabio.

SOBRE LA FELICIDAD [1]

1 Los hombres, en su mayoría, nunca jamás han pensado en serio cómo deben ser ni qué es lo mejor para el ser humano, es decir, cuál es el bien por el que valdría la pena hacer cualquier cosa. Y, en particular, se han dedicado unos a la hípica, otros a la estrategia, otros al atletismo, otros a la música, otros a la agricultura, otros a la oratoria. Pero qué utilidad les reporta cada una de estas actividades o qué provecho se puede sacar de ellas ni lo saben ni se molestan en averiguarlo. 2 En consecuencia, se hacen buenos jinetes los que se esfuerzan por conseguirlo y se entrenan a fondo. Y en la lucha unos son más diestros que otros, lo mismo que en el boxeo, la carrera y las demás competiciones. Cuando siembran, procuran no equivocarse de semilla; y cuando navegan, no dañar la nave. Finalmente, por lo que a la música se refiere, algunos saben más y mejor que los demás. Pero no es fácil encontrar entre los mencionados a un hombre bueno y sensato que, además, sepa en qué consiste ser un hombre bueno e inteligente.

3 Sin ir más lejos, oratoria han estudiado muchos de los hombres libres y amantes de la gloria, en apariencia al menos. Algunos lo hacen para poder competir ante los tribu-

[1] Cf. Introducción al Discurso XXIII.

nales, para ser más influyentes que los demás al dirigir la palabra al pueblo y para hacer política según su criterio personal. Otros, en cambio, lo hacen para ganar fama en la profesión y ser tenidos por hábiles oradores. Algunos afirman que lo único que pretenden es la ventaja de la experiencia, ya sea como oradores, ya sólo como escritores [2]. Éstos son los que, como dijo uno de los antiguos [3], están a mitad de camino entre los filósofos y los políticos. Sin embargo, no se preocupan de investigar qué es lo que más les conviene hacer, ni para qué les aprovecha la fama, ni cuál es la utilidad de la experiencia.

4 Pero yo estimo que todas las demás cosas sin esta preocupación y este cuidado casi no valen la pena. En cambio, para el que ha reflexionado sobre el tema de la felicidad y lo ha desentrañado, le serán de gran utilidad y le servirán de experiencia muy positiva no sólo la oratoria sino también la estrategia y cualquier otra actividad que emprenda. Ya que el hecho de ser alabado incondicionalmente por hombres insensatos, como lo son la mayoría, o tener influencia sobre ellos, o llevar una vida placentera es lo mismo, por lo que a la felicidad se refiere, que ser criticado, no gozar de influencia y vivir penosamente [4].

[2] Enumera aquí Dión las tres especies de oratoria: la forense (ante los tribunales), la política (ante la Asamblea), la epidíctica (ejercicios retóricos). Cf. Aristóteles, *Retórica* I 3, 3. La expresión «competir ante los tribunales» la usa Platón, *Eutidemo* 272a y 305b.

[3] Fue Pródico de Ceos quien, según Platón (*ibid.*, 305c), habló de una clase de hombres que están «a mitad de camino entre el filósofo y el político».

[4] Ya lo decía nuestro clásico: «si el sabio no aplaude, malo; si el necio aplaude, peor». Antístenes se preocupaba cuando lo alababan los malvados; ¿qué habré hecho de malo?, se preguntaba (Diógenes Laercio, VI 5). Platón solía decir que no es el número el factor determinante de un hecho o una persona, sino la calidad (cf. *Critón* 47a-c). Lo que importa no es que te den la razón los más, sino los mejores.

XXV

SOBRE EL *DAÍMŌN*

INTRODUCCIÓN

Nuevamente, emplea Dión la forma dialogada como vehículo para transmitir sus ideas. Y nuevamente, aborda el tema, un tanto obsesivo, de la felicidad. Como pórtico, casi como título, deja asentada la afirmación de que «sólo el hombre sabio es feliz». Pero, como «felicidad» se dice, según vimos, *eudaimonía,* palabra compuesta de *eú* y de *daímōn,* feliz es el que tiene un *daímōn* bueno. Es preciso, pues, saber lo que quiere decir *daímōn* para llegar al concepto de «felicidad» y de «hombre feliz».

Dión y su interlocutor van a llegar a esa noción por los caminos de la erística. Y, para ello, emprenden un largo recorrido por la historia. Políticos, generales, legisladores, reyes desfilan con sus nombres, sus ideas y sus hazañas, sus pros y sus contras.

Todos esos personajes son, y pueden llamarse con toda razón, *daímones* de sus pueblos. Porque por la fuerza o por la persuasión dirigieron destinos, y con su esfuerzo y su riesgo personal establecieron sistemas políticos. Y cuando fueron buenos, cumplieron de verdad el oficio de *eudaímones,* es decir, de forjadores de felicidad.

SOBRE EL *DAÍMŌN*

INTERLOCUTOR. — Se dice que los filósofos opinan que 1
sólo el hombre sabio es feliz [1].

DIÓN. — Pues sí es verdad que lo dicen.

INT. — Y a ti, ¿te parece que llevan razón?

DIÓN. — Sí, claro.

INT. — ¿Por qué, entonces, no me has explicado también a mí su pensamiento?

DIÓN. — Te lo explicaría, si tú antes me dijeras lo que entiendes por *daímōn*.

INT. — Yo pienso que es aquello que domina a cada hombre y bajo cuya guía viven, lo mismo el hombre libre que el esclavo, el rico que el pobre, el rey que el plebeyo, y el de cualquier profesión.

DIÓN. — Y aquello que domina a cada hombre y que tú llamas *daímōn*, ¿crees que es algo que está dentro del hombre o que está fuera mandando y dirigiendo el hombre? [2].

INT. — Pues, claro que está fuera.

---

[1] Así lo creían los estoicos. PLATÓN participaba ya de este punto de vista (*Alcibíades* I 134a-b). Es el tema del Discurso XXIII de Dión.

[2] Lo que Dión considera como un ser personal, distinto y exterior al hombre, otros filósofos lo tienen como una actitud.

2 DIÓN. — ¿Es, pues, otro hombre distinto? Pues ya sabes que hay hombres que dominan a otro hombre, y hombres que dominan a muchos y los guían como y por donde quieren, ya sea mediante la persuasión, ya mediante la fuerza, ya mediante ambas. Y no hablo de algo desconocido, sino de los demagogos [3]. Las ciudades les obedecen en todo y actúan como ellos ordenan y aconsejan. Tanto cuando aconsejan hacer la guerra como cuando aconsejan vivir en paz, edificar murallas o armar trirremes [4], ofrecer sacrificios, desterrar a ciudadanos o confiscarles los bienes y hasta degollarlos. Y me refiero también a los reyes y tiranos, e igualmente a los que poseen esclavos por haberlos adquiri-
3 do con dinero o de cualquier otra forma. Así, podrías llamar a Licurgo [5] *daímōn* de los espartanos, pues bajo sus órdenes los espartanos, todavía ahora, se hacen azotar, duermen al raso, llevan vestidos ligeros y soportan otras muchas penalidades que a los extraños les parecen insoportables [6]. Y a Pisístrato [7] lo podrías llamar *daímōn* de los antiguos atenienses. Pues seguramente sabes cómo, bajo la dirección y el mandato de Pisístrato, el pueblo no bajaba a la ciudad, sino que permanecía viviendo en el campo y trabajaba en la agricultura. Por ejemplo, a las órdenes de Pisístrato, sembraron de olivos el Ática, que antes estaba pelada y sin árboles. Y, así, hacían todo como Pisístrato quería.

---

[3] Sobre el término «demagogo», cf. la n. 6 al Discurso XXII.

[4] Los trirremes eran navíos de guerra con tres órdenes de remeros. De forma larga y afilada, fue el trirreme el navío ideal para la guerra en el mar. De un máximo de 36 m. de eslora y 5,20 m. de manga, podían alcanzar, combinando vela y remo, hasta los diez nudos de velocidad.

[5] Cf. n. 8 al Discurso XXII.

[6] La educación espartana tenía mucho de entrenamiento para el duro ejercicio de la milicia.

[7] Cf. n. 5 al Discurso XXII.

Más tarde, se podría decir que otros eran sus *daímones*, entre ellos, Temístocles [8] y Pericles [9]. Pues estoy seguro de que has oído hablar de estos dos personajes. Del primero, porque obligó a los atenienses a combatir por mar cuando antes eran soldados de infantería, a dejar en manos de los bárbaros su territorio, su ciudad, los templos de los dioses y las tumbas de sus antepasados, y a invertir en las naves todos sus recursos [10]. Luego, fortificó el Pireo levantando una muralla de más de noventa estadios, y dio otros decretos parecidos, de los cuales unos se pusieron en práctica mientras estaba en la ciudad, y otros durante su destierro o después de su muerte. Después, fueron posiblemente *daímones* de los atenienses otros, como Alcibíades [11] el hijo de Clinias, Nicias [12], Cleón [13] e Hipérbolo [14]. 4

---

[8] Cf. *ibid.*, n. 3.

[9] Cf. *ibid.*, n. 1.

[10] Resumen de la política militar de Temístocles durante la invasión persa dirigida por Jerjes (480 a. C.).

[11] Brillante político y general ateniense (459-404 a. C.), era sobrino y protegido de Pericles. Mezcla de hombre genial y desaprensivo, alternó grandes servicios a la patria con grandes traiciones. Murió asesinado por Farnabazo, sátrapa persa, por orden o consejo de los Treinta Tiranos.

[12] Nicias (479-413 a. C.), hombre de Estado y general ateniense, jefe de los demócratas moderados. Autor de la Paz que lleva su nombre (año 421 a. C.), fue enemigo político de Alcibíades y, contra él, defendió una postura negativa sobre las conveniencias de la expedición a Sicilia. Pero hubo de ser, al fin, responsable de aquella aventura en la que perdió el ejército y la vida.

[13] Responsable de la política de Atenas a la muerte de Pericles y ferviente partidario de la guerra. El éxito de Esfacteria envalentonó más todavía sus ánimos. Rechazó ofertas de paz hechas por Esparta. Murió luchando en Anfípolis contra Brásidas. Su memoria va seguida de un halo de antipatía motivado por las críticas de Tucídides, Aristóteles y Plutarco.

[14] Otro demagogo ateniense que logró cierta fama durante la guerra

Algunos de ellos fueron quizá buenas personas, pero otros fueron totalmente malvados y crueles.

5 Ciro [15] fue también durante algún tiempo *daímōn* de los persas, un *daímōn* regio y liberal que no sólo dio la libertad a los persas, sometidos hasta entonces a los medos, sino que los convirtió en señores de todos los habitantes de Asia. E igualmente, Cambises [16], Darío [17] y sus sucesores. Cambises gastó los recursos de los persas mató a muchos disparándoles con el arco, organizó campañas arriesgadas y continuas y no les permitió jamás permanecer en casa. Darío amontonó todas las riquezas que pudo y fue el responsable del desarrollo agrícola del país; obligó a los persas a emprender guerras difíciles y arriesgadas, como fueron, en mi opinión, las guerras contra los escitas y contra los atenienses.

6 Así, también los romanos podrían posiblemente llamar a Numa [18] su *daímōn;* los cartagineses, a Annón [19] y a Aníbal [20]; los macedonios, a Alejandro o a Filipo [21]. Éste

---

del Peloponeso. PLUTARCO (*Vidas paralelas: Nicias-Craso*) contrapone la grandeza y magnanimidad de Nicias a la mezquindad de Hipérbolo y Cleón.

[15] El fundador del Imperio Persa. Cf. n. 17 al Discurso XV.

[16] Hijo y sucesor de Ciro, conquistó Egipto (525 a. C.). Alternó éxitos con fracasos y dio muestras de trastornos mentales con repetidos actos de crueldad (HERÓDOTO, III 1-38, 61-66).

[17] Cf. n. 1 al Discurso XIV.

[18] Segundo rey de Roma (715-673 a. C.) y fundador de la religión oficial romana.

[19] General cartaginés, padre de Amílcar.

[20] Aníbal (246-182 a. C.), cartaginés, fue uno de los más grandes generales de la Antigüedad. Consiguió varias victorias contra los romanos a quienes atacó en la misma Italia, pero fue vencido en la ballata de Zama (202 a. C.) por Publio Cornelio Escipión. Más tarde hubo de ir al destierro, y murió lejos de su patria.

[21] Exageraciones aparte, Filipo II de Macedonia (386-336 a. C.), como hombre de Estado y estratega, elevó a Macedonia al rango de gran

hizo a los macedonios fuertes, belicosos y dueños casi de
toda Europa, cuando antes eran pobres y débiles, tanto
que su padre había tenido que entregar parte de su territo-
rio a los olintios [22]. Más tarde, Alejandro, que sucedió a
Filipo, los condujo hasta el Asia y los hizo a la vez los
más ricos y los más pobres de todos los hombres, los más
fuertes y, a la vez, los más débiles, desterrados y, a la
vez, reyes. Anexionó al reino de Macedonia Egipto, Babi-
lón, Susa [23] y Ecbatana [24], pero perdió Egas [25], Pela [26] y
Dío [27]. Annón hizo que los cartagineses fueran africanos 7
en vez de tirios, y que habitaran en Libia [28] y no en Feni-
cia. Les hizo amasar grandes riquezas y poseer numerosas
colonias, puertos y trirremes, así como extender su domi-

---

potencia. Su política en Grecia fue astuta y eficaz; y su táctica, el sistema de la negociación o de los hechos consumados. Avanzó inexorablemente hacia el Sur, hasta que en Queronea, a las puertas del Ática, consiguió la victoria que puso fin a las veleidades autonómicas de los griegos. Alejandro, su hijo (356-323 a. C.), continuó su obra y sus sueños. Invadió Asia y conquistó, para Macedonia, el inmenso imperio de los persas.

[22] Olinto, capital de la península Calcídica, fue motivo de grandes discordias entre Atenas y Esparta. Atacada por Filipo, fue arrasada el 346 a. C. ante la desesperación de Demóstenes que abogó por su causa en los tres discursos *Olintíacos*.

[23] Susa, capital del Imperio Persa, tenía un inmenso palacio construido por Darío I, y era la residencia de invierno de los reyes. Cayó en poder de Alejandro el 331 a. C.

[24] Ecbatana era la capital de los medos y residencia de verano de los reyes persas. Fue tomada por Alejandro el 330 a. C.

[25] Egas, llamada después Edesa, fue la antigua capital de Macedonia. Estaba situada a unos 80 km. al NO. de Tesalónica.

[26] Pela, fundada el 400 a. C. por el rey Arquelao (413-399), fue la nueva capital de Macedonia y lugar de nacimiento de Alejandro Magno.

[27] Dío, ciudad de Macedonia, al Norte del Olimpo, junto al mar.

[28] Libia era el nombre genérico que designaba la parte del África situada al Oeste de Egipto.

nio a muchas tierras y muchos mares. Aníbal, además de Libia, les proporcionó el dominio de la misma Italia durante diecisiete años. Pero luego fue el culpable de la derrota de sus pasisanos y de la destrucción de su ciudad por los romanos, él que antes había causado a muchos romanos la ruina y que estuvo a punto de conquistar la misma Roma, aunque no quiso, según cuentan, por miedo a sus adversarios políticos.

Sin embargo, ni a los cartagineses ni a los romanos
8 les interesa quizá llamar a Aníbal su *daímōn* bueno. En cambio, Numa, que recibió una Roma todavía pequeña y desconocida, edificada en territorio extraño y habitada por granujas y malvados que, además de enemigos de todos los vecinos, eran pobres e incultos y llevaban una vida llena de riesgos a causa de la severidad de Rómulo, hizo que los romanos poseyeran su tierra establemente y que se hicieran amigos de sus vecinos. Estableció leyes, dioses y una constitución política. En una palabra, fue causa de la que más tarde se llamó felicidad.

9 Todavía tendría mucho que decir acerca de otras ciudades, razas y hombres, que vivieron bien o mal a causa de algunos que fueron sus jefes y directores. Sin embargo, estimo que ya he expresado suficientemente mi pensamiento. Pero si a éstos los llamas *daímones* de los que están sometidos a su poder, y que viven mejor o peor por causa de ellos, tendría mucho gusto en escucharte.

XXVI

SOBRE LA DELIBERACIÓN

INTRODUCCIÓN

El tema de este discurso es el mismo que desarrollan dos breves diálogos apócrifos del *Corpus* de Platón: el *Demódoco* y el *Sísifo.* Este último, en particular, tiene tantos lugares paralelos con el Discurso XXVI de Dión, que muchos autores se han planteado el problema de su mutua relación. Pero, como en otros casos similares, no es fácil llegar a una solución definitiva, pues siempre quedarán en pie las dos opciones posibles: o bien Dión depende del *Sísifo,* o bien los dos, el *Sísifo* y Dión, dependen de una fuente común.

El discurso, también en forma dialogada, recuerda algunos lances del *Eutidemo,* como queda reflejado en las notas al pie de página. Pues, previa la noción «deliberar», Dión trata de definir el objeto de la deliberación, como sucede en el *Eutidemo* de Platón con los términos «conocer» o «aprender» y «comprender». A una noción parcial o superficial de un tema puede seguir el estudio, la reflexión, la profundización que nos llevan a un conocimiento más completo y pormenorizado del asunto.

Al fin, como en otros contextos, concluye Dión diciendo que la deliberación es objeto de ejercicio y entrenamiento. Pero que resultará más fácil y más acertado deliberar, si el hombre cultiva su prudencia y su educación.

SOBRE LA DELIBERACIÓN [1]

DIÓN. — Hace bastante tiempo, estaba yo sentado y 1
os escuchaba cuando pasabais tantas horas en casa de uno de los políticos deliberando acerca de ciertos asuntos. Y, desde entonces, me pregunto y trato de descubrir qué significa eso que llamáis deliberar o qué es sencillamente deliberar [2]. Pues, ¿crees tú que alguien delibera sobre un asunto que ya conoce y comprende?

INTERLOCUTOR. — No creo que nadie delibere sobre lo que ya sabe, puesto que ya lo sabe [3].

DIÓN. — ¿Y qué? ¿Es que uno suele deliberar sobre lo que no sabe como si tratara de adivinar y descubrir algo que desconoce?

INT. — Tampoco creo que uno sea capaz de deliberar sobre cosas de las que no tiene la menor idea.

---

[1] Es el subtítulo de dos diálogos apócrifos del *Corpus* de Platón, según la interpretación de los traductores. Son el *Demódoco* y el *Sísifo*.

[2] En el *Eutidemo*, discurre PLATÓN de forma parecida sobre el concepto de «aprender». Y aunque una de las veces concluye que sólo aprenden los que no saben (276b), reconoce también que los que saben algo pueden investigar sobre ello y ampliar así sus conocimientos para «comprenderlos» mejor (278a).

[3] De forma parecida plantea Sócrates la cuestión en el *Sísifo* 388c-d.

2 DIÓN. — Entonces, ¿es que la deliberación es algo así como saber unas cosas sobre un tema y desconocer otras, de modo que ese aspecto desconocido es el objeto de la deliberación? [4]. Pero para seguir mejor nuestra exposición, vamos a aclararla con un ejemplo. Supongamos que conocemos a Caricles y a Caríxeno, pero no sabemos dónde viven, aunque sospechamos dónde se encuentra su casa.
3 ¿Es eso deliberar, cuando partiendo de lo que conocemos hacemos conjeturas sobre lo que no sabemos? [5]. Pasa como en el juego de par o impar [6]: los jugadores saben que sus rivales tienen dinero en las manos, pero no conocen la cantidad; sin embargo, algunas veces aciertan y resultan vencedores. ¿Es, entonces, deliberar algo parecido? Es decir, sabemos algo de un tema, y del resto que ignoramos hacemos conjeturas en las que a veces acertamos por casualidad aunque no tengamos la menor idea [7].

4 Ahora bien, veamos cómo es todo este asunto. Las cosas reales existen, han venido a la existencia y subsisten; las irreales ni existen, ni han venido a la existencia ni subsisten. No hay razón, pues, para deliberar sobre lo que ya existe. Pues no hay ningún provecho en deliberar sobre las cosas que han venido a la existencia y aún subsisten. Pues ¿para qué íbamos a deliberar sobre ellas? ¿Acaso para que deje de suceder lo que ya ha sucedido? Pero eso es imposible. ¿O para que no exista lo que ya existe? Pero.

---

[4] Cf. *Ibid.*, 388a.

[5] Se pone también un ejemplo similar, *ibid*, 388c.

[6] Cf. también, *ibid.*, 387e, donde se cita igualmente el juego del «par o impar». En algunas regiones españolas, este juego se llama «el juego de los chinos» y se juega con piedrecitas, monedas y otros objetos.

[7] Dión llega a la misma conclusión que el autor del diálogo pseudoplatónico.

bueno, ¿es que podemos hacer que no existan las cosas tal como existen? ¿O es para que no subsistan? Pero todo lo que existe subsiste. ¿Y qué podría uno deliberar sobre
las cosas reales? Entonces, ¿sobre qué podemos deliberar? 5
Sobre el futuro, según sugiere la razón. Pero el futuro ni existe, ni ha venido a la existencia ni subsiste. Pero ¿quién puede deliberar sobre lo que ni existe ni subsiste? Pues lo que no existe no es nada. Y sobre lo que no es nada no se puede deliberar. Pero tampoco, entonces, puede nadie deliberar sobre las cosas futuras. Pues la deliberación debe tratar sobre algo que existe, y lo que es futuro no existe. Por lo tanto, tampoco puede haber deliberación sobre el futuro [8].

¿Qué te parece, pues? El hombre sin sentido musical 6
e ignorante de la armonía, del canto, del ritmo y de la organización y movimiento de estos elementos, ¿podría, acaso, deliberar correctamente sobre la música y las actividades relativas a la música? [9].

INT. — De ninguna manera.

DIÓN. — ¿Y te parece que un hombre ignorante de la geometría, si delibera sobre la longitud, la anchura y la profundidad de un cuerpo, lo haría correctamente? [10].

INT. — No lo creo.

DIÓN. — ¿Y qué crees? Un hombre que no sabe dirigir una nave, cuando delibera sobre el gobierno de una nave y las funciones del timonel, ¿deliberaría correctamente? [11].

INT. — Pues tampoco.

---

[8] Cf. *Sísifo* 390d-391c. Pues sería lo mismo que ejercitarse en el tiro al blanco, pero sin un blanco al que tirar.

[9] El mismo ejemplo, *ibid.*, 389c.

[10] *Ibid.*, 388e.

[11] *Ibid.*, 389c-d.

7 DIÓN. — Luego aquel que no está suficientemente preparado ni tiene, en absoluto, conocimientos sobre un tema tampoco está suficientemente capacitado para deliberar sobre él. Por lo tanto, hemos de cultivar con interés la prudencia y la educación para que nos resulte más fácil deliberar sobre cualquier asunto y saber lo que es más adecuado a cada deliberación para que no cometamos errores. Pero, del mismo modo que los músicos, los geómetras, los jefes de navío y los que tienen alguna habilidad y están capacitados para desarrollarla se preocupan de sus propios trabajos con sentido profesional, así también nosotros debemos estar capacitados para deliberar y para hablar sobre los trabajos de nuestra profesión. Pues es absurdo que los que juegan al par e impar demuestren inteligencia, y eso que hacen sólo conjeturas y no miran ni siquiera lo que tratan de adivinar, y, en cambio, los que deliberan sobre asuntos de importancia no demuestran ni inteligencia, ni ciencia ni experiencia. Y, sin embargo, algunas veces son asuntos de la mayor importancia, como la concordia y la amistad de las familias y de las ciudades, la paz y la guerra, las colonias y su fundación, y los hijos y las mujeres.

XXVII

DIATRIBA SOBRE LAS CIRCUNSTANCIAS DE UN BANQUETE

INTRODUCCIÓN

Como en otros discursos de la época de su destierro, critica Dión la actitud de los hombres que descuidan sistemáticamente los aspectos esenciales de la vida. Es el tema al que va a llegar a través de una visión pintoresca de los simposios y los festivales.

Lo que los latinos profesaban al decir que *in vino veritas* —*oînos kaì alḗtheia,* decían los griegos—, lo aplica Dión a las circunstancias de los banquetes y de los festivales. Pues, a pesar del título, no habla Dión solamente de los banquetes, sino también de los festivales. Y ello, como pretexto para llegar al tema de la filosofía y su comparación con la medicina.

El caso es que vemos desfilar ante nuestros ojos una turba variopinta de asistentes a los banquetes, en quienes los vapores del vino provocan reacciones diversas, que contrastan con la noble actitud y la conducta digna del hombre honrado y discreto.

Y lo que pasa en los banquetes sucede también, y en mayores proporciones, en los festivales de índole nacional a los que tan aficionados eran los griegos. Tenían aquellos festivales algo de festividad religiosa, de romería, de campeonato deportivo, de feria. Y en ellos, todos hacían demostración de alguna habilidad. Todos, menos los que de

veras tenían algo que demostrar. Eran los filósofos quienes, como médicos del espíritu, soportaban el mismo absentismo que padecen los médicos del cuerpo. Solamente la necesidad hace que el hombre se acuerde de los médicos y los filósofos: de los filósofos, para que curen sus penas; de los médicos, para que remedien sus dolencias corporales.

Pero aquí, como en todo, más vale prevenir que curar. Y no está más sano el que toma más medicinas, sino el que hace lo posible por no tener que tomarlas.

DIATRIBA SOBRE LAS CIRCUNSTANCIAS DE UN BANQUETE

Los hombres manifiestan con transparencia su modo de ser tanto en los festivales [1] como en los banquetes [2], con la única diferencia de que en los festivales lo hacen con más detalle y durante más tiempo. 1

Ahora bien, a los banquetes van algunos solamente para beber; y no hacen otra cosa. Pues son como los caminantes sedientos cuando llegan a una fuente: que se inclinan simplemente y beben. Pero los caminantes, en cuanto se han saciado y han apagado su sed, se marchan tranquilamente, sin haber hecho ni dicho ninguna inconveniencia. Pero los que van a los banquetes dicen y hacen, a veces, muchas cosas y muy desagradables. Pues no acogen del 2

[1] Se denominaba *panēgyris* a cualquier concentración popular, particularmente, para una fiesta solemne, como podían ser los juegos, ferias, mercados, sacrificios. El ambiente puede apreciarse en los §§ 5 y 6 de este discurso.

[2] Banquete o simposio era la reunión que seguía a una comida. Los invitados bebían vino, cantaban y conversaban. Dirigía las libaciones el *symposíarkhos,* elegido a los dados. Podemos conocer lo que era un banquete en las obras que con este título escribieron Platón y Jenofonte.

mismo modo a sus devotos las Ninfas [3] ni Dioniso [4]. Porque Dioniso, al ser un dios frenético y haber nacido del rayo y el trueno, como dicen los poetas, llena sin más de fuego a los que le tratan más groseramente y, de hecho, deja a la mayoría de ellos en estado de trance. Luego, en un cierto estado de locura cometen muchas maldades, como cuenta Homero del Centauro que en estado de embria-
3 guez hizo cosas desagradables en casa de Pirítoo [5]. Otros, charlatanes por naturaleza, tomando como oyentes a sus compañeros de banquete, les espetan estúpidos y extensos discursos. Otros cantan entonada o desentonadamente [6], a pesar de que son negados para la música y resultan de hecho casi más molestos que los que riñen o insultan. Y hay otros que presumen de austeros y prudentes, pero son el colmo de la pesadez [7], pues ni se avienen a beber con moderación ni a tomar parte en la conversación común.
4 Pero el varón que es amable y recto de carácter sobrelleva con facilidad las flaquezas de los demás y se porta con distinción tratando de llevar, en la medida de lo posible, a la tropa de mal educados hacia una actitud elegante

[3] Las Ninfas eran divinidades de la naturaleza, protectoras de fuentes, ríos, montañas y árboles. Consideradas como hijas de Zeus, eran veneradas en grutas, bosques y, sobre todo, fuentes. En su honor se levantaban Ninfeos, construcciones que con el tiempo se convirtieron en lujosas mansiones.

[4] Dioniso, hijo de Zeus y Sémele, era el dios del vino, la vegetación, el éxtasis, los placeres. Al morir su madre antes de darle a luz, lo llevó Zeus en su muslo. Su culto, procedente de Tracia, llegó a ser el más popular en Grecia. De él surgieron el ditirambo, la tragedia y la comedia. Se le dedicaban numerosas fiestas. En los misterios de Eleusis, era con Deméter protagonista divino.

[5] Homero, *Odisea* XXI 295-298; Ovidio, *Metamorfosis* XII 219.

[6] Cf. el Discurso XIV 4.

[7] Expresión de Demóstenes, XXI (*Contra Midias*) 153.

mediante ritmos y cantos apropiados. Introduce también
temas provechosos de conversación, y con destreza y dotes
de persuasión arrastra a los presentes a un trato más orde-
nado y amistoso con sus semejantes.

Esto, por lo que se refiere a los banquetes. Pero la 5
gente acude también a los festivales. Unos van en plan de
visita para ver los espectáculos y las competiciones. De ellos,
los más aficionados pasan el tiempo sin hacer otra cosa
desde que amanece. Muchos llevan mercancías de todas
clases: son los que forman la turba mercantil. Algunos
van a exhibir sus artes y sus oficios; otros, para hacer 6
una demostración de su sabiduría. Muchos declaman poe-
mas de las tragedias y de las epopeyas; y muchos también,
composiciones en prosa. Con todo ello molestan al que
llega en plan de descanso y con intención de relajarse. Pues
se parecen a esos que gimotean y cantan en los banquetes,
y a quienes hay que oír por necesidad aunque no se quiera.

En medio de esta barahúnda, si hay alguien capacitado
para decir palabras provechosas y convenientes y para pro-
curar que toda la reunión sea más educada y mejor, ese
hombre permanece callado y concentrado sobre sí mismo
a causa del alboroto y de la muchedumbre de ruidosos.

A la mayoría, creo yo, le pasa con los argumentos de 7
la filosofía lo que con las medicinas de los médicos, que
nadie recurre a ellas enseguida ni las compra antes de verse
aquejado por una enfermedad declarada o de sentir un do-
lor en alguna parte del cuerpo. Como tampoco quiere na-
die escuchar las palabras de los filósofos, si no tiene nin-
guna pesadumbre concreta, y de las que son consideradas
como graves. Por ejemplo, un hombre afortunado —en 8
la forma en que la mayoría se refiere a la fortuna—, como
el que puede prestar mucho dinero, o posee muchas tie-
rras, o goza de buena salud, y le viven los hijos y la mujer,

y tiene cierto poder y gran autoridad sin necesidad de guerras, revoluciones o peligros manifiestos, difícilmente acudirá a los filósofos ni creerá que vale la pena participar
9 de las enseñanzas de la filosofía. Pero si alguien sufre un tropiezo en la vida y, por ejemplo, pasa de rico a pobre, de poderoso a débil e inepto, o tiene cualquier otro contratiempo, adopta una postura en cierto modo más razonable frente al trance, aceptando de alguna manera las enseñanzas de los filósofos y reconociendo que necesita consuelo [8]. Y en el caso de perder a algún familiar, ya sea la mujer, ya un hijo o un hermano, considera interesante hacer venir a un filósofo para que lo consuele, como si entonces, no antes, fuera el momento de esforzarse por soportar con resignación lo sucedido y de afrontar lo que
10 ha de venir. Es un poco lo que les pasa a los insensatos con su cuerpo. El resto del tiempo no les importa para nada el modo de conservarse sano, sino que disfrutan del alimento, del vino, del sexo y de otros aspectos de la vida en la medida de lo posible, sin freno ni limitación. Pero, si caen enfermos de fatiga o fiebre por los cambios del tiempo, piden que se les cure, porque se sienten revueltos y atacados de graves enfermedades, como es lógico que ocurra a esta clase de personas. Sin embargo, no se preocupan de evitar desde el primer momento el tener que recurrir al médico.

[8] Es la eterna postura del hombre a quien hace sufrir más un dolor de muelas que una grave ignorancia. Y nos recuerda el refrán español de que no nos acordamos de Santa Bárbara hasta que truena.

XXVIII

MELANCOMAS (II)

(POR EL ORDEN, EL I)

INTRODUCCIÓN

Un problema tradicional sobre este discurso y su homónimo es el del orden que guardan entre sí. Por el sentido debía ir antes del Discurso XXIX, pero los manuscritos más autorizados siguen el orden que nosotros seguimos, que es también el de la edición de J. W. Cohoon en la «Loeb Classical Library». Y, al señalarlo como el *Melancomas II* y añadir que el discurso es el primero en el orden, indican que el orden natural debía ser según la secuencia XXIX-XXVIII, que fue la que siguió Focio.

Otro problema se refiere a la personalidad de Melancomas, protagonista de estos dos discursos. Según Dión, era un extraordinario atleta, hijo de otro atleta del mismo nombre, oriundo de Caria. Pero el silencio documental y la circunstancia de que sea un personaje absolutamente desconocido fuera de Dión, han hecho pensar a más de un estudioso que Melancomas podría ser muy bien una mera ficción literaria.

Hacia el final del discurso, Dión vuelve a tocar los temas en los que tanto insiste durante la época de su destierro. Es decir, alaba en Melancomas su sensatez y moderación, de modo que a la hermosura de su cuerpo unió una discreción y un valor que hicieron de él un hombre feliz.

Todo empieza con un cuadro de costumbres en el que vemos la afición de los antiguos a las exhibiciones atléticas. Dión llega a un puerto de mar con un amigo, y se dirige con él a ver los ejercicios de los atletas. En un lugar denominado el «Pórtico de Hércules» ven a un atleta alto y hermoso. Preguntan a un anciano sobre su identidad. El anciano, soprendido, les dice que es el adversario de Melancomas, a quien Melancomas había vencido con facilidad en todos los enfrentamientos. De esta forma indirecta, queda ensalzada la categoría atlética del protagonista del discurso.

La noticia de la muerte de Melancomas sirve de punto de partida para hacer un elogio incondicional del difunto. Era el más bello, el más valiente, el más fuerte de todos. Y lo que más entusiasma a Dión es que a estas virtudes corporales unía virtudes del alma tan importantes como la sencillez, la moderación en todo, la simpatía y la amabilidad.

En una palabra, en él se cumplió el célebre aforismo de Menandro: «Aquel a quien aman los dioses muere joven.»

MELANCOMAS II

(POR EL ORDEN, EL I)

Al subir del puerto, nos encaminamos enseguida a ver 1
a los atletas, como si hubiéramos hecho el viaje solamente para asistir a las competiciones. Y cuando estuvimos cerca del gimnasio, vimos a algunos de ellos que corrían por la calle seguidos del griterío de los animadores, y a otros que hacían otra clase de ejercicios. Pensamos que a éstos no valía la pena prestarles atención. Y nos dirigimos a un sitio
donde había un gentío inmenso. Nos fijamos en que había 2
muchos espectadores situados delante del pórtico de Heracles y que iban acudiendo otros sin cesar, mientras que algunos se retiraban porque no podían ver nada. Al principio intentamos ver algo empinándonos, pero apenas logramos ver la cabeza del gimnasta y sus manos levantadas. Luego, poco a poco conseguimos meternos más adentro. Se trataba de un joven muy alto y hermoso, pero su cuerpo parecía más alto todavía y hermoso, como es natural, por los ejercicios que practicaba. Pues realizaba unos ejercicios brillantísimos y muy inteligentes, tanto que más bien
parecía un atleta en plena competición. Cuando terminó 3
sus ejercicios y la gente se fue retirando, le observamos con mayor atención. Era parecido a las estatuas trabajadas con más primor, y su color era semejante a bronce colado.

4 Cuando se marchó, preguntamos a uno de los presentes, anciano él, quién era aquel joven. Y el anciano, frunciendo el ceño, contestó:

ANCIANO. — Es Yatrocles, el adversario de Melancomas [1] y el único que se atrevía a enfrentarse con él, al menos en la medida de sus posibilidades. Aunque no hacía nada de particular, pues siempre caía vencido, algunas veces incluso después de estar combatiendo todo el día. Sin embargo, ya había desistido de entrenarse, de modo que en las últimas competiciones celebradas en Nápoles a nadie venció Melancomas con más facilidad que a Yatrocles. Pero fijaos ahora con qué sensatez se comporta y qué enorme gentío le rodea mientras se entrena. Aunque yo tengo la impresión de que se alegra con lo de Melancomas. Y con razón, pues está convencido no sólo de que ya es suya la próxima corona, sino también todas las demás.

5 DIÓN. — Pero, bueno, ¿ha muerto Melancomas? Pues también nosotros conocíamos su nombre, aunque nunca lo habíamos visto personalmente.

ANC. — Y no hace mucho; sólo hace tres días que fue enterrado.

DIÓN. — ¿Y en qué sobresalía por encima de Yatrocles y de los demás? ¿En la estatura o también en el valor?

ANC. — Querido amigo, aquél era el más valiente, el más alto y hasta el más hermoso de todos los hombres, y no sólo de sus adversarios. Y aunque hubiera sido persona privada y no hubiera realizado obras de gran mérito, sólo por su belleza hubiera sido famoso. Pues ahora llamaba la atención por donde iba, incluso entre los que no
6 lo conocían. Sin embargo, no se adornaba con vestidos

[1] Es curioso el modo de ensalzar a Melancomas ponderando las virtudes de su adversario.

especiales ni trataba con otros métodos de ser reconocido, sino que prefería permanecer en el anonimato. Pero cuando se desnudaba, nadie podía ya mirar a otro aunque hubiera muchos jóvenes y muchos hombres haciendo ejercicios gimnásticos. Y siendo normal que la belleza conduzca a la molicie, incluso a los que son moderadamente bellos, aunque Melancomas era tan hermoso, conservaba una exquisita sensatez. Menospreciando, pues, la belleza, no por ello dejaba de cuidarla aun en una profesión tan difícil
como la suya. Y aunque solía combatir en boxeo, estaba 7
sano como cualquiera de los corredores. Se entrenaba tan a fondo y destacaba tanto por el esfuerzo, que era capaz de permanecer hasta dos días seguidos con las manos levantadas. Y nadie lo hubiera podido ver ni bajar las manos ni descansar, como hacen normalmente los demás atletas. Obligaba a sus adversarios a retirarse no sólo antes de recibir de ellos algún golpe, sino incluso antes de que él se los diera. Pues no creía que fuera cosa de valientes el hacer o recibir heridas, sino más bien propio de quienes andan faltos de reflejos o de los que quieren terminar cuanto
antes el combate. En cambio, consideraba importante 8
aguantar todo el tiempo sin dejarse vencer por el cansancio de los brazos, ni llegar a quedarse sin aliento ni agotarse por el calor.

DIÓN. — Y tiene razón —dijo Dión, tomando la palabra—, pues también en la guerra los más cobardes arrojan sus armas, aunque saben muy bien que sin armas pueden caer heridos más fácilmente [2]. Así, son vencidos más por la fatiga que por las heridas.

---

[2] El arrojar las armas en la guerra, prófugos aparte, estaba motivado por la necesidad de librarse del mayor impedimento para la huida. Se hacía para «salvar la vida», como confiesa ARQUÍLOCO (D. 6; ADRADOS, 12). El gesto era castigado con la pena de infamia.

9 ANC. — Pues, por eso, desde que empezó a combatir en los Juegos Píticos [3], es el primero de los que conocemos que permaneció imbatido, ganó muchísimas e importantísimas coronas y se enfrentó con rivales valientes y numerosos. Ya antes de llegar a la mayoría de edad, había superado a su propio padre, aquel famosísimo Melancomas que llegó de Caria [4] y que venció, entre otras muchas competi-
10 ciones, en las de Olimpia. Pero no conservó la imbatibilidad. Sin embargo, siendo como era, tuvo un final desdichado, pues llegó al colmo del esfuerzo en la práctica del atletismo y no disfrutó de ninguno de los goces de la vida. Era tan sumamente ambicioso que cuando ya estaba a punto de morir, preguntó al pancratista [5] Atenodoro, amigo suyo desde la niñez, cuántos días quedaban de competiciones.

Y habiendo dicho estas cosas, rompió a llorar el anciano.

11 DIÓN. — Se te puede disculpar de estar tan triste, porque se ve que tenías con él alguna relación.

ANC. — Por los dioses, de eso, nada. Pues ni éramos de la misma familia, ni yo estaba encargado de entrenarle, sino que entrenaba a uno de los muchachos especialistas en el pancracio. Pero es que Melancomas era una persona

---

[3] Los juegos más importantes en Grecia después de los Olímpicos. Se celebraban en Delfos y en honor de Apolo. En un principio, eran concursos musicales y dramáticos, pero luego se introdujeron competiciones deportivas. Se celebraban cada cuatro años al terminar el tercero de cada Olimpíada. En Delfos se conservan el teatro y el estadio. Y como documento literario, tenemos las odas *Píticas* de Píndaro.

[4] Región del SO. del Asia Menor, cuya ciudad más importante era Halicarnaso, patria de Heródoto. Sobre el padre de Melancomas, cf. el Discurso XXIX 3.

[5] Luchador de pancracio, combinación de lucha y boxeo. Los pancratistas proseguían el combate aun caídos en tierra, y podían golpear con los puños y los pies.

tan amable que todos los que le conocían se entristecieron con su desgracia.

DIÓN. — Pues no hay motivo para llamarle desgraciado. 12
Por el contrario, debió de ser el más feliz y dichoso, si era tal como dicen. Pues no sólo tuvo una familia ilustre, sino también belleza; y además, valentía, fuerza y sensatez, que son los bienes mayores de la vida. Y lo más admirable que puede darse en un hombre: que fue invencible no sólo ante sus adversarios, sino también ante la fatiga, el calor, la gula y el sexo. Pues el que ha de ser invencible ante todos los que se enfrenten con él, debe ser antes inaccesible a esas debilidades. ¿Y quién, como él, disfrutó de 13
mayores placeres cuando, siendo tan ambicioso, siempre vencía y, siendo admirado, era consciente de que se le admiraba? Tengo la impresión de que los dioses lo amaron muchísimo y de que lo honraron grandemente con su muerte, de modo que no probase ninguna de las pesadumbres de la vida [6]. Pues de haber seguido envejeciendo, se hubiera hecho más feo después de ser tan hermoso, y más débil después de ser tan fuerte, y quizás hasta hubiera sido vencido. El que, después de realizar las mejores hazañas, muere en medio de los mayores éxitos, ese muere en plena felicidad. Hasta entre los antiguos se puede ver que los amados de los dioses mueren jóvenes [7].

ANC. — ¿A quién te refieres?

DIÓN. — A Aquiles y a Patroclo, a Héctor, a Memnón y a Sarpedón [8].

---

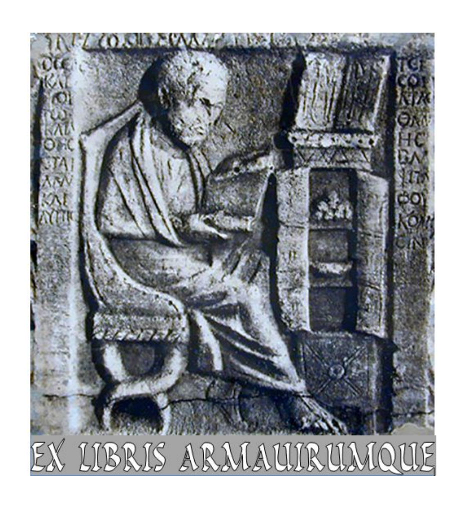
[6] Conocida es la máxima de *Menandro:* «Aquel a quien aman los dioses muere joven.»

[7] Cuando la madre de Cléobis y Bitón pidió a Juno-Hera «la gracia mayor que un mortal haya recibido», les envió la muerte en plena juventud y en plena gloria. Cf. la n. ant.

[8] Rey de los licios que combatió en la guerra de Troya al lado de los troyanos (*Ilíada* II 876; VI 199).

Y como aún pretendía yo nombrar a otros, me interrumpió diciendo:

Anc. — Esto que dices vale muy bien para consuelo de los hombres. Yo, por mi parte, desearía seguir escuchándote todavía. Pero ya es la hora de dar al niño la clase de gimnasia. Así es que me voy.



XXIX

MELANCOMAS (I)

(POR EL ORDEN, EL II)

INTRODUCCIÓN

Sobre la identidad de Melancomas y su posible realidad meramente literaria ya se habló en la Introducción al Discurso XXVIII. En éste, *Melancomas I,* aunque *II* por el orden, como dicen los manuscritos, tenemos el elogio fúnebre en honor del atleta difunto. Lo pronuncia una persona muy amiga de Melancomas, relativamente joven y que ocupa un cargo de importancia.

Una hipótesis, apoyada en una inscripción napolitana, sugiere que el elogio fúnebre podía haber sido pronunciado por Tito. Pero, como dice J. W. Cohoon en su Introducción a este discurso, no es verosímil que Tito, reciente vencedor en la Guerra Judía, se autopresente como joven e inmaduro.

El discurso es ordenado y sistemático. En unas palabras de exordio, expone el orador las razones por las que él es, precisamente, quien ha de hacer el elogio a pesar de su dolor y su juventud.

Sigue luego una exposición de los méritos del difunto: 1) nobleza de cuna, por cuanto sus padres fueron también nobles y fuertes; 2) belleza total y perpetua, no condicionada por la juventud, ni dudosa por competir con mediocres; 3) valor, que se demuestra en el atletismo, más y mejor que en la guerra; 4) las coronas que logró eran tan

incontables como sus competiciones. Imbatido siempre, empleaba un sistema que era la mejor prueba de su absoluta superioridad: el combatir sin herir ni ser herido.

A todo esto hay que añadir su moderación y sensatez. Pues no fue como los que en la antigüedad dejaron fama de hermosos o de valientes; ya que muchos de los valientes, un Teseo o un Aquiles, no fueron precisamente sensatos, y muchos de los hermosos fueron cualquier cosa menos valientes.

Termina el discurso con una especie de peroración en la que el orador exhorta a honrar a Melancomas imitando sus virtudes más que llorando su ausencia. Pues su muerte temprana es una señal inequívoca de que Melancomas fue amado por los dioses.

MELANCOMAS (I)

(POR EL ORDEN, EL II)

No se me ocurre, Señores, nada que decir por la tris- 1
teza y la sorpresa que me ha causado este repentino infortunio. Pues no sólo por el cargo que ocupo me toca de cerca este acontecimiento más que a cualquier otro de los ciudadanos, sino además porque en la esfera privada Melancomas era más amigo mío que nadie, como sabe la mayoría de vosotros. Pero a mí, me parece absurda la costumbre que tenemos, con relación a los difuntos, de que a los más dolientes es a quienes principalmente les corresponde pronunciar el elogio fúnebre. Pues los que están más compungidos, también están, por ello mismo, más incapacitados para hablar. Yo, además, estoy en esa edad en 2
la que la fuerza de la palabra ha disminuido mientras que las alegrías y las tristezas se sienten con más intensidad. Pero, como es más apreciado el elogio de un general a un soldado valiente que ha muerto, y el de un jefe más que el de un particular, me veo obligado a hablar en razón de mi cargo, y lo haré lo mejor que pueda. Pero, de acuerdo con los méritos del difunto y con mi juventud, no se me debe exigir un elogio extenso y esmerado, sino más bien un elogio noble [1].

[1] El que pronuncia este discurso se autopresenta con referencias concretas: amigo íntimo del difunto, ocupa un cargo importante, joven, etc.

Porque, en primer lugar, Melancomas fue realmente no-
ble de cuna. Pues no sería bien nacido el que es hijo de
padres ricos —aunque sea hijo de reyes—, si sus padres
3 son en lo demás vulgares. Por el contrario, son bien
nacidos los que nacen de padres nobles, como es el caso
de este hombre, cuyo padre sobresalió entre todos los de
su tiempo por las mejores cualidades, como son la nobleza
de alma y el vigor corporal. Buena prueba de ello son las
victorias que obtuvo no sólo en las Olimpíadas, sino tam-
bién en los demás Juegos.

Era, pues, de nacimiento el más hermoso de los hom-
bres, y no sólo de los actuales, sino, como es fácil deducir-
lo de lo extraordinario de su belleza, también era sencilla-
mente el más hermoso de todos cuantos a lo largo de la
historia han sido famosos por su hermosura; de los morta-
4 les, como es natural. Pues la mayoría de los considerados
hermosos por tener algunos miembros de su cuerpo espe-
cialmente espléndidos, fueron luego tenidos como hermo-
sos, ya que la vista siempre quiere ver objetos agradables
y se olvida de los vulgares. Otros no tuvieron un cuerpo
naturalmente hermoso; pero al llegarles la flor de la vida,
los que se encontraban con ellos se dejaron llevar del
atractivo de esa edad florida, y los consideraron hermosos.
Y es que siempre la juventud es floreciente en todos los
5 seres, tanto en los animales como en las plantas. Per-
sonas de éstas, que unas veces parecen bellas y otras veces
feas, se pueden encontrar a millares. Son personas que a
muchos les agradan extraordinariamente, mientras que a
otros no les llaman en absoluto la atención. Pero sería muy
extraño que alguien tuviera una hermosura tan perfecta
y auténtica como este hombre. Pues la poseía en todo el
cuerpo y siempre igual, tanto antes de la juventud como
después. Y nunca hubiera podido vivir tanto tiempo, ni

aunque hubiera llegado a la más dilatada ancianidad, como para que se marchitara su hermosura.

Sirva este detalle como prueba de su extraordinaria 6
belleza. Y es que sobresalía no sólo en comparación con personas corrientes, ni era admirado solamente por los pocos que iban a verlo, sino que destacaba siempre entre los hombres más hermosos de todos, como son los atletas. Pues los atletas son los hombres más altos y mejor parecidos, y son los que casualmente tienen más cuidado de sus cuerpos. Melancomas, además, fue visto prácticamente por todo el mundo. No hubo ciudad ni región a donde no llegara. Y en todas partes cosechó la misma fama. Pues todos coincidían en que no habían visto un hombre más hermoso. Admirado, pues, por muchísimos, y siendo, entre los más hermosos, el único que tuvo fama de una belleza fuera de lo común, está claro que debió de tener una forma realmente divina.

Por eso, yo lo considero feliz, sobre todo, por su 7
hermosura, que es el más importante de los bienes humanos, apreciado tanto por los dioses como por los hombres. Es el don que menos pesadumbres causa a quien lo tiene y el que resulta más fácil de reconocer. Porque los demás bienes que uno tiene, tales como el valor, la sensatez y la prudencia, pueden permanecer ocultos, a no ser que surja alguna circunstancia que los ponga de manifiesto. Pero la belleza, no hay posibilidad de ocultarla [2], pues aparece a la vez que el que la posee, y hasta, según algunos, incluso antes. Porque produce una sensación vivísima. Más aún, casi todos los hombres sienten envidia ante otros bienes,

---

[2] Otras virtudes pueden descubrirse y observarse a base de conjeturas y deducciones. La belleza la vemos con el más claro y agudo de los sentidos que es la vista (PLATÓN, *Fedro* 250b-d).

y hasta se ponen de mal humor. La belleza, en cambio, hace amigos a los que la perciben y no permite a nadie hacerse enemigo.

8 Pero si alguien dice que estoy haciendo el elogio de la hermosura y no el del hombre, no lleva razón. Pues, por ejemplo, elogiamos a un hombre si describimos su valentía. Pero cuando es dudoso que alguien posea una cualidad, entonces lo que hay que hacer es demostrar que la tiene. Pero si ya se sabe que la tiene, hay que elogiar la naturaleza de esa cualidad. Porque el elogio de esa cualidad es, a la vez, el elogio del que la posee.

Pero lo que más admirable resulta en Melancomas es
que, siendo tan hermoso por la figura, sobresalía también
9 por su valor. Pues tengo la impresión de que porfiaba
con su alma frente a su cuerpo y trataba de hacerse más
célebre por sus valores espirituales. Sabiendo, pues, que
de todos los trabajos que conducen al valor, el más hermo-
so y más arduo era el ejercicio físico, se dedicó a él por
entero. Pues no había oportunidad para los ejercicios béli-
cos, y, además, el atletismo es más ligero. Pero es que
me atrevería a decir que el arte de la guerra es inferior
a los ejercicios atléticos. Pues en los ejercicios bélicos sólo
se desarrolla el valor, mientras que los ejercicios físicos
10 producen a la vez valor, fuerza física y sensatez. Y, por
cierto, de los ejercicios físicos no eligió la especialidad más
sencilla, sino la más dura. Pues lo que practicó fue el bo-
xeo. Y si ya es difícil llegar a la cima incluso en el trabajo
más insignificante, mucho más difícil será superar a todos
en el más grande y más arriesgado de los trabajos, como
hizo Melancomas.

Referiros una por una las coronas que ganó y los combates en que venció sería superfluo, ya que vosotros lo sabéis. Además, alguno podría citar a otros que consiguie-

ron los mismos triunfos. Pero lo que ningún otro logró, lo sabéis igual que yo, pero hay que referirlo, pues a los mismos que lo saben les resulta difícil creerlo. Y es que, 11
habiéndose enfrentado a tan grandes y tan buenos adversarios, nunca fue vencido por nadie, mientras que él siempre los venció a todos. Pues tampoco existe un general que haya salido victorioso en todos los trances, ni un héroe de guerra que no haya huido alguna vez de una batalla. Y no porque haya muerto tan temprano se puede decir que fue invencible. Pues combatió muchísimos combates; y el fallar depende del número de intentos y no del tiempo que dura la vida. Más todavía, algo que en él resultaba sorprendente es que vencía sin recibir ni dar un solo golpe. Tanto era lo que sobresalía por su fuerza y su capacidad de sacrificio. Muchas veces estuvo combatiendo durante 12
todo un día en la estación más dura del año. Y aunque hubiera podido con un golpe vencer por la vía rápida, no quería hacerlo, porque pensaba que vencer así también podía hacerlo el más cobarde derribando con un golpe de suerte al más valiente. Pero que la verdadera victoria es la que se consigue obligando a rendirse al adversario sin haberle infligido herida alguna. Pues entonces vence el hombre, no la herida. Y es una victoria más brillante si el adversario se retira por el estado de todo su cuerpo y no por el de la parte herida. Pero el que se da prisa para vencer lo más rápidamente posible a base de golpes y llaves, acaba vencido por el calor y por el cansancio.

Y si alguno no lo entiende así, piense que los jabalíes 13
y los ciervos, mientras no les fallan las fuerzas, no hacen frente a los hombres ni a los perros. Pero cuando se sienten vencidos y fatigados, entonces atacan y prefieren ser heridos y morir antes que seguir soportando la persecución. Lo mismo les pasa a los hombres en la guerra. Aun-

que saben que pueden ser heridos más fácilmente si huyen que si resisten, al no querer soportar por más tiempo la fatiga, se retiran exponiéndose a que los hieran por la espalda. Por lo tanto, el despreciar las heridas no es señal de valentía, sino todo lo contrario.

14 Pienso que hemos dicho a la vez todo lo que se puede decir sobre el valor, el buen ánimo, la moderación y la sensatez. Pues si este hombre no hubiera sido moderado y prudente, no hubiera sobresalido tanto, creo yo, por su fuerza, ni aunque hubiera sido por naturaleza vigoroso. Y, por mi parte, no vacilaría en decir que poseyó un valor no inferior al de ninguno de los héroes antiguos, a quienes todos ensalzan, tanto de los que combatieron en Troya como de los que más tarde lucharon en Grecia para expulsar a los bárbaros. Y si hubiera vivido entonces, hubiera emulado las hazañas de aquellos héroes.

15 En términos generales, yo prefiero las ventajas de los ejercicios atléticos al valor en la guerra. En primer lugar, porque los que son los mejores en el atletismo, también destacarían en la guerra. Pues el que tiene un cuerpo más vigoroso y está capacitado para aguantar más tiempo, ése es, a mi entender, también el mejor tanto sin armas como con ellas. En segundo lugar, no es lo mismo competir con hombres profanos y absolutamente vulgares que tener como rivales a los mejores del mundo entero. Además, en la guerra, el que vence una vez, mata a su adversario, de modo que ya no vuelve a tener al mismo rival. En cambio, aquí en el atletismo, la victoria vale para un solo día. Pues luego el vencedor puede tener otra vez como adversarios a los vencidos y a cualquier otro que quiera competir.
16 Más aún, aquí el mejor sobresale por encima del inferior, pues sólo se consigue la victoria a base de coraje y de fuer-

za. Pero en la guerra, el poder del acero, al ser más fuerte que la naturaleza humana, no permite poner a prueba el valor de los cuerpos, y muchas veces se inclina del lado de los más débiles. En fin, lo que he dicho sobre los ejercicios atléticos, lo he dicho también sobre un atleta que ha demostrado ser el mejor de todos en su oficio. Ojalá mis palabras hayan sido las más apropiadas para demostrar tanto a mí mismo como a los presentes que este oficio es el mejor [3].

¿Quién, pues, podría ser más feliz que este hombre que poseyó belleza corporal, poseyó valor, fuerza de ánimo y hasta sensatez, y que fue, además, invencible de hecho? Sin embargo, en un hombre como éste eran muy difíciles 17
de conciliar el valor y la prudencia. Pues la hermosura es lo que más engríe a los hombres y los impulsa a llevar una vida muelle. Como si no tuvieran necesidad de otra clase de gloria porque ya son famosos por su belleza, y porque la vida de ocio les resulta más placentera. Pero si uno se pone a reflexionar sobre los más hermosos de la Antigüedad desde los tiempos más primitivos, encontrará que la mayoría de ellos no demostró ni el más mínimo detalle de valor ni obra alguna de virtud. Pues de Ganimedes [4] se puede decir que no hizo ninguna hazaña brillante porque fue raptado de entre los hombres siendo niño;

[3] En el ejercicio físico, llevado con disciplina, se obtiene el desarrollo orgánico de las virtudes, tanto de las corporales como de las de orden moral.

[4] Ganimedes, hijo de Tros, el epónimo de Troya, por su extraordinaria belleza fue transportado al Olimpo y nombrado copero de Zeus. Otras leyendas hablan de que fue raptado por un águila o por el mismo Zeus. El «Rapto de Ganimedes» fue tema predilecto de los artistas en la época helenística.

18 y de Adonis [5], Faón [6] y de otros por el estilo, que lograron fama extraordinaria por su figura, lo único que sabemos es que fueron hermosos. Solamente, entre los que fueron extraordinariamente hermosos, podríamos decir que fueron valientes Teseo [7] y Aquiles [8]. Y éstos no fueron precisamente, lo que se dice, sensatos. Pues de lo contrario, Teseo no hubiera raptado a Helena [9] por la fuerza, y Aquiles no hubiera discutido al pie de Troya por lo que discutió. Hipólito [10] tuvo sensatez, pero no está claro que tuviera valor, pues la caza no es argumento suficiente.

---

[5] Divinidad fenicia de la naturaleza que muere y renace. En la mitología griega, es un adolescente de singular hermosura que fue amado por Afrodita. Muerto por un jabalí, pasa, por la gracia de Zeus, solamente una parte del año en el reino de las sombras. Durante la primavera y el verano resucita y permanece con Afrodita.

[6] Era un anciano barquero de Lesbos que transportaba a los que querían pasar el río. Cierto día pasó a Afrodita disfrazada de anciana. Faón no le quiso cobrar el pasaje. Pero Afrodita le regaló el ungüento de la juventud, con el que se volvió tan joven y hermoso que todas las mujeres se prendaban de él. Safo, desdeñada por el nuevo joven, se arrojó por el promontorio de Léucade.

[7] Teseo es el héroe nacional de Atenas. Hijo del rey Egeo, castigó a tres famosos bandidos (Sinis, Escirón y Procrustes), venció al Minotauro y libró a Atenas del tributo de jóvenes que se enviaban anualmente a Creta. Fue el autor del «sinecismo» o reunión de los pueblos del Ática.

[8] Hijo de Tetis y Peleo y principal héroe griego de la guerra de Troya. La diosa Tetis, su madre, para hacerlo invulnerable, lo sumergió en la laguna Estigia cogiéndolo por un talón, único punto en el que podía ser herido y donde recibió la herida que le causó la muerte.

[9] Sobre el rapto de Helena por Teseo, cf. HERÓDOTO, IX 73; PLUTARCO, *Teseo* 31.

[10] Hijo de Teseo e hijastro de Fedra, la cual se enamoró de él. Rechazada por el joven, lo acusó ante su marido quien provocó la muerte de su propio hijo. En la *Biblia* hay una historia parecida sobre el tema: es la de José y la mujer de Putifar (*Gén* 39, 7-20).

Pero aquel que poseyó todos los bienes posibles en 19
la vida de un hombre, merecía también ser considerado feliz por su muerte. Pues si una vida larguísima fuera un gran bien para el hombre, Melancomas sería entonces digno de lástima. Ahora bien, siendo tan breve el tiempo de la vida concedido a los hombres, para muchísimos de ellos lo mejor hubiera sido morir cuanto antes [11]. Tantas son
las desgracias que les aguardan. Más aún, de ninguno de 20
los hombres más destacados de la Antigüedad nos cuentan que llegara a una edad avanzada, ni Patroclo, ni Antíloco [12], ni siquiera Sarpedón, Memnón, Aquiles o Hipólito. Ni los mismos beocios Oto y Efialtes [13], de quienes dice Homero que fueron los más altos y hermosos que nacieron después de Orión, ni el mismo Orión [14]. Todos éstos perecieron por su falta de sensatez. Y los otros que he mencionado son hijos y descendientes de los dioses. Ahora bien, los dioses nunca habrían dado una muerte temprana a sus propios hijos y a quienes más querían, si no la hubieran considerado un beneficio para los hombres.

---

[11] Cf. las nn. 6 y 7 al Discurso XXVIII.

[12] Era hijo de Néstor, el rey de Pilos. Combatió en Troya en el ejército griego (*Ilíada* IV 457, XII 540 ss., etc.). Tomó parte en las carreras de carros celebradas durante los funerales de Patroclo (*ibid.*, XXIII 306 ss.).

[13] Oto y Efialtes, hijos de Aloeo y de Ifemedea, llamados los dos gigantes Aloides. Tuvieron atado a Ares durante trece meses (*ibid.*, V 385 ss.). Odiseo se encontró con Ifimedea y dice que sus dos hijos, a los nueve años, medían ya nueve codos de ancho y nueve brazas de alto (*Odisea* XI 305 ss.). Fueron castigados por Apolo, porque quisieron ascender al cielo. Lo mismo les pasó, según la *Biblia,* a los constructores de la Torre de Babel (*Gén* 11 5-9).

[14] Cazador gigante de Beocia, que perseguía a las Pléyades, hijas de Atlas. Zeus, para defenderlas, les dio un sitio entre las estrellas. Orión murió a manos de Ártemis y fue puesto también en el cielo como constelación, la más bella quizá de la noche boreal (*Il.* XVIII 486, XXII 29; *Od.* V 121-274, XI 310-572, etc.).

21 Por eso, señores, si reflexionáis sobre estas cosas, tendréis que considerar feliz a este hombre. Y por lo mismo debéis vosotros aficionaros igualmente al esfuerzo y a la emulación, en la idea de que si alguno muere en edad temprana, no perderá ninguna de las ventajas de la vida. Pues el que goza de gloria y fama muere lleno de bienes. Ejercitaos, pues, resueltamente, y esforzaos, los jóvenes, pensando que su sitio queda libre para vosotros; y los ancianos, procurando ser dignos de hacer las mismas obras. Y tened frente a estos sucesos los mismos sentimientos que deben tener los hombres que viven para el elogio y la buena fama, y que son asiduos practicantes de la virtud. Y al que ya se ha ido, honradle con el recuerdo, no con las lágrimas. Pues no sería la forma ideal para que hombres nobles, como vosotros, honren a un hombre noble como el difunto. Y conste que no estoy de acuerdo con Homero cuando dice que la arena y las armas se empapaban con las lágrimas de los aqueos [15]. Lo que pasa es que Homero se deja llevar del gusto poético al exponer lamentaciones tan exageradas. Pero vosotros portaos más bien con moderación.

---

[15] Hom., *Il.* XXIII 15 s.

XXX

CARIDEMO

INTRODUCCIÓN

En torno a este bellísimo discurso se plantea la cuestión, que podría parecer fundamental, de la identidad de Caridemo, su titular y protagonista. Las posturas son parecidas a las que adoptan los tratadistas sobre la personalidad de Melancomas en los dos discursos anteriores. Para unos —von Arnim, entre ellos—, Caridemo es un personaje histórico, como histórica es su exposición sobre el sentido de la vida. Para otros, se trata de una mera ficción literaria. Dentro de ella, Dión expresa sus personales puntos de vista en el largo alegato atribuido a Caridemo moribundo.

Otro problema es el referido a la identidad de los dos personajes que matizan o completan la doctrina sobre la vida humana. Uno de ellos, el vagabundo, refiere sobre la clase de ataduras que encadenan a los hombres y el modo de librarse de ellas. Pero, si la cita del vagabundo incluye también la doctrina sobre el mundo como cárcel del hombre, pudiera ser éste Antístenes (444-366 a. C.), el fundador de la escuela cínica; si sólo se refiere a la aclaración sobre las ataduras, la figura encaja con la idea que tenemos del Dión de los años de madurez. El segundo personaje problemático es el campesino, que en dos canciones vierte su doctrina sobre la vida y el mundo. Dado que Cleantes,

según Diógenes Laercio, trabajaba de campesino (*Vidas de los filósofos* VII 168), escribió un himno a Zeus y era profesional del cinismo, podría muy bien ser el «campesino» del Caridemo.

El discurso, por lo demás, tiene dos partes perfectamente diferenciadas. En la primera, habla Dión con el padre y el hermano de Caridemo, fallecido hace algún tiempo. La conversación recae sobre la personalidad de Caridemo y las circunstancias de su muerte. Caridemo afrontó la fatalidad de su muerte temprana con un temple que recuerda la muerte de Sócrates, la página más admirada por Dión. Caridemo, antes de morir, dictó una especie de testamento doctrinal que constituye la segunda parte, nuclear, del discurso, donde expone varias teorías sobre la vida humana, en la que todo, dice, sucede según la voluntad de Dios.

En la primera teoría, el mundo es una cárcel, donde los dioses guardan prisioneros a los hombres, sucesores y descendientes de los Titanes. Todo lo que hay y sucede en el mundo tiene como finalidad el castigo de los hombres. Pero aquí los sabios y discretos tienen ventaja sobre los ignorantes e insensatos.

La segunda teoría es obra del campesino, hombre de lenguaje tosco, pero de ideas refinadas. Los hombres son descendientes no de los Titanes ni de los Gigantes, sino de los dioses. Y el mundo es como una colonia fundada por ellos y por ellos dirigida y gobernada, por lo menos, en los principios. La autonomía y el libre albedrío de los hombres trajeron los primeros errores.

Finalmente, el mismo campesino expone, en una segunda canción, su visión de un mundo paradisíaco, donde la vida es una fiesta a la que los hombres están invitados. Pero en los banquetes de esta fiesta hay sitios diferentes

y diferentes categorías. Unos beben de la copa de la Sensatez; otros, de la copa del Desenfreno. Los mejores acaban siendo amigos y comensales de los dioses.

Terminado el largo testamento de Caridemo, Dión se dirige al difunto lamentando su desaparición cuando tan brillantes esperanzas había despertado. Luego, exhorta a su hermano, de nombre Timarco, como su padre, para que su conducta sea digna del hermano desaparecido.

CARIDEMO

DIÓN. — Hace ya tiempo, incluso antes de encontrarme contigo [1], había tenido noticias sobre la muerte de Caridemo. Pues, enseguida, en cuanto llegué aquí, traté de informarme sobre varias personas y, particularmente, sobre estas dos [2], para saber dónde estaban y qué hacían. Me encontré con un buen hombre que no los conocía muy bien, sino que apenas había oído sus nombres, y me preguntó si me refería a los hijos de Timarco. Como yo le dije que sí, me explicó refiriéndose al más joven que estaba todavía en Mesenia [3] contigo a causa del luto por su hermano. Pues de los dos había muerto el mayor. Estaba claro, pues, que así me anunciaba la muerte de Caridemo. Entonces había cierta incertidumbre sobre algunos detalles, y eso que aquel hombre había hablado con claridad. Pero, enseguida, tuvimos noticias más precisas. Y creo que lo sentí tanto como vosotros. Pues decir que lo sentí más no sería ni justo ni correcto en mi caso, aunque alguien

1 (margin, line 1) · 2 (margin, line "hermano. Pues de los dos…")

[1] Como se puede ver más abajo, Dión habla con Timarco, padre de Caridemo.

[2] Los dos hijos de Timarco.

[3] Región situada en el cuadrante SO. de la península del Peloponeso. Cf. nn. 19 y 20 al Discurso XV.

pudiera quererlo más que vosotros que sois su padre y
3 su hermano. Por cierto, que los sentimientos de la naturaleza no suelen ser muy profundos en las personas vulgares. Algo parecido me he enterado que ocurrió con aquel Opuncio [4], cuando perdió a un hijo que era joven, simpático y discreto y, además, compañero nuestro. Y, sin embargo, dicen que lo sintió menos que si hubiera perdido cualquier otro objeto de su casa. Pero vosotros dos [5] parecéis estar muy afligidos con la desgracia. Y no es de extrañar. Ya que un hombre como muy pronto iba a ser Caridemo de haber vivido más tiempo, hubiera sido útil no sólo a vuestra ciudad, sino a toda la Grecia. Pues yo, mientras vivía aquel joven, no conocí a nadie más animoso ni mejor dotado por la naturaleza.

4 TIMARCO. — Pues si hubieras sabido lo que pensaba de ti, lo elogiarías todavía más. Porque me parece que te estimaba a ti no sólo más que a los demás hombres, sino incluso más que a mí que soy su padre. Y durante su enfermedad, cuando estaba prácticamente a las puertas de la muerte, estando a su lado nosotros con otros familiares, compañeros y conocidos, te citó por tu nombre, y eso que ya hablaba con extrema dificultad. Y nos recomendó que, cuando te encontráramos, te dijéramos que moría acordándose de ti. Pues conservó la conciencia y el habla hasta el último momento. Además, tenía en vida tal concepto de ti que trataba de imitarte en la costumbre de guardar silencio, en el porte y en todos los demás detalles, según cuentan los que le conocieron.

---

[4] Habitante de la ciudad de Opunte, en la llamada Lócride Opuntia, vecina a Eubea.

[5] Timarco y su hijo menor, padre y hermano, respectivamente, de Caridemo.

DIÓN. — No creo que hiciera esas cosas ni para imitar- 5
me a mí ni para imitar a ningún otro. Era su modo natural de ser. Lo que pasa es que, al principio, cuando era niño, no os dabais cuenta; pero, después, según avanzaba en edad, se iba haciendo más claramente personal. Pues él, más que ningún otro, era varonil y venerable de aspecto. ¿O es que os causaba tristeza con esta manera de ser, y os parecía más bien un hombre sombrío?

TIM. — Todo lo contrario. A mí me parecía un hombre más alegre de lo normal, muy dado a entretenerse con cualquier clase de juego liberal, y tenía una eterna sonrisa en los labios para sus amigos. Pero rara vez le vi reír de manera descompuesta. De modo que no nos resultaba molesto en nada. Antes, muchos ciudadanos le apreciaban y respetaban más que a los ancianos y famosos, aunque sólo tenía veintidós años. Pues esa edad tenía cuando murió.

DIÓN. — Pero, ¿os encargó o dijo alguna otra cosa 6
al morir?

TIM. — Pues sí, muchas y maravillosas, por lo menos, según me parece a mí que soy su padre. Ya que estando para salir de esta vida a tan temprana edad, sin embargo, ni se quejaba ni parecía estar afligido, sino que, al contrario, trataba de consolarnos. Incluso, en los últimos momentos llamó al criado y, como en estado de trance, le dictó unas palabras de consuelo dirigidas a nosotros. De modo que yo llegué a sospechar que estaba delirando y que aquello lo hacía por la inminencia de la muerte. Aunque la verdad es que los presentes se quedaron muy admirados.

DIÓN. — Tendrás, entonces, el escrito.

TIM. — Pues, claro.

Dión. — ¿No te importaría leerlo?

Tim. — No, pero me da un poco de reparo, no sea que no esté correcto, ya que se trata de palabras pronunciadas por una persona relativamente joven y en un momento tan difícil. Pues tengo la impresión de que si hubieras estado presente tú solo, hubiera tenido con lo que dijo más cuidado que en presencia de todos los demás.

Dión. — Ten en cuenta, querido amigo, que no vas a hacer una lectura ante gente extraña. Además, no me importa saber lo que dijo, sino en qué disposición estaba cuando lo dijo, para ver si murió tranquilo y con buen ánimo.

8 Tim. — Bueno, aquí lo tienes:

(Palabras de Caridemo en su lecho de muerte)

«Por lo que a mi vida se refiere, todo ha sucedido según la voluntad de Dios. Pero es preciso que aceptemos todo lo que nos viene de sus manos y lo sobrellevemos con resignación. Así nos lo recomienda, entre otros sabios, Homero cuando dice que los hombres no deben rechazar en modo alguno los dones de los dioses [6]. Y tiene razón cuando llama «dones» a las obras de los dioses, puesto que todas son buenas y hechas con buena intención [7].
9 Yo, al menos, así lo pienso, por lo que acepto tranquilamente mi destino. Y lo digo no en un momento cualquiera, sino cuando ya está mi destino a punto de cumplirse, y veo que la muerte ya está cerca. Pero vosotros, creedme, ya que me preocupé de la verdad más que de vosotros mismos; y, en la medida de lo posible, no os dejéis vencer

[6] Homero, *Ilíada* III 65.

[7] «Dios —dice Platón— sólo hizo cosas justas y buenas» (*República* 380c). Lo mismo afirma el libro del *Gén* 1, 31.

por el dolor, pues no me ha ocurrido nada terrible [8]. Ni siquiera si alguien llega a pronunciar palabras demasiado amargas.

»Lo que os voy a decir no es ni divertido ni agradable, 10
pues no ha sucedido —creo yo— a gusto mío y sin duda tiene algo de maravilloso. Porque todos los hombres somos de la sangre de los Titanes [9]. Por eso, así como los Titanes eran enemigos de los dioses y hacían la guerra contra ellos, nosotros no podemos ser amigos de los dioses, sino que somos castigados por ellos. Nuestro nacimiento representa un castigo, de modo que nuestra vida es una cárcel en la que estamos encerrados mientras vivimos. Pero morimos porque, castigados ya suficientemente, somos liberados y transformados [10].

»Este lugar que llamamos mundo es una cárcel penosa 11
y lóbrega preparada por los dioses. Y como el aire nunca conserva la misma temperatura y el mismo movimiento, el mundo resulta unas veces frío y gélido, lleno de borrascas, barro, nieve y agua; otras veces, es cálido y sofocante. En raras ocasiones durante el año, es moderadamente agradable. Se desencadenan huracanes, soplan tifones y muchas veces tiembla el mundo entero desde sus raíces.

---

[8] La muerte es una de estas dos cosas: o como un sueño, o como un traslado a un lugar mejor. En ambos casos, es una suerte y una ganancia (PLATÓN, *Apología* 40d-e).

[9] Familia de dioses, hijos de *Gaîa* (la Tierra) y *Uranós* (el Cielo). Entre los Titanes, estaba Crono, padre de Zeus. Una de las luchas sostenidas por Zeus para afirmar su dominio fue contra los Titanes.

[10] Es la teoría de Platón y la que se enseñaba en los misterios. El cuerpo es la cárcel del alma que expía sus deudas hasta que, con la muerte, se obtiene la liberación (PLATÓN, *Crátilo* 400a-b; *Fedón* 61e; *Gorgias* 493b. Cf. SAN PABLO, 1 *Cor* 15, 51-53; tb., la poesía de SANTA TERESA: «Oh, qué amarga es esta vida...».

12 Todos estos fenómenos son castigos terribles [11]. Pues siempre que ocurren quedan los hombres asustados y atemorizados. Además, al no aguantar las molestias del aire ni sus cambios, inventan otras cárceles pequeñas, como son las casas y las ciudades, construyéndolas de madera y piedra, como si alguien edificara dentro de una cárcel otras cárceles más estrechas.

»Las plantas y el fruto de la tierra crecen para nuestro sustento, como ese alimento indigno y de mala calidad que se da a los presos. Aunque nosotros, por lo demás, nos conformemos con él por nuestra necesidad y nuestra po-
13 breza. Pues también los que son castigados por nosotros encuentran agradable cualquier comida que reciben a causa del hambre y de la costumbre. Pero estos alimentos están realmente malos y echados a perder; y la prueba de ello es la debilidad de nuestro cuerpo. Además, ni se consiguen con facilidad ni hay en abundancia para todos, sino que se han de obtener con inconcebibles trabajos y miserias [12].

»Nosotros estamos compuestos de las mismas cosas que
14 nos atormentan, como son el alma y el cuerpo. El alma encierra en sí misma deseos, tristezas, enojos, miedos, preocupaciones y otros mil sentimientos por el estilo, que la castigan y turban continuamente día y noche. Hasta el hombre mejor dotado padece estas pesadumbres, que están como fieras encerradas en su interior y sólo pueden calmarse por una combinación de fuerza y persuasión. Y si cesa de encantarlas con canciones y prestarles atención, aunque sólo

[11] Los fenómenos atmosféricos eran, para los griegos, manifestaciones de la divinidad. Por eso, Zeus es el «lanza-rayos»; Posidón, el «agitador de la tierra»; Éolo, «el padre de los vientos», etc.

[12] El hombre ha de ganar el pan con el sudor de su frente (*Gén* 3, 17-19; LUCRECIO, *De rerum natura* 208-214).

sea por un momento, enseguida se le insubordinan. El 15
cuerpo tiene vértigos, espasmos, epilepsias y otras enfer-
medades que sería imposible enumerar. Y es que el cuerpo
está lleno de sangre y aire; además, está compuesto de car-
ne, nervios y huesos, de partes blandas y duras, de partes
húmedas y secas, cosas las más contrarias que pueden dar-
se. Los alimentos, como ya he dicho, son malos; y el aire,
al ser tan variable, agrava ciertas enfermedades y hace sur-
gir otras que, al parecer, no existían antes, pero que ahora
forman parte de la naturaleza del cuerpo. Estos males 16
están asentados dentro de nosotros mismos. Las otras pe-
sadumbres, que nos llegan de fuera, son más ligeras si se
las compara con las que nacen de nuestra misma naturale-
za. El daño que producen el fuego, el hierro, los golpes
y las demás cosas es agudo, pero deja de percibirse ense-
guida, aunque sea momentáneamente insoportable. Pero
en las enfermedades, las molestias se hacen a veces cróni-
cas y duran muchísimo tiempo.

»Castigados, pues, los hombres por tales y tantos tor- 17
mentos, permanecen en esta prisión y en esta cárcel todo
el tiempo que cada uno tiene señalado. La mayoría de ellos
no puede salir mientras no ponga cada uno a otro como
él en su lugar y lo deje como sucesor en su castigo. Algu-
nos han de dejar a uno solo; otros, incluso, a muchos.
Y permanecen allí de mala gana, pero todos están atados
con una sola cadena en cuerpo y alma. Es lo mismo que
esas largas filas de presos que llevamos atados con una
sola cadena y de los que unos son pequeños; otros, gran-
des; unos feos, otros guapos; pero todos por igual están
sometidos a la misma necesidad [13].

---

[13] Es decir, que no es menos prisionero el que está atado con cadenas de oro. Cf. Séneca, *De tranquillitate animi* 10, 3.

18 »De igual manera, unos hombres superan a otros en fortuna, fama y en toda clase de honores, cosa que ocurre también en el caso de sus cuerpos. Pues unos son reyes; otros, personas privadas; unos son ricos; otros, pobres. Y no por eso, los que son llamados felices sufren y son atormentados en la misma cárcel menos que los pobres y
19 los desconocidos, sino más todavía. Pues los pobres, al ser más débiles, tienen una prisión más relajada y liviana. Pero los reyes y los tiranos, cuanto más hinchados de alma y más robustos de cuerpo estén, más serán apremiados y oprimidos. Como pasa con los que están atados. Los gruesos y robustos sienten más apretadas las ataduras que los enjutos y mal alimentados. Algunos hombres, sin embargo, bien que poquísimos, reciben de Dios una cierta indulgencia, y están atados, sí, pero con suma suavidad, por especial concesión. De ellos volveremos a hablar más adelante.

20 »Pero antes vale la pena que os cuente lo que oí cuando aún era niño a un vagabundo que explicaba de qué clase es la cadena. Pues no es como las nuestras, ni está hecha de hierro ni de bronce, sino que es mucho más resistente, si bien es parecida en la forma y el entrelazado. Ya que, así como nuestras cadenas están forjadas de eslabones enlazados unos con otros desde un extremo al otro, así es también la cadena con la que, según dijimos, los dioses
21 tienen atados a los hombres. Toda ella está formada de dolores y gozos trenzados los unos con los otros, como lo agradable está enlazado con lo penoso. Así, una de estas cosas sigue necesariamente a la otra, como pasa —creo yo— con los eslabones de la cadena [14]. A los grandes pla-

[14] En el *Fedón* 60b-c, Sócrates, a quien acaban de quitar las cadenas, comenta la extraña sensación que llaman «placer» y cómo suele ir aparejada con el dolor.

ceres siguen grandes dolores, y pequeños a los pequeños. Pero, al final, el placer mayor es la muerte. Por eso, antes de la muerte se da también el dolor más grande. Pues es evidente que para el hombre no hay dolor ni sufrimiento más grande que el que acaba en la muerte.

»Decía también que cada hombre tiene otras distintas 22
ataduras. Unos las tienen más pequeñas y otros, más grandes, y que les oprimen como si fueran grillos. Son las que nosotros llamamos esperanzas. Pues así como los grillos están en la parte inferior del cuerpo y alrededor de las extremidades, así también las esperanzas están en el fondo del hombre y abarcan la parte final de su vida. Dominan a los hombres y los obligan a resistir aunque tengan que soportar los mayores males. Para los insensatos, pues, y para los necios, esos grilletes son enormes y muy pesados, mientras que para los discretos suelen ser más anchos y más finos.

»Por cierto, había un 'algo' que él comparaba con 23
una lima siguiendo valientemente los pasos de la comparación. Ese 'algo', decía, sólo los inteligentes y espabilados son capaces de descubrir, pues está guardado con sumo cuidado. Como cuando alguien oculta una lima en la cárcel para que ningún otro preso la coja, y luego la usa para escapar. Los ambiciosos y esforzados, aunque a duras penas, acaban por descubrirlo y le dan el nombre de 'Razón'. Tan pronto como lo descubren, lo utilizan para limar sus ataduras y hacer la cadena que los oprime lo más delgada y débil posible hasta que logran superar los gozos
y los dolores en la medida de sus posibilidades. Pero esto 24
no se consigue sino con lentitud. Pues su 'Razón', al tratarse de objetos duros como el acero, a duras penas los golpea y los corroe poco a poco, pero no puede desgastarlos hasta partirlos del todo. Aquel que se aplica este reme-

dio y se sirve de él activamente día y noche lo más que puede, soporta con facilidad la cárcel y pasa junto a los demás con aire de hombre libre. Y cuando su destino es inminente, se marcha tranquilamente como si ya no hubiera una fuerza que lo dominara y oprimiera. Algunas veces, los dioses hacen de algunos de éstos, que sobresalen por su virtud y sabiduría, sus propios colegas, y los libran totalmente de su castigo [15].

25 »Esto es lo que contó cierto hombre, desabrido a mi parecer, y que había sufrido mucho a lo largo de su vida, pero que, aunque tarde, pudo disfrutar de una verdadera educación [16]. Sin embargo, no es verdad lo que dijo ni muy favorable para los dioses. Hay otra explicación mejor que esa y que yo estoy dispuesto a daros. La oí de un campesino que se expresaba en una forma y con un acento propios de un hombre de campo. Aunque quizá no convenga que imite su forma de hablar, voy a intentar seguir con el recuerdo su pensamiento.

26 »Decía, cantando a Zeus y a los demás dioses, que los dioses son buenos y nos quieren [17] porque somos de su raza [18]. Pues, decía, la raza de los hombres viene de

[15] Es lo que explica Sócrates momentos antes de su muerte (*ibid.*, 114b-c).

[16] Los comentaristas de Dión creen que podría tratarse de Antístenes (444-366 a. C.), discípulo de Sócrates y fundador de la escuela filosófica de los cínicos.

[17] Los dioses se cuidan de nosotros, porque somos una de sus propiedades (PLAT., *Fedón* 62b).

[18] Esta afirmación, contenida en los *Fenómenos* del poeta Arato (315-239 a. C.) y en el *Himno a Zeus* del filósofo Cleantes (331-232 a. C.), fue citada por SAN PABLO en el discurso que pronunció sobre el Areópago (*Act* 17, 28). EPICTETO (*Pláticas* I 9, 1.5-6.14) habla del parentesco entre Dios y los hombres.

los dioses, no de los Titanes ni de los Gigantes [19]. Pues cuando los dioses se adueñaron del universo, establecieron a los hombres como colonia propia en la tierra, que entonces estaba deshabitada. Y aunque con menores honores y menos felicidad, sin embargo, les dieron sus mismas leyes, como suelen hacer las ciudades grandes y prósperas cuando fundan otras pequeñas. Y me daba la impresión de que quería explicar, aunque sin mencionar nombres, cómo en la Antigüedad los atenienses colonizaron Citnos y Serifos [20], o los espartanos Citera [21], dándoles sus mismas leyes. En cada una de estas colonias podemos ver imitadas las costumbres y la forma de gobierno que tienen los fundadores, aunque todo es siempre más frágil y de inferior calidad. Sin embargo, la superioridad de los fundadores no es tan clara. Puesto que se trata de la superioridad de unos 27
hombres sobre otros, mientras que la preeminencia de los dioses en comparación con nosotros es infinita. Ahora bien, mientras la vida estaba recién establecida, los dioses mismos se hacían presentes personalmente [22] y enviaban una

[19] Seres míticos, hijos de *Uranós* y *Gaîa,* como los Titanes. Quisieron asaltar el Olimpo, pero fueron rechazados y muertos por los dioses con la especial colaboración de Heracles.

[20] Citnos y Serifos, dos de las islas más occidentales de las Cícladas, situadas a pocos kilómetros del cabo Sunio, fueron colonizadas tempranamente por los jonios. De la importancia de Citnos en la Antigüedad nos da idea el hecho de que Aristóteles escribió un tratado sobre su sistema político. En cuanto a Serifos, algunos la señalan como la isla de Polifemo, el Cíclope de la *Odisea* (IX 105 ss.).

[21] Isla situada al Sur del Peloponeso frente al golfo lacónico. Es el lugar del nacimiento de Afrodita, quien, nacida de la espuma del mar, llegó a Citera sobre una concha marina. La escena está representada en el inmortal cuadro de Botticelli.

[22] En Grecia, eran numerosas las leyendas de apariciones de dioses, lo que determinó la fundación de santuarios y la institución de festividades. Cf. PLATÓN, *Político* 271d-272b.

especie de gobernadores [23] que se preocupaban de nosotros. Así fueron, por ejemplo, Heracles [24], Dioniso, Perseo [25] y otros de quienes oímos decir que eran hijos de los dioses, y cuyos descendientes nacieron ya entre los hombres. Más adelante, nos permitieron vivir por nuestra cuenta como buenamente podíamos. Y fue entonces cuando empezaron los errores y las injusticias.

28 »Y cantaba una segunda canción diciendo que el mundo es una morada hermosa y divina preparada por los dioses. De la misma forma que vemos algunas casas de hombres considerados dichosos y ricos, que están construidas con vigas y columnas, y labradas con oro y pinturas en techos, paredes y puertas, así también el mundo está hecho para refugio y regalo de los hombres. Y es hermoso y variado por las estrellas, el sol, la luna, la tierra, el mar y las plantas, cosas todas que son detalles de la riqueza de los dioses y de su habilidad.

29 »Los hombres llegaron al mundo para celebrar una fiesta, como invitados por el rey de los dioses a un banquete festivo y espléndido en el que disfrutan de todos los

---

[23] Dión emplea la palabra «harmosta», nombre que los espartanos daban a los gobernadores de las islas y ciudades extranjeras (Tuc. VIII 5; Jenof., *Helénicas* II 4, 28). Pero también era el nombre del gobernador de una colonia ateniense (Jenof., *Anábasis* V 5, 19).

[24] Heracles, hijo de Zeus y de Alcmena, fue uno de los héroes más populares de la Antigüedad y el que llevó a cabo los famosos «Doce Trabajos».

[25] Perseo, hijo de Zeus y Dánae. Ayudado por Hermes y Atenea, cortó la cabeza de Medusa, una de las Gorgonas. Liberó a Andrómeda del monstruo al que había sido expuesta y se casó con ella. Fue el fundador de Micenas. Después de su muerte, fue colocado en el cielo entre las estrellas. La constelación de Perseo está cerca de las de Andrómeda y Casiopea, madre de Andrómeda.

bienes [26]. Se sientan a la mesa, como en un convite, unos en un sitio; otros, en otro. Unos reciben mejores sitios; otros, sitios más corrientes. Pero todo sucede como en nuestras fiestas, sólo que estamos comparando cosas divinas y grandes con pequeñas y vulgares. Los dioses, por ejemplo, nos proporcionan dos clases de luz por medio de ciertas lámparas; unas veces, con más luz; otras, con menos; una luz, de noche; otra, de día [27]. Hay a nuestro lado mesas puestas y llenas con toda clase de manjares, pan y fruta, ya silvestre, ya cultivada. Hay, además, carnes, unas 30
veces de animales domésticos; y otras, de animales salvajes, e igualmente pescados de mar. Hablando con total rusticidad, dijo el campesino que las mesas venían a ser como los prados, llanuras, sotos y litorales en donde unas cosas nacen, otras pacen, otras son cazadas. Unos hombres poseen en abundancia unas cosas; y otros, otras, según las mesas en que les toca sentarse. Pues unos viven junto al mar, otros al lado de las llanuras y otros junto a las montañas. Las Horas [28] hacen de sirvientas por ser las más 31
jovencitas entre los dioses, van elegantemente vestidas y preciosas de ver, pero no están adornadas con oro, sino con coronas de toda clase de flores. De las mismas flores que llevan, reparten a los comensales. Y se preocupan de todo lo referente al banquete sirviendo manjares o retirándolos a su debido tiempo. Hay también bailes y toda clase

[26] Platón, en varios lugares, describe la situación idílica de la humanidad primitiva (*Rep.* II 372a-d; *Leyes* III 678e-679c; *Pol.* 271e-272b, etc.). Es también la interpretación bíblica de los principios del mundo en el Paraíso Terrenal (*Gén* 2-3).

[27] Cf. *Gén* 1, 16, en el relato de la creación.

[28] Diosas del Panteón griego, hijas de Zeus y Temis. Representaban el orden de la naturaleza, las estaciones, el orden social. Las tres más conocidas eran Justicia (*Díkē*), Eunomía y Paz (*Eirēnē*).

32 de entretenimientos. Y ese trabajo que nos tomamos, al parecer, en la agricultura, en la caza y en las viñas, queda reducido para los comensales al que les cuesta alargar la mano para coger un manjar [29]. Lo que dije, que unos están sentados en un sitio y otros en otro, es debido a la diferencia de clima. Pues los que ocupan los primeros y los últimos lugares son los que están, más que los demás, al fresco o al calor por cuanto están cerca o lejos de la luz.

33 »Así pues, no todos disfrutan por igual de la fiesta y el banquete, sino cada uno según su propia naturaleza [30]. Pues los hombres corruptos y desenfrenados no pueden ver ni oír nada, sino que comen con la cabeza inclinada, como cerdos en pocilga, y luego se ponen a dormitar. Algunos de ellos, no conformes con lo que tienen delante, tienden las manos hacia lo que está más lejos. Es lo que hacen los hombres de tierra adentro, que desean comer peces y se toman muchas molestias para conseguirlo.
34 Hay otros, insaciables y dignos de lástima, que, temiendo no les llegue a faltar la comida, recogen y amontonan cuanto pueden. Y luego, cuando tienen que partir, no sólo se van sin haberse aprovechado de nada, sino que, escasos de todo, dejan a otros lo que han acumulado, pues no les es posible llevarlo consigo. Ésos son motivo de burla
35 y de escarnio. Otros juegan a las damas o a la taba; pero las fichas no son como las piezas a las que damos ese nombre, sino que unas veces son de oro y otras de plata. Son, lo que se dice, monedas por las que discuten y de las que todos tratan de conseguir la mayor cantidad posible. Los que más alboroto y desorden provocan son éstos, o sea, los que juegan a los dados, y son, a mi pare-

---

[29] Cf. PLAT., *Pol.* 272a.

[30] Cf. Discurso XXXIII 53.

cer, los más odiosos entre los comensales. Algunas veces
riñen, llegan a las manos y se hieren unos a otros. Pero 36
son los que se embriagan los que principalmente hacen estas cosas. Y no se embriagan de vino, como nosotros, sino de placer. Pues ésta es la bebida que los dioses ofrecen en ese banquete común, a fin de que se ponga de manifiesto el modo de ser de cada uno. Dos coperos sirven a la mesa, uno masculino, otro femenino. El primero se llama Inteligencia; el segundo, Desenfreno. Las personas prudentes se sirven del copero masculino, y sólo de él aceptan la bebida, muy de tarde en tarde, en copas pequeñas y mezcla-
da hasta límites de total seguridad. Pues hay allí colocada 37
una cratera que es la de la Sensatez. Pero también hay otras muchas en medio, con sabores diferentes como de vinos variados. Son crateras de plata y de oro, que tienen, además, por fuera animales grabados alrededor, líneas en espiral y otros relieves hechos a cincel. Pero la cratera de la sensatez es sencilla, no muy grande y, al menos en apariencia, de bronce. Es preciso, pues, tomar repetidas veces
esa cratera, mezclar un poco de placer y bebérselo. La 38
Inteligencia o copero masculino escancia con miedo y atención a no equivocarse en la mezcla, no sea que haga daño al comensal y le haga caer al suelo. Pero el Desenfreno sirve a la mayoría el placer puro, sin mezclar ni un ápice de sensatez, aunque a algunos les sirve solamente un si es no es. Pero ese poco de sensatez desaparece enseguida y no se nota nada en absoluto. Los bebedores no descansan, sino que obligan a su escanciadora a darse prisa, la mandan acudir rápidamente y le quitan la bebida de las manos. Ella, apresurándose, corre de un lado para otro
jadeante y deshecha en sudor. Sus huéspedes bailan y dan 39
vueltas hasta caer de bruces en medio de todos, y riñen

y gritan como hacen los que se embriagan con vino. Sólo que los que se embriagan con vino lo hacen para poco tiempo y con cierta moderación, pues les basta dormitar un poco para luego sentirse mejor, ya que su embriaguez es ligera. Pero los que se drogan con el placer, dominados como por una bebida mucho más fuerte, se comportan así durante toda la vida y no pueden liberarse mientras viven, sino solamente cuando mueren. Y es que la muerte es el sueño de los que así se embriagan y el único remedio que
40 puede aliviarlos. Muchos vomitan también por la saciedad, y sólo con espasmos y angustias extremas logran arrojar fuera el placer. El que resiste, se siente aliviado y vive en adelante más cómodamente. Es muy raro, sin embargo, que alguien sienta la necesidad de vomitar. Más bien lo que quieren todos es seguir bebiendo. Porque, además, es que nunca se les apaga la sed, sino que la sienten cada vez más intensamente, como les pasa a los que toman vino sin mezcla [31].

41 »Así son estos hombres que ultrajan y afrentan la benevolencia de los dioses. En cambio, los moderados y razonables usan el placer con moderación y de vez en cuando para evitar complicaciones. Como el hombre libre que es invitado por una persona importante, como un rey o un príncipe, no se preocupa de comer y beber más de lo

[31] El vino era el don de Dioniso. Varias regiones de Grecia —el Ática, Lesbos, Rodas, Quíos, Tasos...— producían vinos excelentes, pero rara vez los griegos tomaban el vino puro sin mezcla (de agua), de tal manera que la palabra moderna para significar el «vino» es, precisamente, la que significa «mezcla» (*krasí*). Añadían, en cambio, ingredientes aromáticos. En la *Ilíada,* Aquiles manda a Patroclo que prepare vino puro para sus huéspedes (*Il.* IX 202-203). Y vino puro de gran calidad, como para mezclar una medida con veinte de agua, era el vino que el astuto Odiseo ofreció al Cíclope Polifemo (*Od.* IX 204-210).

preciso, y sólo presta atención a lo que ocurre dentro, y se deleita con ello, así los hombres moderados se despreocupan de la bebida, del juego de damas y de la taba, y miran cómo están las cosas en su interior. Se entretienen en admirar la sala en la que se encuentran recostados y en investigar cómo está hecha. Observan también todo lo que hay en ella, como las espléndidas y hermosas pinturas, la disposición del mobiliario y su orden, y se fijan en lo bien y sabiamente que hacen todo las Horas. Atentos, pues, a todos estos detalles, son los únicos capaces de percibir la belleza. Les importa positivamente que los demás no 42
crean que participan de estos bienes como ciegos y sordos, sino que desean incluso tener algo que contar sobre ellos cuando se acaben si alguien les pregunta por lo que han visto y conocido. Y consideran estas cosas mientras pasan el tiempo participando inteligente y moderadamente del placer, y dialogando uno con uno o en grupos de dos o tres de la misma clase. Algunas veces, al sonar un gran griterío y alboroto por la parte donde están los borrachos, miran en aquella dirección, pero después se vuelven enseguida a sus propios pensamientos.

»Cuando llega la hora de la partida, los hombres perdi- 43
dos e intemperantes son empujados y arrojados por sus cuidadores entre dolores y enfermedades. Y gritan y gimen sin saber en absoluto ni a dónde han ido ni cómo lo han pasado, aunque alguno de ellos haya permanecido allí muchísimo tiempo. Pero los moderados, después de despedirse de sus amigos, se van con la cabeza muy alta y los pies bien firmes, radiantes y gozosos por no haber cometido ninguna ignominia. Por eso, Dios que estaba en su propia 44
casa observando estas cosas y viendo cómo se ha comportado cada comensal en el banquete, invita siempre a los

mejores para que vayan con él [32]. Y si queda particularmente complacido con alguien, le ordena quedarse allí con él y le hace su comensal y compañero. Y así, ese hombre puede disfrutar ya del néctar. Un néctar que se parece a la bebida de la Sensatez, pero que es más ardiente y más puro, pues es, digo yo, causa de una sensatez divina y verdadera.»

45 DIÓN. — ¡Ay, Caridemo! Siendo como eras, te nos has muerto. Tú, que hubieras sobresalido con mucho entre los hombres de tu tiempo. Qué magnífica demostración de tu personalidad ofreciste a tu padre y a tus paisanos, y no sólo, por Zeus, a base de palabras sino de una grande y auténtica hombría. No tengo palabras para consolaros por la pérdida de este hombre y animaros a que sobrellevéis este trance con resignación. Pues soy incapaz de consolarme a mí mismo satisfactoriamente en este momento.
46 Pero tú, Timarco, eres el único que puedes aliviar a este padre y curarle de esta desgracia, si te preocupas de no ser demasiado inferior al difunto. Pues sería absurdo que, habiendo recibido ya una parte de su hacienda —que no es nada pequeña— y cuando vas a heredar el resto en cuanto muera tu padre, te olvides de la sensatez, del buen ánimo y del amor apasionado a las cosas más bellas como si no tuvieras nada que ver con Caridemo.

[32] Idea paralela, en *Jn.* 14, 1-3.

XXXI

AL PUEBLO DE RODAS

INTRODUCCIÓN

Algunos de los graves problemas planteados acerca de este discurso podrían encontrar una vía de solución en la sugerente teoría de Lemarchand (*Dion de Pruse. Les oeuvres d'avant l'exil,* París, 1926), según la cual, se trataría de, al menos, dos discursos distintos sobre el mismo tema, reducidos a uno por un unificador que bien pudo ser el mismo Dión. Argumento fundamental es la desorbitada duración del discurso, excesiva para una declamación efectiva. Sin embargo, la longitud de la composición hallaría una justificación si se tratara de una pieza para ser leída, como quieren algunos autores (Von Arnim). Hay, no obstante, repeticiones y hasta contradicciones, estilos diferentes, talantes tan contradictorios, que la teoría de Lemarchand resulta, cuando menos, verosímil.

Si el primero de esos discursos se pronunció en los primeros años de Vespasiano, y el segundo durante el intervalo de libertad conseguida por Rodas en el reinado de Tito (Lemarchand), comprendemos las razones de los temores y titubeos iniciales del autor.

Sus reproches van siempre mezclados con generosos halagos. Más aún, la palanca que mueve su razonamiento es una especie de argumento basado en la superioridad básica de los rodios. Ellos son auténticos próceres en una

época de general decadencia de los griegos. Su ciudad goza de una merecida fama de ilustre, rica, poderosa, organizada. Por ello, su conducta es tanto más reprobable cuanto más patente es la generosidad de su espíritu y la grandeza de su historia. Determinados gestos no son propios de un pueblo que marcha en la vanguardia de la cultura.

Y así era la Rodas donde hablaba Dión. Una Rodas afortunada por muchas razones. Ya la mitología hacía a los rodios hijos del Sol. Y el Sol (Helios) era una de sus grandes devociones, materializada en una de las «Siete maravillas del mundo», el Coloso de Rodas, estatua colosal de bronce, de 35 m. de altura, construida por Cares de Lindos entre los años 304 y 298 a. C., y que se levantaba a la entrada del puerto.

Rodas, ciudad, había heredado desde finales del siglo v la fuerza política de las tres ciudades más importantes de la isla —Lindos, Yalisos y Camiros—, que habían formado parte de la Liga Delo-ática. La nueva ciudad nació por una especie de sinecismo. Su Coloso maravilló al mundo durante poco tiempo, pues un temible terremoto dio con sus nobles perfiles en tierra alrededor del año 225 a. C. El pueblo de Rodas tuvo la fortuna de ponerse al lado de Roma en su contencioso con Antíoco III de Siria (242-187 a. C.), Filipo V de Macedonia (238-174 a. C.) y Mitrídates (132-63 a. C.). En cambio, su lealtad a la memoria de César le costó una devastación a manos de Casio.

Pero Rodas, por sus excelentes relaciones comerciales y políticas con Roma, se convirtió en una poderosa república durante la época helenística, sede también de una cultura floreciente. A sus escuelas acudieron alumnos tan aventajados como Cicerón y Julio César. Y en sus aulas enseñaron maestros tan cualificados como Apolonio de Ro-

das (s. III a. C.), Panecio (185-110) y Posidonio (135-50 a. C.).

No exageraba, pues, Dión cuando reiteraba con insistencia la grandeza histórica del pasado de Rodas y su deber de fidelidad a la memoria de sus gloriosos predecesores. Como no exageraba un ápice tampoco al hablar de las numerosísimas estatuas que adornaban la ciudad (§§ 105, 146). Y sin embargo, los cazadores de tesoros artísticos que, por orden de los emperadores, despojaron ciudades y santuarios, respetaron únicamente a Rodas (§ 148).

El motivo de este larguísimo discurso, el más largo del *Corpus* de Dión, es, a pesar de todo, bastante simple. El afán de los rodios por honrar con estatuas a todo personaje sobresaliente, los ha llevado al sistema —económico, en trabajo, tiempo y dinero— de servirse de estatuas ya dedicadas. El procedimiento es sencillo: se borra el nombre viejo para grabar el nuevo (§ 9). La práctica no era exclusiva de los rodios. Hubo pueblos, como el egipcio, que la usaron a gran escala. El faraón que era incapaz de dejar monumentos a su memoria tenía el fácil recurso de machacar los nombres de sus predecesores para grabar el suyo propio. Así, en pocas horas presentaba a la posteridad una obra monumental de muchos años.

El caso es que el tema ofrece a Dión la ocasión de hablar sobre el valor de la fama y el honor, la fidelidad a los bienhechores, el respeto a la memoria de los héroes, la recta valoración de los sacrificios por la patria y los múltiples contrasentidos que de esa práctica se derivan. Y entre consejos y razonamientos, el orador va salpicando su pieza de referencias a la tradición y a detalles vivos de la existencia de cada día.

La principal, posiblemente, sea la reiterada referencia a la ley propuesta en Atenas por Leptines y denunciada

por sus enemigos políticos. Demóstenes fue el orador que nos dejó los ecos de aquel incidente. Ésa es la ley que Dión contrapone a la costumbre de los rodios y que le sirve para ilustrar el tema de las estatuas (§§ 128-137). La ley de Leptines está textualmente recogida en la segunda introducción que la tradición antepone a la oración de Demóstenes. En su denuncia, desgrana Demóstenes una serie de contrasentidos en los que abunda Dión apoyado en la lógica demosteniana: es injusto despojar a los buenos de sus honores; no se deben borrar los recuerdos de la virtud; no es lícito quitar lo que se ha concedido; es mejor recompensar a los virtuosos aun a riesgo de equivocarse con algunos indignos, etc.

Desde el punto de vista fonético, notamos el sorprendente celo con que el autor —o el unificador— evita el hiato. Era una tendencia característica en varios autores de la época, entre otros, en el mismo Dión.

AL PUEBLO DE RODAS

Es lógico, hombres de Rodas, que la mayoría de vosotros crea que he venido para hablaros sobre un asunto privado. Por eso, cuando os deis cuenta de que pretendo arreglar un asunto que interesa a todos por igual, a lo mejor hasta os enfadáis porque, sin ser ciudadano ni haber sido requerido por vosotros, sin embargo estimo que puedo daros un consejo, precisamente, sobre un tema que no figura entre los asuntos que habéis venido a debatir. 1
Y si vosotros, que me escucháis, creéis que no hablo de las cosas que hacen falta o que toco asuntos que no son justamente los más indispensables, con razón os parecerá —digo yo— que soy a la vez un hombre simple y superficial. Pero si hablo de un asunto de la mayor trascendencia, asunto que, por cierto, va tan mal que es motivo de público desprestigio para vuestra ciudad hasta el punto de que todos vosotros, que en lo demás gozáis de buena fama, en eso únicamente no tenéis la reputación que merecéis, posiblemente me daríais las gracias y me consideraríais vuestro amigo. Pues es evidente que, aunque haya alguna persona que no os aprecie incondicionalmente [1], a los demás no les importa, en absoluto, nada de lo que os pueda pro- 2

[1] Dión parece hablar de sí mismo.

3 porcionar cualquier vergüenza o perjuicio. ¿Y no es absurdo que, cuando alguien, extranjero o residente [2], os hacía donaciones de dinero por su propia cuenta, no lo considerabais entrometido porque, sabiendo que no os hacía falta, buscaba su honra sin que vosotros le hubierais pedido nada, y, en cambio, a quien os aconseja sobre lo que os conviene le vais a oír de mal humor porque da la casualidad de que no ha sido requerido o de que no es un ciudadano? Ahora bien, por lo que a las riquezas se refiere, no las necesitáis precisamente en este momento; y se pueden encontrar gentes a millares a quienes les convendría incluso verse privados de algunas de sus posesiones. Pero lo que se dice un buen consejo, no hay nadie que no lo necesite en todo momento y para toda la vida, ni siquiera el que parece ser más feliz.

4 Si yo, pues, os hablara sobre alguna de las cuestiones que tenéis planteadas, ningún provecho notable sacaríais de mí. Porque lo natural sería que descubrierais por vosotros mismos lo que os conviene con que lo estudiarais una sola vez. Pero, dado que ese detalle que nunca investigáis para ver cómo se encuentra, yo voy a demostraros que se va desarrollando muy mal, ¿cómo no voy a ser yo quien os deje resuelto un asunto sumamente útil para vosotros, siempre que sean correctas mis apreciaciones? Pienso, no obstante, por mi parte, que conviene escuchar favorablemente a todo aquel que haga alguna advertencia con buena intención, y que no debemos considerar inoportuno a ninguno de tales hombres, y mucho menos vosotros, hombres de Rodas. Pues es evidente que, para tener tiempo de tratar todos los asuntos y no dejar nada sin examinar,

[2] La palabra original es «meteco», que, en la época clásica, servía para denominar a los extranjeros residentes.

os reunís a deliberar todos los días, y no como otros, de mala gana, muy de tiempo en tiempo y sólo algunos de los que son considerados hombres libres.

Era necesario haceros esta advertencia para que os 5
deis cuenta del asunto desde el principio. Pero ahora abordo ya el tema, después de sugerir solamente que, en mi opinión, conviene que todos, en especial los que desempeñan algún cargo público, manejen justa y honestamente los asuntos de la vida. Y ello, no sólo porque las cosas públicas son más conocidas que los fallos que se cometen en privado, sino también por aquello de que los errores de los particulares no valen por sí solos para demostrar la vulgaridad de una ciudad. En cambio, de las inconveniencias que suceden en público es preciso concluir que todos y cada uno de los ciudadanos son unos miserables.
Y es que, en una democracia, se tiene como conducta 6
común lo que hace la mayoría. Y las cosas que agradan a la mayoría, y no otras, son las que, por supuesto, prevalecen. Yo me atrevería a decir que es natural que presten atención particularmente a las más hermosas y venerables. Pues en aquellos lugares, en donde estas cosas se descuidan, no sólo queda de manifiesto una cierta disposición incorrecta de la ciudad, sino que de las demás ninguna
puede desarrollarse adecuadamente. Y por cierto, dejando 7
a un lado lo que se refiere a los dioses, que es lo que conviene considerar como de la mayor importancia, no hay nada más bello ni más justo que honrar a los hombres virtuosos y recordar a los que se han portado bien [2bis]. Pero esto creo que no hace falta ni mencionarlo. Y cual-

---

[2bis] Después de algunas vagas insinuaciones, aborda Dión el tema del discurso partiendo de la base de que hay que honrar a los hombres virtuosos.

quiera podría darse cuenta de que este modo de actuar es también el más provechoso. Pues a los que son diligentes para con sus bienhechores y a los que se portan correctamente con quienes los aman, todos los consideran dignos de sus favores y querrían serles de alguna utilidad en la medida de sus posibilidades. Y no sólo la ciudad entera, sino también los simples ciudadanos viven con mayor seguridad por tener muchos hombres bien dispuestos y con ánimo de colaborar cuando llega la ocasión.

8 Considerad, pues, hombres de Rodas, que estos asuntos vuestros van muy mal y de manera poco digna de vuestra ciudad. Me refiero al asunto de los bienhechores y a los honores debidos a los hombres honrados; ya que, desde un principio, no habéis tratado bien este problema. ¿Que por qué? Pues porque no hacéis lo que corresponde, y si bien cualquiera podría reconocer y admirar positivamente los demás aspectos de vuestra conducta, yo tengo la impresión de que antes prestabais particular atención al tema de los honores. Ello puede comprobarse cuando se mira la gran cantidad de vuestras estatuas. Pero desde hace algún tiempo ha predominado otra costumbre mezquina, y ya nadie recibe honores en vuestro país. Y si queréis saber la verdad, hasta los hombres nobles de otros tiempos, que estaban tan bien dispuestos para con vuestra ciudad —no sólo particulares, sino también reyes y hasta pueblos enteros— son maltratados y privados de sus honores.
9 Cuando votáis la erección de una estatua en honor de alguien —y esto os ocurre ahora con bastante facilidad porque gozáis de prosperidad—, yo no podría echaros en cara el que dejéis pasar algún tiempo ni que os retraséis más de la cuenta, puesto que, por el contrario, enseguida se levanta la estatua del que designáis, antes incluso de terminar la votación. Pero sucede una cosa realmente absurda:

que el magistrado, entre las estatuas que ya están dedicadas, designa la que mejor le parece, y luego, borrada la inscripción anterior y grabado el nuevo nombre, se da por terminado el asunto de los honores. Y, en adelante, aquel a quien consideráis digno de ese honor obtiene la estatua con suma facilidad —creo yo— y en condiciones ventajosas, si se mira desde esta perspectiva. De modo que la situación es digna de admiración, y el asunto es motivo de orgullo, ya que vosotros sois los únicos que podéis poner en bronce a quien queráis sin necesidad de gastos y sin que tengáis que pagar ni una sola dracma, ni vosotros ni los homenajeados. Pues ¿quién no se va a maravillar así 10
de la sabiduría de vuestra ciudad? [3].

Pero yo creo que muchas de las cosas que suceden en la vida y que requieren un esfuerzo particular y no pequeños gastos se las puede realizar gratis y con absoluta facilidad, siempre que uno se olvide de lo que conviene y de lo que es una conducta honrada. Así pasa con los sacrificios que a todas horas ofrecemos a los dioses, que podemos ir diciendo que hemos ofrecido el sacrificio cuando realmente no lo hemos ofrecido, con tal de que lo parezca, si, coronados, nos acercamos al altar, tocamos las ofrendas y hacemos todo lo que es propio de un rito sagrado. ¿Y qué? ¿No es, acaso, más fácil pensar que hemos ofrecido sacrificios a todos los dioses, cuando presentamos la misma víctima a todas las estatuas de alrededor, a la de Zeus, a la de Helios [4], a la de Atenea, y cuando hemos

---

[3] Es evidente el tono de ironía con que se expresa el orador; rasgo, por lo demás, muy propio de su temperamento.

[4] *Hélios* (Sol), hijo del titán Hiperión, era hermano de *Seléne* (Luna) y *Éos* (Aurora). Fue en Rodas donde se le dio un culto muy especial con festivales a los que acudían devotos y romeros de lejanas latitudes.

11 derramado libaciones ante todas ellas? ¿Quién nos lo va a impedir? Como si quisiéramos ahora erigir un altar o un templo a un dios cualquiera. Pues aunque hay entre vosotros templos dedicados a todos los dioses, no creo que sea difícil hacer uno mejor incluso que el anterior y tratar de honrar al mismo dios con muchos templos. ¿Es que no se puede privar de su morada a alguno de los otros dioses o trasladar a uno que ya ha sido consagrado? ¿O no se puede cambiar únicamente la inscripción, como ahora hacemos? Además, hay quien dice que Apolo, Helios y Dioniso son el mismo [5], y así lo creéis también vosotros. Y muchos también, más sencillamente todavía, concentran todos los dioses en una sola fuerza y un solo poder [6], de modo que no hay ninguna diferencia en honrar a este o a aquel dios, cosa que, en el caso de los hombres, no tiene ningún parangón, ya que quien da a uno lo que pertenece a otro, despoja a éste de lo que es suyo.

12 —Por Zeus —podrá decir alguien—, pero no es igual violar los deberes para con los dioses que los deberes para con los hombres.

Tampoco digo yo eso. Sin embargo, es posible violar los deberes para con los hombres, cuando uno no se porta sinceramente con ellos, ni permite a los que han recibido

---

La sexta maravilla del mundo, el Coloso de Rodas, era precisamente una estatua del dios Helios.

[5] En efecto, según algunas tradiciones, Apolo era, en su origen, el dios Sol. De ahí, algunos de sus epítetos más típicos, como Febo, Janto, Crisocoma («de áurea cabellera»), etc. Dioniso era, junto con Apolo, un dios salvador.

[6] En tiempos de Dión, el monoteísmo tenía muchos partidarios. La idea está ampliamente documentada en la cultura hebrea (*Is* 1, 11 ss.; *Sal* 51, 18; etc.). Jesús se la explica a la Samaritana (*Jn* 4, 24-25). Dión insiste repetidas veces sobre ella (3, 52; 4, 76; 13, 35; 33, 28; etc.). Del tema habla también en el § 15.

algo que retengan lo que justamente han conseguido, ni a los que parecen merecer las mismas cosas les da realmente lo que asegura, sino que a unos los priva del don que les corresponde, y a otros les pone asechanzas y los engaña. Ahora bien, la naturaleza de esta acción es siempre igual, 13
y el hacer cualquier cosa con fraude, con engaño o con el colmo de la mezquindad es una misma cosa. Pero se da esta diferencia: que las cosas que se hacen indebidamente con los dioses se llaman impiedades, mientras que las que hacen unos hombres con otros se llaman injusticias. De modo que hemos de procurar no aplicar el término «impiedad» al asunto que ahora debatimos. Por lo demás, si no os parece un tema digno de ser tomado con cautela, prescindamos de él. Sin embargo, quizá sea po- 14
sible encontrar la impiedad presente en esa conducta. Y no me refiero ni a vosotros ni a vuestra ciudad, pues ni habéis aprobado nunca esa actitud ni ha sido una práctica oficial, sino que considero el tema desde un punto de vista personal. Pues las cosas incorrectas que se hacen con los difuntos, ¿no se llaman, acaso, impiedades, y reciben esa denominación en esas mismas leyes contra las que posiblemente se han cometido? Pero el afrentar a los hombres buenos y a los bienhechores de la ciudad, el suprimir sus honores y borrar su recuerdo no veo cómo se podría llamar de otra manera, puesto que los que se portan mal con sus bienhechores en vida no podrían razonablemente verse libres de este reproche. Según eso, los que faltan 15
contra los padres, que son los autores del primero y más grande de los favores que hemos recibido, se cree, y con razón, que cometen impiedad. Sabéis seguramente, por lo que a los dioses se refiere, que por más que uno les ofrezca libaciones, les queme incienso solamente y se acerque a ellos con la disposición debida, no habrá hecho nada de

particular —pues posiblemente no necesita Dios ni estatuas ni sacrificios—; pero, por otra parte, no se realizan en vano, ya que manifiestan nuestra buena voluntad y nuestra
16 disposición para con ellos. Los hombres, en cambio, necesitan coronas, estatuas, asientos de preferencia y ser recordados. Muchos, incluso, han muerto ya por eso, para lograr una estatua y una nominación u otro honor cualquiera, y para dejar a la posteridad una fama ilustre y un recuerdo de sus personas. Si, pues, alguno de vosotros, procurara informarse una vez que todas las cosas de ese estilo han sido suprimidas y no ha quedado para después ningún recuerdo ni elogio de las buenas obras, aunque creáis que una mínima parte de los hombres han conseguido ser alabados por todos, ya sea de los que en otro tiempo lucharon valerosamente en la guerra, ya sea de los que derribaron tiranos o se ofrecieron a sí mismos o a sus hijos por la salvación de todos o sufrieron grandes penalidades por la virtud, como se cuenta de Heracles y Teseo y de los demás héroes semidivinos de otro tiempo, no creo que ninguno estuviera
17 de acuerdo con esa actitud. Pues, al menos para la mayoría, no habría otra cosa que animase a todos ya sea a despreciar los peligros, ya a soportar las penalidades, ya a desdeñar una vida de placeres y comodidades. Por esta razón, se encuentran en los campos de batalla hombres valientes heridos en vanguardia y que no han tratado de huir, aunque muchas veces estaba la salvación al alcance de la mano. Por eso, dice el poeta que Aquiles [7] no quería morir de viejo en su casa y que Héctor [8] permanecía solo delante de la ciudad para luchar, si fuera necesa-

[7] Tetis, madre de Aquiles, comunicó a su hijo el dilema del hado: o morir joven rodeado de gloria, o vivir una larga vida, pero anodina y oscura. Aquiles renunció a una vida larga a cambio de la gloria.

[8] Héctor, por voluntad del hado, quedó sólo frente a Aquiles fuera de las murallas de Troya (*Ilíada* XXII 5-6 y 38-40).

rio, contra todos. Eso es, asimismo, lo que hizo que unos 18
pocos lacedemonios se opusieran en el desfiladero [9] a tantas miríadas de persas. Y eso fue por lo que vuestros antepasados llenaron todas las tierras y los mares de trofeos y, permaneciendo tranquilas en cierto modo las restantes regiones de Grecia, salvaguardaron ellos por sí solos la dignidad nacional de los griegos hasta el día de hoy. Por ello, me parece que vosotros podéis sentiros más legítimamente orgullosos que todos los demás. Pues aquéllos, 19
después de salir airosos en sus problemas con los bárbaros y demostrar que eran ilustres, fallaron en lo demás, e hicieron una demostración más de envidia, insensatez y rivalidad que de virtud, hasta que, al no molestarlos nadie desde fuera de la patria, se abandonaron a sí mismos y llamaron ya a todo el que quisiera ser su amo. Vosotros, en cambio, que habéis hecho con éxito tantas guerras, las terminasteis todas con una elegancia igual a la nobleza con la que combatisteis. Está claro, por tanto, que ni vosotros 20
ni cuantos parecen haber llegado a ser señalados entre los griegos o los bárbaros habéis alcanzado gloria y poder por otro motivo que no sea el participar, unos después de otros, del amor a la gloria, y por apreciar la fama futura más que la vida. Pues el monumento, la inscripción y el ser levantado en bronce son, al parecer, algo grande para los hombres nobles, y es una recompensa digna de su virtud el que su nombre no desaparezca con su cuerpo ni quede igual que los que no han existido, sino que deje alguna huella y señal, por así decirlo, de hombría de bien [10].

---

[9] La desigual batalla de las Termópilas trajo a Leónidas y a sus trescientos espartanos la muerte junto con una gloria inmortal (HERÓDOTO, VII 220-230).

[10] Muchas de estas apreciaciones aparecen profusamente en DEMÓSTENES, XX (*Contra Leptines*) 23, 41, 64 s., 136, etc.

21 Ved a esos luchadores, cuánto sufren con sus entrenamientos y sus gastos, y cómo, finalmente, prefieren muchas veces morir durante las mismas competiciones. ¿Qué pasa entonces? Pues que si alguien suprimiera la corona por la que se afanan, y la inscripción que se pondría por su victoria en los Juegos Olímpicos o Píticos, ¿creéis que iban a aguantar ni un solo día siquiera el sol, por no citar las demás cosas desagradables y duras inherentes a esa actividad? ¿Y qué? Si saben con seguridad que otro se va a apropiar de la estatua que les dediquen, una vez quitado el nombre del que la levantó y grabado el suyo propio, ¿pensáis que habrá quien vaya allí no digo a competir, pero ni siquiera a contemplar los Juegos? Por eso, tam-
22 bién los reyes reclaman este testimonio. Pues todos aprecian grandemente los distintivos de la virtud, y nadie, entre la mayoría, prefiere hacer para sí solo y sin que otros se enteren aquello que tiene por bueno.

Por Zeus, ¿acaso no reconocéis que esta conducta no sólo deja sin honores a aquellos hombres, sino que también priva a la ciudad de personas que le serían propicias y tendrían hacia ella buena voluntad? Y que no piense ninguno de vosotros que, si anuláis un honor —el de las estatuas—, los otros honores serán intocables. En primer lugar, los que suprimen el honor más importante y el que más que ningún otro desean todos conseguir, reconocen, sin lugar a dudas, que dañan a la ciudad en gran medida, puesto que afirman que es perjudicial el suprimirlos todos.
23 Además, también sucede que, cuando algo se remueve en algún lugar, allí acaba removiéndose todo por igual, y así nada está seguro en semejante situación. Pues quienes han violado la razón por la que no parecía probable que algo sucediera, al creer que esa razón no tenía importancia, han destruido de hecho todo fundamento para que algo perma-

nezca seguro. Lo mismo que si uno suprime cualquiera de los castigos, tampoco deja ya seguro ninguno de los demás.
Y si alguien suprimiera el mayor de todos, el destierro o 24
la muerte, sería preciso que se tomara el acuerdo de que, en adelante, los más pequeños de los castigos ni siquiera figuraran por escrito. Así pues, lo mismo que los falsificadores de moneda, aunque sólo estropeen una parte, se piensa que han echado a perder toda la pieza por haberla hecho sospechosa, así los que suprimen algunos de los honores o de los castigos destruyen todo el sistema y demuestran
que no tiene ningún valor. Y, por cierto, dado que estas 25
dos cosas causan el mayor daño posible, a saber, que los honores no valgan la pena y que los castigos sean blandos, si alguien me preguntara que, de no ser posible librarse de ambas, cuál considero más razonable y más propia de los hombres morigerados, respondería sin duda que lo relacionado con los castigos. Pues es posible atribuirlo a un sentimiento de humanidad, de compasión y a otros sentimientos por el estilo, que son típicos de los hombres honrados. Pero no hay posibilidad de justificar con una excusa razonable el olvidarse de los hombres próceres y el despojarlos de las recompensas de su virtud, sino que es preciso atribuirlo a ingratitud, envidia, mezquindad de espíritu y a toda clase de sentimientos innobles. Más aún, los primeros, al suavizar los castigos, reprimen menos a los que son realmente malos; los segundos, en cambio, faltan gravísimamente contra sus bienhechores. Y esto es tanto peor que aquello, cuanto que el que uno obre injustamente es peor que el no evitar que otros lo hagan.

Pero tampoco se puede decir que aquél sea el mayor 26
bien que algunos han recibido. Pues, además de que es un tema conocido por todos, los que hablen de él acabarán contradiciéndose a sí mismos. Dirán que en la actualidad

es necesario honrar a la mayoría de los gobernantes. Pero que si hubiera que preparar estatuas para todos ellos, habría que hacer grandes gastos, como si los demás honores no fueran suficientes para ellos o ellos no fueran a acep-
27 tarlos por ser demasiado insignificantes. Por lo que se refiere a los gastos necesarios, vais a ver enseguida cómo se encuentra el tema. Pero que ese honor del que se despoja a los que antes lo habían recibido es el mayor de los honores, es algo que se desprende de lo que vamos diciendo.

Ahora bien, siendo absurdo que haya gente merecedora de honores, a quienes no se les proporciona ninguna recompensa por sus servicios, como deben reconocerlo sobre todo aquellos que opinan que es terrible honrar a alguien por debajo de sus merecimientos, ¿cómo no va a ser el colmo de la injusticia que luego se les prive de lo que se les ha dado, aunque no hayan cometido ningún delito? Lo primero es ser ingrato con los bienhechores; lo segundo, ser insolente con ellos; como una cosa es dejar de honrar
28 a los claros varones, y otra deshonrarlos. Pues los unos no conceden a los virtuosos lo que piensan que se les debe, y los otros hacen contra ellos lo que se acostumbra a hacer con los que son extremadamente perversos. Si algunos de los que, en otro tiempo, fueron considerados morigerados cometieran ahora algún error irreparable y molesto, como preparar una traición o una tiranía, se tiene la costumbre de abolir los honores de tales hombres aunque hayan recibido anteriormente una inscripción. Por lo tanto, ¿no es una vergüenza que penséis que los que, por común acuerdo, son considerados hombres excelentes merecen recibir las mismas cosas que las leyes ordenan aplicar a los impíos y a los sacrílegos, a quienes ni siquiera se les concede una
29 sepultura? En consecuencia, me parece que tan grande como es el deseo de ser honrados que todos tienen en otros

países, igual o mayor lo tendrán entre vosotros para no obtener ninguno de tales honores. Tanto más cuanto que todos consideran el insulto y el ultraje como un mal mayor que el bien que encuentran en el honor. Así, si invitarais a alguien a ocupar la presidencia o lo registrarais como ciudadano, para luego expulsarlo o privarlo de la ciudadanía, os suplicaría con insistencia que lo dejarais en paz. Y, en cuanto a los tiranos o a los reyes cuyas estatuas destruyeron y cuyos nombres borraron los que se sintieron gobernados con violencia y en contra de la legalidad —cosa que también ha ocurrido, creo, en vuestro tiempo—, yo me atrevería a subrayar que, si hubieran sabido de antemano lo que iba a suceder, no hubieran permitido ni que les erigieran estatuas ni que grabaran sus nombres.

Sin embargo, esto demuestra no sólo que aquellos hom- 30
bres son maltratados y sufren ultrajes, sino también que es vano el pretexto por el que, quizás, algunos creen que hacéis bien obrando así, mucho más cuanto que va contra la práctica habitual. Y si van a decir que es necesario y conveniente a la vez honrar también a los que vendrán después, ¿cómo no va a ser una contradicción el ultrajar a los que en el pasado habían sido honrados de ese modo? Porque, lo que cualquiera de los antiguos hubiera preferido no recibir, de haber sabido lo que iba a suceder, ¿sería natural que lo aceptara gustoso cualquiera de los actuales al ver lo que está ocurriendo? Por eso, si no ya por aquellos generosos bienhechores, sí por aquellos a quienes ahora honramos, es lógico evitar esta forma de actuar. Pues todos 31
recelan de los regalos hechos por quienes, en su opinión, se despreocupan de los mismos a quienes antes alababan y parecían tener como amigos; y particularmente sienten recelo los que reciben las mismas honras de las que ven privados a los que antes las habían recibido. Y si, además,

esto sucede para que los otros las reciban, mejor dicho, para que parezca que las han recibido, entonces sí que ya consideran el asunto enteramente como una hipocresía y una burla. Mucho mejor sería decir a los que quieren que vosotros os despreocupéis, prácticamente, de los que han sido honrados en el pasado, que ya no hay ninguna necesidad de honrar a nadie, en vez de hacer lo contrario: denunciar esta práctica de la que dicen que es necesaria en vuestra ciudad con respecto a un mayor número de personas tanto antiguas como actuales.

32 Sin embargo, por Zeus y por los dioses, ni siquiera en el caso de que estuvieran dispuestos a daros las más vivas gracias los que en la actualidad parece que consiguen estatuas, y a ensalzar grandemente al pueblo, ni aun así debería ocurrir lo que ocurre. Pues el buscar solamente la manera de agradar cuando se hace algo y de ser aceptado por la gente, y no tener en cuenta si al obrar de un modo determinado se va a hacer daño a quien no se debiera o se va a hacer algo inconveniente, no es, por los dioses, conducta propia ni de hombres libres ni de moderados. Y nadie, ni aun el más perverso, se propone algo malo, si piensa que no le conviene en el momento presente. Pero el colmo de la maldad es no hacer caso, por culpa de la ganancia y la utilidad, de ningún aspecto que sea inconveniente o injusto, ni preocuparse de lo que está ocu-
33 rriendo, sino sólo si es provechoso. En consecuencia, el que honra al amigo actual y desprecia al anterior, y hasta se olvida de los favores recibidos, porque lo que más le importa es el provecho que espera sacar, ¿sabéis qué nombre recibe? ¿No le llaman todos «adulador» a ese individuo? ¿Y no os parece que es un malnacido y un desleal? Ahora, tampoco resulta provechoso para la ciudad el que se vean honrados por ella algunos que creen conseguir una

gran cosa si sus nombres figuran en inscripciones. Al contrario, se enfadan y están disgustados consigo mismos, aunque por otra parte callen para no llamar la atención. Si regalarais a alguien una moneda falsa, nadie la aceptaría gustoso, sino que consideraría el gesto más como un ultraje que como un regalo. ¿Y pensáis que las personas inteligentes aceptan honores falsos y que no tienen ningún aspecto positivo? Pero si alguien vende al esclavo de otro 34
o un objeto afirmando con mentira que son suyos, cualquiera de los engañados se enfadaría terriblemente, y hasta me extrañaría si vosotros no lo castigaseis incluso con la muerte. Y si alguien, engañado, aceptara una estatua ajena a la que no tiene derecho, de parte de los que no son dueños de concedérsela —pues nadie es dueño de regalar a otro lo que a él le han regalado—, ¿creéis que iba a estar agradecido a quienes lo han engañado? Os ruego 35
que, si mis palabras os parecen más bien amargas, no os enfadéis conmigo. Pues tampoco afirmo que sois vosotros los que hacéis esto, sino que sucede en cierto modo contra la voluntad de la ciudad. Pero si el asunto es de tales características como para parecer el colmo de la desvergüenza cuando se examina a fondo, es necesario que vosotros escuchéis al que os habla y que lo hagáis con tanta atención que podáis libraros para siempre del sentimiento de vergüenza. Porque tampoco se pueden curar sin dolor las enfermedades del cuerpo. Y muchas veces, la señal de que la curación va deprisa es el hecho mismo de que duela reciamente la parte curada.

Lo que dije al principio, no tendría reparo en repetirlo 36
ahora, es decir, que en todo lugar lo natural es que los hombres buenos aparezcan como íntegros sin tener nada de falso ni desagradable, sino enteramente libres de engaño y de maldad. Me refiero a los que son iguales que vos-

otros, y sobre todo —pienso yo— en lo que se refiere a honores y regalos. Pues el atribuir algo vergonzoso a la virtud y el hacer con injusticia lo que es más justo que todo lo demás, es propio de hombres que no se dan cuenta de la naturaleza de cada cosa. Por eso, lo mismo que los que cometen ultraje contra lo sagrado son peores que los que faltan contra cualquier otra cosa, así son también los
37 que se muestran injustos y perversos en estos temas. Pues, ¿qué hay más sagrado que el honor o la gratitud? ¿No sabéis que la mayoría de los hombres considera como diosas a las Gracias [11]? Por eso, si alguien daña sus estatuas o derriba sus altares, pensáis que obra con impiedad. Pero si afrenta o destruye aquel aspecto por el que las diosas lograron recibir ese nombre, y no ejercita la gratitud como conviene, sino que es desagradecido para con sus bienhechores de una manera indigna, grosera y astuta, ¿vamos a decir que ese hombre está en sus cabales y que es más inteligente que los demás? Odiáis y castigáis a los comerciantes que defraudan en sus medidas, aunque su vida depende precisamente de la injusticia de sus ganancias; en cambio, no os avergonzáis de vuestra ciudad, si se demuestra que obra injustamente en materia de elogios a los hombres buenos y trafica con los regalos, convirtiendo las cosas más venerables en objetos de trampa y regateo.
38 ¿No os dais cuenta de que absolutamente nadie vuelve ya con gusto a los comerciantes cuyas medidas son defectuosas [12]?

---

[11] Las Gracias, tres en número, cuyos nombres griegos significan «esplendor», «serenidad», «lozanía», eran, según la leyenda, hijas de Zeus y compañeras de las Musas, de Apolo, de Dioniso y de Afrodita.

[12] Las medidas falsas estaban también prohibidas por la ley hebrea (*Lev* 19, 35-36; *Deut* 25, 13) y censuradas por los profetas de Israel (*Miq* 6, 10-11; *Am* 8, 5).

Y, por cierto, dado que este asunto es así por su propia naturaleza, mi discurso no lo censura, y así lo vais a ver. Si alguno os preguntara si queréis que los que reciben vuestros honores y a quienes ofrendáis las estatuas sepan la verdad y cómo ocurre todo, o bien que no se les diga nada, está muy claro lo que, de tener buen juicio, les podríais decir. Pues, ¿qué os impediría el escribir expresamente en el decreto, como hacéis con lo demás, también este detalle: que su estatua era una de las que ya estaban erigidas, o que era la de fulano, si es que queríais que los interesados lo supieran? Pero nunca, creo yo, vais a poner eso por escrito. Por lo tanto, es evidente que nadie 39
se preocupa de que lo que se hace se haga correctamente y sin ninguna irregularidad. Y lo que es más evidente todavía, me parece que nadie se guardaría en absoluto de que los favorecidos supiesen de qué modo consiguen esa gracia ni de que conocieran cualquier cosa relacionada con el honor, si es que se actúa sencillamente y con justicia. De modo que lo que sucede es necesariamente malo, se mire como se mire, y no es conveniente para nadie, ni siquiera para un particular. Pues aquel que en lo mismo en que está haciendo un favor a otros, bien porque lo ha recibido antes, bien —por Zeus— porque él es el que lleva la iniciativa o el que invita a una amistad, defrauda y engaña, ¿de qué otro modo podría comportarse?

Sabéis, pues, que nadie ignora lo que está ocurriendo, sino que es voz pública y anda en boca de todos. Y no sólo porque algunos practican el mismo método con tanto exceso como descuido, sino también porque es práctica corriente entre vosotros. Y ni la dignidad ni la grandeza de 40
esta ciudad permiten que nada de ella quede sin conocerse. Además, el hecho de que vosotros os portéis con mayor dignidad que nadie entre las demás ciudades, más aún, el

que viváis mejor que los demás griegos produce envidia y celotipia, hasta el punto de que son muchos los que se fijan para ver si cometéis algún fallo. Por eso, los que prefieren que se ignore totalmente lo que hacen, dan con ello una prueba de maldad, mientras que los que creen que es secreto algo que todo el mundo conoce, la dan de simplicidad. Y de ambas cosas no querríais que se acusara a vuestra ciudad.

41 —¡Por Zeus —se dirá—, que nos costará dinero si no usamos las estatuas que ya tenemos! ¿Y qué dinero no necesitaremos si construimos estatuas a todos aquellos para quienes las votamos?

¿Y cuánto mejor será conceder el honor a unos pocos, que no engañar a muchos, si vais a veros acusados y odiados por tantos que saben muy bien lo que acostumbráis a hacer?

Además, si no son excepcionalmente virtuosos aquellos a quienes ahora levantáis monumentos del modo que sea —y pensándolo bien, no os atreveríais ni a decirlo siquiera—, mirad lo que está sucediendo: que por culpa de los malos, sois injustos con los buenos. Porque yo me atrevería a asegurar que vuestros antepasados ni siquiera admiraban sin motivo a nadie que no fuera digno. Y si honráis a los buenos, es lógico que se muestren molestos
42 con vuestra conducta. ¿Qué hombre moderado querría que, por culpa suya, sufriera otro alguna contrariedad y se viera privado de lo que justamente le habían concedido? ¿O cómo no iba a enfadarse con estos sucesos, en vez de sentir gratitud? Como nadie, si fuera honrado, consentiría en aceptar a una mujer por haber cometido adulterio, porque había deshonrado al anterior marido. Más aún, nadie la aceptaría de buen grado tomándola de otro hombre. Y sin embargo, esto sucede con frecuencia y sin mala inten-

ción. ¿Y creéis que nadie aprecia un honor que no podéis quitar a otro con razón ni sin hacerle un ultraje, aunque no espere que le suceda algo parecido? Cuando alguien intenta comprar un esclavo, investiga si huyó en alguna ocasión y si no fue fiel a su amo anterior. ¿Y un regalo o un favor que considera fruto de la deslealtad y que sabe perfectamente que no tiene ninguna seguridad, lo iba a recibir con agrado?

—Pues las estatuas —diréis— son, en su mayoría, de 43
personajes romanos, y ¿quién se atrevería a tocarlas? Las que siguen son de los macedonios; y éstas de aquí, de los espartanos. Y, por Zeus, éstas sí que las tocamos.

En verdad, todas las que se levantaban antes o, al menos, la mayoría de ellas afirmabais que se ofrecían por alguna buena acción, mientras que muchos de los que ahora son honrados reciben los honores por su poder. Pero cuáles de ellos merezcan ser tenidos en mayor estima, lo pasaré por alto. Y, en el caso de que no todos posean con justicia lo que se les concede, ellos mismos saben muy bien quiénes con mayor razón lo reciben por motivos nada claros. Todos conocen que la bondad es mucho más segura que el poder; porque no hay fuerza que no destruya el tiempo, mientras que el tiempo no puede destruir la bondad.
Por tanto, para dejar al margen la exageración —aunque 44
en cierto sentido sea verdad— de que los que tratan de recibir estas honras se portan odiosamente con la ciudad y reciben lo que está pasando como un ultraje y un desprecio contra ellos mismos, yo afirmo que sé con seguridad que ni sienten gratitud alguna hacia vosotros, ni creen conseguir nada, conociendo, como conocen, lo que está sucediendo y la ligereza con que se hace. Luego, por Zeus, si lo que ahora reciben éstos no había razón para quitárselo a quienes lo habían recibido antes, ¿se lo vamos a qui-

tar a quienes lo poseen, incluso cuando no se lo damos a otros?

45 Y por cierto, si en las cosas que la ciudad, al parecer, necesita, vamos a mirar sólo los gastos y la forma de hacerlo todo lo más fácilmente posible sin examinar otros detalles, ¿qué impide no ya el tener preparado este obsequio, sino el que, si queréis regalar a alguien otra cosa, como tierras, dinero, casas, se lo quitemos a los que lo tienen? ¿O por qué hay que buscar ingresos y gastar dinero público cuando llega la ocasión de restaurar murallas o naves, y no se toma de los bienes de un particular, o de algún ciudadano o de los residentes en vuestra ciudad?

—Pero, ¡por Zeus! —se replicará—, que gritarán y dirán que sufren cosas insoportables.

46 Por supuesto, no se deberá hacer caso. Pues aunque ahora hay gente a quien se podría recurrir si vosotros hacéis estas cosas, antes no había otro más poderoso que el pueblo.

—Entonces, ¿es que los antepasados se portaban así con cada uno?

De ningún modo. Sino que pensaban que esto era lo más penoso de todo, y rogaban a los dioses que nunca llegara el momento en que todos y cada uno tuvieran que aportar de sus propiedades. Y eso es algo que rara vez ha sucedido, dicen, entre vosotros, ni siquiera con ocasión de todas vuestras guerras; sólo, si acaso, cuando vuestra ciudad corría un extremo peligro.

47 A lo mejor dirá alguien que las estatuas son propiedad de la ciudad. Pero también el territorio es de la ciudad; y, sin embargo, no por eso son los ciudadanos menos dueños de sus posesiones. Y si alguien preguntara que a quién pertenece, políticamente hablando, esta isla, o a quién Caria, le dirán que a los rodios. Pero si preguntas, en otro sentido, de quién es tal lugar o tal campo, seguro que te

dirán el nombre de su dueño. Igualmente, de todas las estatuas te dirán que pertenecen a los rodios, pero que cada una en particular es de este o de aquel a quien le haya sido ofrecida. De cualquier modo, los terrenos, las casas y las demás posesiones, nadie podrá saber de quién son si no lo pregunta, mientras que la estatua lleva una inscripción, y no sólo conserva el nombre, sino también los rasgos del hombre que la recibió, de manera que es posible al que se acerca reconocer enseguida de quién es. Me refiero a aquellas sobre las que todavía permanece la inscripción auténtica.

Desde luego, decir que son estatuas públicas es de lo 48
más ridículo, si es que con ello se entiende que no pertenecen a quienes las recibieron, sino a la ciudad. Ya que entonces se podrá decir también que las mercancías que se venden en mitad del ágora pertenecen al pueblo, y que los barcos no pertenecen evidentemente a sus dueños, sino a la ciudad, por el hecho de que están fondeados en sus puertos.

No me atrevería a ocultaros lo que oí, como algo absolutamente cierto, de alguien que hablaba sobre el tema, a saber, que vosotros habíais hecho una relación pública de las estatuas. Pero ¿qué quiere decir esto? Pues que lo mismo que el territorio de enfrente, la isla de Cárpatos y el continente [13], se pueden encontrar otras islas y, en general, otras muchas tierras que la ciudad ha inscrito en sus registros públicos, pero que están repartidas entre los
particulares. En una palabra, no porque cada uno de los 49
que han recibido una distinción no posean su estatua como cuando poseen cualquier otra cosa, se podría decir por eso

[13] Se trata de los territorios cercanos a Rodas, tanto islas como zonas del continente, aquí, Asia Menor.

que les pertenece menos, o que de ningún modo se les hace injusticia si dais a otro su propia estatua. Podéis encontrar millares de formas, y muy diferentes por cierto, según las cuales decimos que algo pertenece a un individuo, como la función sacerdotal, un cargo público, el matrimonio, la ciudadanía. Éstas son cosas que sus poseedores no pue-
50 den ni venderlas ni usar de ellas como quieran. Por eso, se ha establecido un principio de derecho público sobre todas ellas, de modo que lo que uno recibe justamente, tanto si lo recibe de una vez para siempre, como si lo recibe para un cierto tiempo, por ejemplo —creo yo—, los cargos públicos, lo mantenga con seguridad y no pueda quitárselo nadie. Y ¿cómo se puede poseer algo con mayor razón que cuando un hombre, que se ha portado con honradez y se ha hecho acreedor a la gratitud, obtiene un honor a cambio de tantas y tan buenas obras? O ¿de quién podrá recibirlo que sea más poderoso y más grande que del pueblo de Rodas y vuestra ciudad? Pues tampoco es pequeña cosa que no sean los calimnios [14] los que han concedido los honores, o esos malos consejeros que son los caunios [15]. Pasa en esto lo mismo que en los asuntos privados, que cuanto mejor y más fiel demuestre ser aquel de quien se ha recibido una cosa, tanto más seguramente la poseerá el que la recibe, de modo que nadie se la podrá disputar. Pero, realmente, toda ciudad, cualquiera que sea, es mejor y más fidedigna en todo que un particular, aunque se trate del más respetable; y las gestiones que se reali-

[14] Habitantes de Calimna, pequeña isla cercana a Cos.

[15] Habitantes de Caunos, ciudad de la costa de Caria el NE. de Rodas. Quizá el apelativo que les dedica Dión haga referencia al consejo de Mitrídates, que los caunios siguieron, en el sentido de matar a todos los italianos que había en Asia.

zan a nivel de Estado tienen más fuerza que las que se hacen por vía privada.

Fijaos en esto: todos consideran que tienen más au- 51
toridad aquellas decisiones que se toman oficialmente mediante los decretos de la ciudad. Y no se puede derogar ninguna de tales disposiciones, tanto en el caso de que alguien compre a otro un terreno, una nave o un esclavo, como si hace un préstamo a otra persona, concede la libertad a un esclavo o hace a otro un regalo. ¿Cómo ha llegado a suceder que estas cosas sean más seguras que las demás? Pues porque el que tramitó algún asunto suyo de esta manera puso a la ciudad por testigo de su gestión.
Por Zeus, que entonces, lo que uno consigue de un par- 52
ticular por intermedio de la ciudad, no es posible que se lo puedan arrebatar. En cambio, lo que uno ha recibido no sólo de manera oficial, sino también cuando es el pueblo el que se lo concede, ¿no va a ser una cosa segura? Y si lo que otros han hecho por este sistema nunca podrá ser anulado con el poder de la ciudad, lo que la ciudad misma ha hecho, ¿lo va a derogar así de fácilmente? ¿Y ello, sin quitárselo oficialmente, como se lo concedió, sino cuando el poder de hacerlo lo tiene un hombre solo, el que
resulte ocupar casualmente el cargo de magistrado supremo? 53
Y por cierto, también hay registros oficiales de estas operaciones de que he hablado, donde los decretos de concesión de honores se conservan seguramente por escrito y permanecen en público a perpetuidad. Y es que el conceder un honor es algo que vosotros practicáis con sumo cuidado, mientras que el privar de él a quienes lo han recibido lo hacéis con toda facilidad. Lo primero no es posible hacerlo sin una votación y por unanimidad; lo segundo sucede con una cierta rutina, incluso por el parecer de uno solo. Únicamente que, como dije, aquello queda registrado

oficialmente, y no sólo en los decretos correspondientes, sino también en las mismas estatuas, en las que consta el nombre del que ha sido distinguido con el honor y el hecho de que ha sido el pueblo el que lo ha concedido; y ello, en estatuas erigidas en lugares públicos.

54 Pero, posiblemente, hace ya tiempo que está claro que no hay nada en el registro —ni siquiera el hecho de estar en público— que demuestre que las estatuas no son propiedad de los que las recibieron. Y para que nadie intente presentar alguna objeción, os voy a decir una cosa. Ya sabéis que los efesios tienen en su poder mucho dinero: una parte es de particulares, se conserva en el templo de Ártemis y no sólo es de los habitantes de Éfeso, sino también de extranjeros y de gentes de todo lugar; otra parte es, incluso, de Estados y de reyes que hacen sus depósitos por razones de seguridad, ya que nadie se ha atrevido jamás a violar ese lugar, aunque ha habido infinidad de guerras y muchas veces ha sido conquistada la ciudad. Es, por tanto, evidente que el dinero está depositado en un lugar público. Y también, según los documentos, los efesios tienen la costumbre de llevar un registro oficial.
55 ¿Qué pasa, pues? ¿Acaso toman de ese dinero cuando surge alguna necesidad, o lo reciben prestado, cosa que posiblemente no les parecería en absoluto reprobable? Pienso, más bien, que despojarían a la diosa de sus adornos antes que tocar esos dineros. Sin embargo, no podríais decir que los efesios son más ricos que vosotros. Al contrario, vosotros no sólo erais antiguamente los más ricos de los griegos, sino que también ahora lo sois, y todavía más; en tanto que los efesios, viven visiblemente en mayor necesidad.

56 No digáis, por tanto, que los que depositan dinero tienen la posibilidad de retirarlo, mientras que nadie es due-

ño, del mismo modo, de su estatua. Ni creáis que se trata de un asunto diferente. Pues al intentar demostrar que no todo lo que se halla en un lugar público y está oficialmente registrado pertenece sin más a la ciudad, hablaba a modo de ejemplo. El hecho mismo de que nadie tenga una estatua para otra cosa que no sea el estar en medio de vosotros —pues en esto solo se distinguen los rodios de los que en Éfeso depositan su dinero— es algo que está todavía más a su favor. Pues lo que no pueden anular ni siquiera los que han recibido la distinción, ¿lo van a poder hacer los que la han concedido?

Así pues, no discuto en absoluto contra quien dice 57
que todas las estatuas son de la ciudad. Ya que eso no es ninguna garantía de que lo que está ocurriendo no sea un absurdo. Mirad, por ejemplo, las ofrendas que hay en los templos y que la ciudad ha preparado y consagrado a sus expensas, nadie podría dudar de que son públicas. ¿No sería, pues, terrible que nos sirviéramos de ellas para otros fines?

—Sí, ¡por Zeus! —se dirá—, porque son ofrendas, mientras que las estatuas son monumentos honoríficos. Aquéllas se ofrecen a los dioses; éstas, a los hombres buenos que son los que están más cerca de la divinidad.

De todos modos, si se dice —y realmente así es— 58
que los hombres honrados son también amados de los dioses, y es cierto que el que mayor daño nos hace de todos no es el que nos priva de alguna de nuestras propiedades, sino el que ultraja a nuestros amigos, ¿vamos a decir que los dioses se preocupan, al parecer, menos de sus amigos que de sus riquezas?

Conviene, pues, que los que han adquirido algo, lo posean con seguridad, mucho más en una democracia y en un país como el vuestro. Ya que vosotros os preciáis gran-

demente de administrar vuestros asuntos conforme a la legalidad y a la justicia, sobre todo, creo yo, por lo que se refiere a las pruebas de honor y gratitud. Y no sólo porque todo lo demás —como propiedades, casas, esclavos, tierras— lo podría conseguir cualquiera, incluso el más inepto, en tanto que el honor y la gratitud solamente los consiguen las personas discretas, sino también por el hecho de que aquellas cosas se pueden obtener también por otros medios, como la herencia y el dinero; mientras que las otras, como la honra y la gratitud, sólo se alcanzan con la virtud.

59 Y nadie, por cierto, puede pretender en absoluto que no sea justo el que alguien posea aquellas cosas por las que ha pagado un precio a sus dueños, y tanto más cuanto más ha pagado por ellas. Pues bien, todos y cada uno de éstos han pagado el precio de su propia estatua, y un precio nada mezquino: unos, brillantes servicios de estratega en favor de la ciudad; otros, embajadas; otros, trofeos tomados a los enemigos; y algunos, quizás también, dinero, y no, por Zeus, mil o quinientas dracmas, que es lo que costaría erigir una estatua.

60 Entonces, ¿qué? ¿No está establecido —al menos, entre los que no son enteramente injustos— que el que se vea privado de algún objeto de su propiedad pueda recuperar, de quienes se lo han quitado, por lo menos lo que ha invertido? ¿Estaríais, entonces, dispuestos a devolver los servicios por los que votasteis la concesión de las estatuas, ya que, en todo caso, es útil para vosotros el corresponder a los favores, puesto que, como algunos piensan, conviene
61 mirar la utilidad venga de donde venga? En tal caso, si alguien ha realizado con éxito una guerra, que de no haberla hecho los hombres de entonces, nosotros, los hombres de hoy, no poseeríamos la ciudad, o si alguien nos

proporciona la libertad o es uno de nuestros fundadores [16], como no podemos decir claramente quiénes son aquellos a los que han favorecido o van a favorecer los acontecimientos —pues los hechos suceden al azar y sólo por una cierta rutina—, que nadie se moleste si decimos que, después de todo, habrá que renunciar a la ciudad misma si queremos obrar con justicia. Pero si hay alguien que ha entregado algo tan importante que ni aunque nos empeñemos se lo podremos pagar, como hay millares que han entregado sus vidas por la ciudad y han adquirido al precio de su vida la estatua y la inscripción, como ya dije también anteriormente, ¿no sufren esas personas unos males terribles?

Además, tampoco se puede decir aquello de que no 62
somos nosotros los que hemos recibido esas cosas. Pues, en primer lugar, de todas las deudas de los antepasados son deudores, y en la misma medida que ellos, los que han heredado su raza. Y no vais a decir que renunciáis a la sucesión. En segundo lugar, todo aquello por lo que algunos prestaron entonces sus servicios a vuestros antepasados, y por lo que padecieron o actuaron animosamente en favor vuestro y fue considerado útil e importante, ahora os pertenece, a saber, la gloria de la ciudad, su grandeza y el que sobresalga por encima de todas las demás, excepto de una sola [17]. Por consiguiente, si sólo porque no 63
han recibido esos honores de vosotros mismos, pensáis que actuáis menos injustamente que si quitáis a alguien una cosa que ha conseguido por otros medios, estáis ignorando

---

[16] Entre los griegos, «fundador» era un título similar al latino *pater patriae*. Su figura y sus funciones aparecen en el relato de la fundación de Cirene que hace HERÓD., IV 150-159. Los romanos, según PLUTARCO (*Cic.* 22, 3), llamaron a Cicerón «Salvador y fundador de la patria».

[17] Roma, naturalmente.

una cosa de lo más evidente. Ante todo, porque cuantos despojan a alguien de algo, ultrajan también a aquel de quien un día lo recibió. Y lo mismo ocurre con los que derriban alguno de los edificios públicos que otro había edificado por su cuenta como señal de gratitud para con vosotros, es decir, que hacen, según parece, más daño al que lo ha hecho que a la ciudad. También, cuando es la ciudad la que ha concedido algo a un particular, se puede aplicar la misma argumentación contra el que se lo quita. Por eso, vosotros, además de hacer daño a quienes habéis ofrecido las estatuas, dañáis también —creo yo— a la ciudad que se las concedió, es decir, os dañáis a vosotros mis-
64 mos. Ahora bien, el que comete una falta contra otro, pero con ello se beneficia a sí mismo, es culpable solamente de una mala acción, en opinión de la mayoría; mas el que se daña a sí mismo al hacer daño a otro, no sólo da prueba de una exagerada perversidad, sino que también es, al parecer, sobremanera insensato.

Además de esto, se debe tener en cuenta otro punto de vista. El que quita simplemente lo que otro justamente posee, sea cual sea la forma en que lo consiguió, comete una falta por la acción en sí misma, al hacer algo que es naturalmente incorrecto. Pero quien priva a otro de las cosas que él mismo le ha dado, no sólo viola la norma común, según la cual no se debe hacer daño a nadie, sino que, además, obra injustamente con un hombre honrado con el que precisamente menos debía hacerlo. Pues en ninguna parte se conceden los honores a personas vulgares ni a aquellas de las que no se ha recibido ningún beneficio.
65 Y a nadie se le oculta que, si el despojar a los hombres buenos de los honores es peor que hacerlo con los demás, también es peor hacer daño a los bienhechores que obrar injustamente con otro cualquiera.

Más aún, por lo que a los efesios se refiere, dejando al margen lo relacionado con la diosa [18], se podría afirmar, según esto mismo, que los que sustrajesen algo de aquellas riquezas obrarían mal. Pero los que se comportan así con las estatuas obran injustamente no sólo, claro está, por lo que ahora se ha dicho —en el sentido de que podían hacer daño a hombres con los que no tenían ninguna relación, a muchos de los cuales ni siquiera los han conocido—, sino también por la culpabilidad que nace del asunto mismo. Así pues, a quienes no han sabido guardar un depósito nadie se atrevería a confiarles ninguna de sus cosas. Pero a los que se insolentan con sus bienhechores nadie los juzgará dignos de recibir un favor. De modo que, para vosotros, el peligro es que ya no recibáis favores de nadie; y para los efesios, que ya nadie les encargue la custodia de los bienes ajenos.

Quiero, además, referir una acción vuestra ocurrida no 66
hace mucho tiempo y celebrada por todos tanto como las hazañas de los hombres más antiguos, para que veáis, al hacer la comparación, si es justo que hombres como vosotros hagan, hablando en términos generales, algo parecido. Después de aquella interminable y larga Guerra Civil que mantuvieron los romanos [19], casualmente tuvisteis un contratiempo por vuestra buena disposición para con el Estado democrático [20]: una vez que pasó lo peor y todos creían

[18] La diosa es Ártemis que tenía en Éfeso un templo considerado como una de las maravillas del mundo. Sobre la devoción fanática de los efesios a su diosa tenemos un vivo relato en *Act* 19, 23-40.

[19] Esa «interminable Guerra Civil» tuvo varios episodios, que empezaron con las rivalidades entre Mario y Sila en los inicios del siglo II a. C., para terminar con la Paz de Augusto después de su victoria en Accio sobre Marco Antonio.

[20] Rodas, en efecto, tuvo problemas con los asesinos de César, por haberse inclinado hacia las tesis democráticas que César propugnaba.

que estaban salvados, lo mismo que en las enfermedades graves hace falta muchas veces echar mano de algún remedio especial, también entonces se tuvo la impresión de que la situación exigía una rectificación por el estilo. A todas las provincias extranjeras se les concedió la remisión de
67 las deudas. Pero, mientras los demás aceptaron alegremente la medida y consideraron el asunto como un regalo, vosotros fuisteis los únicos, entre todos, que no lo aceptasteis; y eso que hacía poco había tenido lugar, como dije, la toma de la ciudad y los enemigos no habían dejado en pie más que las casas. Os pareció espantoso violar cualquier norma justa fuera cual fuese la ocasión y, a causa de las desgracias que os habían sobrevenido, destruir la confianza que se tenía en vosotros. Y aunque cedisteis a los romanos en todo lo demás, no considerasteis razonable ceder en nada de esto, a saber, en adoptar alguna conduc-
68 ta vergonzosa para conseguir alguna ventaja. Pues aquello que, en mi opinión, veíais que Roma no necesitaba ni por su virtud ni por su buena suerte, demostrasteis que vuestra ciudad tampoco lo echaba de menos solamente por su virtud. No digáis, por tanto, rodios, que se les debe más gratitud a los que contribuyen a aumentar vuestra deuda que a los que os han prestado buenos servicios.

Además, si os pareció una barbaridad el no pagar voluntariamente vuestras deudas, ¿os parece una medida equitativa el despojar a los que han pagado? Seguramente no considerasteis más vergonzoso el obrar torpemente en compañía de todos, que el hacerlo solos. Sin embargo, cuando sucedió aquella gran transformación allá por el tiempo que he referido y hubo una confusión tan total, podían retener con seguridad sus dones quienes los habían recibido, y no había nadie que se atreviera a reclamar cosa alguna de los que poseían algo. Pero ahora vosotros ni siquiera permitís

entregar a vuestros bienhechores lo que teníais prisa en darles, sino que los que antes no os resignabais a que nada de lo vuestro dependiera de los demás —y eso que habíais sufrido un fracaso—, ahora que atravesáis un buen momento, hacéis lo que entonces no hizo absolutamente nadie.

Sin embargo, lo que ocurrió con las deudas, se podría 69
encontrar también en otros tiempos. Hasta de Solón se dice que tomó la misma medida con los atenienses [21]. Pues, además de que muchas veces es una medida que se hace necesaria por la situación apurada de los que han recibido los préstamos, hay ocasiones en que está justificada por el montante de los intereses, cuando algunos han cobrado con ello varias veces el capital original. Pero en cuanto a despojar de las recompensas a quienes las han recibido por los servicios prestados, nadie puede ofrecer una excusa válida, ni jamás la ha presentado nadie, sino que es prácticamente la única forma de actuar que nunca se ha llevado a efecto.

Ahora bien, las cosas que han merecido, por igual, 70
en las leyes la mayor atención, así como el rechazo y los más severos castigos, son, por cierto, el que se proponga la abolición de las deudas o la conveniencia de redistribuir las tierras. Pero, de estas dos cosas, la primera no ha tenido lugar entre vosotros. En cuanto a la segunda, de la que no tenemos la menor idea que haya sucedido alguna vez, examinadla comparándola con el asunto que estamos analizando. En el caso de que la tierra fuese repartida de nuevo, lo más terrible sería que el que antes la tenía quedara igualado con el que nada poseía. Pero en el caso de

[21] La reforma social más importante tomada por Solón fue la *seisáchtheia* o «remisión de deudas», especie de «borrón y cuenta nueva» que presagiaba un nuevo orden de cosas.

que la estatua sea entregada a otro, nunca será igual el que ha sido despojado que el que la ha recibido. Pues mientras que éste recibe el honor —si es que lo es—, a aquél no le queda nada.

71 Ahora bien, si alguien preguntara al magistrado que está al frente de vosotros y que es el que ordena borrar la inscripción y grabar otra: «¿Qué es lo que sucede? ¿Es que, por Zeus, se ha descubierto después de tantos años que aquel hombre había cometido alguna indignidad?», ¿no os parece, por Zeus, que se sentiría avergonzado, y más si se tratara de un hombre moderado? Porque yo creo que hasta el artista se sonrojaría. Y si se presentaran los hijos o los parientes de aquel hombre famoso, ¿qué lágrimas, creéis, no derramarían cuando empezaran a borrar el nom-
72 bre? Pero no es eso sólo. Pues todos acudirían amenazantes ante vosotros y ante la asamblea gritando. Así pues, en el caso de que ocurriera algo por el estilo, ¿no lo ibais a impedir o no os ibais a arrepentir? Yo no podría sospechar nada parecido de vosotros; más bien afirmo que, incluso ahora, no os dais cuenta de lo que está sucediendo; pues, de saberlo, no permitiríais que se siguiera haciendo. Pero ahora, al menos, conocéis con seguridad todo el asunto, de modo que os interesa cortarlo de una vez para siempre.

—Pero, ¡por Zeus! —se dirá—, eso no es probable, ya que son muchos los que no tienen parientes, y el asunto no afectaría a ningún conocido.

73 Yo paso por alto el hecho de que haya o no quienes ignoren —como es lógico— que algunos de aquellos grandes hombres son parientes suyos, mas no por ello dejan de ser tratados injustamente cuando son deshonrados sus parientes. Pero, de todos modos, tengo la impresión de que es más penoso todavía lo que sucede con los que no

tienen ni siquiera un familiar. Pues, por lo que se refiere a los vivos, parece más terrible agraviar a los que no tienen a nadie que les ayude. Ya que, si fueran así las cosas, se podría afirmar que no hay nada cruel, ni siquiera el dañar a los huérfanos, que están absolutamente indefensos al no poder defenderse a sí mismos ni tener a nadie que se preocupe de ellos; comportamiento este con el que vosotros, en cambio, os enojáis más todavía, y ponéis tutores oficiales para que tales personas no sufran ningún daño.

Así pues, hablando en abstracto, al no tener nadie 74
nada razonable que decir en los discursos que va a pronunciar, resultaría de lo más extraño afirmar que, por supuesto, no se toca a ninguna de las estatuas de personas conocidas, ni siquiera a las que todo el mundo conoce de quién son, sino que se trata mal a las que son insignificantes y absolutamente antiguas, como si alguien dijera que no agravia a ninguno de los ciudadanos ilustres sino a los plebeyos y a los que nadie conoce. Y, por Zeus, que no es lo mismo. Pues, entre los vivos, unos son más distinguidos que otros, tanto por la nobleza de cuna como por la virtud, por la riqueza y por otros motivos dignos de mención. Pero, en lo que a las estatuas se refiere, nadie por el contrario podría decir que «éstas son de hombres mejores». Ya que si no los conocemos, no es por su nacimiento oscuro o por alguna mala acción, pues han participado, de hecho, de los mismos honores que los hombres más ilustres, sino por la cantidad de tiempo transcurrido.

Además, cuanto más creen todos que los antiguos eran 75
por naturaleza mejores que los que nacieron después, y cuanto más raro era antiguamente que alguien consiguiera este honor, tanto más reconocen que se equivocan con hombres mejores y responsables de bienes mayores. Y esto, evidentemente, es verdad. Pues sabemos que los más antiguos

eran semidioses, y los que existieron a continuación no muy inferiores a ellos. Sabemos, asimismo, que los que siguieron después iban siendo con el tiempo cada vez peores, hasta que, al fin, vemos que los de hoy día son tal como somos nosotros mismos [22]. Pero, ni siquiera antiguamente, todos los que morían por la ciudad podían tener estatuas de bronce, sino solamente el que realizaba hazañas extraordinarias y maravillosas. Ahora, en cambio, honramos a los que arriban a nuestras costas, hasta el punto de que, si es posible, tenemos que transferirles las estatuas levantadas últimamente y en los tiempos más cercanos a
76 los de ahora. Y seguramente tampoco ignoráis que todos los hombres sensatos aman y aprecian más a sus viejos amigos que a quienes lo son desde hace poco, y a los amigos de la familia más que a los que son conocidos por ellos solos. Pues los que violan los derechos de estos últimos, sólo a ellos agravian; mientras que los que quebrantan algo que se refiere a los amigos de la familia, menospre-
77 cian también a los que se granjearon su amistad. Y, hablando en términos generales, de la misma manera que cuando abrís una investigación sobre alguien que aún vive y a quien vosotros mismos no conocéis muy bien o lo desconocéis totalmente, recurrís a quienes lo conocen y depositáis vuestro voto de acuerdo con los testigos —sobre todo, si son fiables—, eso mismo es lo que debéis hacer ahora. Y puesto que se trata de hombres desconocidos, según se dice, para los que ahora viven, tratad de saber cómo eran por quienes los conocieron. Pues, en efecto, los que entonces existían y manifiestamente los conocie-

[22] Esta doctrina, profesada por los estoicos, encuentra eco desde el *Génesis*, en la *Biblia*, hasta el mito de las razas en Hesíodo (*Trabajos y Días* 109-201).

ron, los tuvieron como bienhechores de la ciudad y los juzgaron dignos de los mayores honores. No es justo, por tanto, que vosotros desconfiéis de esos testigos, siendo vuestros antepasados, ni que digáis que no son de fiar.

Tampoco, además, puede decirse que ya han disfruta- 78
do de los honores durante largo tiempo. Pues no es posible probar que han sido honrados por la ciudad más tiempo del que la ciudad ha sido favorecida por ellos. Por lo tanto, de la misma manera que el que contrajo una deuda hace tiempo, y hace tiempo la pagó, no ha hecho ni más ni menos que el que devuelve ahora lo que hace poco ha recibido, igualmente tampoco ha hecho nada de particular el que hace tiempo recompensó a otro por los beneficios que entonces recibió. Distinto sería si después de haber 79
concedido a una persona exención de tributos, dinero, tierras o alguna otra cosa por el estilo, se lo quitarais. Posiblemente, serían más agraviados los que han recibido esas cosas más tarde. Pues el que las ha poseído durante algún tiempo, ya ha sacado algún provecho y alguna ventaja. Pero en cuestión de honores no sucede nada parecido. Ya que aquéllos sacan ventaja incluso para el futuro y obtienen provecho de lo que poseen, mientras que a éstos, por el contrario, les sucede que quedan más deshonrados: en un caso, es menor el daño para los que han sacado provecho durante largo tiempo y, en el otro, la infamia es mayor para los que son despojados de un honor más antiguo.

Voy a demostrar también que estos sucesos tampoco 80
están libres de impiedad, sobre todo por lo que se refiere al modo, según dicen, de actuar, aunque a algunos les parezca que exagero intencionadamente. Y no porque, como he dicho anteriormente [23], todo lo que se hace en ofensa

[23] Cf. § 75.

de los muertos sea, sin más, una impiedad, sino porque —creo yo— todos consideran, incluso, como héroes a los hombres más antiguos, aunque no tengan nada de excepcional, por razones de cronología. Pero los que son tan venerados y dignos de los mayores honores, algunos de los cuales reciben, incluso, el culto propio de los héroes, enterrados ya durante tantos años que hasta su recuerdo prácticamente se ha borrado, ¿cómo es posible que reciban el mismo trato que los que han muerto en nuestros días o hace poco tiempo, sobre todo si aparentemente no han
81 hecho ningún merecimiento, y siendo así que nadie podrá jamás poner en duda que los actos de impiedad contra los héroes tienen el mismo rango que si fueran contra los dioses? Entonces, ¿qué? ¿No es, acaso, una impiedad el hecho de borrar su memoria? ¿Y no lo es el privarlos de sus honores y el picar sus nombres? Ya lo creo, por Zeus,
82 que es algo terrible y abominable. Pero si alguien quita una corona que iba a durar un día, quizás dos, o si deja caer algo sucio en el bronce, opináis que comete impiedad, ¿pensáis que el que borra, altera o destruye la gloria de otro, no hace nada de particular? Vosotros, que, si alguien quita la lanza de la mano de una estatua, o arranca el penacho del casco, el escudo de su brazo o el freno de su caballo, enseguida lo entregáis a la justicia para que sufra el mismo castigo que los sacrílegos, cosa que seguramente les ha pasado a muchos que han muerto por semejantes motivos, sin que se tenga en cuenta si las estatuas que han ultrajado eran anónimas y muy antiguas. ¿Va entonces a mostrarse la ciudad peor en todos los aspectos y más mezquina en su comportamiento con los héroes?

83 Además, si alguien llega diciendo que ha descubierto a un extranjero o a un ciudadano robando una mano o un dedo de una estatua, levantaréis el grito y mandaréis

que enseguida se le aplique tormento. Y, sin embargo, aunque alguien le quite una mano, una lanza o una copa y se quede con ellas, el honor permanece, pues el que había sido honrado conserva el símbolo de su virtud, y sólo el bronce ha quedado disminuido. Pero cuando se borra la inscripción, se borra sin duda hasta el testimonio de que aquella persona había sido tenida como digna de alabanza.

Quiero hablaros ahora de algo que, según tengo enten- 84
dido, sucede en Atenas, y creo que también se hace aquí en conformidad con una ley extraordinariamente buena. Entre los atenienses, cuando alguno de los ciudadanos tiene que morir a manos de la justicia por haber cometido algún crimen, se borra antes su nombre de las listas. ¿Que por qué? Ante todo, para que no sufra una pena así quien es tenido como ciudadano, sino alguien que, en la medida
de lo posible, ya es un extraño. Es, por lo tanto, una 85
parte, creo yo, no pequeña del castigo mismo el que no aparezca ya la denominación de alguien que ha llegado tan lejos en la maldad, sino que desaparezca totalmente. Como el hecho de que no se entierre a los traidores es, creo yo, para que no quede en adelante rastro de un hombre tan malvado. Ahora bien, si alguien dijera que entre vosotros sucede a los bienhechores lo que en la mayoría de los pueblos se acostumbra a hacer con los malhechores, ¿no os sentiríais grandemente dolidos? No os enfadéis, pues, con el que, al parecer, ha dicho ahora lo mismo, ya que podría ser para vosotros el responsable de que nunca jamás vuelva a repetirse.

Por cierto que si alguien borra una sola palabra de una 86
inscripción conmemorativa, lo condenaréis a muerte sin investigar previamente lo que ponía ni de quién se trataba. Y si alguien va al lugar donde están las escrituras públicas y borra una tilde de una ley o una sola palabra de un

decreto, lo trataréis del mismo modo que si alguien quitara alguna pieza del *Carro* [24]. Entonces, ¿es que quien quita la inscripción de una estatua hace un agravio menor que el que raspa una inscripción conmemorativa? Pues la verdad es que borra el decreto entero por el que aquel hombre famoso había recibido el honor; y, más todavía, anula lo que estaba escrito. Asimismo, por lo que a vosotros se refiere, si alguien, condenado a un castigo por una mala acción, logra borrar su propio nombre a escondidas o mediante alguna intriga, se tendrá la impresión de que destruye la constitución. De modo que el que alguien se libre de un castigo lo consideráis como un hecho más terrible que si otro se ve privado de su honor.

87 Tampoco puedo pasar por alto otra cosa, al haber planteado, por así decirlo, mi exposición a partir del concepto de impiedad. Sabéis perfectamente que toda la ciudad es sagrada, y podéis comprobar que muchas de las estatuas que se levantan en los templos mismos han padecido actos de impiedad, dándose la circunstancia de que eran las estatuas más antiguas. Y cuando cualquiera de vuestros magistrados quiere honrar a una persona, en la idea de que sois vosotros los que le hacéis el honor, se afana para que la estatua levantada sea la mejor y la más bella posible. Pero ¿qué necesidad hay de más palabras? Creo que nadie podría discutirme que la mayoría de las estatuas que están así erigidas, aunque no sea como yo acabo de decir, han sufrido cambio de nombre, y algunas, creo, estaban inclu-
88 so al lado mismo de las de los dioses. Además, si viene sucediendo que ni siquiera se castiga a los que han cometido esa mala acción porque escapan a otro lugar, ¿no será

[24] Se trata del *Carro del dios Helios,* obra famosa de Lisipo, respetada por Casio cuando conquistó la ciudad (Dión Casio, 47, 33).

terrible que ultrajemos así impunemente a nuestros bienhechores, y que el refugio que ofrecen estos lugares a los hombres indignos, sólo a los buenos, al parecer, no van a poder ofrecérselo? Y ¿cómo si alguien cambia de sitio algún pebetero de los que están consagrados dentro de un templo, o alguna copa, será considerado sacrílego lo mismo que el que lo roba, y en cambio, no hace nada de 89
particular, si lo que cambia es una estatua o un honor? Sin embargo, esas estatuas podrían llamarse ofrendas votivas a los dioses, lo mismo que las que están en los templos. Pues, en efecto, se pueden ver muchas con inscripciones en tal sentido. Así, por ejemplo, «fulano se erigió su propia estatua» (o «erigió la estatua de su padre o de su hijo»), como si las ofreciera en honor de cualquiera de los dioses. Si alguien, por tanto, después de quitar de los otros monumentos el nombre del titular, escribe otro nombre distinto, ¿vamos a decir que este individuo es el único que no obra con impiedad? El mismo Apolo no permitió en modo alguno que el «hombre de Cime» [25] se llevara de su recinto los pajarillos, diciendo que eran sus suplicantes.

Más aún, las razones con las que algunos intentarán 90
demostrar que esta conducta es más bien correcta, servirán para probar que es totalmente mezquina. Como cuando dicen que maltratan las estatuas más antiguas y que algunas de ellas son, incluso, anónimas. Pues si alguien reconociera que esto es lo que está pasando, yo no hubiera

---

[25] Cime es una ciudad de la costa del Asia Menor, situada al N. de Esmirna. El hombre de Cime, aludido, fue Aristódico, quien, mediante la estratagema de quitar los gorriones y demás pájaros de los nidos que había en el santuario de Apolo, libró a su pueblo del oráculo que mandaba entregar a un suplicante (HERÓD., I 159).

hecho la advertencia previa de que ahora estoy hablando precisamente de las que llevan inscripción. Ya que yo también afirmo que tampoco se deben tocar las que no la llevan. Investigad, si no, hombres de Rodas, la causa por la que, obviamente, algunas estatuas fueron erigidas sin inscripción. Pues no es lógico que el que las ofreció se olvidara de la inscripción, o dudara o tratara de ahorrarse los gastos necesarios para grabarla, ya que eso no costaba
91 nada. Cabía, por tanto, una de estas dos posibilidades: o bien que, al ser algunos realmente grandes y héroes en todo el sentido de la palabra, se creyese que, sin necesidad de ninguna inscripción, sus estatuas serían fáciles de reconocer para todos y que, por la grandeza de la gloria que entonces tenían, su nombre permanecería para siempre en el futuro; o bien que, siendo hijos de semidioses o, incluso, de dioses, acabaran, con el tiempo, cayendo en el olvido. Pues no existe la costumbre de no poner inscripciones
92 en las estatuas de los dioses. Yo espero que también haya aquí estatuas de esta clase entre las demás. Así, por ejemplo, en Tebas está la estatua de un tal Alceo [26], del que dicen que era Heracles, que así se llamaba antes; en Atenas, hay una estatua sin inscripción dedicada a un joven iniciado en Eleusis, del que también dicen que era Heracles, y muchas más en otros sitios, unas de semidioses y otras de dioses, como las de Aquiles, Sarpedón, Teseo, que no llevaban, por eso, inscripción primitivamente, o como también en Egipto, donde dicen que hay una estatua colosal de Memnón de parecidas características. Ahora bien, si por lo que se refiere a algunos de estos personajes, la gloria permaneció intacta y el tiempo conservó su fama, no ha sucedido lo mismo con todos por las razones que

[26] Es el Alceo-Heracles de quien habla Diodoro Sículo, I 14.

sean. Por lo tanto, es posible que también entre vosotros 93
haya algunas estatuas así y que, por ejemplo, se pueda dedicar una estatua de Heracles o, si se me permite, de Tlepólemo [27] o de alguno de los hijos del Sol a un cualquiera, varón honrado, por supuesto, y digno de tal honor. Ojalá sean todos de tal modo que la ciudad tenga que honrarlos; y debemos rogar para que todos sean honrados, en especial, los gobernantes. Pero nunca serán iguales, ni mucho menos, que aquellos hombres famosos, ni tampoco ellos se atreverían a decir que son casi como los antiguos, sino que incluso tendrían miedo de afirmar algo parecido. Luego, por todo lo dicho, ¿no os parece mejor que, empezando ante todo por estas estatuas —me refiero a las que no tienen inscripciones—, extendáis el trato correcto a todas las demás o bien os abstengáis totalmente de tales prácticas?

Sea como fuere el asunto de la ignorancia y de la anti- 94
güedad, es como si alguien dijera que ni siquiera los violadores de tumbas hacen nada malo cuando violan tumbas muy antiguas, porque ya no vive ningún pariente del difunto, ni sabemos siquiera quiénes eran. Pues la tumba no es señal de virtud sino de bienestar, ni podemos asegurar que los que yacen en los sepulcros eran hombres probos, excepto cuando se sabe que una persona fue enterrada por orden del Estado [28], como sucedió de algún modo, creo yo, en el caso de estos hombres. Ya que la estatua se concede por la hombría de bien y porque, al parecer, alguien ha sido una persona noble. Y es evidente que ninguno de estos personajes habría sido honrado con una es-

[27] Hijo de Heracles, huyó de sus hermanos y se estableció en Rodas (*Il.* II 653 ss.). Murió a manos de Sarpedón (*ibid.*, V 628 ss.).

[28] Tucídides describe esta práctica tal como se realizaba en la Atenas de Pericles (II 34).

tatua, si hubiera sido convicto de robo o adulterio. Ni se concedió por cosas cualesquiera, sino por las más grandes hazañas.

95 Que estos hombres participan, además, por decirlo de alguna manera, de un cierto poder divino y una especial sensatez, quiero probarlo por lo que sucedió con una estatua. Teágenes [29] fue un atleta de Tasos. Sobresalía, al parecer, en fuerza por encima de todos los de su tiempo y, entre otros muchos éxitos, había conseguido tres veces una corona en los Juegos Olímpicos. Cuando se retiró y regresó a su patria, marchito ya su cuerpo, era un hombre no inferior a nadie en el manejo de los asuntos públicos, sino excelente como el que más. Por ello, como era natural,
96 se granjeó la enemistad de un cierto político. En vida de Teágenes, tal político sólo le tenía envidia. Pero una vez que murió, hizo con él la cosa más insensata e impía: durante la noche azotaba su estatua que se levantaba en el centro de la ciudad. Mas, ya sea por casualidad, ya porque alguna divinidad estaba indignada contra aquel hombre, movida en cierta ocasión la estatua de su pedestal, se fue detrás del látigo y mató al hombre. Y como había una ley que ordenaba que, si algún objeto inanimado se caía y mataba a una persona, debía, previo juicio, ser arrojado al mar, los parientes del difunto entablaron un proceso
97 contra la estatua y la arrojaron al mar. Pero habiéndose desencadenado, según cuentan, una epidemia de lo más terrible, y no pudiendo los tasios librarse con ningún medio de la enfermedad, recurrieron finalmente al oráculo, y el dios les respondió que hicieran volver a los desterrados. Cuando ya no quedaba ninguno por regresar, repitieron la consulta y, según dicen, la Pitia les dio esta respuesta:

---

[29] Cf. Pausanias (VI 11, 2; VIII 15, 3; etc.).

Os habéis olvidado de Teágenes el que cayó en las arenas
[del mar;
allí tenéis al que en otro tiempo fuera mil veces vencedor[30].

Con ello quedó claro que la respuesta oracular no se dio tanto por los desterrados como por Teágenes, y que lo que pasó no sucedió por ninguna otra razón.

Y que nadie replique con aquello: «¿Y qué? ¿Es que 98
nosotros destruimos nuestras estatuas o las tiramos?». Bueno, pero deshonráis a quienes se les ofrecieron, y se las quitáis a sus legítimos dueños, como también entonces pensó el dios, ya que no era lógico que se preocupara por un trozo de bronce. No creáis, pues, que cuando fue afrentado el hombre de Tasos, la divinidad se indignó de ese modo, pero que de los que han sido honrados en vuestra patria no hay nadie que sea amado de los dioses ni héroe.

Además, tampoco se puede asegurar que esto no lo 99
podrían hacer otros por razones de enemistad, o sea, en el caso de que alguno de vuestros magistrados sienta odio contra cualquiera de los que le precedieron. Pues lo de Teágenes, como habéis oído, ocurrió por motivos de envidia y celotipia en el campo de la política. Y aunque ahora digan que lo hacen solamente con las estatuas antiguas, ocurrirá al pasar el tiempo lo que ocurre siempre con todas las costumbres frívolas, que también ésta se irá haciendo cada vez peor. Aparte de que ni siquiera se podría presentar una acusación contra el magistrado, al estar todos los asuntos en sus manos.

---

[30] Pausanias (*loc. cit.*) refiere el oráculo de forma algo distinta, y añade que la estatua del atleta fue rescatada por las redes de unos pescadores.

—¡Por Zeus!, que se lo impedirán los parientes —se dirá—.

Pero si resulta que están ausentes o no saben nada, ¿qué vamos a hacer cuando se enteren? ¿Acaso habrá que borrar otra vez el nombre que alguien grabó a toda prisa?

100 Siendo, pues, totalmente absurda esta conducta, más aún, impía, sería menos terrible si no ocurriera bajo el pretexto que algunos aducen de que así están defendiendo a la ciudad. Pues todos creen que hacer algo vergonzoso por dinero es más vergonzoso que hacerlo por cualquier otra causa. Así pues, cuando algunos ponen como pretexto el gasto realizado y el hecho de hay que seguir gastando si queréis hacer otras estatuas, y consideran justo desdeñar el asunto, es evidente que causa una infamia mayor por cuanto los demás van a pensar que obráis injustamente por dinero; y eso que sois ricos como ningún otro entre los griegos [31].

101 Y ¿por qué, sin embargo, en el tiempo de vuestros antepasados no sucedía nada parecido, a pesar de que ellos no tenían más de lo que vosotros tenéis, pues sabéis que nadie ignora que vuestra isla no se ha empobrecido, que sacáis provecho de Caria, poseéis una parte de Licia y ciudades sometidas a tributo, y que muchas gentes entregan a vuestro pueblo riquezas siempre mayores, sin que ninguno de sus anteriores dueños os lo impida?

102 Además, tampoco podréis decir que gastáis más que los hombres de aquel tiempo. Pues entonces se gastaba en todas las cosas en que ahora se gasta: en festivales, procesiones, servicios religiosos, para fortificaciones, para los

[31] Rodas, en efecto, gozó de gran prosperidad, sobre todo, durante las épocas helenística y romana.

jurados, para el consejo; pero ahora no existen los gastos más importantes de la Antigüedad. Porque los gastos de la guerra —ya que los antiguos guerreaban casi continuamente y rara vez descansaban, si es que lo hacían en alguna ocasión— no se pueden comparar, creo yo, con los gastos que se hacen en tiempos de paz. Pues no es lo mismo 103
enviar una expedición de cien naves o más, y luego otra de setenta y otra de treinta, y a veces sin licenciarla en tres o cuatro años; ni el que las trirremes naveguen continuamente no sólo hasta Chipre y Cilicia, sino unas veces hasta Egipto, otras hasta el Ponto Euxino y, finalmente, por el Océano mismo; ni alimentar a los soldados extranjeros que vigilan las guarniciones y el país; ni es lo mismo que lo que ahora se puede ver en nuestros días, el que os presentéis cada año en Corinto con una o dos naves sin fortificar. Y digo esto sin ánimo de reprenderos ni para 104
demostrar que sois peores que vuestros antepasados. Pues pasáis la vida en paz no porque no podáis hacer lo mismo que ellos, sino porque no es este el momento para tales cosas. Es evidente que tampoco ellos preferían correr riesgos, y por eso, se esforzaban para que sus asuntos quedaran en orden de una vez para siempre; sólo que no gastaban lo mismo que vosotros. Pues, dejando a un lado lo demás, la situación de los arsenales, de las armas, de las maquinarias a que ahora mismo me refería, hasta el problema mismo de las fortificaciones, no estaba igual que como vosotros lo lleváis. Y si alguien supone que en el modo de cuidar estas cosas no hay ninguna diferencia, fíjese en que ahora se hacen con tranquilidad, poco a poco y cuando a uno le apetece. Pero entonces no se podían descuidar un momento. Además, en la actualidad, las murallas están edificadas para ser probadas por vosotros, y entonces, para serlo por vuestros enemigos. Ahora bien, 105

tampoco se puede afirmar que actualmente honráis a más personas, pues la misma abundancia de las estatuas que se levantan desde aquel tiempo lo demuestra. Y aparte de eso, ¿quién podría decir que son más los que ahora ambicionan hacer algo por la ciudad?

—Pues nosotros, ¡por Zeus! —se dirá—, tenemos absoluta necesidad de honrar a todos nuestros magistrados.

¿Y qué? ¿No los honran también los atenienses, los espartanos, los bizantinos y los mitilenenses y, sin embargo, cuando toman el acuerdo de levantar en honor de alguien una estatua de bronce, la levantan sin más y se preocupan
106 de los gastos precisos para ello? Y por cierto que oí también a un rodio que decía: «La situación de estos hombres no es igual que la nuestra. Pues ellos, dejando aparte a los atenienses, no tienen otra cosa que la libertad; y los mismos atenienses tampoco tienen posesiones importantes. Pero nuestra ciudad es la envidia de todos, como que es la más próspera. Por eso, es necesario que tenga más gente que le sea fiel. Más aún, ningún romano tiene interés en tener una estatua en esos países, mientras que no desprecia el honor que se le pueda tributar aquí.»

107 Esto es verdad; pero por ello debéis apartaros con mayor razón de esta práctica. Pues es lógico que los que presumen de haber recibido este honor entre vosotros no pasen por alto ni siquiera el modo como lo lograron, sino que deben tener en cuenta a la vez vuestra disposición. Y los que reconocen que es envidiable el bienestar de vuestra ciudad no deberían dar importancia al tema de los gastos. Pues no por ello honráis a tanta más gente que los demás pueblos cuanto mayores son las riquezas que poseéis.

Y en verdad, ahora estáis levantando estatuas a los emperadores y a los demás personajes de categoría. Pero tampoco ignoráis que poseer una estatua de esta manera no

significa nada. Por lo tanto, ¿a quiénes pretendéis honrar cuando ponéis en práctica un modo de obrar tan vergon-
zoso e indigno de vosotros mismos? Pues si os compor- 108
tarais con todos de la misma manera, emperadores aparte, no se os censuraría tanto. Pero ahora hay algunos a quienes ofrecéis sus propias estatuas. De modo que, por lo que vamos diciendo, es para todos evidente que no los honráis de verdad. Y si se trata de gente del montón y de aquellos que no han prestado ninguna utilidad, ¿por qué razón obráis con tanta torpeza? ¿O qué es lo que pretendéis al distinguir a estos hombres, y eso que podéis mostrar vuestro celo de otra manera? Pues hasta los dones de la hospitalidad pueden resultar excesivos para esa clase de gente, y la generosidad de vuestra acogida podría ser suficiente. Pero si se trata de algún personaje principal, bastaría un simple decreto, tanto si se le invita a comer en el pritaneo, como si es para que presida algún acto. Ya que, lo que es ahora, da la impresión de que os portáis como los capitanes de barcos que transportan una carga excesiva y, por eso, corren el peligro de zozobrar. Vosotros, de la misma manera, os ponéis a arrojar vuestras estatuas.

Sea de ello lo que fuere, fijaos. Si alguien os dijera que 109
os conviene vender la mayoría de las estatuas para tener abundancia de dinero, deberíais considerar como hombre ruin al que lo propusiera. Pues bien, eso es lo que ahora estáis haciendo. Ya que salís ganando en cada caso el dinero que cuesta hacer una estatua, sólo que os las vendéis a vosotros mismos y no para la exportación, como, creo yo, hacéis con los más ruines esclavos. En términos generales, sabéis muy bien que ninguna de estas cosas es, en modo alguno, ni importante ni costosa, a no ser para los donantes, si es que lo dan como lo que es. Pero que si alguien

ofrece generosamente cualquiera de sus bienes al primero que encuentra, enseguida se pensará que es algo que no
110 vale la pena. De todos modos, es más digno de aprecio el ser invitado una vez a ocupar un puesto de honor entre vosotros que el obtener una estatua entre otra gente. Y es maravilloso el que vosotros decidáis en sesión un voto de alabanza. Pero de otros pueblos, ni aunque revienten gritando, se creerá que conceden un honor suficiente.

Sabeis, seguramente, que la corona en las Olimpíadas es de ramos de olivo. Y sin embargo, muchos la aprecian más que la vida; y no porque tenga algo de maravilloso el olivo que allí crece, sino porque no se concede ni fácilmente ni por cualquier pequeñez. Por eso, recientemente, en nuestros días, uno de los emperadores [32] se ha dejado llevar, como sabéis, por la afición y ha deseado ardientemente lograr allí la victoria hasta tal punto que, incluso, ha llegado a competir entre los eleos y ha considerado este hecho el colmo de la felicidad. Pero si coronaran a todas las autoridades que llegan al espectáculo, ¿qué emulación
111 o qué gloria habría tenido la corona? Es más, dicen que los eleos ni siquiera abren antes de la competición las cartas de recomendación [33] escritas en favor de algunos de los atletas; lo que nunca les proporcionó riesgo alguno, sino, al contrario, honra y elogios, porque tales hombres eran, evidentemente, dignos de organizar la competición. Y no penséis que los romanos son tan torpes e ignorantes

---

[32] Nerón tuvo la pretensión patológica de querer emular las glorias literarias y deportivas de los griegos. Cf. Dión Casio, 63, 14; Suetonio, *Nerón* 24.

[33] Ante ese viejo y feo vicio de la humanidad, los eleos reaccionaban con una actitud tan noble como justa.

como para preferir ejercer su dominio más sobre esclavos que sobre súbditos libres y honrados [34].

Además, los eleos aprecian mucho su situación, aunque no sean en lo demás mejores que nadie del Peloponeso. 112
En cambio, vosotros, ¿tenéis miedo de vuestros visitantes y creéis que, si no dedicáis a una persona determinada una estatua de bronce, vais a perder vuestra libertad? [35]. En verdad que si es tan sumamente frágil vuestra libertad como para veros privados de ella por cualquier pretexto casual, sería preferible, de todos modos, que os vierais ya reducidos a la condición de esclavos. Pues también los que tienen el cuerpo en un estado tan precario que ya no pueden reponerse, prefieren morir antes que seguir viviendo.
Ahora bien, si vuestra fidelidad tan duradera, vuestra bue- 113
na disposición para con el pueblo de los romanos y vuestra participación en toda clase de avatares no pueden consolidar vuestro sistema político, tampoco lo podrán consolidar las derrotas de Mitrídates [36] o de Antíoco [37], ni el dominio del mar cedido a través de tantos peligros y sinsabores, ni los juramentos de amistad de hace tantos años, ni las columnas votivas levantadas hasta ahora al lado de la misma estatua de Zeus, ni vuestra flota que se ha arriesgado

[34] La dignidad de los súbditos es más gratificante para el señor, que el rastrero servilismo.

[35] Repetidas veces alude Dión al riesgo en que se veían los rodios de perder su habitual equidad con tal de conseguir la benevolencia de los poderosos romanos.

[36] Mitrídates VI, rey del Ponto, fue el mayor peligro con el que tropezó Roma en Oriente durante el siglo I a. C. Después de varias guerras sangrientas, Mitrídates fue vencido por Pompeyo (63 a. C.).

[37] Antíoco XIII el Asiático (69-65 a. C.), último rey de Siria, de la dinastía de los Seléucidas, fue vencido por Pompeyo, que convirtió su reino en la provincia romana de Siria (64 a. C.).

a salir hasta el océano ni, en fin, vuestra ciudad ocupada para defensa de esta situación. Y si no halagáis indignamente a fulano o a mengano, todas estas ventajas sufrirán un revés, de modo que si estáis siempre temiendo un arranque de cólera o de odio, vuestra situación se os pone muy mal, y no estáis asentados en base firme. Yo me atrevería incluso a decir, por más que lo toméis a mal, que salen mejor parados que vosotros los que sirven como esclavos
114 en medio de Frigia, o los de Egipto y Libia. Pues el hecho de que un desconocido y, al parecer, absolutamente indigno de aprecio, haga cualquier cosa es menos vergonzoso. Pero que los que son tan ilustres y admirados en todas partes se vean obligados como perros viles a hopear a cualquier transeúnte, eso sí que es terrible.

Con todo, si realmente es preciso honrar a todos de esta manera y se determina que la ciudad ha llegado a una situación desesperada, ¿cuánto mejor no será enviar a todos el mismo decreto sobre la erección de estatuas para que el que quiera la erija por su cuenta?

115 —¡Por Zeus! Sería una vergüenza —se dirá— si acordáramos una medida tan apretada, y no sería, además, digna de los rodios.

Esto no obstante, ¿qué persona sensata no preferiría parecer pobre, mejor que malvada? Y ¿qué puede parecer más vergonzoso que lo que ahora está sucediendo, es decir, que alguien pueda referirse a vuestras estatuas lo mismo que a vuestras viviendas, diciendo, por ejemplo, que antes esta casa pertenecía a fulano, ahora es de mengano, y si éste muere, será a su vez del que la herede o la compre, y eso que no es posible que un hombre justo traspase a nadie su estatua como se traspasa una casa?

116 Ahora bien, casualmente en algún sitio he oído que alguien decía algo parecido, en el sentido de que es posible

que eso ocurra en otros pueblos. Y, otra vez, oí decir también a otro que entre los atenienses se hacen ahora muchas cosas que, no sin razón, serían motivo de reproche, y no sólo sobre otras cosas cualesquiera, sino también acerca de los honores. Pues han nombrado «Olímpico» [38] a un individuo que ni siquiera es su conciudadano, a un hombre fenicio, y no de Tiro o Sidón [39], sino de una aldea cualquiera o del interior, a un hombre que, incluso, lleva los brazos depilados y usa diademas. A otro individuo, habilísimo poeta, que sólo una vez hizo aquí entre vosotros una demostración, no sólo le levantaron una estatua de bronce, sino que la pusieron al lado de la de Menandro [40].
Los que pretenden ridiculizar a la ciudad y la inscripción
que hay en la estatua de Nicanor, suelen decir que él fue
quien compró para ellos Salamina [41]. Y si quien dice estas 117
cosas lo hace ya sea por hacerles este reproche a los atenienses y demostrar que sus habitantes no son dignos ni de la ciudad ni de la gloria que les legaron sus antepasados, ya porque sienten, en términos generales, compasión por Grecia al ver hasta dónde ha caído, cuando estas cosas las hacen los que durante algún tiempo parecían estar a la cabeza de ella; yo opino que el que tal diga tiene toda

[38] «Olímpico» fue el sobrenombre que los antenienses habían aplicado a Pericles.

[39] Un hombre de Tiro o de Sidón, las grandes metrópolis fenicias, hubiera tenido una cierta dignidad por la importancia de su patria de origen.

[40] Menandro fue muy apreciado en la Antigüedad. Por eso, Dión se refiere al poeta citado, ponderando el hecho de que su estatua estuviera al lado de la de Menandro.

[41] Pausanias (II 8, 6) atribuye esa maniobra a Arato de Sición, quien, incapaz de recuperar de los macedonios sus posesiones en la costa del Ática, sobornó a Diógenes, jefe de las guarniciones, para que las entregara por 150 talentos.

la razón. Pero si dice que no debéis sentiros orgullosos por nada ni pensar que sois mejores que los atenienses, no sabría cómo encarecer la falta de sensibilidad de quien
118 eso afirma. Pues si bien existe la costumbre generalizada de referir las cosas buenas que suceden en otros lugares para excitar la emulación y el ánimo, no debe, en cambio, hacerse mención de lo indigno que se hace en otras partes como si hubiera que imitarlo, sino, por el contrario, para guardarse de ello y no caer sin darse cuenta en cosas parecidas. Y si alguien, al alabar a aquellos extranjeros, dijera cosas por el estilo con las que tratara de demostrar que habían alcanzado una gloria insuperable, sería con seguridad un ingenuo, o mejor, un desvergonzado, por más que, según su propio criterio, no proporcionase ningún pretexto a los que quisieran obrar mal. Pero si todos mencionasen esas cosas como vergonzosas y reprobables, y nadie de los que elogian a la ciudad pudiese decir nada parecido, sino sólo el que quisiese difamarla o atacarla de algún modo y criticarla, sería absolutamente simple el que creyese que os iba a convencer por estos medios hasta el punto de que
119 descuidarais vuestros propios asuntos. Es como si alguien, tratando de convencer a un atleta para que renunciara a la lucha y cediera la corona, le dijera: «¿No ves delante de ti cómo azotan a aquél por haber abandonado la competición?», o como si, por Zeus, alguien pusiese como modelo para un actor a los que han fracasado y han sido silbados, y tratara de animarle con palabras como éstas: «No te preocupes de actuar a tu manera, sino haz la representación igual que ellos.» Pues algo así también es lo que ahora os dicen a vosotros: «¿No veis a los atenienses qué mal lo están pasando, qué mala fama tienen, cómo se han convertido para todos en ejemplo de indignidad y desvergüenza al insolentarse con su propia patria?»

¿Es que, entonces, va a ponerlos alguien como rivales vuestros, según parece pretenderse, o más bien —lo que es mejor y más justo en todos los aspectos—, se va a hacer, tanto a los atenienses como a los espartanos y a todos los que son como ellos, colegas vuestros o a vosotros colegas suyos? Sin embargo, no es razonable imitar a vuestros rivales cuando se equivocan; por el contrario, debéis mejorarlos lo más posible, para que aparezcáis ante todo el mundo como superiores a ellos, y para que seáis más apreciados no sólo por sus deficiencias, sino por vuestra propia virtud. Ni tampoco imitéis a vuestros familiares y amigos, sino corregidlos con sumo interés, y si los imitáis, procurad hacer sus errores más leves con vuestras propias obras. 120

Más todavía, si no sois en absoluto superiores a los 121 atenienses en lo demás, quizá tampoco deberíais pretender mayor gloria que ellos sólo en este asunto, sino mirar de qué modo lograréis una fama mejor. Ya que, en la actualidad, no hay cosa de las que allí están sucediendo de la que cualquiera no se sentiría avergonzado. Y así, sin ir más lejos, en lo que se refiere a las luchas de gladiadores, han emulado tan exactamente a los corintios e, incluso, han sobrepasado tanto en locura no sólo a ellos sino a todos los demás, que, mientras éstos, los corintios, organizan tales espectáculos en la depresión formada por un torrente, en un lugar capaz para recibir a mucha gente y, además, sucio donde nadie se atrevería jamás ni siquiera a enterrar a un hombre libre, ellos, los atenienses, contemplan este hermoso espectáculo en el teatro que está debajo de la misma acrópolis, donde ponen a Dioniso sobre la orquesta [42]. De modo que muchas veces cae algún gladia-

[42] El teatro de Dioniso, noble por sus materiales y elegante por su decoración, está, en efecto, situado en la vertiente meridional de la colina

dor degollado, dicen, entre los mismos asientos donde tienen que sentarse el hierofante y los demás sacerdotes.
122 Y al filósofo que les habló sobre el tema y los reprendió, no le hicieron caso ni le aplaudieron; al contrario, aunque no era inferior en linaje a ningún romano, sino que gozaba de una fama como nadie la había conseguido desde hacía muchísimo tiempo, y era reconocido como el único, después de los antiguos, que más había vivido de acuerdo con la razón, se indignaron tanto con él, que tuvo que abandonar la ciudad y prefirió irse a vivir a otro sitio de Grecia [43]. Pero vosotros, rodios, no hubierais soportado nada parecido, ya que vuestra ley manda que el verdugo nunca debe entrar en la ciudad.

123 ¿Por qué he recordado estas cosas? No, por Zeus, para vituperar a los atenienses; pues, al contrario, todos los hombres moderados sienten compasión de ellos. Lo he hecho para que sepáis que, de ahora en adelante, no tenéis motivo para compararos con ellos, sino con vosotros mismos, y con los demás, si es que son sensatos. Sin embargo, todo lo que se pueda decir contra los atenienses, contra los espartanos o contra cualesquiera otros, entre quienes se dan algunas mezquindades y fallos enormes, va a mi favor. Pero en el tema de las estatuas, no es posible ver entre ellos nada parecido. De modo que esos fallos que no cometen ni siquiera los hombres más extremadamente perdidos, ¿cómo no van a ser el colmo de lo absurdo?

124 Y esto lo demuestran más todavía algunos de los detalles mencionados en el tema de los honores. Pues si el

---

de la acrópolis de Atenas. La *orchéstra* era, en los teatros griegos, la parte circular en la que se movía el coro.

[43] No fue la única vez en que los griegos hicieron callar a quien les daba el consejo mejor.

poner a un moderno al lado de un antiguo es considerado como algo terrible, ¿cuánto más no lo será el despojar a un antiguo de su honor para dárselo a un moderno? Y si el hecho de escribir el nombre de un individuo encima de otro cualquiera, que sea mucho más inferior, lleva consigo una condena tan grande, ¿cómo se verá el gesto de borrar y quitar —si es que esto ocurre— el nombre de una persona excelente?

Y, por cierto, si alguien dijera de vosotros que sois iguales que los caunios o los mindios, os enfadaríais muchísimo y creeríais que difama a vuestra ciudad, ¿cómo, entonces, se podría aportar en defensa de algo que hacéis el hecho de que eso mismo lo hacen tales pueblos? Es como si 125
alguien creyera que hay que demoler vuestras murallas o dejarlas que se desmoronen porque también en otras ciudades, o mejor, en todas prácticamente, ya se han caído. Sea como sea, vuestras murallas, que conste, están abandonadas a causa de vuestra situación de paz y de servidumbre. De estas dos cosas, una —la paz— todos la desean; la otra no es señal de cobardía. Pero el portarse así con los antiguos bienhechores es cosa de ingratitud. Yo me atrevería a decir que ni siquiera en esos pueblos se maltrata a los bienhechores. Porque ¿qué hombre ha habido entre los caunios que fuera noble? ¿O quién les ha hecho alguna vez algún favor? Y es que están sometidos como esclavos no sólo a vosotros, sino también a los romanos, pues se han granjeado una doble esclavitud por lo exagerado de su insensatez y perversidad [44]. Esto mismo se podría decir también de otros pueblos que tienen la misma fama.

Yo creo, en términos generales, que los que tienen 126
sobre sí mismos sentimientos idénticos a los vuestros no

[44] Cf. la n. 15 al § 50.

tienen por qué fijarse en otros para ver su manera de actuar, y mucho menos en los que son tan inferiores, sino que deben mirar por su propia reputación y por la dignidad de su ciudad. Pues sería ridículo que alguno de vuestros ciudadanos, por ejemplo, el famoso Dorieo [45] o Leónidas [46], de quienes se dice que vencieron tantas veces en las Olimpíadas, se entrenara con los ojos puestos en otro, concretamente en alguien que ni siquiera hubiera conseguido premio. Sin embargo, de quereros comparar con los espartanos o con los atenienses, yo estoy a favor de hacerlo con los antiguos cuando alguien parecido a vosotros tra-
127 ta de compararse con ellos. Ahora bien, un modo sano de hablar sobre tales temas, lo tenéis ilustrado en el atleta apasionado todavía por los honores y cuyas fuerzas aún no han decaído: no es lógico que desafíe a los que ya están enfermos de entre los que fueron famosos en su tiempo, ni a los que han muerto; sino que, si hay algunos que conservan el vigor enteramente, con ésos es con quienes debe competir por la victoria, debiendo, en definitiva, tratar de realizar algo que demuestre que no es inferior a ninguno de los atletas anteriores. Pero si hay que hacer alguna concesión, no examinéis el asunto estableciendo la comparación con los antiguos, porque eran muy superiores, ni con los actuales que en nada se distinguen de los hombres vulgares, sino con los de en medio o, incluso, con los que todavía son menos distinguidos.

128 Y así, entre los atenienses del tiempo de Filipo, precisamente cuando quedaron privados de la hegemonía y

---

[45] Dorieo, mencionado por TUCÍDIDES (III 8), pertenecía a una familia rodia de atletas. Obtuvo tres victorias en Olimpia, ocho en los Juegos Ístmicos y siete en los de Nemea.

[46] Leónidas, atleta rodio, vencedor en doce carreras pedestres (PAUS., VI 13, 4).

no tenían nada a que aferrarse salvo la libertad, un tal Leptines [47] pretendió introducir una ley para que se privara de la exención de impuestos a los que la habían recibido del pueblo, excepción hecha de los descendientes de Harmodio y Aristogitón [48], y para que en adelante no se permitiera conceder a nadie ese privilegio. ¿Y qué pasó? ¿Hubo modo de que aceptaran dicha ley? Pues no, sino que fue denunciada por ilegalidad. Así pues, ea, comparad 129
esta costumbre con aquella ley, y si os parece que es mejor en algún aspecto, observadla y hacedla más firme en adelante. Ojalá fuera eso lo que ocurriera, si es que ahora no va a quedar abolida. Pero si, analizando todos sus aspectos, la encontráis deficiente, imitad a los atenienses de aquel tiempo y abolid ahora vosotros esta costumbre, que es más absurda que la ley que entonces fue abolida por ellos.

Pues bien, en cuanto a demostrar mediante los hechos 130
que la ciudad es embustera, desleal en cuestión de donaciones y que se porta injustamente con sus bienhechores quitándoles sus recompensas, en todo esto, es común la suerte de ambos pueblos (el ateniense y el rodio). Pero, en el caso de Atenas, no es posible que no hubieran sacado ningún provecho los que habían disfrutado de la exención de impuestos. Pues lo que habían logrado con la dispensa quedaba en todo y por todo para ellos perpetuamente, de modo que, gracias a ella, seguirían siendo más acomodados. En cambio, a los que se les despoja de sus estatuas

[47] Fue el autor de la proposición de ley atacada por Demóstenes en el año 356 a. C. Por este testimonio de Dión, sabemos que la ley fue rechazada.

[48] Harmodio y Aristogitón fueron los jóvenes atenienses que, en el año 514 a. C., conspiraron contra los hijos de Pisístrato y dieron muerte a Hiparco. La hazaña fue celebrada con estatuas y privilegios, y los tiranicidas fueron honrados como héroes.

no les queda nada de su honra anterior, sino el ultraje
131 y la infamia. Además, el que a la sazón propuso aquella ley, posiblemente acusaba a los que habían recibido el privilegio de la exención, y a la mayoría de ellos los declaraba perversos, y no sólo indignos de tal favor, siendo lo terrible tal vez, que, sin inculparlos a todos, los privaba a todos de sus privilegios. Aquí, en Rodas, sin embargo, los que despojan a otros de sus estatuas no pueden decir ni siquiera lo más mínimo contra ellos. Pues ¿cómo van a poder acusar de algo a los que, según dicen, ni siquiera conocen?
132 Es más, aquella ley hacía excepción con los que, al parecer, habían favorecido en mayor grado a la ciudad, como eran los descendientes de Harmodio y Aristogitón. Pero aquí no se hace excepción con nadie. Pues por tratarse el asunto sin que conste por escrito, y sin que se resuelva mediante una ley o un decreto, no se hace salvedad con nadie, y en todo momento es posible que suceda lo que
133 le parezca bien al magistrado supremo. Además, la ley de los atenienses parece que hacía algo funesto al quitar al pueblo sus poderes, hasta el punto de que ni siquiera le estuviese permitido a éste en adelante votar la concesión de tal privilegio. ¿Cuánto mejor prohibir previamente que el pueblo conceda algún favor, si no es conveniente para la ciudad, que no, después de darle la posibilidad de hacer una gracia, dejar a discreción de uno solo la facultad de quitarla? Pues bien, siendo tan vergonzoso —tanto que nadie podría decir lo contrario— el hecho de privar a la gente de los favores que ha recibido, según la ley de los atenienses, eso se hizo una sola vez, mientras que, según vuestra costumbre, sucede continuamente.

134 Ahora bien, con ser desagradable, según parece, despojar a la ciudad de alguno de sus poderes, también vosotros la despojáis de su poder de guardar con seguridad los do-

nes concedidos a quienes los recibieron. Pues aquel a quien hayáis concedido ese honor no puede recibir de vosotros el encargo de conservarlo, sino que un solo hombre es siempre el responsable de esa decisión, y ése es el magistrado supremo. Y, desde luego, es peor que no tengáis ese poder como fruto de una costumbre, que el que os veáis estorbados por una ley. Pues, en el primer caso, no se ven en cierto modo privados de la facultad de hacer lo que ellos se han prohibido a sí mismos con una ley, sino que han renunciado a ello voluntariamente por razones de conveniencia. Pero, en el caso de la costumbre, ni siquiera 135
puede afirmarse que se hayan despojado a sí mismos —si es que lo han hecho— de algo sobre lo que ni siquiera han emitido un juicio ni tomado una decisión.

Y, por cierto, en Atenas tenían el consuelo de que el planteamiento de la cuestión era uno solo y el mismo para todos, al ser privados todos por igual de la exención tributaria; mientras que en vuestra ciudad resulta privado el que obtiene la estatua y ese es, muchas veces, el mejor. Más aún, allí no se toma la decisión para que otro distinto reciba la exención; en cambio, aquí se hace precisamente por ese motivo, lo cual resulta para todo el mundo más penoso que el mero despojo solamente. Además, nadie 136
ciertamente ignora que es más duro, al parecer, sufrir algo de parte de otro que de uno mismo. De aquella ley se derivaba, por consiguiente, el hecho de que, para que se quedaran sin exención de impuestos algunos a los que se tachaba de indignos, se despojaba a todos. Pero de vuestra costumbre resulta que son despojados los poseedores de estatuas para que otros las reciban. Y eso es, de todo 137
punto, más molesto para quienes lo padecen.

Por lo tanto, si alguien quisiera basarse en las cosas que puedan ser más lamentables para ver a quiénes agravia

esta costumbre y a quiénes va a disgustar aquella ley, prescindiendo al respecto no sólo de los que gozaban allí de la exención de impuestos, sino también de los que aquí han recibido una estatua, examine, atendiendo a los restantes ciudadanos de ambos pueblos, lo siguiente: los atenienses no padecían en cierto modo nada, ya que lo que hubieran recibido en concepto de bienes accesorios, era lo que perdían, pero quedando a salvo siempre el don principal, por lo que en las demás cosas, es posible que la situación de unos y otros fuese la misma. En consecuencia, el asunto está, creo yo, bastante claro. Pues en la misma medida en que la concesión de una estatua es más importante que la exención de impuestos, son también más excelentes los que reciben aquel honor. Pero todavía podría aclararse
138 más este razonamiento así: mientras que la exención de impuestos hace más ricos a los que la reciben, aparte de que los que más la apetecen son aquellos que más se han afanado por el dinero, la estatua representa solamente dignidad y honor. Por consiguiente, lo mismo que todos podríamos decir que los que prefieren hacer el bien a otros sin esperar recompensa, y más bien por la gloria, son superiores a quienes lo hacen por dinero o lucro, así podría yo decir que esta costumbre no sólo agravia a hombres excelentes, sino que también impide que seáis favorecidos por quienes son mejores que aquellos a los que la ley ateniense perjudica.

139 Pero yo no acabo de comprender por qué, si os parece bien, no promulgáis también sobre este asunto una ley a la que deberá acomodarse todo en el futuro.

—Por Zeus —se dirá—, que una ley así, promulgada en la ciudad, produce una vergüenza no pequeña.

Pero, bueno, ¿no es una vergüenza hacer precisamente lo que consideráis vergonzoso poner por escrito? Sin em-

bargo, mucho mejor que obrar neciamente es no hacer ca-
so de algunas de las cosas necias que se escriben. ¿Y a
quiénes consideraríais más honrados, a los que se compor-
tan en relación con lo inconveniente de tal modo que se
apartan de ello aunque les esté permitido, o a los que ha-
cen lo que no está permitido? Yo, por mi parte, dando 140
por supuesto que en modo alguno debe hacerse nada injus-
to ni inconveniente, diría que los pueblos en que tales prác-
ticas están reguladas por una ley son menos dignos de re-
proche que aquellos en los que son fruto de una costum-
bre. Pues, en primer lugar, la ley es explícita, y nunca po-
dría deteriorarse, porque no se puede ni quitar ni añadir
cosa alguna a lo que está escrito; en cambio, la costumbre,
si es mala, se hará, necesariamente, cada vez peor al no
ser obligatoriamente aceptada ni estar bien definida. Me 141
refiero ahora, por ejemplo, a la práctica que, según dicen,
ha empezado en el caso de las estatuas demolidas y que
ya ni siquiera permanecen sobre sus pedestales. Al princi-
pio eran éstas las que reutilizaban los magistrados restau-
rándolas y haciéndolas, en cierto modo, distintas de nue-
vo. A continuación, se añadía una inscripción a las que
estaban en buen estado y no la tenían. Finalmente, eran
derribadas algunas de las que tenían inscripción y eran ex-
tremadamente antiguas. Supongamos, pues, que es verdad
lo que dicen. En adelante, será preciso que no se establez-
ca ninguna diferencia, como ya se hace en las demás cosas
del tipo del gasto, la falta de orden, el lujo. Nunca po- 142
dréis encontrar una mala costumbre que permanezca está-
tica y se mantenga igual hasta que se la suprima del todo.
Porque, por recibir continuamente adherencias que son
prácticamente imperceptibles y difíciles de descubrir, en la
medida en que la situación actual es peor que la anterior,
avanza hacia un deterioro absoluto; como ocurre, creo yo,

con algunas úlceras y con cuantas enfermedades tienden necesariamente a empeorar por naturaleza.

A esto hay que añadir esta reflexión: los que hacen algo que es malo según la ley, no lo hacen porque tal cosa sea mala, sino por equivocación; en cambio, todo el mundo podría afirmar que los que hacen necedades por costumbre, pecan a sabiendas, pues hacen cosas que ni siquiera a los transgresores les parecen idóneas para ser prohibidas por escrito.

143 Además, no creáis que, porque esa costumbre empezó ya de antiguo y ha durado tanto tiempo, por ello, os conviene menos suprimirla. Pues los que observan tales prácticas no sólo no merecen sentir menor vergüenza que los que en un principio las admitieron, sino que, al contrario, están más expuestos a las posibles críticas. Cuando estas prácticas empezaban a ocurrir, podían pasar desapercibidas a los hombres de aquella época, tanto más cuanto que los que las hacían, guardaban todavía sus cautelas. Pero lo que sucede desde hace mucho tiempo lo conoce necesariamente todo el mundo; además de que ya no disponéis en absoluto de tal excusa vosotros que estáis sentados juzgando precisamente sobre este asunto. Por lo tanto, del mismo modo que, si fuera preciso que vosotros iniciaseis alguna práctica buena, no andaríais perezosos en realizarla, igualmente es razonable que no lo seáis tampoco si hay
144 que abolir alguna práctica inconveniente. Que no sirva, pues, el tiempo para apoyar la costumbre si es mala, como creo que ya hace rato he dejado bien claro. Pues no creo que, porque os haya hecho daño durante mucho tiempo, os convenga que os lo siga haciendo siempre. Tampoco, si detenéis a un hombre que ha sido malvado desde hace mucho tiempo, lo dejáis libre, en razón del tiempo que pasó siendo malvado. Y si alguien llegara a curarse de una

enfermedad, dejaría de preocuparse por volver a estar sano de nuevo, aunque esa enfermedad le viniera molestando desde hace tiempo. Pienso que si un dios os manifes- 145
tara algo que, más adelante, iba a ser pernicioso para la ciudad, vosotros os guardaríais totalmente de ello, si estuviera en vuestras manos. Entonces, ¿vais a preocuparos de lo que puede hacer daño a otros por ser cosa que pasará en el futuro, y, en cambio, vais a descuidar lo que en gran manera os agravia a vosotros mismos, por ser algo que empezó en el pasado? Esto sí que es una absoluta simpleza: pensar que nunca hay que suprimir lo que es inconveniente, porque es habitual.

Considero justo que meditéis, más bien, en que son 146
muchas las cosas de vuestra ciudad de las que con razón os sentís orgullosos —en primer lugar, de vuestras leyes y del buen orden de vuestro gobierno, cosas de las que presumís sobremanera; luego, también, de otras, como templos, teatros, astilleros, murallas, puertos, algunas de las cuales son prueba de riqueza, de magnanimidad y de la grandeza de vuestro antiguo poderío, y otras, incluso, de vuestra piedad para con los dioses—, pero os gozáis más que nada, y con razón, en la cantidad de vuestras estatuas. Pues ellas no sólo proporcionan adorno, como cualquier 147
otro de los monumentos, sino que también ponen de manifiesto más que otras cosas la fortaleza y la índole de vuestra ciudad. Ya que no son unos hombres cualesquiera los favorecidos por la mayoría, ni los que quieren y, posiblemente, ni siquiera pueden honrar a muchos. Pero queda todavía otra cosa. Que esta práctica ha tenido lugar no solamente porque en vuestra ciudad hay muchísimas estatuas, sino también, creo yo, porque los romanos, que muchas veces han tomado de todas partes gran provisión de templos y palacios, nunca han tocado ninguno de los que

148 vosotros tenéis. El mismo Nerón, que tan gran ambición e interés tenía por estas cosas, no se privó de echar mano de los bienes de Olimpia ni de los de Delfos, a pesar de que había honrado estos santuarios más que los demás y de que, incluso, se había llevado la mayor parte de las estatuas de la acrópolis de Atenas, aunque este recinto sagrado le pertenecía, y muchas de las de Pérgamo [49]; a las vuestras, en cambio —¿qué necesidad hay de seguir hablando de las estatuas de otros lugares?— fue a las únicas que dejó en paz, y demostró hacia vosotros tan gran benevolencia y respeto, que consideró a vuestra ciudad como
149 más sagrada que los más importantes santuarios. Ya conocéis el caso de aquel famoso Ácrato [50], quien llegó hasta aquí después de recorrer casi la tierra entera con ese objetivo, y sin omitir ni una sola aldea. Disgustados vosotros, como era lógico, dijo que venía en plan de visita, pues no tenía poderes para tocar cosa alguna de esta ciudad. Por eso, al margen del espectáculo de los adornos públicos, la gran cantidad de vuestras estatuas os granjea también otra clase de reputación. Estos detalles aparecen como una prueba de vuestro cariño hacia los gobernantes
150 y de la atención que ellos os prestan. Entonces, si los romanos y Nerón guardaron así vuestras propiedades y las tuvieron como sagradas, ¿no vais a conservarlas vosotros? El mismo Nerón, el más violento de los emperadores, que se reservaba para sí mismo la mayoría de las cosas y consi-

[49] Ciudad del Asia Menor, al N. de Esmirna, que fue, en la época helenística, capital de un reino importante y centro de una brillante cultura. Su acrópolis es uno de los centros arqueológicos más importantes de la Grecia asiática.

[50] Uno de los más conocidos cazadores de tesoros de arte que despojaron los santuarios de Grecia por orden de los amos romanos (TÁCITO, *Anales* XV 45; XVI 33).

deraba que todas eran demasiado pequeñas para su inmenso poder, sólo dejó de llevarse las estatuas de los que habían sido honrados por los rodios. ¿Y ahora se las quitáis vosotros mismos? Habría sido mucho mejor que aquí también hubiese ocurrido lo mismo. Pues en los demás sitios se conservan los nombres de los que han recibido distinciones honoríficas, y nadie se atrevería a borrar sus inscripciones. Pero vosotros las canceláis como si hubierais recibido de ellos algún daño. Ahora bien, aun en el caso de 151
que hubieran sido removidas las estatuas por orden de los emperadores, podría decirse que no reciben tanto agravio con ello las personas. Pues no las transportaban para dárselas a otros, sino porque necesitaban tener objetos de decoración. De modo que ninguno de ellos les habría quitado el nombre, ni tampoco habrían acabado peor las estatuas por ser instaladas en los templos de los romanos en vez de serlo en Mégara [51], en Epidauro [52] o en el ágora de Andros o de Míconos [53]. Y, aparte de estas consideraciones, sería mejor, por lo que a vosotros se refiere, que desaparecieran las señales de honor de esos hombres. Pues así no habría falta alguna por parte vuestra, ni vosotros mismos obraríais injustamente con vuestros propios bienhechores ni con vuestros héroes, sino que sufriríais la injusticia, si es que la había, juntamente con ellos.

---

[51] Ciudad dórica situada en el camino de Atenas a Corinto cerca de la frontera del Ática. Tuvo una gran actividad colonizadora. En Mégara nació el famoso poeta gnómico Teognis.

[52] La ciudad de Epidauro, llamada por algunos la «Lourdes griega», fue sede de un importante santuario dedicado a Asclepio. Sus ruinas contienen el teatro mejor conservado de la Antigüedad, donde todavía se celebran festivales de teatro clásico.

[53] Andros y Míconos son dos de las islas Cícladas, situadas en la prolongación orográfica de la isla de Eubea.

152 Ahora bien, si alguien, por más ridículo que ello parezca, os preguntara por qué ni vosotros ni ningún otro hacéis de barro las estatuas de los que son considerados dignos de ese don, siendo realmente más manejable y no ocasionando gasto alguno o, si acaso, un gasto mínimo, responderíais, creo yo: «no sólo para no ser objeto de afrenta, sino también para que los honores de los hombres de bien permanezcan, si es posible, para siempre.» Y, sin embargo, sabéis que vuestras estatuas son ahora para vosotros más frágiles que las de cera. Pues no hay que mirar si pueden aguantar el sol, ya que son destruidas por la adulación dedicada a otras personas. Y si les parece bien a uno o a otro de los magistrados, y por cualquier motivo,
153 desaparece el recuerdo de los antiguos. Pero una forma como ésta de destrucción es mucho peor. Pues en aquel tiempo se criticaría la fragilidad de los materiales, mientras que ahora queda de manifiesto, al parecer, la ruindad de la ciudad. Concedéis, por consiguiente, las estatuas de la misma manera que los que compran para sus hijos esas muñecas. Pues se las compran a sabiendas de que, al poco tiempo, se enfadarán al verlas hechas trizas [54].

¿Acaso ignoráis la vergüenza que va unida a esta práctica, y a qué gran ridículo os exponéis al mentir públicamente y tan a las claras? En vuestros decretos, por ejemplo, proponéis por escrito levantar una estatua a fulano. «¿Cómo, hombres de Rodas —podría deciros alguien—, proponéis levantar una estatua que ha estado levantada —podría darse el caso— desde hace quinientos años?»
154 Después de eso, ¿juzgáis malvadas a las mujeres que hacen pasar por hijos propios a los ajenos y consideráis que, al

[54] En muchas excavaciones griegas se han hallado juguetes de barro, entre otros, frágiles muñequitas.

mentir, hacen algo terrible, y vosotros mismos no os avergonzáis de hacer lo mismo en el asunto de las estatuas, diciendo que tales esculturas son de quien de hecho no son, y eso que sois conscientes de las burlas que pueden caer sobre vuestra ciudad? Muchos andan diciendo que las 155
estatuas de los rodios se parecen a los actores [55]. Pues lo mismo que éstos, en escena, representan unas veces un papel y otras otro, así también vuestras estatuas reciben unas veces una titularidad y otras, otra, y casi, casi parece que están interpretando. Pues la misma estatua es unas veces un griego; otras, un romano, y otras, si llega el caso, un macedonio [56] o un persa. Y eso ocurre en algunos casos, de manera que el que lo ve se da cuenta enseguida. Pues, incluso el vestido, el calzado y otras cosas por el estilo delatan el engaño. Y omito miles de casos, como, por 156
ejemplo, el que muchas veces se inscriba el nombre de un joven en la estatua de un hombre extremadamente anciano; don admirable, creo yo, el que vosotros habéis descubierto, si junto con el honor concedéis también la juventud. O también, el que se erija la estatua de un atleta como de un hombre enteramente débil y de cuerpo corriente. Y no sería nada extraño que Fulanito [57] apareciera entre vosotros montando a caballo, luchando con el enemigo o colocando un ejército en orden de batalla, aunque no haya tocado jamás la tierra con los pies y no se haya bajado

---

[55] El término «actor» es en griego *hypocritḗs* (español «hipócrita»). Para «papel» los griegos emplean *prósōpon* («cara, careta, persona»).

[56] No olvidemos que los macedonios eran considerados bárbaros (no griegos) en la época clásica. Para Demóstenes, eran bárbaros oriundos de una tierra de la que no se podía decir nada bueno (IX [*Contra Filipo III*] 31).

[57] En este contexto, Dión empleó los nombres propios de dos personajes conocidos, de dudosa fama.

de los hombros de quienes lo transportaban, en tanto que Menganito posaría en medio de vosotros en actitud de luchar a puñetazos.

157 Digo estas cosas, por Zeus, no con ánimo de granjearme vuestra enemistad ni para vituperar a vuestra ciudad, sino para que no parezca que hace algo indigno de sí misma ni ajeno a los demás aspectos del buen orden de su gobierno. Y tengo la impresión de que no falta quien se deje llevar, posiblemente, de su benevolencia hacia todos los griegos y no sólo hacia vosotros, a la hora de decir y denunciar si, realmente, hay algo en Rodas que no marcha bien. Antiguamente, la buena fama común dependía de muchos a la vez. Y fueron muchos los que hicieron grande a Grecia: vosotros, los atenienses, los espartanos, los tebanos, los corintios durante algún tiempo, antigua-
158 mente los argivos. Pero, en la actualidad, los demás no cuentan nada. Pues unos han sido totalmente destruidos y han desaparecido; otros se portan indignamente, haciendo todo lo que estáis oyendo y eclipsando de todas las maneras su antigua gloria, pensando, insensatos, que viven en el lujo y contando como ventaja el que nadie les impida cometer errores. Y quedáis vosotros, pues sois los únicos que podéis demostrar haber llegado a ser realmente un pueblo importante y de ningún modo despreciable. Pues, por culpa de los que se comportan así con sus respectivas patrias, como dicen algunos y con razón, nada impidió en la Antigüedad que los griegos todos llegaran a ser más
159 menospreciados que los frigios y los tracios. Por eso, lo mismo que cuando una familia queda desolada, si todavía resta un único descendiente, todo depende de él, de modo que, si él falla en algo y adquiere mala fama, eclipsa toda la gloria de la familia y es una vergüenza para todos sus antepasados, así está ahora vuestra situación con respecto

a Grecia. Pero no creáis, hombres de Rodas, que sois los primeros entre los griegos; eso ni lo penséis. Pues entre los que todavía tienen vida y son sensibles al honor o al deshonor es donde pueden estar los que ocupen ese primer puesto. La gloria de los antiguos es cosa pasada, y de cualquier modo, ha perecido de forma vergonzosa y miserable. Ahora bien, mirando a los hombres actuales, nadie puede formarse ni siquiera una idea de la excelencia ni del brillo
de las acciones y los padecimientos de los antiguos. Sino 160
que son las piedras, lo mismo que las ruinas de los edificios, lo que pone de manifiesto la suntuosidad y grandeza de Grecia; ya que de sus mismos habitantes y de sus gobernantes nadie podría ni siquiera decir que son descendientes de los misios [58]. De manera que tengo la impresión de que las ciudades que ya están totalmente destruidas han resultado ser mejores que las que siguen habitadas así. Pues el recuerdo de aquellos pueblos permanece intacto, y en nada sufre desdoro el buen nombre de los pueblos honrados que hubo en la Antigüedad. Del mismo modo que, en mi opinión, es de todo punto mejor quitar de enmedio los cadáveres y que nadie los vea, que no dejar que se pudran públicamente.

Todas estas consideraciones, en número mayor de lo 161
que sería conveniente, se me han ocurrido cuando hacía memoria de vuestra situación general, pero quería dejar claro ante vosotros que sois los únicos griegos que quedáis a los que se les puede dar un consejo, y de quienes se puede sentir tristeza cuando parece que cometen algún fallo.

---

[58] La expresión «descendientes de los misios» equivale a decir «descendientes de los hombres más abyectos». Había un proverbio sobre «el último de los misios». (Cf. PLATÓN, *Teeteto* 209b.)

Así pues, miraos a vosotros mismos y procurad analizar todos estos temas con más cuidado que vuestros antepasados. Ya que mientras aquéllos podían demostrar su virtud en muchas cosas, como ponerse al frente de los demás, ayudar a los que sufrían injusticias, ganarse aliados, fundar ciudades y vencer a los que les hacían la guerra, vosotros no podéis realizar ninguna de estas cosas [59].
162 La posibilidad que a vosotros os queda, creo yo, es poneros al frente de vosotros mismos, administrar vuestra ciudad, honrar y aplaudir a alguien de manera especial, asistir a las deliberaciones del consejo, actuar como jueces en los tribunales, ofrecer sacrificios a los dioses y organizar fiestas. Pues en todas estas actividades, es posible que os manifestéis como los mejores de todos. Así, por ejemplo, os granjean elogios cosas como éstas (que son reconocidas por todos como importantes): vuestro porte, vuestro peinado, el que nadie camine altaneramente por vuestra ciudad y que hasta los extranjeros residentes se sientan obligados a caminar correctamente por vuestra costumbre. De la misma forma, creo yo, se puede ver cómo la gente del campo, cuando va a la palestra o al gimnasio, se mue-
163 ve con poca soltura; y además, todavía, vuestra forma de vestir; y lo que a alguno le podría parecer ridículo, las medidas de vuestras prendas de púrpura; y lo que más llama la atención, la tranquilidad con que asistís a los juegos, así como la forma de aplaudir con ese murmullo de los labios. Todos estos detalles hacen digna a vuestra ciudad; por todos ellos se cree que sois superiores a los demás; por todos ellos sois admirados y apreciados. Más que vuestros puertos, murallas y astilleros, os honran la pátina de

[59] La libertad de los rodios estaba limitada por el poder omnímodo de Roma, dueña y señora del mundo y sus destinos.

antigüedad y helenidad que hay en vuestras costumbres, y el hecho de que cuando alguien viene a vuestro país, en cuanto desembarca, conoce, por bárbaro que sea, que no llega a una ciudad de Siria o de Cilicia. En otros lugares, en cambio, a no ser que uno oiga el nombre del sitio, por ejemplo, si se llama Liceo o Academia, no nota ninguna diferencia.

¿Por qué razón, pues, digo estas cosas a punto ya de 164
terminar y qué es lo que quiero poner en claro? Pues que debéis sentiros muy orgullosos y no desdeñar nada de lo que aquí sucede. Si os portáis así en todo lo que hacéis, posiblemente se verá que no sois en nada inferiores a vuestros antepasados. Pues el que os conservéis en semejante situación y permanezcáis en los hábitos de vuestra virtud,
a mí al menos, me parece una cosa admirable. Ya que 165
como puede verse, creo yo, en el caso de los que se hacen a la mar, cuando sobreviene una tempestad o un viento impetuoso, ni siquiera los más libertinos se atreven a hacer algo que sea indigno, sino que se aplican sólo a la navegación, mientras que, en tiempo de bonanza, sale a flote la insolencia tanto de los tripulantes como de los pasajeros, aunque no sean personas licenciosas. De la misma manera, creo yo, la guerra suele hacer animosos y fuertes a los más cobardes, pero en tiempo de paz y tranquilidad, como ahora, es propio de los mejores no dejarse arrastrar a una conducta vergonzosa y desordenada.

XXXII

AL PUEBLO DE ALEJANDRÍA

INTRODUCCIÓN

Este discurso es un documento interesantísimo sobre la historia de Alejandría, ya que arroja mucha luz sobre un período de la ciudad no muy conocido. Dión habla con notable desenfado de los defectos de una ciudad que era espejo de muchos pueblos que en ella se miraban.

Alejandría, situada en uno de los vértices del Mediterráneo, era un centro cosmopolita en el que confluían los caminos del mundo. Puerta de culturas misteriosas, encrucijada de rutas, ágora abierta a sueños e inquietudes, vivía con descuido, confiada en su indudable buena estrella.

Sus habitantes eran, al decir de Dión, inteligentes, cultos, simpáticos, superficiales. Si quisiéramos condensar en una palabra el perfil de su personalidad, tal como la traza el orador, tendríamos que decir que los alejandrinos eran frívolos. Amigos asiduos de los espectáculos, en particular, de las carreras de caballos y de las audiciones musicales, asisten al estadio enloquecidos, imitando ridículamente los movimientos de los jinetes, como si con su locura y su entusiasmo, sus gestos y sus gritos pudieran arrear a los caballos mucho más que los látigos y las espuelas.

Lo mismo ocurre en la esfera de la música. El efecto que las audiciones musicales producían en los alejandrinos era una especie de embriaguez o de locura, estado impro-

pio de los habitantes de una ciudad tan noble y tan respetada. Lo que debiera ser un modo de evasión y descanso se convertía en una auténtica servidumbre.

Para tales males presenta Dión una medicina definitiva: la educación y la razón. Usando esta medicina con la debida frecuencia, darán los alejandrinos ejemplo de sensatez a tantos ojos como hay puestos en ellos, entre otros, a los emisarios del emperador (Trajano), que posiblemente se aprestaba a hacerles una visita y que previamente les había hecho alguna donación generosa (§ 95). Quizás el mismo Dión actuaba de forma oficial para cumplir un encargo, que no sería otro que preparar a los alejandrinos para una visita eventual del emperador. Dión pulsa la fibra del amor propio, haciendo a los alejandrinos serias advertencias acerca de su conducta desordenada y reprobable.

El cuadro que se nos ofrece de los espectáculos en el teatro y en el estadio es de una plasticidad insuperable. Algo que nos recuerda inevitablemente los alborotos de ciertos deportes de nuestros días. Los alejandrinos, morigerados a pesar de todo, pierden totalmente la compostura en cuanto oyen los primeros rasgueos de una lira o el incipiente galopar de los caballos.

Sin embargo, la libertad con que Dión reprende, y la tranquilidad con que los alejandrinos aceptan los reproches, delatan o bien la autoridad doctrinal del orador, o bien la madurez de su auditorio.

AL PUEBLO DE ALEJANDRÍA

¿Querríais, acaso, señores, ser diligentes por un mo- 1
mento y prestarme vuestra atención? Porque pasáis el tiempo jugando siempre y descuidados, y nunca os falta, por así decirlo, entretenimiento, diversión ni motivo de risa. Sois, incluso, dados a la broma, simpáticos, y tenéis muchos servidores para estos menesteres. Pero lo que es serie-
dad, os veo totalmente faltos de ella. Y, sin embargo, 2
algunos os alaban como sabios y habilidosos, porque, siendo tantos millares de hombres, no sólo caéis en la cuenta de lo que os conviene, sino que expresáis enseguida lo que se os ocurre. Pero yo os alabaría más si fuerais lentos a la hora de hablar, tenaces en el momento de callar, correctos en el modo de pensar. Pues bien, haced esto también ahora, para que merezcáis, además de aquel elogio, otro nuevo, mayor y más honroso, a saber, que, siendo tantos los razonamientos útiles que se han pronunciado, todos vosotros habéis callado. Habéis demostrado, asimismo, no sólo que sois capaces de hablar después de pensar, sino también de pensar después de escuchar. Y es una alabanza decir de un coro que todos cantan a la vez; más aún, ni siquiera sería coro de otro modo. Porque ¿qué pasaría si todos a la vez perdieran el tono? Pero la mejor alabanza de un pueblo es decir que sabe escuchar.

3 Ahora, pues, cometéis el mismo error que en otro tiempo cometieron los atenienses. Éstos, al decirles Apolo que, si querían tener hombres buenos en la ciudad, debían poner lo más hermoso en las orejas de los niños, les perforaron una oreja y les pusieron adornos de oro, no entendiendo lo que quería decir el dios: pues eso era más bien propio de muchachas y de los hijos de los lidios o de los frigios [1], mientras que a los hijos de los griegos no les iba bien otra cosa que la educación y el buen juicio; y esto, por orden de un dios: de ahí que los que consiguen esos dones, llegan a ser naturalmente hombres buenos y salva-
4 dores de su patria. Aquéllos, por tanto, hicieron mal uso de los oídos de sus hijos, pero vosotros lo hacéis peor de los vuestros. Pues el oído del pueblo es el teatro. Y en vuestro teatro no entra nada hermoso o noble, o, si acaso, muy raras veces. En cambio, está siempre lleno de rasgueos, de alboroto, de bufonadas y bromas que en nada se parecen al oro. Por eso, dije con razón que estáis faltos de seriedad. Ya que ni sois serios vosotros, ni lo son vuestros familiares, y muchas veces los que llegan a vuestra ciudad son como

actores y danzantes, los mejores en el baile,
jinetes de caballos corredores, que con la mayor rapidez
suscitarían una gran discordia entre los rudos y desdichados
espectadores, y que causan a muchos una desgracia co-
[mún [2].

[1] Por ese detalle, según Jenofonte, se llegó a la conclusión de que Apolónides, el presunto beocio, no podía ser griego, por que tenía las dos orejas horadadas (*Anábasis*, III 1).

[2] La cita es un centón de frases tomadas de Homero: *Ilíada* XIV 261; *Odisea* XVIII 263-264; *Il.* XVI 262.

Pues bien, eso es lo que siempre estáis viendo, y os 5
dedicáis a cosas tales que a partir de ellas no podéis demostrar que poseáis inteligencia, prudencia, una recta disposición o piedad para con los dioses, sino por el contrario, estúpida discordia, ambición desmedida, vana tristeza, alegría insensata, ultrajes y despilfarro.

No digo esto para disuadiros ni para pediros que suprimáis tales pasatiempos y diversiones en vuestra ciudad. Loco estaría para hacerlo. Pero sí os recomiendo que, del mismo modo que os prestáis a estas cosas con prontitud y perseverancia, así también escuchéis alguna vez una palabra honesta, y aceptéis la libertad que me tomo al hablaros
de lo que os conviene. De los atenicnses, de quienes un 6
poco antes he hecho mención, descubriremos que no siempre andaban equivocados. Algo que éstos hacían con toda habilidad, era que permitían a sus poetas censurar no sólo a las personas individualmente, sino también a la ciudad colectivamente si hacían algo incorrecto. Así, junto a otras muchas cosas, también se dice en sus comedias:

Pueblo asiduo de la Pnix, díscolo viejecito,
medio sordo... [3],

¿Qué asunto tienen los atenienses para rechazarlo con juramento? [4].

Estas cosas las oían durante las fiestas y, por cierto, no sólo en tiempos de la democracia, sino también cuando

---

[3] Aristófanes, *Caballeros* 42-43. La Pnix era una colina situada al O. de la Acrópolis, en Atenas, donde se reunía la asamblea. Todavía se conserva la tribuna de piedra con escalones desde la que hablaban los oradores.

[4] Fragmento del antiguo comediógrafo Eupolis y recogido por Kock, *Com. Att. Frag.*, fr. 217.

tenían plenos poderes sobre los ciudadanos si querían, en un acceso de ira, perder a alguno de los que las decían, y cuando mandaban en los demás griegos y podían, si querían, no tener que oír nada desagradable [5].

7 Pero vosotros no tenéis ni un coro [6] así, ni un poeta ni a nadie que os reprenda con benevolencia y os eche en cara las debilidades de vuestra ciudad. Por eso, cuando, al fin, queda el asunto al descubierto, debéis aceptarlo de buen grado y recibirlo con espíritu festivo sin sentiros apesadumbrados; y en caso de que os sintáis así, que os dé vergüenza de exclamar: «¿Cuándo va a terminar?», y «¿Cuando llega el prestidigitador?», o «¡Tonterías!», y otras cosas parecidas. Los espectáculos, como ya he dicho, los tenéis siempre a vuestra disposición, y no hay miedo de que os falten; pero discursos de éstos, mediante los cuales los hombres se sienten felices, se hacen mejores y más sensatos y aprenden a gobernar mejor sus ciudades, no los habéis oído muchas veces. Y no quiero decir que porque sois poco aficionados a escuchar.

8 Quizás esto no vaya con vosotros —cosa que demostraréis si me aguantáis hoy—, sino que ocurre más bien con los denominados filósofos. Pues algunos de éstos no aparecen en público en absoluto, ni quieren siquiera correr ese riesgo, tal vez por desconfiar de poder hacer mejor a la mayoría. Otros andan ejercitando la voz en los llamados auditorios, después de comprometer a oyentes incondicio-

[5] Según Aristófanes (*Acarnienses* 377-382, 502-503, 659-660; *Avispas* 1284-1291), Cleón, el personaje más duramente castigado por sus críticas, quiso coartar esta libertad.

[6] El coro era, en efecto, la voz de la crítica. Y en la comedia se daba una parte, estructuralmente importante, llamada *parábasis*, especie de *conversio ad populum*, en la que, en un intermedio de la acción, el coro pronunciaba un largo alegato de carácter crítico o moralizante.

nales y habituales. De los denominados cínicos hay en la 9
ciudad una multitud no pequeña; y, como pasa con cualquier otra moda, también en ésta hay muchas, pero son hombres que, por así decirlo, nada saben de bastardo ni ordinario, sino que necesitan un medio de vida. Éstos, en las encrucijadas, en las callejuelas, en las puertas de los templos reúnen y engañan a los jovencitos, a los marinos y a gente por el estilo, engarzando bromas y abundante charlatanería y jerga propia de los mercados. Por consiguiente, no producen ningún bien, sino todo el mal que pueden, habituando a los insensatos a reírse de los filósofos, como si alguien quisiera acostumbrar a los niños a menospreciar a sus maestros. Además, siendo necesario erradicar la arrogancia de los oyentes, los cínicos la fomentan.

Pero de los que se presentan ante vosotros como per- 10
sonas instruidas, unos declaman discursos de ostentación —bastante estúpidos por cierto—, otros cantan poemas que componen como si hubieran reconocido en vosotros a unos perfectos aficionados al canto. Y si fueran auténticos poetas y oradores, no tendría nada de extraño; pero si hacen esas cosas como filósofos por motivo de lucro, para su propia gloria y no para vuestro provecho, eso sí que ya es terrible. Pues es lo mismo que si un médico, al ir a visitar a los enfermos, no se preocupara de su salud ni del tratamiento, sino que les llevara ramos de flores, cortesanas y perfumes.

Algunos, pocos, han llegado a vosotros hablándoos con 11
libertad de palabra, pero más bien insuficientemente, y no como para llenar vuestros deseos de escuchar ni para que os valga para la vida, sino que, después de decir una o dos frases y haberos vituperado más que instruido, se van a escape por miedo a que arméis entretanto algún escándalo y los despachéis; como pasa con los que en invierno

se aventuran a salir al mar para una breve y corta navegación [7]. Pero recibir a un hombre que hable con libertad, lisa y llanamente, y que no pretenda obrar ni por motivo de gloria ni por dinero, sino que esté dispuesto, por benevolencia y para tutela de los demás, a ser motivo de burla si preciso fuera, y a soportar la indisciplina de la muchedumbre, eso sí que no es nada fácil, sino más bien privilegio de una ciudad muy afortunada; y más en estos tiempos en que hay tanta escasez de hombres nobles, mientras que abundan los aduladores, los embaucadores y los sofistas.

12 Yo no creo haber elegido esta misión por mi propia cuenta, sino por voluntad de alguna divinidad. Porque a quienes cuidan los dioses no sólo les preparan buenos y espontáneos consejeros, sino también las palabras adecuadas que conviene que se les digan. Y no debéis desconfiar lo más mínimo de esto que os digo, vosotros, entre quienes el dios es particularmente honrado [8], ya que él mismo manifiesta especialmente su poder, y no sólo por los oráculos y los sueños de cada día [9]. No creáis, por tanto, que el dios se preocupa sólo de los hombres cuando duermen, revelando en privado lo que le conviene a cada cual, pero que no se ocupa de ellos cuando están despier-

---

[7] Aunque el tráfico marítimo era vital para los antiguos y el mar —*póntos*— era considerado como camino o puente —*pons*—, la fragilidad en las embarcaciones hacía prohibitiva la navegación desde el otoño a la primavera.

[8] El dios Sérapis, identificado a veces con Asclepio, era una divinidad ecléctica. Su nombre es, quizás, un compuesto de Osiris y Apis. Su personalidad tenía mucho de Zeus, de Hades y hasta de Asclepio. En Alejandría tenía una famosa estatua y un santuario, todavía más famoso (PAUSANIAS, I 18, 4), considerado como una de las maravillas del mundo.

[9] También Asclepio manifestaba su voluntad a los enfermos mientras dormían.

tos, ni les manifiesta nada útil ni oficialmente ni en plan
colectivo. Pues muchas veces ha prestado ya servicios úti-
les en estado de vigilia y ha hecho claras predicciones a
pleno día. Conocéis, sin duda, los oráculos de Apis [10] 13
aquí en Menfis, cerca de vuestra ciudad, y sabéis que son
los niños quienes jugando anuncian lo que quiere el dios,
cosa que ha resultado libre de engaño. Pero vuestro dios,
al ser más poderoso, desea seros útil por medio de hom-
bres adultos y con formalidad, no con unas pocas pala-
bras, sino con presagios seguros y completos, y con pala-
bras claras que os instruyan acerca de lo que os es más
necesario —si tenéis paciencia— con buen criterio y con
persuasión.

Y lo primero de todo, para empezar desde lo más 14
cercano, como convenía, convenceos firmemente de esto:
que todo lo que de bueno sucede a los hombres es de ori-
gen divino. De modo que tanto si el que se hace a la mar
tiene la fortuna de dar con un timonel experto, como si
una nación o ciudad encuentran buenos gobernantes, o un
médico se presenta ante el enfermo en el momento oportu-
no, hay que creer que es como una ayuda que viene de
parte de un dios. Y si alguien oye palabras prudentes, hay
que pensar que un dios se las envía. Pues, en términos 15
generales, no existe felicidad o utilidad que no llegue hasta
nosotros por la voluntad y el poder de los dioses, que son
los depositarios y dueños absolutos de todos los bienes,

[10] El buey Apis era uno de los animales divinizados por los egipcios. En Menfis, a pocos kilómetros al S. del Cairo actual, tenía un santuario en que recibía culto especial. El buey era elegido por los sacerdotes, porque presentaba las señales del dios: piel negra brillante, triángulo blanco en la testuz, águila o buitre (o media luna) en el lomo, imagen de un escarabajo en la lengua. Sobre su oráculo, cf. PAUS., VII 22, 2-4.

y los reparten con prodigalidad a los que quieren aceptarlos. Los males, por el contrario, vienen de otra parte, como de una fuente distinta que está cerca de nosotros. Es lo que pasa con estas aguas que bajan de algún lugar de allá arriba, de alguna fuente divina, y nos dan la vida, nos alimentan y son realmente causa de fecundidad [11]. En cambio, esos canales inmundos y malolientes los construimos nosotros mismos, y ahí están como obra nuestra que son. Es, pues, por la insensatez de los hombres, por su afán de lujo y su ambición, por lo que la vida es gravosa y está llena de engaños, maldades, penas y otros muchos males.

16 El único remedio de estas cosas y la única medicina que han creado los dioses es la educación y la razón. El que durante la vida usa sin interrupción este remedio, llega siempre a un final sano y feliz. Pero los que se sirven de él raras veces y muy de cuando en cuando,

en días alternos están unas veces vivos y otras, al con-
[trario,
están muertos... [12].

Sin embargo, han logrado librarse alguna vez de funestas desgracias que los amenazaban. Mientras que los que jamás han experimentado aquel remedio, y nunca han prestado oídos a una palabra razonable, son totalmente unos desgraciados que no tienen protección ni defensa alguna contra los sufrimientos,

---

[11] Alusión a las aguas del Nilo, cuyo origen no era bien conocido en la Antigüedad, pero que eran la causa de la riqueza de Egipto.

[12] *Od.* XI 303-304.

sino que en una vida de abandonos y miserias son llevados
[por la tormenta[13],

como en un barco averiado y totalmente desarbolado en medio de un mar despiadado y perverso.

Y sucede que los peores y más desgraciados de los hom- 17
bres huyen de la voz de la razón lo más lejos posible, y no quieren escucharla ni aunque se les obligue; como pasa, creo yo, con las úlceras muy infectadas, que no aguantan que se las toque —este mismo detalle es señal de que ya están en situación desesperada—. Hombres así van, aunque a disgusto, a otros médicos más enérgicos. Pues hay dos formas de curar y de prevenir el mal, como pasa con las demás enfermedades. Una es algo así como guardar régimen y tomar medicinas; la otra se parece a los cauterios y las amputaciones. Ésta es la más idónea para los magistrados, las leyes y los jueces, ya que extirpan lo superfluo y lo incurable; pero son mejores los que no recu-
rren fácilmente a estas prácticas. La otra forma de curar 18
es, según mi opinión, la de quienes pueden calmar y aliviar a las almas por la persuasión y el razonamiento. Éstos son los salvadores y guardianes de los que pueden salvarse, y frenan y sujetan el mal antes de que llegue hasta el final.

Ambos sistemas deben darse en las ciudades, si bien los usados por los magistrados han de ser mucho más moderados. Pues para castigar conviene ser parco; para instruir, pródigo. De un buen gobernante es propio el ser comprensivo; de un mal filósofo, el no ser exigente. Ya que la dureza en el castigo es contraproducente, y la exigencia

---

[13] Fragmento de MENANDRO, recogido por KOCK, *Com. Att. Fragm.*, fr. 404, 6-7.

en el uso de la razón lleva por naturaleza a la salvación.
19 Sin embargo, es probable que entre vosotros sean muy escasos los expertos en el segundo método. Ya que no ganan con él ni dinero ni poder, sino más bien enemistades, ultrajes e insultos; aunque de estas cosas quizá no habría que preocuparse. Por eso, su absentismo y silencio hacen germinar entre vosotros gran cantidad de rencillas y pleitos, voces destempladas, procesos criminales, y una turba de oradores, del mismo modo que, según creo, por la escasez de médicos o por su inexperiencia se multiplican los enterradores.

20 De los filósofos, ya censuré, al principio, a los que no se presentan ante la gente ni se atreven a dialogar con vosotros, y, por querer hacerse respetables, son mirados como inútiles y parecidos a los malos atletas que incordian en las palestras y los gimnasios con su forma rítmica de mover las manos y de luchar, pero que no quieren ir al estadio porque desconfían del ardor del sol y de los golpes. Asunto este que resulta realmente desagradable por culpa vuestra. Pues no es fácil soportar el alboroto de tanta gente, ni mirar de frente a infinitos millares de hombres sin el apoyo de una canción y una lira. Ya que la música es un antídoto para vuestro pueblo, lo mismo que la grasa de algunos animales dicen que ayuda contra algunas graves enfermedades [14].

21 Yo, por ejemplo, si fuera cantante, no hubiera entrado hasta aquí sin una melodía o una canción. Carezco, por el contrario, de esta medicina. Pero, como he dicho, me ha inspirado confianza un dios,

[14] Plinio, en su *Historia Natural,* habla de las virtudes curativas de las grasas animales (XXVIII 135-144).

aquel que pone en fuga al varón valiente y le priva de
[la victoria
fácilmente, y luego lo excita y lo empuja [15].

Si, pues, yo también os dijera las palabras de Hermes tal como aparecen en la *Odisea* cuando defiende ante Calipso las razones de la desagradable embajada que traía, diríais enseguida que desvariaba; sin embargo, he de confesar:

Zeus me mandó venir aquí a pesar mío.
Pues ¿quién osaría recorrer por gusto tan inmenso mar
[salado?
Ni siquiera hay cerca una ciudad de hombres mortales [16].

Siendo él un dios y con capacidad de volar, no puede 22
soportar las olas, ni el mar, ni la ausencia de ciudades y de hombres en el trayecto. Y yo, un hombre, un don nadie de ninguna parte, vestido con un vulgar capotillo, que ni sé cantar con gusto ni tengo mejor voz que nadie [17], ¿no iba a tener miedo de vuestro alboroto, de vuestras risas, de vuestra cólera, de vuestros silbidos y de vuestras bromas, cosas con las que espantáis a todo el mundo, y en todas partes superáis a todos, tanto hombres particulares como reyes? Y esto, cuando oigo a Homero y a los demás 23
poetas que cantan siempre sobre el populacho diciendo que es malévolo, desconfiado e inclinado a la insolencia. Dice así, en efecto, Homero:

---

[15] *Il.* XVII 177-178.

[16] *Od.* V 99-101.

[17] Una vez más, alude Dión a su natural desaliño.

Se agitó el ágora, como las dilatadas olas del mar
en el ponto Icario, que el Euro y el Noto
levantan lanzándose desde las nubes del padre Zeus [18].

Y otro poeta, a su vez, dice:

...es el pueblo inestable y malvado,
y semejante al mar, se agita siempre bajo el viento,
y si casualmente se serena, al más ligero soplo se encrespa
y al más leve motivo sumerge al ciudadano [19].

24 Así también vosotros me sumergiríais con vuestro ruido y alboroto, aunque lo que yo quiero es ayudaros. Pero si os quedáis y me escucháis hasta el final, seréis para todos dignos de admiración, y no sólo apareceréis expertos en el tañido de la lira y en la danza, sino también en las palabras prudentes, de modo que yo podré tener de qué defenderme razonablemente contra los que me acusan y condenan por haber venido hasta aquí. Pues me acusarán —sabedlo bien—, y dirán que soy un buscador de fama y un loco que me he expuesto a mí mismo a la plebe y al tumulto. Pero puedo deciros que no todas las muchedumbres son descaradas ni ignorantes, y que los hombres instruidos no deben huir de todas ellas.

25 Os voy a explicar, si me lo permitís, la naturaleza del pueblo o, lo que es lo mismo, vuestra propia naturaleza. Pues, realmente, es una cosa útil y que os aprovechará más que si os hablara del cielo y la tierra. Y, ciertamente,

[18] *Il.* II 144-146.

[19] Fragmento recogido por Kock (*Com. Att. Fr.*, Adespota 1324) y parafraseado por Demóstenes, XIX (*Sobre la embajada fraudulenta*) 136, donde también compara al pueblo con el mar inquieto e inestable.

digo que el pueblo se parece muchísimo a un potentado que, además, es muy fuerte y tiene grandes poderes y fuerza, a un potentado que es tanto mayor y que manda a tantos más, cuando mayor sea su pueblo y más noble su ciudad. Entre tales potentados, hay reyes convertidos ofi- 26
cialmente en dioses salvadores, auténticos protectores, jefes honrados y justos, dispensadores gustosos de beneficios, que raras veces, y sólo en caso de necesidad, reparten molestias, y que se complacen en el buen orden de sus ciudades. Otros, por el contrario, son duros y violentos tiranos, difíciles de oír y difíciles de tratar. Su ira esta pronta para estallar por cualquier motivo, como la de las fieras salvajes; y sus oídos están obturados, y no hay en ellos entrada posible para palabras razonables, sino que es la adulación y el engaño lo que en ellos domina.

De la misma manera, también el pueblo es unas veces 27
razonable, amable y realmente tranquilo, capaz de apreciar la libertad de palabra, y de no permitirse todos los lujos, moderado, magnánimo, respetuoso con los hombres buenos y las buenas palabras, agradecido con los que le corrigen y le instruyen. A un pueblo así, yo lo considero de naturaleza divina y regia, y afirmo que es conveniente acercarse a él y dialogar con él, como cuando uno guía a un caballo noble mansamente, con las simples riendas y sin necesitar para nada del freno. Pero la mayor parte de 28
las veces es osado y arrogante, descontentadizo para todo, molesto, semejante a los tiranos y mucho peor todavía, como que su maldad no es una sola ni sencilla, sino compuesta de otras muchísimas. Y así resulta un animal abigarrado y terrible, como los poetas y artistas representan a los centauros, a las esfinges y a las quimeras, haciendo una composición de varias naturalezas para terminar en

la forma de una sola imagen [20]. El asociarse con un monstruo así y llegar con él a un mismo punto es obra de alguien verdaderamente loco o de uno que sea muy valiente y alado, como Perseo o Belerofonte [21].

29 Pero, por lo que se refiere al pueblo de Alejandría, tan inmenso como dicen, ¿en qué apartado lo vamos a poner? Yo me he presentado ante vosotros en la idea de que pertenecéis a la clase de los mejores. Y posiblemente, también pensará hacer lo mismo uno de mis superiores [22]. Ahora bien, no podríais presentar un espectáculo más hermoso e increíble que el portaros vosotros mismos con prudencia y atención. Pues es divino, verdaderamente respetable y espléndido el aspecto del pueblo cuando es afable y tranquilo, y cuando no está sacudido por una risa excesiva y destemplada ni agitado por un alboroto incesante y desordenado, sino que es como un solo oído para tan gran muchedumbre.

30 Pero miraos a vosotros mismos en este momento, y cómo sois, por el contrario, cuando estáis contemplando los espectáculos de costumbre. A mí me parece que, ahora, sois dignos de ser contemplados tanto por particulares como por reyes. Y no hay nadie que, al presentarse ante vosotros, no se quede sorprendido y no os alabe. De modo que este discurso mío, ya que no otra cosa, os ha proporcionado esta ventaja no pequeña, el portaros con pruden-

---

[20] Se trata, en efecto, de seres mitológicos compuestos de elementos de distintas naturalezas. El centauro era mitad hombre, mitad caballo; la esfinge tenía cuerpo de león y cabeza humana; la quimera, cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de serpiente.

[21] Belerofonte, héroe griego que, entre otras hazañas, mató a la Quimera. Perseo mató también a otro monstruo: la Medusa.

[22] Posiblemente, Trajano, de cuya inminente visita habla Dión en este mismo discurso (§§ 95 y 96).

cia durante una hora. También los que están enfermos, cuando han descansado un rato plácidamente, tienen grandes posibilidades de restablecerse [23]. Pero en las demás ocupaciones, cuando os sobreviene el espíritu del desorden, os pasa lo mismo que cuando un viento impetuoso remueve el mar cenagoso y sucio que aparecen sin más, creo yo, según Homero, espuma, restos y cantidad de algas desparramadas: pues de la misma manera, abundan entre vosotros las bromas, los puñetazos, las risas.

Y ¿quién es el que alabaría a hombres con esta disposi- 31
ción? ¿No es por eso, por lo que aparecéis, incluso a los ojos de vuestros magistrados, como vulgares? Se cuenta que, hace ya tiempo, alguien había dicho de vosotros: «¿Qué se podría decir del pueblo de Alejandría, gente a quien hay que dar únicamente mucho pan y carreras de caballos [24], pero a quien no le importa nada de los demás?» Pues bien, lo mismo que si alguien importante se porta sin dignidad en medio y a la vista de todos, vosotros lo despreciáis y lo consideráis indigno de la menor atención, aunque tenga una categoría mil veces mayor que la vuestra, así tampoco podéis vosotros tener reputación de respetables y diligentes si obráis de la misma manera.
¿No sabéis que cuando un gobernante y un rey actúan 32
en público son, entonces, contemplados con absoluta transparencia, y no deben hacer nada que sea indigno ni vergonzoso? Pues más o menos lo mismo le pasa a un pueblo cuando está en igual situación y se encuentra reunido. Es preciso, creo yo, que vosotros os portéis con sensatez en todo momento. Sin embargo, lo que uno haga en privado

---

[23] Aforismo médico repetido textualmente en el § 33. En *Jn* 11, 12, los Apóstoles dicen hablando de Lázaro: «si duerme, se pondrá bueno».

[24] Es el *panem et circenses* de JUVENAL (X 81).

no tiene carácter oficial ni es cosa de la ciudad; en cambio, en el teatro se refleja la manera de ser de un pueblo. Pero allí es donde precisamente os portáis vosotros de forma descuidada y hacéis traición a la fama de vuestra ciudad: como las malas mujeres, que, aunque en casa no actúen con prudencia deberían ser moderadas cuando salen fuera, pero es justamente en las calles donde peor se portan.

33 —¿Cómo, pues —dirá quizás alguno—, sólo fallamos en nuestra forma incorrecta de asistir a las representaciones? ¿Es de esto sólo de lo que nos estás hablando, y de lo demás, nada? La verdad es que me da miedo abordar todos los temas a la vez. De todos modos, posiblemente alguien dirá que, hablando de tantas cosas, no os he aconsejado nada, ni he dicho con claridad qué es lo que principalmente os echo en cara, pues esa es la misión del que enseña. Pero yo, incluso ahora, sigo pensando que he dicho muchas cosas y muy útiles a los que me prestan su atención, tanto acerca de la divinidad, de la naturaleza del pueblo y de la conveniencia de escuchar lo que se os dice aunque no os convenza. Pues tengo la impresión de que lo más necesario era, ante todo, disponeros para que me escuchéis con paciencia. De modo que, si mi discurso no os ha proporcionado otra cosa más importante, sí, al menos, el que estéis ahí sentados durante tanto tiempo en actitud sensata [25]. Pues también los que están enfermos, si han descansado un rato plácida-
34 mente, tienen grandes posibilidades de restablecerse [26]. En cuanto a los demás temas, no es posible repasarlos todos —y menos en un solo día—, ni obligaros a vosotros

[25] Ya lo afirmó Dión en el § 30.

[26] Cf. el aforismo citado en el § 30 y n. 23.

a condenar decididamente vuestra maldad y vuestros errores,

ni aunque tuviera diez lenguas y diez bocas,
y una voz infatigable, y un corazón de bronce;
si las Musas olímpicas, de Zeus portador de la égida
hijas, no recordaran cuánta maldad hay en los hombres [27],

y no sólo en vosotros.

Ved, pues, qué amplio es este tema del que he empeza- 35
do a hablar. Porque no se sabe del todo cómo organizáis vuestras comidas en privado, cómo dormís o cómo administráis cada uno vuestra casa; pero cómo asistís a los espectáculos y de qué forma os portáis aquí en el teatro, lo saben todos, griegos y bárbaros. Pues vuestra ciudad, por su tamaño y situación, sobresale muchísimo, y con toda evidencia se la reconoce como la segunda de cuantas
hay bajo el sol [28]. Y Egipto, nación tan inmensa, es el 36
marco de vuestra ciudad, más aún, es como un apéndice y la peculiaridad de la naturaleza de vuestro río en comparación con todos los demás está más allá de toda ponderación por su carácter maravilloso y su utilidad. En cuanto al mar que tenéis frente a vosotros, lo controláis enteramente por la belleza de vuestros puertos y el tamaño de vuestra flota, así como por la abundancia y calidad de mercancías de todas partes. Igualmente controláis el mar de fuera, es decir, el Mar Rojo y el Índico, cuyos nombres era difícil oírlos anteriormente. De modo que en vuestra ciudad se desarrolla el comercio no sólo con islas, puertos,

---

[27] Las palabras de HOMERO (*Il.* II 489-492) quedan modificadas para introducir lo que las Musas han de recordar.

[28] Sólo superada por Roma.

algunos estrechos e istmos, sino también, prácticamente, con el mundo entero. Porque vuestra ciudad está situada en una encrucijada de toda la tierra y hasta de las naciones más alejadas, cual ágora de una ciudad que reúne a todos en el mismo lugar, que presenta unos a otros y, que, en la medida de lo posible, los hace sentirse como de una misma familia [29].

37 Quizás os alegráis al oírme, y pensáis que os alabo cuando digo estas cosas, como os pasa con los demás que siempre os están halagando. Pero lo que yo he alabado es el agua, la tierra, los puertos, los lugares y todas las cosas más bien que a vosotros. Porque ¿cuándo he dicho que sois prudentes, sensatos y justos? ¿No ha sido precisamente lo contrario? Porque lo que es un elogio para los hombres es su disciplina, amabilidad, concordia, el buen orden de su gobierno, su atención a quienes les hablan con sinceridad, el no andar siempre buscando placeres. Pero la partida o la llegada de los barcos, la sobreabundancia de población, de mercancías y naves son razones para elogiar un festival, un puerto y un ágora, pero no una ciudad.
38 Ni porque uno alabe el agua, está con ello alabando a los hombres, sino a las fuentes; ni cuando se habla de buen clima, se afirma que son buenos los hombres, sino el país; ni si alguien habla bien del pescado, ensalza con ello la ciudad, ni mucho menos, sino un mar, un lago o un río. Pero vosotros, si alguno elogia el Nilo, os sentís orgullosos lo mismo que si fuerais vosotros mismos los que fluis co-

[29] Alejandría, desde su fundación por Alejandro Magno, se convirtió en una gran metrópoli. Los Ptolomeos hicieron de ella la capital de su reino. Y su Biblioteca y su Museo le dieron la aureola de capital cultural del mundo. A esto hay que añadir su incomparable situación geográfica junto a la desembocadura del Nilo.

mo ríos desde Etiopía. La verdad es que también los demás hombres, en su mayoría se alegran de cosas parecidas y se consideran dichosos si habitan, como dice Homero, en una isla abundante en árboles o fértil, o en un territorio de buenos pastos, rico en ganados, o junto a unos montes umbrosos o unas fuentes transparentes [30], pues nada de esto es exclusivo de esos hombres. En cambio, de la virtud no se preocupan ni en sueños.

Hago, por tanto, mención de estas cosas no con inten- 39
ción de ensalzaros ni de ponerme al lado de los que habitualmente las celebran, ya sean oradores o poetas. Pues ellos sí que son hábiles y grandes sofistas y encantadores; pero mis formas son vulgares y ordinarias en la expresión, aunque no trate de temas vulgares, pues lo que digo no es en sí mismo importante, aunque sí trata de lo más importante que puede haber. Y si acabo de deciros estas cosas sobre la ciudad, es con la intención de demostraros que cualquier incorrección que cometáis no quedará oculta o será manifiesta sólo para unos pocos, sino para todo el mundo. Pues yo mismo veo entre vosotros no sólo a grie- 40
gos e italianos, y a gentes de las vecinas Siria, Libia, Cilicia, y a los algo más alejados etíopes y árabes, sino también a bactrianos, escitas, persas y a algunos indios, los cuales asisten con vosotros a los espectáculos y están en todas partes a vuestro lado. De modo que vosotros escucháis, si llega el caso, a un solo citarista que ya os es familiar, pero sois escuchados por miles de naciones que no os conocen; veis a tres o cuatro aurigas, pero sois vistos por muchísimos griegos y muchísimos bárbaros.

¿Qué pensáis, pues, que dicen esos hombres cuando han 41
regresado hasta los confines de la tierra? No dicen: «He-

[30] Son expresiones y epítetos de Homero.

mos visto una ciudad admirable en muchos aspectos y un espectáculo, el mayor de todos los espectáculos humanos por lo que se refiere al adorno de los templos, a la muchedumbre de los ciudadanos y a la abundancia de provisiones». Contarán, lo mejor que puedan, a sus paisanos todo lo que yo también, aunque brevemente, he dicho antes: las cosas del Nilo, del territorio, del mar y, lo que es más importante, la epifanía del dios [31]. Y dirán que es una ciudad loca por la música y las carreras de caballos, pero que, en medio de estas cosas, no guarda un comportamiento digno de ella. Porque sus habitantes, cuando ofrecen sacrificios, son morigerados, como cuando pasean en solitario o hacen otras cosas. Pero cuando entran en el teatro o en el estadio, como si tuvieran allí sus drogas enterradas, se olvidan de todo lo anterior y no sienten vergüenza de decir o de hacer lo que buenamente se les ocurre [32].
42 Y lo más penoso de todo es que, después de haberse interesado por el espectáculo, no prestan atención, y aunque quieren oír, no escuchan. Y es que están evidentemente fuera de sí y enajenados, y se portan no ya como hombres sino como niños y mujerzuelas. Y cuando termina ese horrible espectáculo, y la gente se dispersa, lo más virulento del desorden ya está extinguido; pero todavía, en los corrillos y en las callejas, continúa por toda la ciudad durante bastantes días. Lo mismo que cuando se apaga un gran incendio, se puede ver durante mucho tiempo tanto el

---

[31] Es el nombre técnico de la aparición periódica de los dioses en diferentes cultos y religiones. El nombre de «epifanía» se dio también a la visita de los emperadores a las provincias.

[32] Es obvia la comparación de lo que ocurría en los teatros y estadios de Alejandría con el ambiente que rodea ciertas manifestaciones deportivas modernas.

humo como algunas zonas que siguen ardiendo. Sea como 43
sea, dirá algún persa o algún bactriano que ellos saben montar a caballo y que son considerados como los mejores jinetes, ya que cuidan esta práctica para la defensa de su imperio y de su libertad; sin embargo, no han experimentado nada igual o parecido pues vosotros mismos, que nunca habéis tocado los caballos ni montado en ellos, no podéis dominaros, sino que sois como los cojos cuando discuten sobre carreras. Por eso, siendo tímidos y ajenos al servicio militar, habéis vencido ya muchas batallas de caballería [33].

Tened, pues, cuidado, no sea que esta gente hable de 44
vosotros con más verdad de lo que dicen que Anacarsis [34], el escita, habló sobre los griegos. Pues era éste, al parecer, un sabio. Y vino a Grecia con intención de observar, creo yo, las costumbres y a los hombres. Decía, pues, que en cada ciudad griega hay un lugar señalado en el que todos los días se dedican a hacer el loco; se refería al gimnasio. Pues cuando entran en él y se desnudan, se ungen con una droga mágica que, dijo, los pone en estado de trance. Y, enseguida, unos se ponen a correr, otros se derriban mutuamente, otros levantan las manos y luchan contra un hombre de fantasía, otros se golpean. Y después de hacer estas cosas, se «raen» la droga y recobran al momento el buen sentido, de modo que se tratan unos a otros amistosamente y caminan con los ojos bajos, avergonzados de lo que han hecho.

---

[33] Quizás aluda Dión a la dependencia del pueblo alejandrino de sus mercenarios, o quizás hable, en sentido irónico, de las batallas que han ganado desde sus asientos en el estadio.

[34] La historia de Anacarsis viene referida en Heródoto (IV 76) y en Diógenes Laercio (I 104), donde Anacarsis llama al aceite «medicamento de frenesí».

45 Anacarsis decía estas cosas, a mi parecer, bromeando y burlándose de un asunto nada mezquino. Pero de vosotros, ¿qué se podría decir? Porque también vosotros, cuando os reunís, os ponéis a daros de puñetazos, a gritar, a tiraros, a danzar. Pero ¿ungidos con qué droga? Evidentemente, con la droga de la insensatez. Como si no os fuera posible contemplar esos espectáculos tranquilamente. Y no penséis que yo afirmo que tales espectáculos no deben celebrarse en las ciudades. Porque deben celebrarse, y son necesarios a causa de la debilidad y el ocio de la mayoría. Y, posiblemente, también entre los mejores hay quien necesita de diversiones y entretenimientos durante la vida. Pero es algo que debe hacerse con elegancia y de una for-
46 ma conveniente a los hombres libres. Pues, al margen de esto, ninguno de vuestros caballos correrá más despacio, ni alguno de los cantantes cantará peor sólo por el hecho de que vosotros os portéis con corrección. Ahora bien, el que se caiga del carro uno de los aurigas lo consideráis un desastre y la mayor de todas las desgracias. En cambio, si vosotros os caéis del debido decoro y de la categoría que os pertenece, no os preocupáis. Y si el tañedor de la lira canta fuera de compás y desentonado, enseguida lo captáis, pero si vosotros mismos os apartáis totalmente de la armonía propia de la naturaleza, y os comportáis con una absoluta falta de sensibilidad, os quedáis indiferentes.

47 Sin embargo, ¿cuántos de vosotros no han perecido por esta causa? Y todos sufren, al menos, menoscabo en su fama. Pero ¿es que las Sirenas hacían otra cosa, según el mito refiere? ¿No solían perder a los que se deleitaban excesivamente con ellas? Pero las Sirenas estaban en el mar solitario, y habitaban lejos, aisladas sobre un escollo al que nadie podía acercarse fácilmente. Y aun allí el hombre sen-

sato [35] se salvó y las escuchó con tranquilidad. En cambio, estos actores realizan estas cosas en el centro prácticamente del mundo y en la ciudad más poblada de todas y, por Zeus, no por lograr placer o poder para ellos mismos, sino por vuestra mezquindad. Pues, ¿por qué, fuera de Alejandría, tienen una reputación semejante a la de los demás, y muchas veces hasta han dado la impresión de hombres vulgares? ¿Es que los oídos de aquellos pueblos están embotados?

¿Qué es, pues, lo que esto demuestra? No, por Zeus, 48
dominio en el campo de la música ni sobreabundancia de arte, sino ligereza de los oyentes y debilidad de la ciudad. En todo caso, se dice que los que ya han perecido por un motivo semejante, han actuado como jóvenes imprudentes, no tratando de evitar la muerte, sino suplicando que se les permitiera seguir escuchando más todavía. Pero esto es lo admirable para vergüenza y escarnio de la ciudad: que, mientras en otros lugares se recuerda a los mejores y a los tiranicidas porque se entregaron a sí mismos por la salvación de sus patrias, entre vosotros sufren lo mismo por una cuerda del instrumento y por un pequeño
placer, más aún, por una gloria vana. Pues no gozan tanto 49
cuanto pensaban y deseaban al sacrificarse a sí mismos.

Es tanta la desdicha de esos pobres hombres, que consideran viril lo más femenino, y respetable lo más vergonzoso. Yo preferiría morir por ladrón antes que por una causa así. Pues la primera es una muerte propia de un hombre malvado, y la segunda lo es de un miserable esclavo. El ladrón llegó quizás a este punto por haber sufrido una injusticia y tratar de vengarse al margen de las leyes, por lo que, a lo mejor, hasta podía haber hecho algo noble

---

[35] Odiseo, el «fecundo en recursos» es «el hombre sensato» que supo librarse del peligro de las Sirenas (*Od.* XII).

de no haberle tocado en suerte semejante destino. El otro perece sin gloria sólo por cuestión de un grito y por una necedad, por una desdichada pronunciación, una inclinación incorrecta, por disonancias, bagatelas, actitudes cínicas y derrotistas. Ésta sí que es la muerte de una mosca. Pues las moscas encuentran su perdición en cualquier cosa
50 que gustan y que les sabe dulce. ¿Qué tiene, pues, esto de brillante, oh desdichados? Porque sufrir y morir, si es preciso, por la justicia, la virtud, la dignidad de la patria, las leyes y por un rey honesto, es propio de un alma buena y no apegada a la vida. Pero ahorcarse por una tañedora, infame basura, indigna de vivir, eso sí que es una vergüenza.

Dejemos, pues, en paz a estas personas. Pero lo que sucede en el espectáculo mismo, ¿no es algo vergonzoso y lleno de toda clase de insolencias: esa forma de levantar las manos y de mirar con el alma poco menos que pendiente de los labios, como si recibieran, digo yo, la felicidad por los oídos, y llamando «salvador» y «dios» a un pobre hombre? ¿Con qué risa no creéis que se burlarán los dioses de vosotros cuando, al adorarlos de nuevo, os comportáis de esa misma manera y os sentís obligados a honrar a la divinidad de la misma forma? Pero Dios es comprensivo, como Dios que es, creo yo, y sobrelleva con
51 mansedumbre la necedad de la mayoría. Por eso, como a niños, os ha dado pedagogos [36] que son más prudentes que los de vuestra ciudad; y con ellos contempláis los espectáculos y hacéis las demás cosas con más corrección. Porque si no, ¿cómo podríais manteneros sin reñir unos con otros?

[36] El «pedagogo» era una especie de guardián que acompañaba al niño y lo protegía. Sus funciones las cumplían con los alejandrinos la policía o las tropas romanas de ocupación.

Sin embargo, ¿qué clase de hombres creeríais que son aquellos para quienes no es conveniente tener libertad? —Por Zeus —se dirá—, que la libertad le conviene al hombre por naturaleza. Porque ¿no cantan también en otras ciudades y, por Zeus, tocan la flauta, celebran carreras y todas las demás cosas que se hacen no sólo en Alejandría sino también en otras ciudades?

Pero en ninguna parte hay tal afición ni tal entusiasmo por estas cosas. Sabéis que los rodios, vuestros vecinos, 52
viven en libertad y en completa seguridad. Pero en su país, ni siquiera el hecho de correr en la ciudad es visto como gesto de moderación, sino que incluso reprenden a los extranjeros que caminan desgarbadamente [37]. Por eso, lógicamente, tienen buena fama y gozan de la mayor consideración. Pues al respetarse ellos mismos los primeros y no hacer nada insensato, es natural, creo yo, que sean respetados por todo el mundo y, en particular, por sus gobernantes.

Por otra parte, encontramos que los prudentes hacen las mismas cosas que los necios por lo que se refiere a la mayoría de las demás actividades, como comer, caminar, jugar, ir a los espectáculos. Y es que la naturaleza 53
los obliga a necesitar muchas cosas en común. Sin embargo, se diferencian en todas esas mismas cosas. En primer lugar, por ejemplo, cuando son invitados a un banquete, no se comportan incorrectamente ni sin decoro, sino con distinción y agrado, como quien empieza una fiesta y no una tertulia de beodos, tratando con benevolencia a los comensales y no insolentándose con ellos. Pero los necios se portan con crueldad y desenfreno, enfadándose y riendo a gritos y con desorden; actúan con arrogancia unos con

[37] Así lo refiere DIÓN en su Disc. XXXI 162.

otros, y no tratan de ayudarse; y, al fin, se marchan después de hacer algún mal a sus compañeros de banquete o de recibirlo de ellos, como dicen que ocurrió en una reunión de Centauros [38].

54 Sea de esto lo que sea, ¿a qué repasar las demás cosas una a una? Pero el hecho mismo de caminar, que es sin duda una actividad común y sencilla, manifiesta en unos la tranquilidad de carácter y la atención que se presta uno a sí mismo; en otros, la turbación y la desvergüenza: avanzan con prisa, hablan mientras caminan o tropiezan con alguien y le dan un empujón, se ponen a reñir con otros. Y lo mismo por lo que se refiere a los espectáculos: unos individuos son insaciables y ávidos, y se apasionan por igual con todo lo que se representa; otros participan con mode-
55 ración y tranquilidad. Pero vosotros no sois así, sino que estáis sentados como en estado de trance, os ponéis a dar saltos más que los bailarines y os sentís excitados por los cantos. Pues a los demás hombres es la bebida la que los empuja a cantar y a bailar. Pero entre vosotros, sin embargo, ocurre lo contrario: el canto es el que os lleva a la bebida y la locura. En efecto, la naturaleza del vino, hace que no se pueda actuar con discreción, sino que obliga, a los que usan de él torpemente y sin moderación, a hacer muchas inconveniencias. Pero a los que están extraviados por el canto y se encuentran mucho peor que los que abusan del vino ya desde el principio, y no como cuando se va avanzando en la bebida, a ésos no se los puede
56 ver en otras partes. Pues en algunos pueblos bárbaros se dice, que se da una cierta embriaguez tranquila mediante

[38] Alusión a las bodas del rey de los lapitas, Piritoo, con Hipodamía, en las que la conducta insolente del Centauro Euritión provocó la guerra entre Lapitas y Centauros.

la aspiración del humo producido por la combustión de ciertos perfumes, y que después se ponen alegres, y se levantan riéndose y hacen las mismas cosas que los hombres que han bebido, aunque sin molestarse unos a otros. Pero, entre los griegos, vosotros sois los únicos que experimentáis eso mismo por medio de los oídos y de la voz, desvariáis más todavía que los bárbaros, vais dando tumbos peor que ellos y os parecéis más a los borrachos.

Sin embargo, lo que producen las Musas y Apolo son dones suaves y agradables. Pues a Apolo se le llama el «Dios Médico» y el «Liberador de males», en la idea de que libra de las enfermedades e infunde la salud en las almas y en los cuerpos, y no la enfermedad ni la locura. Y a las Musas se las llama las «Doncellas», como respe-
tuosas que son y prudentes. La música parece que fue 57
inventada por los hombres para la curación de las pasiones y, sobre todo, para transformar a las almas que tienen una cruel y salvaje disposición [39]. Por eso, también algunos filósofos se dedican a la lira desde que amanece, acallando la agitación provocada por los sueños. Y a los dioses, les ofrecemos sacrificios con canciones para aprender a ser ordenados y moderados. En los duelos hay otra manera de tocar la flauta y cantar, propia de los que tratan de curar, creo yo, lo duro y penoso de los sufrimientos y de hacer más liviana su tristeza por medio de canciones ocultas entre lamentos, como hacen los médicos cuando, al humedecer y suavizar las llagas inflamadas, mitigan el dolor.

También para las reuniones se cree que es conveniente 58
el poder de la música, pues aporta a las almas armonía

---

[39] La música o «arte de las Musas» ha sido empleada a lo largo de la historia como método terapéutico. Cf. 1 *Sam* 18, 10; 19, 9; etc.

y orden de forma automática, y apacigua lo resbaladizo de las delicias del vino con una fuerza que brota de su naturaleza; pues el vino, mezclado con la música, hace que ese efecto quede regulado y moderado. Pero ahora, todas estas cosas se han vuelto del revés y se han convertido en lo contrario. Pues no estáis poseídos por las Musas, sino por ciertos coribantes, y hacéis buenas las fábulas de los poetas que introducen bacantes enloquecidas por el canto, y sátiros[40]. Sólo os faltan las pieles de cervatillos, los tirsos y el llevar leones en brazos[41]. En lo demás, tengo la impresión de que os parecéis a las ninfas y a los sátiros.
59 Pues siempre estáis de buen humor, y sois aficionados a la risa y a la danza. Sólo que cuando tenéis sed, no os brota espontáneamente el vino de una piedra o un valle, ni podéis conseguir tan fácilmente leche y miel escarbando la tierra con la punta de los dedos[42]. Y ni siquiera el agua os llega hasta aquí automáticamente, ni, por supuesto, disponéis de pan a discreción, sino que lo recibís de mano de vuestros superiores. De modo que, posiblemente, ya es hora de que os dejéis de vuestras bacanales y os dediquéis más a vosotros mismos. Pero ahora, tan pronto como oís el tañido de una cuerda, como si hubierais oído el sonido de una trompeta, ya no podéis seguir en paz.
60 ¿No imitáis así a los espartanos, pues cuentan que antiguamente luchaban al son de la flauta? Pues lo mismo hacéis vosotros, pero al son de la lira. ¿O queréis, acaso, ya que yo he comparado a la muchedumbre con los reyes,

---

[40] Los coribantes formaban parte de la comitiva de Cibeles; las bacantes y los sátiros, de la de Dioniso. Ambos cultos tenían carácter orgiástico y frenético.

[41] Como en una escena de las *Bacantes* de Eurípides (699-700).

[42] *Ibid.*, 708-710.

aparecer como si tuvierais la misma enfermedad que Nerón? [43]. Porque tampoco le aprovechó su sobrada experiencia sobre la música y su afición. Y ¿cuánto mejor sería imitar al gobernante actual [44], que tanta atención presta a la educación y a la razón? ¿No vais a dejar a un lado esta vuestra afición vergonzosa y desproporcionada por los honores? ¿No tendréis la precaución de evitar burlaros de los demás, y ello en presencia de hombres —si se me permite decirlo— que nada tienen ni de grande ni de admirable? Pues si fuera Ismenias [45] el que tocara la flauta ante vos- 61
otros, o cantara Timoteo [46] el antiguo o Arión, de quien se cuenta que, cuando cantaba en el mar, los delfines acudían a su nave y que, después, habiéndose caído en una ocasión, lo recogieron los delfines y lo salvaron [47], ¿con qué disposición escucharías? Porque entre los músicos de aquí no hay ningún Anfión [48] ni ningún Orfeo. Éste era hijo de las Musas, mientras que los de aquí han nacido de la Disonancia misma y, después de resolver y quebrantar lo más sagrado del canto, han ultrajado de todas las maneras la música antigua.

---

[43] Entre otras manías, Nerón pensaba que era un genio de la música y de la poesía.

[44] Trajano, con quien Dión mantenía amistosas relaciones.

[45] Músico de Alejandría.

[46] Timoteo de Mileto (447-357 a. C.) fue poeta autor de ditirambos. Él mismo se consideraba renovador en el campo de la música. Probablemente es el mismo del § 67 y de XXXIII 57.

[47] Cf. HERÓD., I 24. Arión, traicionado por los marineros, tuvo que arrojarse al mar, donde un delfín lo recogió y lo transportó hasta el Peloponeso.

[48] Anfión, hijo de Zeus y esposo de Niobe, llegó a ser un experto tañedor de lira. Colaboró con su hermano Ceto en la construcción de las murallas de Tebas. Él ponía su arte; su hermano, la fuerza.

62 Pues ¿quién de ellos es capaz de cantar una canción completa o un ritmo noble? Solamente canciones de mujeres, tañidos de danzantes, petulancias de monstruos borrachos. Como malos y remilgados cocineros, al hacer sus mezclas, atraen a oyentes ignorantes y golosos a sus guisos. Por eso, su celo no recibe entre vosotros su nombre de los cisnes o de los ruiseñores, sino que, al parecer, los comparáis con perros que gruñen y ladran. Y en verdad, yo sabía que había filósofos llamados así [49], pero tañedores de lira cínicos solamente los hay entre vosotros. Pues si Anfión, al son de sus canciones, levantó los muros y edificó las torres de su ciudad, éstos los derriban y destruyen. Y en cuanto a Orfeo, amansaba las fieras y, por medio del canto, las hacía sensibles a la música. Pero los de aquí han hecho de vosotros, que erais auténticos hombres, unos salvajes y unos maleducados.

63 Tengo también otra historia que relataros y que oí a un hombre de Frigia, paisano de Esopo, uno que estuvo aquí de visita y que la contaba refiriéndose a Orfeo y a vosotros. Y es de todas las bromas que os han gastado la más insólita y exagerada. Fijaos, pues, si queréis escucharla y no os enfadéis. Contó aquel hombre que Orfeo, según se dice, iba cantando por Tracia y Macedonia y que allí los animales acudían a él: era una inmensa muchedumbre, creo, de toda clase de fieras. Entre ellas, la
64 mayoría eran aves y ovejas. Pues los leones y los otros animales por el estilo, a causa de su fuerza y su fiereza, eran menos de fiar, y algunos de ellos o no se acercaban en absoluto, o se retiraban enseguida porque no les gustaba la música. Pero las aves y las ovejas eran las que más

[49] Los cínicos, cuyo nombre está etimológicamente relacionado con el nombre del «perro».

acudían, y luego ya no se separaban. Las ovejas, creo yo, por su mansedumbre y su amistad con el hombre; las aves, por ser de naturaleza musical y amante del canto. Mientras Orfeo vivía, lo seguían de todas partes escuchándole a la vez que pastaban. Pues aquél pasaba el tiempo principalmente en las montañas y por los valles. Pero cuando murió, al sentirse abandonados los animales, se lamentaban y estaban muy tristes. De modo que Calíope, madre de Orfeo, por benevolencia y cariño hacia su hijo, pidió a Zeus que cambiara sus cuerpos en formas de hombre, pero que sus almas permanecieran como eran antes.

Lo que resta pues de esta historia desde este momento 65
resulta duro, y me da miedo contároslo con detalle. Pues decía que de aquellas nuevas criaturas había nacido una raza de macedonios, y que ésa fue la que más adelante vino con Alejandro y se estableció aquí. Por eso, el pueblo de los alejandrinos se deja arrastrar por el canto como ningún otro pueblo; y si oyen una cítara, de cualquier forma que sea, se ponen fuera de sí y se estremecen por el recuerdo de Orfeo. Y son, por su forma de ser, ligeros e insensatos, como procedentes de tal semilla; ya que los demás macedonios son valientes, guerreros y firmes de carácter.

Y contaba también sobre vuestros tañedores de lira otra 66
historia por el estilo. Pues de los animales que se reunían con Orfeo, unos se complacían solamente y quedaban entusiasmados, pero no intentaban imitar nada. Pero algunos perros, de una clase por supuesto desvergonzada e inquieta, se aficionaron a la música y luego empezaron a practicarla por su cuenta tan pronto como se fueron; y, habiendo cambiado su figura en la de hombres, conservaron la afición. Ésa es la raza de los tañedores de lira. Y, por eso, no pueden despojarse totalmente de su propia naturaleza, sino que siguen reteniendo las enseñanzas de Or-

feo, aunque permanece en ellos la mayor parte del carácter canino de su música.

67 Tales bromas contaba aquel frigio. Pero yo quiero contaros lo que hicieron los espartanos y cómo se comportaron con un tocador de cítara que entonces era admirado entre los griegos. Pues porque era demasiado agradable y maravilloso, por Zeus, no le tuvieron en ningún aprecio, sino que le quitaron la lira, rompieron las cuerdas y le ordenaron que se marchara de la ciudad [50]. Los espartanos miraron así con desconfianza el asunto, y trataron de preservar sus orejas para que no se corrompieran sus oídos ni se volvieran más delicados de lo que convenía. Vosotros, en cambio, os habéis dejado esclavizar vilmente por tales placeres.

68 Por vuestra culpa, ha alcanzado, creo yo, este problema a los oradores y hasta a algunos filósofos, Más aún, ya no es fácil ni siquiera reconocer a los que son oradores. Pues cuando ven vuestra afición al canto y vuestro apasionamiento, todos acaban cantando, oradores y sofistas, de modo que todo se lleva a cabo por medio del canto. Hasta tal punto que, si uno pasa junto a un tribunal de justicia, no podría reconocer fácilmente si dentro se celebra un «simposio» o un juicio. Y si hubiera cerca una vivienda de un sofista, no se podría seguir la conversación. También tengo la impresión de que, en el mismo gimnasio, llegan ya al extremo de entrenarse al son de la música y hasta de curar a los enfermos. Pues, incluso cuando os hablan del arte de la medicina, lo hacen cantando.

69 La vida corre el riesgo de haberse convertido en una juerga, pero no agradable y tranquila, sino salvaje y molesta, de gente que a la vez baila, chilla y asesina. Los

[50] Cf. XXXIII 57.

espartanos, en cambio, eran diametralmente distintos de vosotros, y se portaban en estas cosas, como dije, con circunspección. Pues estaban capacitados para mandar, y estuvieron al frente de los griegos durante muchos años, y a los bárbaros los vencían a todos y siempre, mientras que vosotros ni siquiera sabéis ser bien gobernados. Por eso, si no fuera por los gobernantes que tenéis, difícilmente,
creo yo, subsistiríais. Argumento de lo que digo son los 70
últimos acontecimientos que os han ocurrido. Pues cuando erais independientes, ¿no se ocupaba vuestro rey en tocar la flauta y en eso sólo ponía su atención? [51]. Y vosotros, ¿no sentíais odio hacia él y andabais enredados en mutuas disensiones devastando los negocios del Estado cada grupo por separado y por su cuenta: los simaristos [52] y otros partidos de hombres parecidos, de modo que le obligasteis a huir y, después, a regresar con la fuerza de las armas y el apoyo de los romanos? Y, al fin, mientras él tocaba la
flauta y vosotros bailabais, perdisteis la ciudad. Y ahora 71
que tenéis tan honrados gobernantes [53], los habéis llevado a sospechar de vosotros mismos, de tal modo que han creído que había que emplear una vigilancia más estricta que antes. Y esto lo habéis conseguido por vuestra arrogancia, y no porque hicierais una conspiración. Pues vosotros, ¿desertaríais acaso de alguien? ¿Seríais capaces de hacer la guerra un solo día? Y en la revuelta consiguiente, ¿no se envalentonarían los más hasta llegar a las burlas, y algunos pocos, arrojando una o dos veces cualquier cosa que

---

[51] El rey Ptolomeo XI (80-51 a. C.) recibió el sobrenombre de «Flautista», y fue presa fácil para sus enemigos políticos.

[52] Nombre de los miembros de un partido político que, posiblemente, hacía relación a sus orígenes étnicos y a sus características fisionómicas.

[53] Otra vez dedica el orador sus elogios a los romanos.

encontraran, como los que arrojan un líquido sobre los transeúntes [54], enseguida se tumbarían cantando, mientras otros iban a buscar adornos como si fueran a beber en una fiesta?

72 Y por cierto que os acordáis muy bien de aquello tan gracioso que os pasó, cuando el excelente Conón [55] se portó con vosotros de aquella manera. Pues habiendo avanzado hasta el lugar en donde estaba formada la mayor parte de vuestra tropa, y señalando un corto espacio de terreno, dijo que si él lograba llegar hasta allí, quedaría vencedor y vosotros tendríais que retiraros sin más y dejar el campo. «Pero si vosotros —añadió— ganáis cuatro o cinco pasos, yo también me iré.» Esto lo decía para ahorraros molestias, burlándose de vosotros y jugando con vosotros como si fuerais niños, ya que el ejército se había detenido, y Conón no permitía que se os tocara a ninguno, pues os veía desarmados y prestos a perecer. ¿Qué pasó entonces? Pues que, a continuación, los impetuosos y desenfrenados os obligaron a intervenir y, empeñados en revolverlo y complicarlo todo, no os dejaron en paz hasta que no probasteis lo que es la guerra, y lo que temíais se convirtió en realidad.

73 ¿Por qué he mencionado estas cosas? Pues para que comprendáis las naturales consecuencias del desorden de vuestra vida. Porque no es posible que los que se apasionan tanto por pequeñeces y cosas sin valor, portándose torpemente y sin control en lo que hacen cada día, sean prudentes en lo demás y sepan tomar consejo correctamente sobre las cosas más importantes. Pues vuestra ligereza

---

[54] Como en los *Acarnienses* de ARISTÓFANES (616-617).

[55] Nada se sabe de este «excelente» militar. Quizá fuera algún jefe de las tropas romanas en Alejandría.

de carácter y falta de lógica no os permite ser constantes en las cosas pequeñas, ni la insensatez de vuestros errores tiene límites, sino que se lanza a todo por igual y todo lo toca con la misma frivolidad. No creáis, pues, que el 74
tema es de poca importancia cuando alguien os habla de los escándalos en los teatros. Pues no sobreviene la pobreza naturalmente con tanta rapidez por las pérdidas sucesivas de dinero, como avanza la maldad a partir de estos errores parciales, hasta que, al fin, después de haber ido aumentando, lleva hasta el desenlace que es la perdición.

Esto por lo que se refiere al teatro. Pero cuando vais al estadio, ¿quién podría describir los gritos que allí se oyen, el escándalo, las congojas, los cambios de humor y de color, la clase y cantidad de palabrotas que dejáis escapar? [56]. Pues si no fuerais vosotros los que veis a los caballos de costumbre mientras galopan, sino que os vierais arreados por los latigazos de las tragedias, no tendríais una actitud tan molesta. Pues creo que demostráis que fue una bagate- 75
la lo de Ixión [57], el que, en los escritos de los poetas, aparece atado a la rueda y castigado por una impiedad semejante. Mirad, pues, si entretanto algún dios se presenta a vosotros para deciros con insistencia:

Desgraciados, estáis locos, y ya no anhela vuestro ánimo ni comida ni bebida... [58].

---

[56] Como ya hemos dicho, esta historia se repite literalmente en nuestros estadios.

[57] Ixión, especie de Caín pagano, rey de los Lapitas de Tesalia, respondió al perdón y a la benevolencia de Zeus tratando de violar a Hera. En castigo, Zeus lo condenó a sufrir eternamente atado a una rueda.

[58] Hom., *Od.* XVIII 406-407.

¿Por qué andáis tan sumamente alterados? ¿Cuál es vuestro empeño? ¿Cuál vuestra contienda? Pues no es Pélope el que persigue, ni Enómao ni Mírtilo [59], ni la disputa pendiente es por un reino, ni por una mujer ni por una muerte, sino que es una contienda de esclavos por una pieza cualquiera de plata, contienda en la que unas veces unos son vencidos y otras, vencedores, pero siempre siguen
76 siendo los mismos. Si os dijera estas cosas, ¿qué ibais a responder? ¿O está claro que no pensáis escuchar en esta ocasión ni aunque os hablara el antepasado de Pélope [60]?

¿Qué socorro, pues, se puede encontrar o qué divinidad hay que hacer propicia? Existe en Olimpia, en medio del hipódromo, un altar dedicado a Posidón Espantacaballos, en el lugar exacto en el que solían espantarse los caballos y se quebraban muchísimos carros [61]. Por eso les pareció oportuno a los eleos erigir un altar, en la idea de que allí había alguna divinidad. Y a partir de aquel mo-
77 mento, según cuentan, aquel lugar fue seguro. Pues mucho más os aconsejo yo que hagáis propicio a ese dios y levantéis un altar igual, pero no, por Zeus, a causa de los caballos, sino por vosotros mismos, para que no os inquietéis ni os apartéis de vuestro puesto. Porque podrían ser todas estas cosas de origen divino y necesitar de una mayor prevención. Cuentan que una antigua reina de Creta, de las hijas de Helios, se enamoró de un toro y, habiéndose unido con él, dio a luz un monstruo cruel y enorme [62]. Pues

[59] De los distintos héroes que llevaron el nombre de Pélope, el citado por Dión es el que dio el nombre al Peloponeso. Era hijo de Tántalo y nieto de Zeus. Se casó con la hija de Enómao a la que conquistó con la complicidad de Mírtilo, auriga de Enómao.

[60] Zeus, abuelo de Pélope, como hemos dicho.

[61] Cf. Paus., VI 20, 15-19.

[62] Es lo que refiere el mito del Minotauro, monstruo con cabeza de

yo también tengo miedo de ese amor de vuestra ciudad por los caballos, no sea que con el tiempo os traiga algún mal molesto y extraño. Dicen, además, que también en 78
Atenas es muy apreciado este mismo animal que vosotros estimáis. Y actualmente hay en aquella ciudad un lugar llamado, por ello, Santuario del Caballo y la Doncella[63]. Pues el padre de la doncella encerró a su hija con el caballo, y dicen que de este modo, según cuentan, la doncella encontró la ruina. Mirad, pues, vosotros no sea que tam- 79
bién perezcáis por la misma pasión.

Pues ¿qué Homero o qué hombre puede referir lo que aquí ocurre? Porque no dice Homero que los carros se agazapaban tanto de vez en cuando o subían tan alto durante la carrera, cuanto vuestros espíritus experimentan visiblemente los mismos efectos. Y lo dice así, si me permitís que os haga este pequeño favor:

Los carros unas veces se movían raudos por el fértil suelo,
otras se lanzaban por los aires; mientras los aurigas
permanecían en los asientos, y palpitaba el corazón de
[cada uno
por el deseo de la victoria, y animaba cada cual
a sus caballos...[64].

Aquí representó Homero a los aurigas como competi- 80
dores y amantes de la gloria; en cambio, a los espectadores los representó mirando el espectáculo tranquilamente, co-

---

toro y cuerpo de hombre, nacido de la unión de Pasífae, esposa del rey Minos de Creta, con un toro de la manada real.

[63] Pausanias refiere cómo Posidón y Deméter tuvieron relaciones como caballo y yegua, respectivamente (VIII 25, 5).

[64] Es la carrera de carros durante los funerales por Patroclo (*Il.* XXIII 368-372).

mo convenía. Sólo al final refiere cómo Áyax el Locrio [65] se comportó como espectador de forma más bien indecorosa y ultrajó a Idomeneo sobre las yeguas de Eumelo. Éste fue, además, el que, a su vez, habiendo faltado a la piedad para con Atenea cuando fue tomada Troya, no sólo fue por eso fulminado por un rayo, sino que fue culpable de la tempestad y del naufragio de todos. Pues el que es osado e impetuoso en cosas como éstas, no puede tampoco actuar con sensatez en las demás, como ya he dicho.

81 Éste es, pues, un ejemplo semejante de maldad y, a la vez, de necedad, tomado de hombres parecidos a vuestros paisanos, sólo que aquí no hay nadie que sea capaz de luchar, ni de sobresalir, ni de conquistar ciudades como hacía Áyax. Pero ninguno de vosotros permanece sentado durante el espectáculo, sino que os agitáis mucho más que los caballos y los aurigas; y cabalgáis ridículamente, y sostenéis las riendas, y perseguís, y conducís y os caéis. Por eso, alguno de estos poetas decadentes hizo una imitación no del todo mala:

82 *Los carros, unas veces se movían raudos por el fértil [suelo;*
otras, se lanzaban por los aires; mientras los espectadores
ni permanecían en su sitio ni se estaban sentados;
pálidos y horrorizados por el miedo, y a la contienda
exhortándose mutuamente, y levantando las manos,
ofrecían grandes dones a todos los dioses.
Lo mismo que se levanta la algarabía de las grullas o los [grajos,
una vez que han bebido cerveza o inefable vino,
se echan a volar chillando camino del estadio.

---

[65] Es el menor de los Áyax que destacó como corredor y como lanzador de jabalina.

Y luego, como llega una nube de estorninos o de grajos
con funesto griterío, cuando advierten que llega 83
un caballo sembrando la muerte entre los infelices mortales,
así ellos, gritando caían unos sobre otros.
Como el viento arrastra la paja en las sagradas eras,
y como el violento fuego consume rápidamente las caña-
[das profundas,
porque el viento lo lleva por todas partes en tolvaneras,
y las matas sucumben desde la raíz por la fuerza del fuego,
así los espectadores luchaban a la manera del fuego. De
[modo que no se podría decir
que quedaran sanos ni el sol ni la luna.
Como la generación de las hojas, así es la de los 84
[hombres,
de los hombres ligeros de cascos, amantes del canto,
[arrogantes;
el eco de unos y otros llegaba hasta el cielo y las moradas
[de Zeus.
Así andaba uno diciendo mirando a su vecino:
«Borracho, que tienes ojos de perro y corazón de ciervo,
¿de qué te asustas? ¿Por qué acechas desde el carro en
[el combate?
Ea, inténtalo ahora, para que, destrozado, pagues tu falta».
A él, por su parte, respondiendo Hipocoonte, dijo:
«Padrecito, siéntate en silencio y haz caso de mis palabras:
débil es tu criado, y lentos tus caballos».
Y a él, a su vez, desde debajo del yugo le habló el caballo 85
[de ágiles pies:
«¿No ves cómo también yo soy hermoso y grande?
Pero sobre ti y sobre mí se cierne la muerte y el hado
[poderoso.
Ojalá de algún modo os haya armado aquí
Hera, la diosa de níveos brazos,

para que no murmuréis sentados unos por un lado y otros [por otro».
Así habló. Pero ellos suplicaban al rey Zeus Cronida [66].

86 Éstas son unas pocas de tantas y tan frívolas expresiones para que no seáis los únicos que parecéis ridículos. Y por cierto, es una vergüenza, alejandrinos, que los que reciben noticias acerca de vuestra ciudad, oigan que todas las cosas son una maravilla pero acerca de vosotros mismos no se dice nada que os honre y sea digno de emulación. Al contrario, se os acusa de no ser hombres serios, sino hombres sin dignidad, cómicos y bufones, como dijo uno de los comediógrafos sobre tales individuos:

turba desenfrenada y flota en desorden [67].

87 Es lo mismo que si uno viese una casa muy hermosa, pero su dueño fuera un esclavo, indigno hasta de ser el portero. Y es mejor, desde todos los puntos de vista, encontrar el teatro vacío que a quince hombres acomodados y a una muchedumbre inmensa de individuos desgraciados y locos, como un montón de estiércol apilado de toda clase de basuras. Pues ni siquiera podría llamarse «ciudad» a la que está formada por esta clase de gente, ni «coro» a cualquier grupo que se reúne, ni «ejército» a toda aglomeración de personas.

88 Pues tampoco el ejército de Jerjes era brillante, excepto para abrir brechas en las murallas, excavar fosas o ha-

---

[66] Esta parodia, del mismo Dión posiblemente, es un centón de citas de Homero modificadas intencionadamente para causar una sensación de ridículo. Las actitudes, expresadas en verbos y epítetos altisonantes, son esperpentos, donde se refleja la conducta de los alejandrinos.

[67] Eurípides, *Hécuba* 607. El verso del poeta ha sido ligeramente modificado mediante el cambio de *anarchía* por *ataxía*.

cer otras obras por el estilo. Ni la ciudad de Troya era feliz porque tuviera ciudadanos malvados y desenfrenados. Y sin embargo, fue grande y famosa. Pero, a pesar de ello, el ciudadano de Ítaca [68] la devastó; un hombre de una ciudad pequeña y desconocida devastó a una ciudad que tenía un enorme territorio. Me temo, sin embargo, que también vosotros perezcáis como los troyanos: aunque es inútil insistir en que Troya fue también destruida, según se dice, por un caballo; sólo que, quizá, los troyanos fueron perdidos por obra de un único caballo, mientras que vosotros lo sois por muchos más. No penséis pues, que 89
la toma de una ciudad es solamente el que unos soldados, después de derribar las murallas, degüellen a los hombres, se lleven cautivas a las mujeres y prendan fuego a las casas. Esto es posiblemente el final, dura poco tiempo y hace a los vencidos más dignos de compasión que de risa. Pero en un lugar en donde se da un descuido total de las cosas hermosas y un amor apasionado por una sola cosa ruin, la única en la que los hombres están pensando y en la que pasan el tiempo, saltando continuamente, actuando como locos, golpeándose unos a otros, diciendo cosas irrepetibles y hasta ultrajando muchas veces a los dioses mismos, arrojando sus prendas y saliendo a veces desnudos de los espectáculos, eso sí que es una toma vergonzosa e ignominiosa de una ciudad.

Pues en efecto, decimos que los hombres son hechos 90
cautivos no sólo por los ladrones y otras personas, sino también por una cortesana, por el estómago y por cualquier otra pasión indigna. Por lo tanto, «caer en cautividad» se podría decir perfectamente no sólo de un hombre,

---

[68] Odiseo, «ciudadano de Ítaca», isla insignificante, venció y destruyó a una ciudad tan rica y poderosa como Troya.

sino de una ciudad, cuando la ciudad descuida las más nobles ocupaciones y no se fija en nada, ni escucha nada de lo que la pueda conducir a la salvación, sino que dejándose arrastrar por la bebida o por el canto de mujerzuelas o las carreras de carros, es traída y llevada en lenguas, y anda totalmente revuelta con estas cosas y fuera de sus cabales. Y, por Zeus, que se podría afirmar que está preso, y bien preso, el que ha sido así capturado y maniatado. Así pues, desgracias tales como cuando el cuerpo es aherrojado y rodeado de cadenas y centinelas, no son las que deben considerarse como una cautividad, una servidumbre y un rapto; como tampoco hay que tomar a broma e infravalorar el hecho de que el alma quede cautiva y se pierda.

91 Son en verdad terribles de cualquier modo estas cosas, incluso cuando suceden a particulares; pero bajo cualquier aspecto son más vergonzosas cuando se manifiestan en una sociedad. Pues los demás males, mientras afectan a las personas individualmente, no merecen que se los considere ni importantes ni terribles. Pero cuando el asunto se generaliza, entonces recibe el nombre de epidemia. Pues, en términos generales, pueden encontrarse todas las faltas en cualquier parte, y borrachos, libertinos, mujeriegos, los hay en todas las ciudades, pero sin llegar a términos intolerables ni excesivos, sin embargo, cuando el fenómeno se hace dominante, y aparece generalizado, entonces se convierte en marca distintiva importante y de carácter público.

92 Porque, ¿qué ciudad hay entre las que no están muy despobladas ni son pequeñas, en la que no haya cada día algún enfermo con fiebre? Pero en el caso de los caunios [69],

[69] Cauno estaba, realmente, en una zona pantanosa de Caria en las cercanías del mar (cf. ESTRABÓN, XIV 2, 3).

a casi todos alcanza este mal, es una vergüenza común para ellos, ya que todos lo padecen. Del mismo modo, pero por cosas positivamente buenas, algunos pueblos fueron admirados y obtuvieron gloria. Pues ¿cuántos atenienses, megareos o corintios pensáis que ejercitaron sus cuerpos y vivieron con laboriosidad? Está claro que muchos, y ello, cuando les era necesario ser hombres valientes para defender a sus patrias. ¿Por qué, pues, los espartanos fueron 93
los únicos que tuvieron esta fama y siguen todavía disfrutando de gloria? Porque tenían en común la ambición por los honores. Pero, en cuanto a los atenienses, su mayor preocupación por el ejercicio de la palabra, por la poesía y por la música coral, hizo que, por la misma razón, fueran admirados en estos campos. Tened, pues, cuidado, no sea que vosotros no consigáis una gloria parecida a la de los atenienses y espartanos, sino más bien a la de otros, cuyo nombre prefiero no mencionar. Pues, como ya he dicho muchas veces, los hechos vergonzosos son más vergonzosos y ridículos cuando los hacen las ciudades. Lo mismo que en las comedias y escenificaciones, cuando 94
los autores introducen a Carión borracho, o a Davo [70], no suelen hacer mucha gracia, pero Heracles en las mismas condiciones resulta cómico a los espectadores, cuando va dando tumbos y vestido, según la costumbre, de azafrán; así, más o menos, un pueblo tan grande como el vuestro, que se pasa canturreando toda la vida y, además, hace de auriga pero sin caballos, es un espectáculo bochornoso y ridículo. Pues eso mismo dice Eurípides que le pasó a Heracles cuando se volvió loco:

---

[70] Nombres de esclavos, corrientes en la comedia.

Bajándose de allí, iba diciendo que tenía carro
sin tenerlo, y se subía al asiento del carro
y tendía el aguijón como si lo llevara en la mano[71].

95 No digáis que también vosotros emuláis el ejemplo de Alejandro, pues también él decía que era hijo de Zeus. Pero no es, posiblemente, a Heracles a quien se parece vuestro pueblo, sino a algún centauro o cíclope cuando bebe o está enamorado, que es fuerte y grande de cuerpo, pero estúpido de mente.

¿No veis, por Zeus, qué atención ha dedicado el emperador a vuestra ciudad?[72]. Es preciso, por tanto, que también vosotros correspondáis con vuestro amor por la gloria y hagáis que vuestra patria sea mejor, pero no, por Zeus, por fuentes y pórticos; pues no podéis gastar en estas cosas, ni podríais superar, digo yo, la magnanimidad del emperador, sino por el buen orden, la disciplina y el mostraros a vosotros mismos sensatos y firmes. Porque así no sólo no se arrepentirá de sus atenciones en vista de lo sucedido, sino que os hará nuevos favores. Y, posiblemente,
96 le haríais incluso desear venir a visitaros. Pues no podría atraerle la belleza de vuestros edificios, porque tiene todos los edificios mejores y más lujosos que pueda haber en cualquier parte, sino cuando oiga que los que lo van a recibir son dignos de su benevolencia y su confianza, y todos sus mensajeros y administradores os tengan en alta estima. Pues si vosotros investigáis qué clase de personas son los que arriban a vuestro país, y os formáis enseguida sobre ellos una opinión de acuerdo con su fama, no pen-

---

[71] Eurípides, *Heracles* 947-949.

[72] Por las líneas que siguen se deduce que Alejandría había recibido un importante donativo del emperador.

séis que los enviados del emperador no sienten curiosidad acerca de vosotros, por saber de qué clase es el pueblo de los alejandrinos. Por consiguiente, si oyen que es un pueblo juicioso, y no como ahora se afirma, es decir, excitable, ligero, admirador de cosas insignificantes, dominado por el azar, enamorado de aurigas y citaredos, no es difícil adivinar lo que pensarán.

Cuentan que Teófilo [73], hombre sabio que vivió en Ale- 97
jandría, guardaba silencio en sus relaciones con vosotros y no quería en absoluto mantener una conversación con nadie. Sin embargo, ¿qué es lo que, en vuestra opinión, pretendía? ¿Os trataba, acaso, como a sabios y no necesitados de atenciones? ¿O más bien, os había dejado por imposibles? Prácticamente venía a ser como si un comerciante desembarcara en una ciudad con muchas y preciosas mercancías, pero luego, obligado por los vientos o por otra eventualidad y viviendo allí durante largo tiempo, no expusiera siquiera ninguna de sus mercancías ni las diera a conocer en modo alguno, porque, evidentemente, se había dado cuenta de la extrema pobreza de la gente o de su ignorancia, y no querría molestarse inútilmente, sabiendo perfectamente que nadie le compraría nada y que, posiblemente, ni siquiera se acercaría. Teófilo, pues, guardando 98
en su interior tantas y tan importantes mercancías, las ocultaba dentro de sí, convencido de vuestra extrema necesidad, pero no de dinero, sino de buen sentido y entendimiento. Por eso, murió después de vencer con su silencio a vuestra ciudad. Pero vosotros, escuchasteis muchas veces a un cualquiera, y hasta recordáis todavía sus bromas, así como las canciones de cualquier individuo, mientras que no sé si llegasteis siquiera a escuchar a Teófilo. Como al-

[73] Personaje desconocido.

guien ha dicho de los escarabajos del Ática, que, habiendo allí la miel más pura, nunca, ni aun sirviéndosela, la probaron siquiera, sino que tomaban el otro alimento [74].

99 Es verdad que sois alegres y los más hábiles de todos en gastar bromas. Pero esa no es ocupación propia de un pueblo. ¿Cómo lo iba a ser? Tampoco lo es de una ciudad, sino de un Tersites cualquiera. Pues aquél, como dice Homero, era de todos los griegos el más payaso de cuantos habían llegado a Troya, que ni siquiera hablaba con dignidad,

sino que lo que se le ocurría resultaba ridículo para los argivos... [75].

Pues lo bueno y apreciable no es lo que hace reír, sino lo que pone alegre; y los hombres buscan la risa por necesidad y falta de alegría. En todo caso, habéis oído hablar de la planta sardónica [76], que produce risa, pero amar-
100 ga, y que lleva a la perdición. No os aficionéis, pues, tanto a esa risa, ni hagáis decir que las Musas son ignorantes de la música, cargantes y necias, sino imitad, más bien, a Eurípides cuando dice:

Nunca dejaría de mezclar a las Gracias
con las Musas, unión la más agradable [77],

a fin de que el Museo no os parezca un lugar distinto a los demás que hay en la ciudad, ni tampoco como otros

---

[74] El estiércol, naturalmente.

[75] *Il.* II 214-215.

[76] Se trata de la hierba que la etimología popular ha relacionado con Cerdeña (Sardinia). Según Servio, *in Sardinia enim nascitur quaedam herba, ut Sallustius dicit, apiastri similis; haec comesa ora hominum rictus dolore contrahit et quasi ridentes interimit* (cf. la nota a la Égloga VII de Virgilio, verso 41, en la edición de A. Tovar, Madrid, 1936, pág. 96).

[77] *Her.* 673-675.

lugares que, según creo, hay y que llevan inútilmente una denominación, ya que no tienen realidad que acompañe al nombre.

Pero temo que me haya sucedido lo que cuentan de 101
cierto músico egipcio de la época más antigua. La divinidad le anunció en sueños, en cierta ocasión, que iba a cantar para las orejas de un burro. Durante un tiempo, por cierto, no prestó atención al tema ni hizo caso del sueño, pensando que no tenía sentido. Y cuando el rey de Siria llegó a Menfis [78] y, ante la sorpresa de los egipcios, lo mandó llamar, hizo con todo cuidado una demostración de lo más selecto de su arte. Pero cuando el rey, que no entendía de música, le mandó callar después de tratarlo con displicencia, el músico, acordándose de aquel sueño, dijo: «Entonces, esto es lo que quería decir 'cantar para los oídos de un burro'.» Por lo que el rey al oír de los intérpretes lo que aquel hombre había dicho, lo hizo detener y azotar, hecho que fue, dicen, motivo de una guerra.

[78] Esta noticia que nos ofrece Dión es la única que tenemos de esta graciosa anécdota.

XXXIII

EL PRIMERO EN TARSO DE CILICIA

INTRODUCCIÓN

Tarso, capital de Cilicia, cerca del extremo sur-oriental de la península de Anatolia, conoció en la Antigüedad días de gran esplendor, que Dión recuerda y ensalza. Asentada en una fértil llanura y atravesada por el río Cidno, fue residencia de los reyes y sátrapas persas. Allí vivían en un gran palacio Siennesis y Epiaxa, anfitriones de Ciro el Joven en el camino de su «Anábasis». Jenofonte describe con entusiasmo la «vasta y hermosa llanura» de su enclave. Y aunque sus soldados la saquearon en represalia por la muerte de unos compañeros, permanecieron luego en ella durante veinte días (*Anábasis* I 2).

Había sido colonia fenicia. Y después de diversos avatares, adquirió en tiempos de los reyes Seléucidas gran importancia política, social y cultural. En la época romana fue capital de la provincia de Cilicia. Después de la batalla de Filipos, permaneció leal a la causa de los césares, por lo que fue, primero, saqueada por Casio y, luego, favorecida por los vencedores y vengadores de César.

En ella nació el apóstol Pablo (*Act* 21, 39), fue educado (*Act* 22, 3) y residió incluso después de su conversión (*Act* 9, 11; 11, 25; *Gál* 1, 21). El futuro Apóstol de los Gentiles fue fabricante de lonas (*Act* 18, 3) y, a pesar de reconocer sus derechos a vivir de la evangelización, prefi-

rió hacerlo del trabajo de su profesión (I *Cor* 9, 12-18; 1 *Tes* 2, 9; *Act* 18, 3). Tarso tuvo precisamente una floreciente industria de telas, aunque Dión da de ciertas profesiones del género discutibles valoraciones sociales (XXXIV 23).

El discurso tiene una primera parte en la que el orador prepara a su auditorio para el tema poco agradable que viene a exponer. Se permite la libertad de teorizar sobre la importancia o necesidad del elogio y el reproche. Como en otro certamen legendario, aparecen aquí los dos poetas incomparables, Homero y Arquíloco (§ 11). El primero elogia y alaba cuanto menciona; el segundo censura y reprocha. Dión canta las excelencias de un reproche oportuno como más útil y eficaz para la salvación que los humos embriagadores del halago. Muchos pueblos han perecido por haberse dejado arrastrar hacia una vida fácil y no haber tenido un consejero valiente que haya puesto el dedo en la llaga.

Y Dión lo pone. Hacia la mitad del discurso, aborda por fin el tema central. Y aunque se supone que ya está captada la benevolencia, reclama el esfuerzo de su auditorio a fin de que adivine lo que él tiene reparo en explicar con claridad (§§ 31-32). Pues lo que sucede en Tarso es «una vergüenza», «una deshonra», «un ultraje», «una desgracia», «el colmo del libertinaje» (cf. 34-35).

¿Qué es ello? Pues un ruido habitual que se ha hecho práctica común en la ciudad. Un ruido que hacen todos —niños y ancianos— en todas partes y a todas horas. Un ruido que, con reparos, Dión define con el verbo *rénkō*. Los léxicos, empezando por la *Suda*, lo traducen por «roncar», «resoplar» y otras acciones parecidas. Pero no es fácil ni para Dión (§ 55) ni para nosotros decir exactamente de qué se trata. De los datos del discurso mismo podemos

aproximarnos a la realidad del concepto: se produce con la nariz (50); es una forma de respirar (34); lo hacen los que duermen incómodos, comen demasiado o se embriagan (33); es más propio de los ancianos (45); recuerda los ruidos de un burdel (36); no es ni un chasquido, ni un bufido ni un silbido (55), aunque lógicamente debe de ser algo parecido.

Dión pronuncia este discurso por invitación y con una gran dosis de confianza y relajación, permitiéndose el lujo de adornar su elocuencia con numerosas y oportunas citas de la literatura y de la historia.

EL PRIMERO EN TARSO DE CILICIA

Desconozco cuál pueda ser vuestro objetivo y qué pretendéis o deseáis cuando tratáis de que os dirijan la palabra hombres como yo: si es que pensáis que tenemos buena voz y que pronunciamos de un modo más agradable que los demás; o si estáis deseando que, como si fuéramos pájaros cantores, cantemos para vosotros; o si pensáis que tenemos, tanto en las palabras como en el pensamiento, un poder especial de persuasión realmente eficaz y terrible que llamáis retórica y que es la señora en el ágora y en la tribuna, o suponéis que vais a oír algún elogio dedicado a vosotros mismos o un himno público en honor de vuestra ciudad, o sobre Perseo, Heracles y el señor del tridente, sobre los oráculos recibidos, sobre cómo sois no sólo griegos sino también argivos y mejores todavía, o cómo tenéis de fundadores a héroes y semidioses, en especial a los Titanes [1]; además de, creo yo, sobre el país y las mon- 2 tañas que lo recorren, y sobre este Cidno, que es el más amable y hermoso de todos los ríos, de modo que los que beben de él, son dichosos y afortunados, según Homero [2]

1 (margin number at first line)

---

[1] En efecto, Perseo, Heracles, Posidón y los Titanes eran algunos de los dioses y héroes particularmente venerados en Tarso.

[2] Homero trata, más bien, del Esepo, río de la región de Troya (*Ilíada* II 825).

Porque esto es verdad, y continuamente lo estáis oyendo decir a los poetas en sus versos y a los demás hombres que se han dedicado a ese mismo oficio de hacer elogios; pues para ello hace falta una gran preparación y capaci-
3 dad. ¿Qué esperáis, por tanto, que os vamos a decir? ¿O qué es lo que, particularmente, os apresuráis a oír de hombres nada graciosos, y que no tienen la costumbre de hablar para agradar, ni son amigos de lisonjas, ni abordan sus discursos con arrogancia? Pues sé perfectamente que ni esperáis dinero de nosotros, ni ninguna otra clase de regalos.

Bueno, yo también voy a exponer mis propias conjetu-
4 ras. Tengo la impresión de que muchas veces habéis escuchado a hombres extraordinarios que aseguran saber todas las cosas y que de todas ellas tienen intención de decir cómo es su interna disposición y su naturaleza, tanto de los hombres como de las divinidades inferiores y de los dioses, e igualmente, de la tierra, el cielo y el mar, del sol, la luna y los demás astros, del mundo entero, de la generación y la corrupción [3] y de otras mil cosas. Primero, se acercan a vosotros y os preguntan de qué queréis que os hablen y de qué tema, o si, según Píndaro, de

Ísmeno o Melia, la de la rueca de oro, o de Cadmo [4],

y de lo que vosotros consideréis conveniente. A partir de ahí, cualquiera de ellos os espetará su discurso, incesante y copioso, como si dentro de él hubiera un río escondido.
5 Mientras le oís consideráis inútil e inoportuno examinar

---

[3] Título de una obra de Aristóteles.

[4] Ísmeno es un río de Beocia que riega la ciudad de Tebas (Píndaro, *Nemeas* IX 53; XI 46; Calímaco, *Delos* 77). Melia es una ninfa que, en Calímaco (*ibidem*), aparece asociada al Ísmeno. Cadmo fue, según la saga, el fundador de Tebas de Beocia.

con detalle lo que dice o desconfiar de un hombre tan sabio, antes por el contrario, os enorgullecéis con la fuerza y la agilidad de sus palabras y os alegráis profundamente cuando une, sin tomarse respiro, tal cantidad de expresiones; os pasa, en suma, como a los que contemplan a los caballos cuando corren a rienda suelta. Y sin sacar ningún provecho, os quedáis, sin embargo, admirados y decís: «¡Qué estupendo tesoro!» A pesar de todo, no son muchas veces los dueños los que manejan a los caballos, sino cualquier vil esclavo.

Una audición de esta clase, al ser una especie de es- 6
pectáculo y exhibición, tiene cierto parecido con las demostraciones de los llamados médicos, los cuales, sentándose en medio de la gente, hacen su relación de la unión de las articulaciones, de la conjunción y yuxtaposición de los huesos y de otros temas por el estilo, como los poros, la respiración y las secreciones, mientras los oyentes, en su mayoría, se quedan boquiabiertos y pasmados más que si fueran niños. Pero el auténtico médico no es así, ni habla de esta manera a los que están realmente necesitados —¿para qué?—, sino que prescribe lo que hay que hacer, retrae de comer o beber al que lo desea, y tomando al enfermo, le extirpa cualquier absceso de su cuerpo. Pues 7
es lo mismo que cuando los enfermos se reúnen para organizar un homenaje en honor del médico, y creen oportuno montar una fiesta; si no les sucede el plan según sus esperanzas, posiblemente, se indignan con el resultado. Eso mismo tengo la impresión de que les pasa a la mayoría de los hombres cuando se reúnen ante alguien como yo, y le piden que hable: que estando, evidentemente, ayunos de palabras verdaderas, encima esperan oír algo que resulte agradable y deleitoso.

¿Soportaríais, acaso, ¡por los dioses!, el que alguien no os hablara con absoluta libertad ni abordara todos los temas que os interesan, sino que hablara sólo de uno o,
8 a lo más, de un segundo tema? Tened cuidado, en tal caso, no sea que os pase lo mismo que a aquellos troyanos que molestaban a un cierto actor trágico que había llegado de visita y le rogaban que hiciera una demostración: consideró mejor no hacerles caso y quedarse tranquilo, «pues, dijo, cuanto mejor haga yo mi representación, tanto más desgraciados os sentiréis vosotros». Por tanto, es mejor para la mayoría dejar que el filósofo siga callado [5].

9 Considerad esta ilustración del asunto. Los atenienses, acostumbrados a oír hablar mal de sí mismos, y acudiendo, por Zeus, al teatro precisamente para eso, para ser ultrajados, convocaron, no por ocurrencia suya sino por consejo del dios, un certamen con premio para los que mejor lo hicieran. Y así escuchaban a Aristófanes, a Cratino [6] y a Platón [7] sin hacerles daño alguno. Pero cuando Sócrates, sin tramoya ni escenario, intentó cumplir el mandato del dios, como no recurrió a bailes vulgares ni a can-
10 turreos, no lo pudieron soportar. Y es que aquellos poetas, mirando con desconfianza y temiendo al pueblo, procuraban halagarlo como se halaga a un amo, mordisqueándolo suavemente y entre risas; lo mismo que actúan las nodrizas con los niños cuando quieren hacerles tomar alguna bebi-

---

[5] El poeta molestaría a los troyanos, si les representaba la caída de Troya. El filósofo a los ciudadanos de Tarso, si les recordaba sus obligaciones.

[6] Cratino, poeta de la Comedia Antigua (500-420 a. C.), se distinguió por sus sátiras y parodias contra personas y situaciones.

[7] Comediógrafo contemporáneo de Aristófanes. La *Suda* enumera treinta títulos de este escritor (dintinto del gran filósofo), títulos en los que aparece el nombre del político a quien se fustiga en la obra.

da desagradable, presentándoles la copa después de untarla con miel. Por eso, los poetas cómicos hacían tanto daño como provecho al llenar la ciudad de arrogancia, de burlas y bufonadas, mientras que el filósofo censuraba y amonestaba.

Ahora bien, a partir de lo que os voy a decir, compren- 11
deréis sin dificultad, cuánto mejor es vituperar y poner al descubierto la necedad y maldad de cada uno, que halagar con palabras y enervar con elogios a los oyentes. Pues habiendo existido desde que el mundo es mundo dos poetas, con quienes ningún otro merece compararse, Homero y Arquíloco [8], Homero es de los dos el que lo elogió prácticamente todo, animales, plantas, agua, tierra, armas, caballos. Y no hay cosa de la cual hiciera mención, que quedara, por así decirlo, sin alabanza y honra. De uno solo, y de nadie más, entre todos, habló mal: de Tersites [9].
Y de él dice, sin embargo, que fue un orador de voz fina. 12
Arquíloco, en cambio, se inclinó hacia lo contrario, hacia la censura, al ver, creo yo, que los hombres estaban más bien necesitados de ella; pero se censuró en primer lugar a sí mismo. Por eso, no sólo después de su muerte, sino antes de nacer, fue el único de quien la divinidad dio el más alto testimonio; pues al que lo mató, sacándolo Apolo de su templo, le comunicó que había matado a un servidor de las Musas. En segundo lugar, al responder en su defensa aquel hombre que lo había matado en un acto de guerra, Apolo le volvió a decir que Arquíloco era un servidor de las Musas. Y a su padre que consultaba el oráculo antes

[8] VELEYO también elogia a Homero y a Arquíloco como los más grandes de los poetas (I 5).

[9] El retrato de Tersites aparece en la *Il.* II 211-219. Pero luego, por boca de Odiseo, dice el poeta que Tersites es un orador elocuente (v. 246).

del nacimiento de Arquíloco, se le contestó que le nacería
13 un hijo inmortal. De modo que quien es capaz de censurar y vituperar, y de publicar mediante la palabra los defectos humanos, evidentemente es mejor y más estimado que los que se dedican a alabar. Por tanto, si vosotros os deleitáis más con las alabanzas, debéis dirigiros a otra clase de hombre. Y cuando veáis a alguien que se halaga lo primero a sí mismo en todo lo que hace, se da gusto en la comida y en el vestido, y va por ahí presumiendo, pensad que ése tratará de halagaros también a vosotros, y esperad de él esas palabras agradables que vosotros denomináis «ala-
14 banza», palabras delicadas de un hombre delicado. Mas cuando veáis a alguien adusto, apocado, que camina solo, que se examina y reprende primero a sí mismo, no busquéis en un hombre así ninguna lisonja ni engaño, ni aquel modo de hablar ingenioso y agradable que se lleva principalmente en el trato con la multitud, con los sátrapas y los reyes.

No son así los sirvientes de aquéllos,
sino jóvenes vestidos ricamente de mantos y túnicas,
con la cabeza siempre perfumada y el rostro hermoso [10].

Pues éstos, como quien va de francachela, han llegado a la vida tocando, cantando y emborrachándose, creyendo que han sido lanzados a una fiesta y a un festival de
15 gente corrompida. Pero aquél, al ver cuánto hay de horrible y desagradable, y que todo está lleno de adversarios políticos y enemigos personales, y que reinan el lujo y el engaño,

[10] *Odisea* XV 330-332.

se castiga a sí mismo con vergonzosas heridas,
se echa unos harapos sobre los hombros como si fuera
[un criado,
y se adentra en la ciudad de amplias calles y afeminados
[varones[11],

sin pensar en hacer mal a sus vecinos, como cuando Odiseo se presentó de esta manera tramando la ruina de los pretendientes, sino que al contrario, busca si puede hacerles algún bien sin que se enteren.

¿Por qué, entonces, molestáis a un hombre así o por qué invitáis a una persona desagradable y que os va a resultar un orador medio salvaje? Porque vuestros oídos no están preparados para aceptar palabras ásperas y duras: sino que lo mismo que son débiles las pezuñas del ganado que se cría en lugares blandos y llanos, igualmente son delicados los oídos educados entre lisonjas y palabras engañosas. ¿A qué, pues, tanta prisa por oír lo que no vais 16
a soportar? Os ha pasado, ciertamente, lo mismo que, según Esopo, les pasó a los ojos, cuando creían ser ellos la parte más importante del cuerpo, pero veían que la boca disfrutaba de las demás cosas y, en particular, de la miel, que es lo más rico de todo. Se enfadaron y se lo echaron en cara al hombre. Pero cuando el hombre los untó con miel, se sintieron doloridos, derramaron lágrimas y consideraron el gesto áspero y molesto. No busquéis, por tanto, vosotros también sacar gusto a las palabras que encierra la filosofía, como les pasó a los ojos con la miel, porque

---

[11] *Od.* IV 244-246. En los versos citados por Dión se trata de la visita que hace Odiseo a Troya y no de su regreso a Ítaca, como parece haber entendido el orador.

luego, creo yo, doloridos, os disgustaréis y diréis quizá que aquello no es en modo alguno filosofía, sino ultraje y daño.

17 Vosotros, varones de Tarso, os consideráis felices y dichosos, porque habitáis una ciudad grande, y cultiváis una tierra fértil, y así veis que vuestras provisiones son abundantísimas y generosísimas. Y es que este río vuestro fluye por el centro de vuestra ciudad y, además, Tarso es la capital de todas las ciudades de Cilicia. En contraposición a esto, Arquíloco, de quien he dicho que agradaba a Apolo, hablando de un general dice de este modo:

No me gusta el general alto, ni de piernas abiertas,
ni ufano con sus rizos ni afeitado[12];

sino tenga yo —dice— uno que sea patizambo, se manten-
18 ga firme y sea lampiño de piernas. Así que no vayáis a creer que si no amaba a un general tal como el que describe, ni medía la utilidad de un general por el tamaño de su cuerpo ni por su cabellera, iba a elogiar a una ciudad que continuamente se fija en cosas tales como ríos, baños, fuentes, pórticos, cantidad y tamaño de las casas. Pues estas cosas se parecen sencillamente a la cabellera y a los rizos en el hombre. Yo, al menos, tengo la impresión de que hubiera preferido una ciudad pequeña y débil, pero prudentemente administrada, aunque estuviera sobre una roca.

19 Arquíloco hablaba así; pero ¿cómo lo hizo Homero? ¿No era Odiseo un isleño, y de una isla corriente? ¿Y cómo no, si ni siquiera era de una de las islas fértiles, sino

---

[12] Arquíloco, 60, D. Cf. F. Rodríguez Adrados, *Líricos Griegos*, I, pág. 81; frag. 166 de Arquíloco. Los dos últimos versos han sido modificados por Dión.

de una de la que sólo pudo decir al querer elogiarla que era criadora de cabras? [13]. Sin embargo, afirma que Troya, una ciudad tan grande que dominaba a tantos pueblos

cuantos abarca Lesbos, morada de los dioses,
y la Frigia superior y la inmensidad del Helesponto [14],

y a la que, según Homero, todos denominan «rica en oro», «rica en bronce» [15], fue tomada gracias al consejo y a la
astucia de aquel hombre. ¿Acaso aprovecharon a los tro- 20
yanos la magnitud de su riqueza, o la cantidad de súbditos o aliados, o la belleza de sus llanuras o del Ida, o del Simois, o del Janto «de remolinos lleno»

al que Zeus dio el ser [16]?

De todos modos, dice Homero que también hay unas fuentes absolutamente hermosas en el arrabal de la ciudad, una caliente y de agua agradabilísima, como que de ella se desprende humo, y la otra, parecida al hielo por su frialdad en verano, de tal modo que tanto en verano como en invierno pueden lavar cómodamente en ellas las hermo-
sas hijas de los troyanos [17]. Sobresalían los troyanos no 21
sólo por su riqueza, la excelencia de su tierra y la multitud de sus moradores, sino también porque nacían entre ellos hombres hermosísimos, tanto varones como mujeres, y caballos rapidísimos, de modo que tenían el convencimiento de que eran amados de los dioses. Estaban protegidos por

---

[13] *Od.* IV 606.

[14] *Il.* XXIV 544-545.

[15] *Ibid.*, XVIII 288-289.

[16] *Ibid.*, XIV 434.

[17] *Ibid.*, XXII 147 ss.

una muralla muy sólida, muralla que, según ellos, era obra de Posidón y de Apolo [18]. El mismo Zeus había dicho que de todas las ciudades que existían bajo el sol era aquella la que más amaba [19]. Era tal la rapidez de sus corceles, que podían correr sobre la punta de las espigas. Por la belleza de Ganimedes, Zeus lo hizo su copero [20]. A Alejandro lo siguió desde Grecia la más hermosa de las mujeres de entonces [21]. Y de Casandra dice Homero que en belleza no le iba a la zaga a Afrodita [22].

22 Pero, sin embargo, una vez que la molicie y la insolencia se apoderaron de los troyanos, y creyeron que nada necesitaban ni de educación ni de sensatez, llegaron a ser con mucho los más desgraciados de todos los hombres. ¿No está acaso la tierra toda inundada con el relato de sus desgracias? De nada les sirvieron ni la rapidez de sus corceles, ni Zeus ni Ganimedes, sino que perecieron bajo la acción de un hombre, natural de una ciudad tan mísera como desconocida. Y así, aquel ciudadano de Ítaca supo imponerse a todos los hombres de Ilión, y saquear y destruir toda aquella ciudad de anchas calles.

23 Ya veis, pues, que ni los dioses siquiera aman ya a los libertinos, insensatos, desenfrenados y dados a la insolencia, la comodidad y el lujo. Por lo tanto, no confiéis en quienes con sus palabras os halagan y manifiestan admiración, ni aceptéis tampoco a quienes son hábiles en tejer alabanzas, ya que son personas que os engañan y os

---

[18] Homero nos transmite esta leyenda, aunque atribuye la construcción de los muros de Troya a Posidón. Febo-Apolo trabajó como boyero en los bosques de Ida (*Il.* XXI 441-449.

[19] *Ibid.,* IV 44-47.

[20] *Ibid.,* XX 232-235.

[21] Era Helena, esposa de Menelao.

[22] *Il.* XXIV 699.

envalentonan inútilmente como a niños pequeños, sino aceptad más bien a aquel que os señale alguno de vuestros errores y, sobre todo, os capacite, si puede, para pensar. Pues por esas cosas, como ya he dicho, no sois felices. Ni siquiera, aunque el Nilo atravesase vuestra ciudad con aguas más claras que las de Castalia [23]; ni aunque el Pactolo [24], surgiendo aquí, os trajera el oro, pero no en pepitas como a los lidios de la Antigüedad, según cuentan, sino en tanta cantidad como el barro; ni aunque sobrepasarais a Egipto y a Babilonia por la magnificencia de vuestras construcciones. Porque si pudieran hacer felices a los hombres cosas 24
tales como un río, la mezcla de aires, o la situación del territorio, o incluso los puertos de mar, los templos o las murallas, no sería posible enumerar las ciudades que os superan.

Habéis oído hablar de los famosos bizantinos [25], que viven a la entrada misma del Ponto, donde algunas veces los peces saltan a tierra espontáneamente. Nadie diría, sin embargo, que son felices por los peces, a no ser que uno llame también felices a las gaviotas; como los egipcios tampoco lo son por el Nilo, ni los babilonios por sus murallas. ¿No fluye el Peneo a través de una rica Tesalia? ¿Y el 25
Ladón, a través de una Arcadia que ha quedado desolada? ¿Y no es el Cidno mismo más puro por allá arriba? ¿Vais a decir, por eso, que esos pueblos son mejores que vosotros? A lo mejor tenéis razón si lo decís, aunque no creo

---

[23] Es la fuente sagrada que brota de las rocas del Parnaso junto a los propileos del santuario de Delfos.

[24] El Pactolo, río de Lidia, afluente del Hermo, arrastraba en su corriente pepitas de oro (HERÓDOTO, V 101).

[25] Los habitantes de la antigua Bizancio, ciudad situada a la entrada del Bósforo.

que lo digáis. Pero los que no conocen la molicie ni la picardía, ésos, digo yo, se portan mejor. Y ¿qué pasó en la misma Italia? ¿No pereció Síbaris [26] tanto más rápidamente cuanto más muellemente vivió? Y Crotona, Turios, Metaponto y Tarento, que fueron tan florecientes y alcanzaron tan inmenso poderío, ¿no son ahora las más desoladas de todas las ciudades?

26 Sería un trabajo ímprobo enumerar todos los pueblos que han perecido por el lujo excesivo: en la Antigüedad, los lidios y los medos; antes todavía, los asirios; últimamente, los macedonios. Éstos, que poco antes se habían despojado de los andrajos, tenían fama de pastores y guerreaban con los tracios por los campos de mijo, dominaron a los griegos, pasaron al Asia y extendieron su poderío hasta la India. Pero cuando se hicieron con los bienes de los persas, se les vinieron encima también sus males.
27 Por eso, a la vez que los cetros, los vestidos de púrpura y los manjares medos, también desapareció su raza. Y si uno pasa ahora por Pela, no verá la más mínima señal de una ciudad, excepto la gran cantidad de cerámica hecha trizas que hay en aquel lugar [27]. Sin embargo, el territorio de las ciudades que he mencionado y de sus gentes continúa tal como estaba antes. De modo que nadie ha cambiado hacia otro lugar el curso de los ríos; ni cosa alguna por el estilo es ahora diferente. Pero, sin embargo, las ciu-

---

[26] Síbaris, paradigma del lujo y de la vida muelle, pereció a manos de su vecina Crotona el año 510 a. C.

[27] La cerámica es uno de los signos inconfundibles que delatan la existencia de una población antigua. Por su fragilidad y constante renovación, es un medio de excepcional importancia para determinar la cronología de un lugar arqueológico. En muchas ciudades de Oriente hay verdaderos vertederos de fragmentos de cerámica.

dades a las que llega el lujo y la molicie, no hay forma de que duren largo tiempo.

No penséis, por tanto, que los arietes, las torres de asalto 28
y demás máquinas [28] son capaces de destruir como la molicie, tanto si uno quiere hacer caer a un hombre, como si quiere hacer caer a una ciudad. No es un río, ni un llano, ni un puerto de mar lo que hace próspera una ciudad, ni la abundancia de riquezas ni de edificaciones, ni los tesoros sagrados, cosas a las que la divinidad no presta la menor atención, ni aunque se pudieran transportar las montañas y los peñascos a las ciudades con grandes molestias, trabajos e infinitos gastos [29]. Y es la sensatez y el buen juicio lo que da la salvación. Estas cosas hacen dichosos a quienes las emplean; estas cosas hacen a los hombres amados de los dioses, y no el incienso y la mirra —¿cómo iba a ser así?—, ni tampoco las raíces o la destilación de los árboles, ni las maderas de la India o de Arabia. Pero vosotros, si por casualidad el río cambia su cur- 29
so y baja más turbio, os disgustáis y explicáis la causa a los que acaban de llegar por vez primera. En cambio, no os preocupáis de ver cómo cambia el estilo de la ciudad y cómo se va degradando y complicando cada vez más. Pues mientras el agua, no sólo queréis beberla pura, sino también ver que lo está, no os preocupáis de tener un modo de ser puro y moderado. Se puede, además, oír muchas 30
veces a gente que dice: «No somos nosotros los únicos que hemos cambiado, sino prácticamente todo el mundo.»

[28] Demetrio Poliorcetes, rey de Macedonia (336-283 a. C.), debe su sobrenombre al hecho de ser el inventor de máquinas de guerra y sistemas ingeniosos para el asalto de las ciudades. Hasta entonces, las ciudades amuralladas sólo podían ser tomadas por traición, astucia o hambre.

[29] Para poner cimientos y edificar murallas.

Esto es lo mismo que si alguien, en medio de una epidemia, al ver que todos o casi todos están enfermos, no tomara ninguna precaución para estar sano. O también, por Zeus, si uno que está en el mar, metido en plena tempestad, al ver que los demás de la nave corren el mismo peligro, no hiciera nada por salvarse. Entonces, ¿qué? ¿Sería un suceso menos insólito si se hunde todo el pasaje?

31 —¿Pero en qué fallamos nosotros?, se dirá.

Voy a omitir lo demás; pues sería de risa que a uno que ignora totalmente el arte de tocar la lira, si por casualidad la tocara, alguien pretendiera explicarle en qué se ha equivocado o qué sonido había omitido. Y es que sólo vale la pena hablar de lo que nadie pueda negar. Me voy a referir a cierta experiencia sorprendente que tuvieron muchos en esta ciudad y que anteriormente oía yo que sucedía
32 en otras partes, pero no entre vosotros. Y si no logro explicar con claridad en qué consiste, intentad vosotros adivinarlo. No creáis que se trata de ningún secreto ni de algo que suelen ocultar quienes lo practican, aunque a los demás les parezca en extremo sorprendente. Por ejemplo que mientras caminan erguidos o hablan, muchos de vosotros están medio dormidos; y aunque a la mayoría le parezca que están despiertos, no tendría ningún sentido, pues también algún inexperto dirá que las liebres están despiertas aunque las vea dormidas [30]. ¿De dónde se ha llegado a esa conclusión? De las otras señales que manifiestan que duermen, ya que sus ojos siguen abiertos.

33 ¿Qué es lo que se hace en Tarso y que es propio de personas dormidas? Pues muchas y diferentes cosas; ya que casi todo lo que aquí se hace parece cosa de sueños. Por

[30] Los antiguos eran ya conscientes de esta particularidad de las liebres (cf. la *Suda;* PLINIO, *Historia Natural* XI 147).

ejemplo, las gentes se alegran y se entristecen sin motivo; se envalentonan y sienten miedo sin que exista una razón; se interesan vivamente por algo y aspiran a lo imposible; creen que existe lo que no es real y son incapaces de percibir la realidad. Sólo que estas cosas son, quizá, comunes a todos nosotros. Pero lo que hacen, y es la más evidente señal de que están dormidos, es que andan como roncando [31]. Y, por los dioses, que no se me ocurre una palabra más decorosa. Sin embargo, entre los que duermen, son pocos los que padecen estos efectos, mientras que, entre los demás, eso les pasa a los que se embriagan, a los que se hartan de comer y a los que duermen incómodamente.

Pero yo afirmo que esta manera de comportarse es una 34
vergüenza para la ciudad y una deshonra pública; que ultrajan gravísimamente a su patria los que andan así dormidos todos los días, y que por eso, debieran ser desterrados no sólo de vuestra ciudad sino de todas partes. Porque lo que está sucediendo ni es una cosa sin importancia ni ocurre raras veces, sino siempre y en cualquier lugar de la ciudad, aunque algunos amenacen, hagan bromas o se burlen. Y por lo demás, se ha hecho ya costumbre hasta en los niños más pequeños; y entre los mayores, los que tienen fama de respetuosos, se dejan llevar muchas veces de ese hábito como si se tratara de una práctica local, y aunque traten de cambiar de actitud, acaban volviendo a respirar de la misma manera.

Por lo tanto, si existiera una ciudad así, en la que se 35
oyera a la gente lamentarse continuamente y no pudiera

[31] El verbo griego, que Dión emplea para designar el ruido molesto que se hace en Tarso (*rénkō*) puede significar «roncar», «resoplar de un caballo» y cosas parecidas. Es el motivo básico de este discurso, como ya se dijo en la Introducción.

nadie dar ni un paso sin oír esos sonidos, ¿habría, por Zeus, alguien que quisiera ir allí de visita? Y, bueno, lamentarse podría decirse que es señal de desgracia, pero lo de aquí es señal de desvergüenza, del colmo del libertinaje. Se comprende, pues, que la gente quiera tratar a hombres desgraciados más que a libertinos. A mí mismo, no me gustaría estar continuamente ni siquiera oyendo tocar la flauta. Sino que si hubiese un lugar así en el que continuamente estuviesen sonando las flautas, los cantos o las cítaras, como cuentan que es el escollo de las Sirenas, lleno
36 siempre de música, yo no podría irme a vivir allí. Pero un ruido como éste, rústico y molesto, ¿qué hombre moderado podría soportarlo? Y si alguien, al pasar junto a un edificio, oye esos ruidos, dirá seguramente que es un burdel. ¿Qué se dirá de una ciudad en la que prácticamente en todas partes predomina un solo ruido sin que se haga excepción del momento, día o lugar, sino que en las callejas, en las casas, en las plazas, junto al teatro, en el gimnasio, prevalece esa práctica? Yo no he oído, hasta ahora, a nadie que toque la flauta en su ciudad desde la aurora, pero esta sorprendente música se pone en marcha tan pronto como rompe el día.

37 Y no se me oculta que algunos quizá piensen que desvarío al investigar estas cosas, y que este problema no tiene importancia siempre que sigáis acarreando vuestras verduras y encontréis en el mercado panes en cantidad, salazones o, incluso, carnes. Pero que examinen el asunto de esta manera: si alguno de ésos fuera a una ciudad en la que todos señalan con el dedo corazón lo que quieren señalar [32], y si alguien tiene que dar la mano, la da de

[32] Ese gesto, considerado como indecente también en nuestros días, tenía ya en la Antigüedad la misma interpretación. (Cf. ARISTÓFANES, *Nubes* 653; JUVENAL, X 53.)

ese modo, y si la extiende, hace lo mismo, tanto el pueblo para votar como los jueces para aportar su sufragio, ¿qué clase de ciudad pensará que es ésa? ¿Y qué, si todos van caminando con la ropa remangada como si estuvieran en
un charco? ¿No sabéis, acaso, que el asunto vuestro de 38
los sonidos es lo que ha servido de pretexto para hablar mal de vosotros, de modo que los que se sienten enemigos vuestros encuentran públicamente cosas que decir en contra de la ciudad? ¿Por qué creéis que os llaman Cércopes [33]? Y, sin embargo, dicen que no debe importaros ni a vosotros ni a los demás lo que otros cuentan, sino lo que vosotros mismos hacéis. Ahora bien, si les sobreviniera a algunos una enfermedad tal que todos hablaran con voz de mujer, y nadie, ni joven ni anciano, pudiera decir nada con voz de hombre, ¿no parecería una cosa bien triste y más insoportable, creo yo, que cualquier epidemia, como para acudir al santuario del dios y tratar de hacer propicia a la divinidad con muchas ofrendas? Y, sin embargo, emitir una voz de mujer es emitir una voz humana, de modo que nadie podría tomar a mal el oír a una mujer.
Pero esta clase de sonidos ¿a quién pertenece? ¿No es más 39
bien propia de andróginos? ¿No es como la voz de aquellos a los que se les han extirpado los testículos? Pero éstos no lo hacen ni siempre ni ante todo el mundo, sino que es como su propia marca distintiva.

¿Es que, si todos caminarais con los vestidos ajustados o tocando el tambor, tampoco os parecería lamentable? Y si tuvierais una ciudadela o, por Zeus, un monte por detrás de vosotros como tienen otras ciudades, en donde cuando uno sube, ya no pudiera oír claramente a los de-

[33] Duendecillos graciosos de la mitología, a quienes encadenó Heracles, pero a los que dió libertad como premio a sus chistes.

más, sino sólo el murmullo de conjunto, ¿qué clase de sonido os parece que llegaría? ¿No sería, evidentemente, el de la mayoría que predomina como en un todo armónico?
40 Pues bien, por el ruido que se oye se debe conjeturar sobre las personas que lo hacen; como cuenta Homero de Odiseo, cuando se acercaba a su propia casa, que no esperó hasta ver a los pretendientes banqueteando, sino que enseguida dijo a Eumeo, en cuanto le llegó el sonido de la lira, que

conocía, ciertamente, que eran muchos los que allí ban-
[queteaban[34].

Y de nuevo, cuando desde la isla de los Cíclopes le llegaron sones de ovejas que balaban y voces de personas, como si, creo yo, llevaran a pacer las ovejas, comprendió
41 que aquél era un país de pastores. Ahora bien, si por el ruido que llega de lejos, alguien tuviera que imaginarse cómo sois vosotros, ¿qué clase de hombres supondría que sois y qué pensaría que estáis haciendo? Porque vosotros no sois capaces de apacentar ni bueyes ni ovejas. Y ¿qué se os podría llamar: «colonos de Argos», como decís vosotros, o más bien, colonos de los famosos Aradios[35]? ¿Y se os podría llamar griegos, o los más libertinos de los fenicios?

Yo, la verdad, creo que en una ciudad así le conviene al hombre sensato taponarse con cera los oídos más que si navegara casualmente junto a las Sirenas, puesto que aquí sí que hay peligro de muerte, de desenfreno, de inso-
42 lencia, de la más completa ruina. Además, no hay en

---

[34] *Od.* XVII 269.

[35] Pequeña isla frente a la costa de Fenicia.

esa práctica deleite alguno, ni afán por aprender. Y si antes prevalecía el consejo de los mejores, ahora prevalece, al parecer, el de los peores. Cualquiera podría encontrar sorprendentes las razones por las que aquí la mayoría se esfuerza celosamente en seguir esa costumbre, de forma que está continuamente creciendo. Del mismo modo que dominó en otro tiempo el modo musical jónico, y el dorio, y también el frigio y el lidio, así ahora predomina la «música» de los aradios y os gustan más las tonadas de los fenicios, y preferís extraordinariamente su ritmo, como otros prefieren el ritmo espondaico. ¿O es que también 43
ha aparecido una raza de hombres con sentido musical en las narices —como dicen de los cisnes, que lo tienen en las alas—, de modo que a la manera de los pájaros de voz sonora se deleitan unos a otros en las calles y en los banquetes sin necesidad de lira ni de flauta? Pues mientras estos dos instrumentos son ciertamente antiguos, y su música es dura y rústica, en la actualidad florece otra moda, mejor y más agradable que las liras. Por eso, con el tiempo, formaremos incluso coros de niños y doncellas cuidadosamente preparados para que canten acompañados por esta música [36].

Sé muy bien que os sentís molestos al oírme, pues a 44
lo mejor pensabais que os iba a hablar sobre las estrellas o el globo terráqueo, pero ya os dije de antemano que no ibais a recibir con agrado mis palabras. Algunos de vosotros os enfadaréis incluso y afirmaréis que yo ultrajo vuestra ciudad; en cambio, no reprendeis a los que hacen esas cosas. Algunos, quizá, se burlen porque no he sabido encontrar un asunto más importante de que hablar. Pero

[36] Ironía de Dión, un tanto cruel.

yo veo que también los médicos tocan, algunas veces, cosas que no querrían tocar, y no por cierto las partes más hermosas del cuerpo; como sé también que muchos enfermos, al ser curados, se enfadan cuando se les toca en la parte dolorida. Y lo mismo que el médico desgarra muchas veces y corta la parte herida aunque grite el enfermo, no dejaré yo de hablar de este tema hasta que os sintáis realmente conmovidos. Aunque en este discurso tenéis una medicina muy suave y, desde luego, menos fuerte de lo que haría falta.

45 Veamos, pues, por Heracles y Perseo, por Apolo y Atenea, y por los demás dioses a quienes honráis, respondedme sinceramente si alguien de vosotros querría tener una mujer así; quiero decir, una mujer a la que se la denominara habitualmente por esta actividad, lo mismo que a otras se las llama citaristas y, por Zeus, flautistas o poetisas y otras cosas por el estilo de acuerdo con las demás ocupaciones. Y no lo toméis a mal ni os enfadéis. Pues son palabras que brinda el asunto mismo a quien desea hablar sobre el tema, no cosas que yo me he inventado sacándolas de otro contexto. Ciertamente, con una mujer así ninguno de vosotros querría convivir ni por quinientos talentos, creo yo. ¿Preferiría, entonces, tener una hija así? Ahora que, por Zeus, no sería tan molesto tener una madre semejante y mantenerla en su ancianidad, si es verdad que esa práctica es, como parece, digna y hasta conveniente en los
46 ancianos. Mas si no soportáis oír ese ruido en el caso de vuestra esposa o de vuestra hija, ¿no os parece horrible habitar en una ciudad o una patria semejante? Y lo que en todos los aspectos resulta más insoportable es que la ciudad no era así desde el principio, sino que la estáis haciendo vosotros así. En cualquier caso, esta ciudad es vuestra metrópoli, de modo que también tiene la dignidad y

la categoría de una metrópoli [37]. Sin embargo, no tenéis en cuenta ni su nombre, ni su antigüedad ni su fama. Pues si, como es lógico y se cuenta, los héroes funda- 47
dores o los dioses visitan sus propias ciudades, y permanecen invisibles para todos los demás en sacrificios y fiestas oficiales, ¿qué pensaríais si se presentara Heracles, vuestro fundador, por arder esa pira tan hermosa que hacéis en su honor? ¿Creéis que se complacería particularmente al oír un sonido semejante? ¿No preferiría marcharse a Tracia o a Libia y se presentaría a los descendientes de Busiris [38] o de Diomedes [39] cuando ofrecen sacrificios? ¿O es qué no creéis que Perseo sobrevoló realmente vuestra ciudad?

Pero ¿qué necesidad hay de recordar a los dioses? 48
El mismo Atenodoro [40], que llegó a ser vuestro gobernador y al que Augusto tenía en gran estima, ¿pensáis, acaso, que si hubiera conocido cómo es ahora vuestra ciudad, hubiera preferido vivir aquí a vivir con el emperador? Y es que antes vuestra ciudad tenía fama de ordenada y sensata, y de que producía hombres sensatos y ordenados. Pero ahora me temo que ocupe la posición contraria, de

---

[37] La palabra griega «metrópolis» podría traducirse también por «madre-patria» o «ciudad-madre». Por ello, su conducta tiene mayor sentido de ejemplaridad.

[38] Rey de Egipto e hijo de Posidón, mandó matar a todos los extranjeros, incluido Heracles, para alejar la sequía; pero fue sacrificado con toda su servidumbre por Heracles.

[39] Este Diomedes, rey legendario de Tracia, alimentaba a sus caballos con carne humana, hasta que Heracles lo mató y arrojó su carne a los caballos.

[40] Atenodoro de Tarso, filósofo estoico, fue uno de los sabios griegos que vivieron en Roma como maestros de personas distinguidas. Fue muy apreciado por Augusto y Cicerón, y cultivó la amistad con Catón de Útica.

modo que se la puede designar con cualquier nombre; si bien muchas de las cosas que todavía se conservan, manifiestan de algún modo lo sensato y austero de la antigua educación: entre otras, la costumbre sobre el vestido de las mujeres, el que se arreglen y caminen de tal modo que nadie pueda ver la más mínima parte ni de su cara ni del resto de su cuerpo, ni ellas a su vez vean nada de lo que
49 queda fuera de la calle [41]. Sin embargo, ¿qué es lo que podrían ver ahora, oyendo lo que oyen? Por eso, se pierden la mayoría de las mujeres después de empezar su corrupción por los oídos. Pues el libertinaje penetra desde todas partes no sólo a través de los oídos sino también de los ojos. Y así, caminan las mujeres con los rostros cubiertos, pero con el alma descubierta y abierta de par en par. Y ésa es la razón por la que ven con mayor agudeza con un solo ojo, como si fueran agrimensores.

50 Esto es evidente también por lo que se refiere al defecto de la nariz, y lo demás seguirá también, por necesidad, el mismo ritmo. Porque no creáis que así como otras enfermedades atacan muchas veces ciertas partes de otras gentes, como las manos, los pies o la cara, así también entre vosotros, una enfermedad propia del país se ha apoderado de vuestras narices. Y tal como cuentan que Afrodita, encolerizada con las mujeres de Lemnos, les corrompió las axilas, también aquí pensáis que las narices de la mayoría han quedado corrompidas por el rencor de alguna divinidad, y que por eso emiten semejante ruido. ¿Que cómo es posible? Pues porque es la señal del colmo de la insolencia, de la falta de sentido y del desprecio por todo lo que es bueno, así como la idea de que no hay nada que sea

[41] Esta costumbre, de origen oriental, recuerda el velo con el que las mujeres musulmanas cubren su rostro.

indecoroso. Me refiero al hecho de que esas mujeres se 51
portan igual cuando conversan, caminan y miran. Y si no pueden hacer con los ojos nada que llame la atención como para que todos se vuelvan a mirarlas, o todavía no han avanzado tanto en esas artes, tampoco tienen nada respetable en lo demás.

¿A qué os enfadáis, entonces, con los habitantes de Egas y de Adana [42] cuando os ultrajan, y no desterráis de la ciudad a vuestros conciudadanos que con su actitud dan testimonio de que aquéllos dicen la verdad? Tal vez no 52
os deis cuenta de que hacer algo prohibido o antinatural queda en mera sospecha la mayoría de las veces, y nadie, entre la gente, ha visto nada, ya que es en la oscuridad y a escondidas donde esos pobres diablos cometen sus fechorías. Pero éstas son las señales de un intemperancia que indican su modo de ser y su disposición: la voz, la mirada, la compostura, y también otras cosas que, por cierto, parecen pequeñas y sin razón alguna, como el corte de pelo, la manera de andar, los movimientos de los ojos, la inclinación del cuello, la costumbre de hablar con las manos vueltas hacia arriba. Y no penséis que la música de flauta, la de las liras y los cantos pone de manifiesto, unas veces, lo masculino y, otras, lo femenino, pero que en esos gestos y esas prácticas no hay ninguna diferencia, como tampoco hay en todo esto ningún fundamento para distinguir ambos sexos.

Pero yo deseo contaros un suceso que posiblemente 53
habéis oído también en otra ocasión. Cuentan que una de las personas inteligentes de Tarso llegó a una cierta ciu-

[42] Egas y Adana son ciudades de Cilicia situadas en las cercanías de Tarso. Adana, en concreto, es una de las ciudades más importantes de la Turquía actual.

dad. Aquel hombre era de los que se dedican por oficio a conocer enseguida el carácter de cada uno y detallar sus cualidades, sin que se equivoque con nadie. Y así como nosotros reconocemos a los animales sólo con mirarlos, y sabemos, por ejemplo, que éste es una oveja, si es el caso; aquél, un perro; el otro, un caballo o un buey; así también aquel hombre conocía a los hombres con sólo mirarlos, y podía decir: «Éste es valiente; aquél, cobarde; el otro, arrogante; el de más allá, insolente, depravado o
54 adúltero.» Pues bien, como era maravilloso haciendo demostraciones y nunca se equivocaba, le presentaron un individuo rudo de cuerpo y de corrido entrecejo, sucio y grosero de porte, con callos en las manos, vestido con ropaje pardo y áspero, peludo hasta los tobillos y con un corte de pelo descuidado, y le pidieron con encarecimiento que dijese qué era aquel hombre. Él, después de mirarlo mucho tiempo, vacilando en decir, creo yo, lo que se le ocurría, dijo finalmente que no comprendía aquel caso, y ordenó que se marchara. Pero cuando ya se retiraba el individuo, estornudó. Y al instante, el adivino gritó que se trataba de un depravado.

55 Si, por lo tanto, en un hombre, el estornudo demostró su manera de ser, mientras que las demás cosas bastaba con no ocultarlas, ¿a una ciudad no podría uno acusarla de algo parecido y cubrirla de infamia sin que para ello hubiese necesidad de un experto que entendiese lo que significaba aquel síntoma? Yo, por mi parte, estaría encantado de poder preguntar a los expertos a qué se parece ese ruido y qué significa —ya que no es ni un chasquido, ni un bufido, ni un silbido—, a qué clase de actividad acompaña y cuándo suele hacerse principalmente. Y puesto que no es un sonido que hagan los pastores, ni los que labran el campo, ni los cazadores, ni siquiera los marineros,

¿es, entonces, propio de los que se saludan, se llaman o se demuestran cariño? Pues no, sino que, así como el himeneo es un canto particular de carácter antiguo que se canta para los recién casados, este ritmo es un nuevo invento, apropiado para otra clase de fiestas. 56

Sin embargo, os vais a marchar enfadados y diciendo que he estado hablando de necedades, si he pronunciado tantas palabras en vano y sin ninguna utilidad, ya que de esa costumbre no se sigue ningún daño para la ciudad, ni por eso está peor administrada. Pues bien, entre los 57
antiguos griegos, era considerado como algo terrible el hacer cambios en la música. Y todo el mundo gritaba contra los que introducían ritmos distintos y hacían el canto más complicado, como si Grecia se estuviera corrompiendo en los teatros [43]. Y es que guardaban sus oídos con sumo cuidado, porque consideraban que lo que se escuchaba tenía tal poder que podía afeminar la mente y dañar el buen sentido con poco que se cediera en el tema de la armonía. Por eso, cuentan que los espartanos, cuando llegó a Esparta Timoteo [44], que era ya famoso y sobresalía en la música, le quitaron la lira y cortaron las cuerdas inútiles. Vosotros, pues, hombres de Tarso, imitad a los espartanos y suprimid los ruidos superfluos.

---

[43] De la importancia que la música tenía en la educación griega, da idea la cantidad de referencias que tenemos en la literatura y en las artes plásticas. La música ocupaba un espacio notable en la educación (PLATÓN, *República* III y IV) y en las fiestas. Además, siempre estuvo unida a la poesía y a la danza.

[44] Aquí especifica Dión quién es el personaje mencionado en los §§ 32 y 67 del Disc. XXXII. Se trata de Timoteo de Mileto (450-360 a. C.), cuya obra *Los Persas*, en papiro hallado en una tumba de Abusir (Bajo Egipto), es quizás el libro griego más antiguo que se conoce, posterior en muy pocos años a la muerte del autor de la obra.

58 La antigua leyenda cuenta que Circe hacía transformaciones con sus brebajes, de modo que convertía a los hombres en cerdos o lobos. Pero no creemos a Homero cuando dice:

Y ellos tenían cabeza, voz, pelo de cerdos,
y forma... [45].

Cuenta, sin embargo, que aquellos hombres conservaban intacta su inteligencia. En cambio, en estos de aquí, la in-
59 inteligencia es lo primero que perece y se destruye. Y en verdad que no es tan terrible que los hombres, de vez en cuando, tomen la voz de las ovejas o de los bueyes, ni tampoco si relinchan o ladran , como le ocurrió, según los poetas, a Hécuba, a la que como remate de todas sus desgracias, las Furias convirtieron en

perro de ojos brillantes;
y cuando sonaban como el bronce los ladridos de sus [canosas quijadas,
la escuchaban el Ida y la isla de Ténedos por el mar bañada
y los ventosos peñascos de Tracia [46].

60 Yo os aseguro que tal prodigio no es tan terrible ni tan espantoso como cuando uno que es varón y tiene el aspecto correspondiente y la voz propia del varón quiere hacer cualquier cosa, pero —al no poder arrancar las señales de su naturaleza aunque haga todo lo posible por ocultarlas, lo mismo que un ladrón hace con sus hurtos—, herido por no sé qué clase de Furias, pervertido y totalmente roto, no le sale nada como es debido; y después, a la ma-

[45] *Od.* X 239-240.

[46] Versos de un poeta desconocido.

nera de un Proteo[47], cambiando y transformándose a sí mismo, descubre la manera de emitir un sonido que no es ni de varón, ni de mujer ni de ningún otro animal, y que tampoco imita el que hace la prostituta cuando ejerce su profesión, sino que es más bien el ruido que haría el que se dedica al trabajo más desvergonzado y a la actividad más libertina. Y eso, a la luz del día, a pleno sol y delante de mucha gente. No fue tan terrible el prodigio de que 61
se arrastraran las pieles de los bueyes y mugieran sus carnes en los asadores[48].

¿Qué Homero, pues, o qué Arquíloco podría cantar estos males? Yo pienso, por Heracles, que el problema de estos hombres necesita de un poeta auténtico y trágico que sea capaz de reprimir y cortar tamaña desgracia. Como que lo que está sucediendo se parece ya a una especie de locura desvergonzada e indecente. Y este mal de la indecen- 62
cia y la desvergüenza os envuelve y os conducirá, de ahora en adelante, a una nueva forma de actuar, de hablar y de vestir, y ataca y alcanza a todo vuestro cuerpo: pies, manos, ojos, lengua. Por consiguiente, de nada os aprovecho yo, ni os aprovecha esta descuidada y floja exhortación, sino que más bien haría falta un Estentor[49] que hablara con voz de bronce o de hierro, y que gritara más

[47] Proteo, hijo de Tetis y el Océano, tenía, como muchos otros dioses marinos, el don de la metamorfosis.

[48] Con este prodigio relatado en la *Odisea* (XII 394-396), iniciaron los dioses el castigo de los compañeros de Odiseo, que habían matado las vacas del Sol.

[49] *Il.* V 785. Estentor, como tantos héroes de la epopeya, ha pasado a la lista de plusmarquistas, como el que tuvo la voz más potente de todos los que combatieron en Troya. Era la suya una voz de hierro, fuerte como la de cincuenta hombres juntos. Era, en una palabra, una voz «estentórea».

fuerte y más claro que yo. Pues mirad hasta dónde se ha
63 llegado. Al principio, se llevó el arreglo de la barba, y lo que parecía más comedido era no dejar que creciera demasiado, ni más de lo que no fuera mejorar ligeramente la naturaleza. La gente, en su mayoría, pensaba que el hombre así quedaba favorecido. Más tarde, se afeitaban hasta las mejillas. Pero tampoco era eso tan terrible. Y sin embargo, el autor cómico mandó también quemar a un hombre así

sobre una pira de dieciséis falos de madera de higuera [50].

No obstante, tenían los rostros agraciados e infantiles a pesar de su edad, y limpios de vello. Después —pues aún quedaba este paso—, se rasuraron las piernas y el pecho para que en todo lo demás fueran semejantes a los niños. Más adelante, también los brazos; luego, bajaron hasta las partes genitales, en donde el aspecto juvenil está por demás. Así quedaba burlado el arte de la naturaleza ante los sabios y jóvenes, como si fuera anticuado y extremadamente simple, al haber concedido al cuerpo cosas inútiles
64 y superfluas. Pues ¿ qué necesidad teníais de uñas y cabellos? Pero, a lo mejor, tampoco necesitabais de las manos ni de los pies. Bastaba con que la naturaleza os hiciera solamente partes genitales, y os diera estómagos y comida y las demás cosas de las que se puede obtener placer. Por eso nos rasuramos a nosotros mismos por los cuatro costados, y nos quitamos la barba y los signos de la pubertad que son cosas propias de los varones. Y si fuera posible tomar otras cosas de las mujeres, es evidente que nos sentiríamos enteramente felices, no indigentes como ahora, sino perfectos y naturales hermafroditas.

---

[50] De una obra de ARISTÓFANES, desconocida.

XXXIV

SEGUNDO EN TARSO DE CILICIA

INTRODUCCIÓN

Como el discurso anterior, también éste fue pronunciado ante una reunión de ciudadanos de Tarso y pertenece, igualmente a la última época de la vida de Dión. Y si aquél fue fruto de una invitación; éste lo fue de una inspiración o movimiento espontáneo del orador. Dión vino como empujado por la divinidad para ayudar a los hombres de Tarso (§ 4).

El tono del discurso es serio y adusto, como lo era la apariencia externa de Dión (§§ 2-4). Faltan, en absoluto, las citas literarias que salpican el discurso anterior. Habla Dión con cierta tristeza y seriedad, mientras que su auditorio escucha en silencio como dando la razón al orador.

Porque algo va mal en Tarso. Ya no es la ciudad próspera, alegre y desenfadada de otras épocas. Hay algo que desdice de aquel glorioso pasado, cuando el emperador Augusto honraba la ciudad con su amistad y sus favores (§ 7). La ciudad de la que Estrabón podía afirmar que era bien poblada y poderosa, aficionada a la filosofía y a las letras, y que superaba a las mismas Atenas y Alejandría (*Geografía* XIV 5, 13), tiene ahora problemas con los gobernantes, disputas con los vecinos, procesos sobre reivindicaciones territoriales, discordias internas, actitud in-

solente con otros pueblos y absentismo frente a los asuntos nacionales.

Dión aconseja aplicar con energía el bisturí para extirpar los males. Su solución, vista desde una óptica estoica, propone lo que podíamos denominar la teoría de las cosas esenciales. Porque no puede compararse la actitud de una ciudad noble y libre con el talante rastrero de los esclavos.

SEGUNDO EN TARSO DE CILICIA

No ignoro, hombres de Tarso, que, tanto entre vosotros como entre los demás pueblos, existe la costumbre de que los ciudadanos se reúnan para dar consejo; pero no unos ciudadanos cualesquiera, sino los distinguidos y los ricos y, en especial, los que han prestado satisfactoriamente servicios públicos [1]; pues no es lógico, posiblemente, que vosotros participéis de los bienes de los ricos, y no disfrutéis de su inteligencia, sea cual sea. Y es que cuando queréis escuchar a los que tocan la lira o la flauta, o contemplar a los atletas, no llamáis a los ricos ni a vuestros conciudadanos, sino a los que saben y pueden. Y eso no lo hacéis vosotros solamente, sino todos los que son como vosotros. 1

Pero tampoco se me oculta, que la mayoría suele llamar «cínicos» a los que van ataviados como yo [2], y no sólo opinan que los cínicos en nada se distinguen de ellos mis- 2

[1] Estos servicios recibían el nombre de «liturgias», y eran impuestos por el Estado a los ciudadanos más ricos. Los principales eran tres: la subvención de un coro para los festivales dramáticos; la que se destinaba a un gimnasio, y la obligación de mantener un navío de guerra. Estos impuestos tenían un año de duración.

[2] Ya en otras ocasiones, hace Dión referencia a su personal desaliño.

mos y que no son hábiles para los negocios, sino también que, para empezar, ni siquiera piensan que están sanos de entendimiento, sino que son unos hombres locos y desgraciados. Hay gente que está predispuesta a burlarse y reírse de ellos, y muchas veces no pueden soportarlos aunque estén callados, y mucho menos cuando hablan.

3 Se cuenta, además, que vosotros en la actualidad estáis tambien demasiado irritados con los filósofos y que los cubrís de imprecaciones, aunque no a todos sino a algunos de ellos; pero que lo hacéis con total miramiento y moderación, ya que no habláis mal de todos en general por el hecho de que los de aquí cometan algunos fallos. Pero no os dais cuenta quizá de que, si realmente lanzabais imprecaciones, no era contra los verdaderos filósofos, pues no hay ningún filósofo entre los que son injustos y malvados, por más que ande por ahí más desnudo que las estatuas. Sin embargo, los que hacen daño a su patria, y se unen contra los ciudadanos, me parece que están muy lejos de merecer ese nombre.

4 ¿Qué es, pues, lo que yo esperaba, y qué pretendía al venir a vosotros en esta ocasión siendo como soy? Esto sí que es cosa de verdadera locura, porque yo no necesito nada de vosotros, sino que me he tomado interés pensando en vuestro provecho. Por lo tanto, si no podéis soportarme, es evidente que os haréis daño a vosotros mismos, no a mí. Y si pensáis que realmente estoy loco, ¿no os conviene por eso mismo escucharme? [3]. Pues no creáis que si las águilas y los halcones señalan a los hombres lo que les conviene, y que la resolución tomada a partir de tales aves es fidedigna por su carácter espontáneo y divino, es

[3] Las reacciones extrañas, sorprendentes, de los locos hacían pensar a los antiguos en alguna clase de posesión divina.

menos cierto que un hombre que ha llegado así, y que des-
de ningún punto de vista está relacionado con vosotros,
no ha venido empujado por la divinidad para hablar y apor-
tar sus consejos. Sin embargo, los mensajes de esas aves 5
hay que interpretarlos, mientras que lo que yo digo se pue-
de oír, entender y ponderar, con tal de que haya algo cla-
ramente provechoso.

Ahora que menciono estas cosas, quiero contaros algo que sucedió en Frigia, a fin de que con ello tengáis enseguida motivo para reíros de mí. Un hombre de Frigia iba caminando a caballo. De pronto divisó una corneja y, después de hacer su presagio —pues los frigios son hábiles para esas cosas—, le lanzó una piedra y casualmente la alcanzó. Se alegró, pues, en gran manera, y, creyendo que su problema había pasado a la corneja, la recogió y, subido a su cabalgadura, continuó su marcha. Pero el ave, poco tiempo después, se recuperó. Entonces el animal, espantado, hizo caer a aquel hombre que, de resultas de la caída, se quebró una pierna. Y el hombre acabó así por
haber sido desagradecido con aquella señal. Pero tengo la 6
impresión de haberos aconsejado con mucha más seguridad que la corneja, y de que he llegado a unos hombres más discretos que los frigios; ya que si os parece que hablo de bagatelas, seguro que no me vais a apedrear, aunque arméis algún alboroto.

Así pues, ya que guardáis silencio y tenéis paciencia, voy a demostraros, en primer lugar —si es que no lo sabéis claramente—, que os hace falta un buen criterio en el momento presente, ya que vuestros asuntos están de tal manera que merecen que se tome consejo y se tenga mucha previsión. En segundo lugar, que ninguno de los presentes os puede recomendar lo que conviene; unos, porque ignoran lo que os interesa; otros, porque tienen miedo de vosotros

o de otros, y algunos, quizás, porque se preocupan más
7 bien de sus propios intereses. Os diré, además, la opinión que yo mismo tengo sobre estas cosas, y qué es lo que debéis hacer en el momento presente, y de qué modo tenéis que dirigir, en términos generales, la ciudad para que todo resulte en el futuro según vuestra conveniencia.

Vosotros, hombres de Tarso, sois los primeros de vuestra nación, no sólo porque vuestra ciudad es la mayor de Cilicia y metrópoli desde el principio [4], sino porque también tuvisteis al segundo César [5] más favorablemente dispuesto para con vosotros que para con los demás, pues el infortunio que sufrió la ciudad por su causa le hacía ser, y con razón, benévolo con vosotros, y procurar que sus favores os parecieran mayores que las desgracias pade-
8 cidas por su causa [6]. Por eso, lo que cualquiera haría por sus verdaderos amigos, por sus aliados y por los que le han demostrado tan buena voluntad, os lo ha ofrecido también a vosotros: tierra, leyes, honra, dominio sobre el río y sobre el mar que está frente a vosotros. Y en consecuencia, y también porque no había pasado mucho tiempo desde que fue conquistada, la ciudad creció rápidamente. Es lo que pasa cuando los que han padecido una gran enfermedad, se recuperan rápidamente: si después reciben el necesario cuidado tienen, muchas veces, más salud que antes.

---

[4] Metrópoli, en el sentido moderno de capital, lo era Tarso desde la constitución de Cilicia como provincia romana en el año 66 a. C. Cf. n. 37 a Disc. XXXIII 46.

[5] Augusto.

[6] En la guerra que Augusto mantuvo con los asesinos de César, Tarso se mantuvo al lado de los vengadores, por lo que sufrió una conquista y el consiguiente castigo de parte de Casio. Augusto y Marco Antonio recompensaron a Tarso generosamente por su lealtad (Dión Casio, XLVII 30-31; Apiano Marcelino, V 7).

Después de estos sucesos, y en contra de lo que pudiera 9
pensarse, fue beneficioso para la ciudad el que algunos jefes se portaran con violencia y vosotros tuvierais que procesarlos. Pues incluso para demostrar que erais importantes y que no sólo os ayudabais a vosotros mismos sino también a los demás, y, por Zeus, de tal modo que fuera más difícil a los que vinieran después cometer errores, resultó provechoso someter a juicio a aquellos hombres. Pero, por otra parte, estos hechos hicieron odiosa la ciudad, y a vosotros os dieron fama de ser por naturaleza intratables y de pleitear con facilidad, siendo así que el presentar con frecuencia acusaciones fue considerado en otro tiempo como señal de practicar por sistema la delación [7], sobre todo, cuando la acusación iba dirigida contra los jefes y era presentada ante los jefes. Pues la gente sospecha que la hostilidad surge no por el hecho de tener que sufrir más de la cuenta, sino porque no se quiere estar sometido a nadie.

Además, sucedió otra cosa en la que estabais implica- 10
dos y que es, en cierto modo, parecida a la anterior. Los habitantes de Egas, habiendo entablado una insensata rivalidad contra vosotros y después de haber cometido errores en la cuestión de los registros [8], por supuesto fracasaron, pero luego alimentaron más y más la envidia contra vosotros y fueron cultivando poco a poco la calumnia contra vuestra ciudad, diciendo que era odiosa y pesada

---

[7] Los «sicofantas» eran personas que practicaban la delación en espera de la recompensa oficial. El nombre —«el que señala los higos»— pudo ser, originalmente, el que denunciaba al que exportaba higos de contrabando o robaba el fruto de las higueras sagradas.

[8] Posiblemente se trata de la atribución de tierras, en cuya operación debió de actuar Tarso con prepotencia.

para los demás. Aunque esto es ya cosa de hace tiempo.
11 Pero en la actualidad, los habitantes de Malos [9] tienen diferencias con vosotros y, aunque son ellos los que obran en todo injustamente y con insolencia, sin embargo, por ser débiles y mucho más inferiores, adoptan siempre el papel de víctimas. Pues algunos no consideran lo que otros hacen sino quiénes son los que lo hacen, ni quieren muchas veces hacer averiguaciones sobre los que obran injustamente o con violencia, sino sobre los que presumiblemente van a actuar violentamente porque son más poderosos. Si, por ejemplo, vosotros hubierais hecho algo parecido a lo que ellos acaban de hacer, pensarían que estabais saqueando sus ciudades y que iniciabais una revuelta y una guerra, por lo que tendrían que reclutar un ejército contra vosotros.
12 —Entonces —dirá alguno de vosotros—, nos toca aguantar cosas horribles si a éstos les va a estar permitido hacer lo que quieran y sacar provecho de su desamparo, mientras que nosotros nos veremos en peligro sólo con que nos movamos.

Concedamos que es indigno e injusto. No obstante, si surge naturalmente alguna injusticia, no conviene que vosotros, porfiando sobre ella, os veáis envueltos en una situación absurda, sino que, más bien, debéis actuar con previsión y cautela. Pues lo que está sucediendo se parece a lo que ocurre con los atletas cuando uno más bien bajo
13 lucha con otro mucho más alto: que al alto no le está permitido hacer nada al margen de la ley, sino que si comete algún error, aunque sea involuntariamente, es azotado [10], y en cambio, nadie se fija en el bajo aunque esté haciendo

---

[9] Población vecina de Tarso, situada junto al río Píramo, conocido por la *Anábasis* de JENOFONTE (I 4).

[10] Cf. Disc. XXXI 119.

todo lo que puede. Por eso, también en el atletismo, es propio de un hombre sensato y realmente superior sobresalir por la fuerza y dejar a un lado todo tipo de arrogancias. De modo que vosotros, si tenéis cabeza, seréis superiores por vuestro sentido de la justicia y por la grandeza de vuestra ciudad a los que os miran con malos ojos, y no haréis nada en un momento de ira, ni aunque estéis muy enfadados. Pero sobre este tema hablaré más adelante, como creo que me lo propuse al principio.

Ahora, voy a exponer también los demás temas con 14
mayor detenimiento, como lo requieren, digo yo, las presentes circunstancias. Al menos, la enemistad y la rebelión de los habitantes de Malos no debieran inquietaros tanto. Pero el que los ciudadanos de Soli [11] y de Adana y, posiblemente, algunos otros adopten una actitud parecida y nada razonable, sino que se sientan incómodos, hablen mal de vosotros y prefieran ser súbditos de otros, levanta la sospecha de que ni los de Egas quizás, ni los de Malos se disgustan sin tener motivos, y de que ni por odio los unos, ni por ambición los otros tienen esa actitud hostil hacia vosotros, sino porque posiblemente sucede algo parecido con vuestra ciudad, en el sentido de que trata con
insolencia y molesta a los humildes. Estas cosas puede que 15
no sean verdad, pero podrían haceros daño como si lo fueran.

Ea, pues, considerad ahora cómo marchan vuestras relaciones con el general. Pues antes existía la sospecha de que vosotros no os llevabais bien con él, pero sin embargo, aquél hacía su política con vosotros y vosotros con él, y

[11] Soli, al O. de Tarso, era una población cuyos habitantes eran famosos por la incorrección habitual de su lenguaje, circunstancia que dio origen al término de «solecismo».

nada trascendía. Pero ahora, recientemente, vosotros, exasperados con la idea de que erais tratados como inferiores, hicisteis alguna manifestación y él se sintió obligado incluso a escribir una denuncia en un momento de ira y a hacer lo que no había hecho antes.

16 —Pero, ¡por Zeus! —dirá alguno—, al menos los asuntos de la ciudad misma y nuestras mutuas relaciones marchan como es debido.

¿No se han reunido aparte ayer mismo y anteayer la Asamblea y el Consejo, y ahora mismo los Ancianos por su cuenta, con la evidente intención de reflexionar particularmente sobre lo que interesa a cada una de estas instituciones? Es lo mismo que si, al hacerse a la mar, los marineros buscasen por su cuenta lo que les conviene, y lo mismo el timonel y lo mismo el armador. Pues aunque esto es algo que se dice muchas veces, sin embargo, no debemos pasarlo por alto [12]. Pues no conviene aceptar con prontitud lo primero que se dice ni lo que nadie ha oído anteriormente, sino lo que es apropiado para la situación y lo que reporta alguna utilidad.

17 —¡Por Zeus! —se dirá—, que ahora nos hemos puesto de acuerdo y hemos deliberado juntos.

Sí, pero ¿quién podría tener por segura y firme una concordia así, nacida bajo el influjo de la cólera y que dura sólo tres o cuatro días? Pues tampoco se podría decir que está ya realmente sano uno que poco antes todavía tenía fiebre. Por lo tanto, tampoco digáis vosotros que vivís en la concordia antes de que hayáis pasado un período de tiempo muchísimo más largo, o por lo menos, tan largo como fue el tiempo en que estuvisteis enemistados. Y no porque alguna vez hayáis expresado la misma opinión y

[12] Dión está usando la vieja metáfora de la nave del Estado.

hayáis tenido el mismo empeño, penséis que esa enfermedad ha sido eliminada de vuestra ciudad. Pues también 18
en los instrumentos desafinados algunas veces las notas suenan entonadas durante un poco tiempo, pero después vuelven a desentonar enseguida. Por lo tanto, del mismo modo que el herir y el cortar es cosa que sucede rápidamente y con absoluta facilidad, mientras que el curar y el unir requieren tiempo y atención, así pasa también con las ciudades. El tener disensiones y riñas es cosa muy fácil, y, muchas veces, ocurre por causas insignificantes, mientras que el calmarse y adoptar una postura razonable y una actitud leal, por Zeus, no es posible que lo consigan enseguida ni los que dicen ni los que parecen estar arrepentidos.

Porque, posiblemente, no sólo entre vosotros, sino tam- 19
bién entre todos los demás, este problema precisa de grandes cuidados y, mejor todavía, de oraciones. Pues para ponerse decididamente de acuerdo y elegir con preferencia una acción común, no hay otra posibilidad que desembarazarse de los males que agitan y perturban, como la envidia, la ambición, el amor a las riñas y el buscar cada uno el propio acrecentamiento olvidándose de la patria y del interés común. Igualmente, aquellos pueblos en donde prevalecen estas situaciones y otras por el estilo, viven necesariamente en una continua inseguridad, y por motivos insignificantes se derrumban y se alborotan, como pasa con el
mar cuando prevalecen los vientos contrarios. Ya que no 20
debéis pensar, ciertamente, que hay concordia en el Consejo mismo ni entre vosotros que formáis la Asamblea. Si, por ejemplo, alguien repasara a todos los ciudadanos, me parece que no podría encontrar ni siquiera a dos hombres que pensaran lo mismo en esta ciudad. Al contrario, del mismo modo que algunas enfermedades incurables y penosas acostumbran a atacar el cuerpo entero sin que quede

parte alguna a la que no llegue, también este estado de irritabilidad y el que todos —o casi todos— los ciudadanos estén en mutuo desacuerdo, es cosa que ha invadido la ciudad entera.

21 Dejo ahora de referirme al Consejo y a la Asamblea, a los Jóvenes y a los Ancianos [13], porque hay una multitud nada pequeña que vive al margen de la política. A éstos los suelen llamar algunos «los Tejedores». Y unas veces se sienten molestos con ellos y aseguran que son una turba inútil, responsable del alboroto y el desorden; otras veces, los consideran como una parte de la ciudad y vuelven a tenerles aprecio. Ahora bien, si creéis que esos hombres os causan daño y que ocasionan revueltas y desórdenes, deberíais, sin más, expulsarlos y no admitirlos en vuestras asambleas. Pero si, de cualquier modo, pensáis que son ciudadanos no sólo por el hecho de residir en la ciudad, sino también por haber nacido aquí la mayoría de ellos y por no conocer ninguna otra ciudad, no es sin duda conveniente ultrajarlos ni desgajarlos de vuestra comunidad.
22 Pero ahora están alejados necesariamente del interés común en la manera de pensar, al ser injuriados y considerados como extraños. Y no hay nada más nocivo que esto para las ciudades, ni algo que provoque más la rebelión y la discordia. Lo mismo pasa con el cuerpo: si la hinchazón que se ha formado es apropiada y natural al resto del cuerpo, produce bienestar y crecimiento; pero si no, es causa de enfermedad y de muerte.

23 —¿Qué es, pues —se dirá—, lo que nos recomiendas? Pues que inscribáis a todos como ciudadanos, de verdad, y con la misma categoría que vosotros, y, por otra parte,

[13] Los Jóvenes y los Ancianos representan aquí agrupaciones sociopolíticas.

que no los injuriéis ni los expulséis, sino que los consideréis como lo que son, es decir, como una parte de vosotros mismos. Pues no por el hecho de que alguien pague quinientas dracmas, puede ya ser amigo vuestro y merecer enseguida la ciudadanía. En cambio, si uno, por ser pobre o porque lo decide uno de los responsables del registro de los ciudadanos, no logra la denominación, aunque hayan nacido entre vosotros no sólo él sino también su padre y sus antepasados, ése no puede amar a vuestra ciudad ni considerarla como patria; y si uno trabaja el lino, es por eso inferior a cualquier otro y hay que echárselo en cara y ultrajarlo. Pero si es tintorero, zapatero o carpintero, no procede hacer a estas profesiones ningún reproche.

Hablando en términos generales, yo no he venido pre- 24
cisamente para tratar en particular de este problema en otros que hay en la ciudad, sino para poner en claro ante vosotros en qué disposición estáis los unos frente a los otros y, por Zeus, si os vale la pena tener confianza en la organización actual y pensar que ahora, en verdad, vivís en armonía. Pues estimo que, para valorar una casa, una nave y otras cosas parecidas, no se debe mirar al estado actual, si ahora sigue ofreciendo protección y si no deja entrar el agua del mar, sino cómo está construida y ensamblada
en general y si no hay partes abiertas ni podridas. Y por 25
cierto, no veo que haya ahora entre vosotros lo que, como antes dije, sirve para engrandecer la ciudad, como es el ofrecer al emperador extraordinarios servicios y favores; aunque es evidente que ahora no necesita ninguna de estas cosas. Sin embargo, es un hecho que no superáis a nadie en merecimientos ante él. De modo que lo que lograsteis del emperador en otro tiempo por vuestra benevolencia y amistad, debéis conservarlo para siempre con disciplina y sin dar motivo alguno para que se hable mal de vosotros.

26 Y nadie piense que digo estas cosas exhortándoos sin más a que lo soportéis todo y lo sufráis todo, sino para que, conscientes de vuestra situación, toméis ahora una decisión más acertada y, en adelante, exijáis que quien se presente a vosotros, no os haga recomendaciones a la ligera ni como buenamente se le ocurra, sino con pleno conocimiento de causa y después de haber reflexionado sobre todos los aspectos. Pues también el médico que ha investigado cuidadosamente el estado del enfermo de modo que nada se le haya podido pasar, es lógicamente el que aplica los mejores remedios.

27 Pero, por lo que sigue, vais a ver cómo en la situación actual hace falta prestar atención y tener un consejero mejor que los que se presentan en la tribuna al azar, por dinero o por influencias de familia. Pues cuando vuestra concordia no es firme, ni las ciudades de alrededor, en su mayoría, están en relaciones amistosas con vosotros, sino que algunos vecinos os tienen envidia por pretender desde hace tiempo el mismo honor que vosotros, hay otros que están enemistados por reivindicaciones territoriales, y otros dicen que están enojados por no sé qué motivos. Y cuando, por otra parte, el general piensa que tenéis la mejor opinión sobre él, os veis obligados a romper vuestras mutuas relaciones antes quizá de lo debido. Y cuando, se os considera, además, dignos de envidia por el tamaño de vuestra ciudad y porque tenéis capacidad para apoderaros de la mayor parte de las posesiones de los vecinos, ¿cómo, por todas estas razones, no os va a hacer falta un criterio solícito y circunspecto?

28 —Entonces, ¿qué? ¿No están capacitados —se dirá— los ciudadanos para tomar conciencia de estos problemas y para dar el correspondiente consejo?

¿Cómo lo van a estar? Pues si los jefes y los políticos fueran capaces de descubrir lo que es más conveniente para sus ciudades, todos acabarían siempre bien y se verían libres de males, a no ser que les sobreviniera alguna desgracia inesperada. Pero tengo la impresión de que, tanto en la Antigüedad como ahora, se podrían encontrar cosas terribles que sucedieron en las ciudades por falta de conocimiento de lo que interesaba y por los errores de los gobernantes, más que por influjo de la divinidad o por el azar.

Y es que se ponen a hacer política, apoyados pura y 29
simplemente en las riquezas o en la familia, algunos individuos importantes para conocer nada de lo que es necesario, y que nunca se han preocupado antes de ellos mismos sino que son incapaces hasta de administrar una aldea como es debido. Otros creen que su única preocupación ha de ser la de reunir palabras y enlazarlas de cualquier modo con mayor rapidez que la mayoría, aunque en lo demás no sean mejores que nadie. Pero lo más importante es que lo hacen no por buscar lo mejor ni lo que más interesa a la patria misma, sino por lograr fama y honra, y para tener más que los demás, y conseguir coronas, presidencias y púrpuras. Fijándose, pues, en esas cosas y pendientes de ellas, hacen y dicen cosas tales como para lograr fama de personas importantes. Por eso, se puede ver en cada 30
ciudad a muchos que van con coronas, ofrecen sacrificios en público y suben a la tribuna vestidos de púrpura. Pero es raro encontrar a un hombre que sea noble y prudente, que se preocupe realmente de su patria, que piense y hable con verdad, y por quien una ciudad disciplinada sea mejor administrada y consiga algún beneficio.

En cierto modo, es necesario que esto ocurra. Pues cre- 31
yendo como creen que quienes les han de aconsejar son los que han prestado servicios públicos al Estado o se los

van a prestar, tanto si es un gimnasiarco [14] como un demiurgo [15], sólo a él le permiten hablar o, por Zeus, a los denominados «oradores» [16]. Es como si invitaran sólo a los heraldos, o a los citaredos o a los banqueros. Por esa razón, se presentan hombres sensatos y buscadores de gloria que se quedan boquiabiertos ante el clamor de la muchedumbre, y no dicen nada con firmeza de criterio ni con sentido, sino que, como los que caminan a oscuras, se dejan llevar siempre por los aplausos y por las voces.

32 Si alguien, pues, dijera a los mismos timoneles que deben procurar agradar en todo y por todo a los pasajeros, y que por ser aplaudidos por ellos, deben dirigir la nave como los pasajeros quieran, no necesitarán una gran tormenta para irse a pique. Y así, muchas veces, cuando un hombre de campo que está mareado, o una mujerzuela, ven unas rocas, creen que han visto tierra o puerto y
33 piden que allí atraque la nave. Pero yo afirmo que el buen consejero y el que es digno de ser el jefe de una ciudad deben estar, sencillamente, preparados para todo lo que parece incómodo y, en particular, para los insultos y la ira de la plebe; y es semejante a esas rocas que forman los puertos, las cuales reciben toda la violencia del mar, pero guardan tranquilo y en calma lo que queda en el interior. Así pues, el consejero debe exponerse a las iras del pueblo y, tanto si el pueblo desea encolerizarse alguna vez

[14] Cargo desempeñado por una persona adinerada que prestaba a la ciudad esta «liturgia». Sus servicios eran uno de los aspectos que conformaban la identidad griega.

[15] Era el responsable, en términos generales, de un servicio público. En la Antigüedad, se aplicaba este término a toda clase de profesiones, preferentemente, de tipo artesanal.

[16] Los «rétores» eran los oradores públicos en la Asamblea. En épocas posteriores, se denominaba con ese término a los maestros de retórica.

como si quiere insultarle o hacer cualquier otra cosa, no debe dejarse impresionar por semejantes alborotos; y si es alabado, no debe enorgullecerse, ni si parece que es injuriado, debe sentirse humillado.

Ahora bien, lo que está sucediendo entre vosotros es 34
otra cosa. Ninguno de los políticos, según mis informes, tiene tales proyectos, ni esos temas figuran ya entre los asuntos públicos. Sino que unos se desentienden del todo, otros suben a la tribuna como de paso y apenas tocan el asunto, como hacen los que tocan una libación, diciendo que no es nada seguro dedicarse a la política. Y mientras que ser armador, prestamista, labrador, son actividades que nadie podría sacar adelante con eficacia tomándolas como algo accesorio, hay en cambio, quien se dedica a la política como a una ocupación marginal y poniendo todo lo demás
por delante de ella. Algunos, cuando se establecen en un 35
cargo, tratan de realizar algún trabajo, pero sólo superficialmente, con la finalidad de retirarse siendo famosos y sólo con ese objetivo. Por esa razón, los tenéis como valientes para seis meses, y muchas veces, no precisamente por buscar el interés de la ciudad. De modo que, ahora es fulano el que dirige la palabra; inmediatamente después de él, otro; luego, un tercero. Y aquel que treinta días antes brillaba como persona importante y andaba diciendo que era el único que se cuidaba de la ciudad, no aparece ni siquie-
ra presentándose en la Asamblea. Es lo que pasa, digo yo, 36
con los que toman parte en un desfile, que cada uno, ansioso de ser contemplado, se esfuerza por conseguirlo mientras pasa por delante del público; pero cuando ya está un poco alejado, descompone la figura, queda como uno de tantos y se marcha andando de cualquier manera. Y si bien era necesario que el presidente considerara que seis meses son la medida justa de su cargo, pues eso es lo que manda

la ley, sin embargo, el político, al menos, no debe tener, por Zeus, ningún momento, por breve que sea, en que deje de practicar la benevolencia para con vosotros y la solicitud y el cuidado por los asuntos públicos, sino que debe disponerse [17] para esa tarea y permanecer en ella cons-
37 tantemente. Pero ahora, como los que navegan arrastrados por los vientos de tierra, y más todavía, por los vientos que llegan de nubes oscuras, así os dejáis llevar, hombres de Tarso, sin tener ninguna seguridad o firmeza ni en este sistema político ni en aquella navegación. Y eso que tales asaltos no son como para durar siempre y sin interrupción; aunque frecuentemente, al lanzarse con toda la fuerza, provoquen el hundimiento. Una ciudad, pues, tan grande y tan ilustre debería tener hombres realmente previsores. Pero así, en manos de estos hombres provisionales, y demagogos de corta duración, no hay posibilidad de conseguir nada positivo.

38 Ahora bien, sobre estos temas y sobre innumerables otros, habría mucho que hablar. Pero como, desde el día en que llegué, yo he sido también para vosotros un demagogo —a pesar de ser ésa una actitud que censuro en tales hombres—, es preciso, sin embargo, que os diga lo que sé sobre la situación presente, tal como prometí; y en primer lugar, sobre vuestra actitud con el general; aunque hablaré sobre todos los temas. Yo os aseguro, pues, que los que se encuentran en semejante situación, la misma que en la actualidad se da en todas las ciudades [18], deben tener tal forma de pensar que no estén dispuestos a aguantarlo todo ni a permitir que las autoridades se sirvan simplemente de

[17] La expresión original («desnudarse») vino a significar, como aquí, disponerse para realizar un trabajo.

[18] La presencia de Roma como potencia dominadora.

ellos como quieren, aun cuando lleguen a cualquier extremo de insolencia y ambición. Tampoco deben tener una disposición como para no sobrellevar nada, ni esperar que vaya a llegar ahora un Minos [19] o un Perseo que se cuiden de vosotros, pues el renunciar totalmente a ayudarse a sí 39
mismos es propio de esclavos, y resulta incomprensible que sean los insensatos los que obran con más diligencia y decisión. Y el que la plebe os odie y trate de investigarlo todo no os hace ningún favor, ya que si tenéis fama de presentar sin razón acusaciones, y si algún acusado os vence en el proceso —cosa que podría ocurrir por muchos motivos—, me temo que al final acabéis perdiendo vuestra libertad de palabra. Fijaos en los que viven en Jonia, que han dado un decreto en el que prohíben acusar sin más a otra persona. Es necesario, pues, que los que tienen sentido común prevean todas estas cosas, y no hagan como los que son inexpertos en la lucha, que abandonan lo que tienen, y se quedan luego sin armas y sin poder hacer nada ni aunque alguien venga a degollarlos.

Digo, pues, en términos generales, que no os conviene 40
semejante abstencionismo, por el que, al ser incapaces de resolver cosa alguna, os hacéis sospechosos ante vuestros gobernantes. Pero que cuando toméis la decisión de cesar a alguien porque, al parecer, comete tales injusticias que no conviene pasarlas por alto, preparaos como para ponerlo a prueba y haceos enseguida a la idea de que es vuestro enemigo y de que estaba conspirando contra vosotros. Por el contrario, no provoquéis ni llevéis a una situación de ira contra la ciudad a aquel hombre cuya conducta va a ser presumiblemente diferente, si no ha cometido fallos

[19] Minos era uno de los jueces míticos más allá de la muerte. Perseo ya ha sido mencionado como protector de Tarso.

o no los ha cometido importantes, o no ha dado motivos
41 por los que sea merecedor de ese trato. Pues con esto pasa, creo yo, como con esas cargas que llevamos, que si pesan terriblemente y no podemos soportarlas, tratamos de soltarlas lo más rápidamente posible; pero si nos sentimos moderadamente incómodos y vemos que es preciso llevar ya sea esa carga, ya otra mayor, miramos la manera de que se nos hagan lo más ligeras posible.

Esta misma actitud es propia de una ciudad sensata. Gracias a ella os apreciará, incluso, la mayoría de la gente; y todos tendrán miedo de obrar injustamente con vosotros, y no os considerarán como una plebe injusta ni como una muchedumbre irracional que se deja llevar de impul-
42 sos y tendencias. Pero esto que ahora está haciendo vuestro presidente sería también absolutamente insensato incluso si os hubierais decidido a presentar una acusación [20]. Aunque quizá no sea todavía el momento de sacar estas discordias a la luz pública ni de hacer declaraciones. Sin embargo y dado que alguno de vuestros conciudadanos se ofreció a la ciudad en momentos difíciles y consiguió fama de hombre brillante por haber acusado a dos gobernantes seguidos, los ciudadanos, en su mayoría, piensan que deben emprender una acción semejante. Esto es lo mismo que cuando alguien, por haber visto a un médico mezclar un poco de una sustancia, incluso venenosa, con otras medicinas beneficiosas, sin tener otros conocimientos ni saber la composición ni la cantidad en que debe hacerse la mezcla, pretendiera imitarlo. Creer que está dentro de las posibilidades de todo el que se lo proponga el improvisar

[20] Posiblemente existían disensiones entre el prítano y el general, en las que, de alguna manera, se veían implicados los ciudadanos de Tarso.

en las cosas más importantes y gobernar una ciudad, no se aparta mucho de lo que vamos diciendo.

Pero yo voy a terminar de hablar sobre vuestra con- 43
ducta con respecto a los habitantes de Malos y las demás ciudades. Pues tengo la impresión de que ya me habéis aguantado bastante. Ahora bien, sobre estos hombres —me refiero a los de Malos—, si han hecho algo inconveniente, como realmente lo han hecho, dejando a un lado vuestra cólera y la satisfacción que, a vuestro juicio, se os debía, concededles el perdón y aclarad el asunto de las reivindicaciones de territorio, considerando que sobrellevar tales cosas y no ser amigos de pendencias, eso sí que es importante y digno de hombres realmente superiores; y mucho más, frente a otros que son tan inferiores.
Pues no hay peligro de que se os tenga por más débiles 44
que los malotas que existirán en el futuro. Y no hagáis caso de los que pretenden provocaros, sino, sobre todo, sed vosotros mismos vuestros jueces y, después de examinar cuidadosamente el asunto sin ninguna animadversión ni favoritismo hacia vosotros mismos, llegad a una solución no sólo apartándoos de las riñas y de la manía de buscar por todos los medios tener más que los demás, sino disculpándolos y concediéndoles lo que sea razonable. Pues del mismo modo que entre los particulares alabáis a los que son sensatos y prefieren recibir algún daño más que discutir con otros, así también en la vida pública tales ciudades suelen gozar de buena reputación.

Las dunas y el terreno pantanoso no valen nada. Pues 45
¿qué ganancia o qué utilidad pueden prestar? Sin embargo, no es posible expresar suficientemente en qué medida es justamente valorado el hecho de ser tenidos como honrados y magnánimos. El porfiar con todos los hombres sobre la justicia y la virtud, el iniciar una amistad y una concor-

dia y el sobresalir y superar a los demás en estos aspectos, eso sí que es la más hermosa de todas las victorias y la más segura. En cambio, el procurar por todos los medios sacar ventaja en cualquier clase de lucha es más propio
46 de gallos de pelea que de hombres. Por tanto, sólo si la ciudad de Malos hubiera de ser mayor que Tarso por las dunas y los pastos sobre la arena, quizá sería necesario que vosotros os afanarais por lo mismo. Pero ahora es una vergüenza y una risa ver por qué cosas andáis discutiendo. ¿Que por qué, entonces, los malotas no desdeñaron aquellas cosas? Pues porque no son mejores que vosotros. Pero ¿es que vosotros, por Zeus, deseáis que lo sean? Yo, por mi parte, consideré, sin embargo, que lo más conveniente era enviarles emisarios y reprenderlos de palabra, pues esto es propio de hombres próceres y sensatos, mientras que el excitarse más de lo preciso, recurrir enseguida a la autoridad y pensar que a uno lo están ultrajando es más bien cosa de pueblerinos.

47 Por lo que se refiere a las demás ciudades, creo que debéis comportaros con mansedumbre, consideración, emulación y amistad. Pues, de esta manera, os seguirán la admiración y el cariño de todos. Esto sí que es más importante que el hecho de que la ciudad de Malos ofrezca aquí sus sacrificios y celebre sus juicios [21]. Ya que no tiene la menor utilidad el que vengan aquí a ofrecer sus sacrificios los habitantes de Adana o los de Egas, sino que es vanidad, engaño y ostentación, por lo demás, sin sentido.

[21] En tiempos de la Liga Délico-ática (s. v a. C.), los aliados de Atenas tenían que dirimir sus querellas ante los tribunales atenienses. En cuanto a la obligación de sacrificar, nunca hubo entre los griegos nada parecido a la ley de la unidad de santuario para los israelitas (II *Re* 23; *Deut* 12; *Jn* 4, 20-21).

En cambio, la benevolencia y el mostrarse superiores en 48
virtud y humanidad, eso sí que es realmente bueno, eso sí que es digno de emulación y de interés. Y eso es lo que debéis cuidar, dado que vuestra situación actual es cosa de risa. Pues si los habitantes de Egas están reñidos con vosotros, o los de Apamea [22] con los de Antioquía, o para ir más lejos, los de Esmirna contra los de Éfeso, lo que hacen es discutir por la sombra de un asno [23]. Porque lo que es presidir y dominar es cosa de otros [24].

También en la Antigüedad había rivalidad entre ate- 49
nienses y espartanos; y, por lo menos, al principio llevaban los espartanos la delantera. Más tarde, después de las Guerras Médicas, sucedió que los griegos se inclinaron del lado de los atenienses. ¿Qué hicieron entonces los espartanos? Pues que, desentendiéndose tanto de las islas como de Jonia y el Helesponto, se dedicaron a cultivar su sensatez y se preocuparon de los asuntos de Esparta, plenamente conscientes de que no hay que dar a nada más importancia que a las leyes y a la disciplina. Por esta razón, alcanzaron
su mayor prosperidad en aquel tiempo. En cuanto a los 50
atenienses, ocurrió que mientras las ciudades estuvieron en relaciones amistosas con ellos, y ellos gobernaron con benevolencia, gozaron de prosperidad. Pero después, cuando se les amontonaron acusaciones y envidias, y se empeña-

---

[22] Hubo varias ciudades que llevaron el nombre de Apamea y Antioquía. Las dos ciudades más importantes de Siria, ambas sobre el Orontas, se llamaban así. Pero había otras dos, cercanas a Tarso, a las que posiblemente se refiere Dión. Como en el caso de Esmirna y Éfeso, ciudades jonias del Asia Menor, debieron de estar enredadas en disputas vecinales.

[23] Expresión proverbial usada para definir las discusiones inútiles. Es el tema de una fábula de Esopo.

[24] Mientras los griegos discuten, Roma domina y preside.

ron en gobernar sobre gentes que no los aceptaban, padecieron muchos y desagradables sinsabores. Lo primero de todo fue que perdieron el aplauso y la buena fama; después, que se quedaron sin poder y sin riquezas; y finalmente, que cayeron en manos de sus enemigos. Con los espartanos pasó lo mismo cuando, a su vez, volvieron a tener el mando: que, habiéndose apartado de sus antiguos criterios, se vieron en los mismos problemas que los ate-
51 nienses [25]. Sin embargo, la situación de aquellos hombres era de auténtico poderío y producía grandes utilidades, si es que podemos llamar así a sus ambiciones; mientras que las disputas de los modernos y sus motivos de enemistad serían razón para que cualquiera se avergonzara sólo con el espectáculo. Pues es más bien propio de compañeros de esclavitud, que riñen unos con otros por la buena fama y por el primer puesto.

Entonces, ¿qué? ¿No hay nada bueno en estos tiempos nuestros por lo que valga la pena molestarse? Ya lo creo; las cosas más importantes, las únicas dignas de esfuerzo no sólo las hubo entonces, sino que también las hay ahora y las habrá siempre. Sobre estas cosas, no hay nadie que tenga realmente autoridad ni para concedérselas a otro ni para quitárselas a su poseedor, sino que siempre están a su disposición, tanto si es un particular como si es una ciudad. Pero hablaros de esos temas resultaría posiblemen-
52 te prolijo. Sin embargo, soy consciente de que muchos creen que los filósofos lo desintegran todo y relajan los esfuerzos que se toman para resolver los asuntos, y que, por ello, causan daño más que otra cosa [26]. Es lo mismo que

---

[25] Resulta altamente interesante esta visión panorámica de la historia griega y su interpretación etiológica.

[26] Esta postura crítica en contra de los filósofos aflora en épocas distintas de la historia de Grecia. Se discutía, sobre todo, si eran hombres

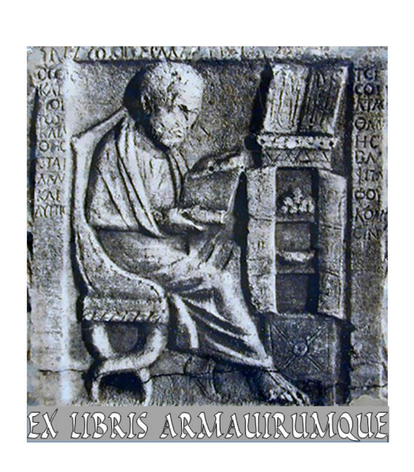
si uno quisiera observar a un músico cuando afina su ins-
trumento, y luego, al ver que afloja unas cuerdas y tensa
otras, se burlara de él. Pues así son también los problemas 53
de la ciudad. Los esfuerzos y las ambiciones perjudiciales e inútiles alcanzan una tensión mayor de lo que conviene, y en cierta manera, todo el mundo acaba rompiéndose por su propia culpa, mientras que los esfuerzos por conseguir las cosas más nobles se esfuman enteramente. Considerad, por ejemplo, si queréis, la tensión que producen la codicia de dinero y la falta de autodominio.

Pero tengo la impresión de que me he extendido demasiado, y que, lo mismo que los que se alejan nadando con el mar en calma, no me fijo en lo que se nos viene encima [27].

---

vagos e inútiles o virtuosos y provechosos. (Cf. Platón, *República* 473d, 487b-489d.) El dilema de Platón era simple: para que una ciudad sea justa y ordenada, o bien los reyes han de ser filósofos, o bien los filósofos deben ser reyes.

[27] Este brusco final hace pensar en alguna circunstancia que desasosegaba al auditorio, quizás la amenaza de una tormenta.


EX LIBRIS ARMAUIRUMQUE

XXXV

EN CELENAS DE FRIGIA

INTRODUCCIÓN

El ambiente de este discurso, pronunciado en Celenas de Frigia, es más relajado que el de los anteriores. Aquí no existen problemas ni tensiones. El auditorio está formado por hombres felices. El orador habla con desenfado y con una gota de ironía en sus labios, que era posiblemente un rasgo propio de su carácter. Los motivos —excusas— que aduce para justificar su presencia y sus palabras no son particularmente transcendentes. Quizá la curiosidad que suscitaba su apariencia le empujara a dar una explicación, que podríamos resumir con el refrán español: «el hábito no hace al monje». En esto se le va a Dión la mitad del discurso, mitad en la que no faltan alusiones y detalles que ayudan a comprender el ambiente social y cultural de la época.

Con unas pocas frases de transición, aborda el orador el encomio de Celenas, ciudad situada en un lugar estratégico tanto desde el punto de vista militar como comercial. Al describir Estrabón la ciudad de Apamea a la que Antíoco III de Siria trasladó la población de la vecina Celenas, habla de la Gran Frigia para diferenciarla de la Frigia del Helesponto. La población antigua se encontraba sobre una colina junto a las fuentes del Meandro y de otros ríos (*Geografía* XII 7, 1). En el interior, pues, de Anatolia ocu-

paba Celenas un importante cruce de caminos. En Celenas descansó el cuerpo expedicionario de Jerjes camino de Grecia (Heródoto, VII 26), y Ciro el Joven pasó un mes reclutando hombres para su Anábasis (Jenofonte, *Anábasis* I 2). Esta situación hizo de Celenas una ciudad «grande y próspera» con notable peso específico en los destinos de una región de tanta personalidad como Frigia. Estrabón dedica un amplio espacio a la descripción de esta región, y sus datos precisos y ponderados avalan la visión optimista de Dión (*Geografía* XII 7, 13).

La afirmación de Dión en el sentido de que los habitantes de Celenas son hombres realmente afortunados, le lleva a hablar de la India como de un lugar paradisíaco. Las escasas noticias, deformadas por la distancia, ofrecen una visión exagerada de sus venturas.

Con ejemplos sobre hombres felices, termina el discurso de forma tan inesperada que existen fundadas sospechas de que el final no nos ha llegado en su forma original.

EN CELENAS DE FRIGIA

He venido, señores, no con ánimo de hacer ante vosotros una demostración, ni por necesitar de vosotros dinero ni para recibir vuestras alabanzas. Pues sé que ni yo estoy suficientemente preparado como para que mis palabras sean de vuestro agrado, ni vosotros estáis en situación de necesitar de mis discursos. Además, es muy grande la diferencia entre vuestras pretensiones y mis posibilidades. Porque yo, por mi modo de ser, hablo con sencillez y desaliño y no mejor que cualquier otro. Vosotros, en cambio, estáis deseosos de escuchar maravillas y excelencias, y solamente soportáis a los que son absolutamente habilidosos. 1

No he venido, pues, para granjearme vuestra admiración. Porque no es posible que yo pueda ser objeto de admiración por parte vuestra, ni aunque os dijera cosas más verdaderas que las de la Sibila y Bacis [1]. He venido para que nadie me mire con desconfianza ni trate de investigar de otros quién soy y de dónde vengo. Pues, incluso ahora mismo, a lo mejor hay quien sospecha que yo soy uno de esos hombres sabios y que entienden de todo, cosa 2

[1] Sobre la Sibila y Bacis, cf. Disc. XIII 36.

que concluyen basándose en un argumento tan ridículo como absurdo: mi cabellera larga [2].

Pues si esa fuera una prueba de virtud y sensatez, los problemas humanos no tendrían necesidad de ninguna cua-
3 lidad importante y difícil de conseguir. Pero yo me temo que los necios no saquen ningún provecho de llevar los cabellos largos, ni aunque fueran peludos hasta de corazón, como cuentan de Aristómenes el mesenio [3], que causó muchos problemas a los espartanos porque, hecho muchas veces prisionero, consiguió escapar, y cuando finalmente murió, fue hallado en las mismas condiciones [4]. Afirmo, pues, que a esos gimnetas [5], ni aunque acaben haciéndose peltastas, ni aunque se desnuden más todavía y anden por ahí desnudos en pleno invierno o se pongan el traje de medos y árabes [6], les servirá de nada su desnudez —al menos por lo que se refiere a la justicia, la verdadera sensatez y la prudencia— como tampoco estarán capacitados para tocar la flauta por ir vestidos como los flautistas. Pues no es posible que los burros se conviertan en caballos ni aunque se les haga un corte aún mayor en las narices, ni

---

[2] La cabellera larga de Dión era, en efecto, un detalle llamativo (XII 15; LXXII 2).

[3] Héroe de la segunda guerra mesenia (PAUSANIAS, IV 14, 7-24, 3). Su liberación de la cárcel subterránea de Ceada en Esparta es particularmente sorprendente (IV 18, 4-7). En un oráculo de Apolo se dijo de él que era el más valiente de los griegos (IV 24, 2).

[4] Es decir, con el mismo pelo.

[5] «El hábito no hace al monje»; tampoco el atuendo propio de los filósofos es garantía de que un hombre practica la verdadera filosofía. Los «peltastas» eran soldados de infantería ligera, armados y vestidos para poder tener libertad de movimientos. Dión los compara con estos pseudofilósofos.

[6] Los medos y los árabes eran, en su forma de vestir, diametralmente opuestos a estos gimnetas.

aunque después de perforarles las mejillas, se les inserte una brida, ni por más que se les quite la albarda [7], ya que seguirán rebuznando ante los muros con toda energía y harán todo lo demás que es propio de los burros.

Por consiguiente, que nadie, por mi apariencia, crea 4
que soy distinto de los demás, y que, confiado en ella, me atrevo a hablar en público; sino al contrario, observe que, si me estoy totalmente tranquilo y no hablo con nadie, los hombres sospecharán, creo yo, que me oculto como alguien que se da importancia y como persona de categoría —pues muchos han sido objeto de admiración precisamente por su silencio—, pero si al estar en medio de vosotros, dejo patente que no soy mejor que cualquiera de los chamarileros o los arrieros en la forma de hablar, no os causaré molestias porque habéis visto con claridad qué clase de hombre soy.

Es lo que más o menos a las claras sucede con otros 5
hombres. Es decir, cuando algunos sospechan que otro tiene justamente lo que ellos buscan, se acercan a él y lo hacen blanco de sus investigaciones. Si va bien vestido y no quiere descubrirse, se hace más sospechoso; pero si se destapa enseguida y queda claro que no oculta nada, piensan que se han equivocado y se retiran. Es, por eso, mucho mejor para los que no buscan la fama descubrirse ante la gente, y manifestarse por medio de la palabra ante los que pueden comprender de qué clase es una persona. Por lo que a mí respecta, creo que me despreciarían abiertamente, como ahora me ha pasado, y que no nos vamos a comprender mutuamente, ni yo a los que me escucháis

[7] En los mercados de ganados —y en Celenas los había—, existe una variada gama de recursos para mejorar el aspecto de la mercancía.

ni vosotros a mí que os hablo. Pero de esta reacción me considero yo culpable a mí mismo más que a vosotros.

6 Ésta es, pues, la primera excusa que tengo para presentarme ante vosotros. La otra es el temor de quedar yo mismo deshecho por culpa de vuestras sospechas, además de que, en realidad, pienso que tengo algo interesante que decir. Por lo demás, tengo la impresión de que cuando la mayoría siente admiración por un hombre y piensa que es superior a los demás, ese hombre necesita una gran inteligencia y capacidad, si pretende actuar con sensatez y no quiere que le ocurra nada absurdo, ni siquiera el verse llevado en volandas por las palabras de la mayoría como por unas alas. Como hizo Homero con Aquiles por su jactancia, al representarlo engreído y llevado por sus armas:

Pues para él eran como alas que llevaban en volandas al
[pastor de pueblos [8].

7 Pero no podría aprenderse mejor que de los niños lo grande que es la fuerza de la mayoría para convencer a otros de lo que quiere. Así, cuando unos críos van detrás de un hombre sensato diciendo que está loco, lo primero que hace el tal hombre es retirarse aparte indignado; luego, enfrentándose a ellos continuamente y dirigiendo insultos a cada uno de ellos y persiguiéndolos, recibe de ellos el mismo trato; finalmente, se pone fuera de sí y acaba creyendo que lo que le dicen tiene algo de divino no sólo por la palabra de los hombres sino por la de los niños [9].

8 Yo tengo, asimismo, la impresión de que la clase de los sofistas se ha desarrollado también a partir de algo pa-

---

[8] *Il.* XIX 36.

[9] La locura en la Antigüedad era considerada como una manifestación de la divinidad. Cf. n. 3 a Disc. XXXIV 4.

recido. Cuando muchos jovencitos, en tiempo de ocio, manifiestan su admiración por alguien dando brincos, como hacen las bacantes alrededor de Dioniso, es de todo punto necesario que ese hombre no tarde mucho tiempo en lograr fama ante muchos otros de tener algo importante que decir. Pues es casi como cuando los padres enseñan a hablar a sus hijos, que muestran su alegría con todo lo que dicen, y ante esas manifestaciones, tienen los niños más confianza y progresan más, y hablan cada vez con más claridad hasta que, finalmente, aprenden a fondo la lengua de las personas con las que conviven, tanto si son griegos como si son bárbaros. También los sofistas deben acomodarse a la manera de pensar de sus oyentes, tratando no sólo de hablar sino también de pensar como ellos, sean quienes sean. Sin embargo, esos oyentes son en su mayoría normalmente unos simples y unos pobres desgraciados.

No es, pues, tan grande posiblemente el riesgo que hay 9
en el hecho de que alguien sea, según su propia opinión y la de los demás, un hombre hábil y arrastre detrás de sí a una turba de hombres insensatos. Como cuentan de Orfeo, que arrastraba tras de sí las encinas, las rocas y las piedras [10]. Pero que Orfeo mismo fuera un insensato, un cobarde y un desenfrenado, que en nada se distinguiera de los rebaños, y presumiera de virtud y probidad, eso sí que es absolutamente terrible y el colmo de la más molesta de todas las necedades y locuras. Sin embargo, cuando uno se hace famoso, y ese rumor empieza a extenderse, debe desgarrarse las vestiduras y saltar desnudo a las calles demostrando a todos que no es mejor que cualquier otro.
Y si alguno va detrás de él diciendo que es discípulo suyo, 10

---

[10] Cf. Disc. XXXII 61, 62, 63.

debe espantarlo a golpes y tirarle pellas de barro y piedras [11] como a un hombre necio y perverso.

Pero no me refiero a todos; pues los hay que practican su profesión de una forma digna y conveniente. A éstos convendría ofrecerles libaciones e inciensos. Hablo, más bien, de los que se presentan ante vosotros presumiendo de sabios, tres o cuatro hombres de larga cabellera, parecidos a los sacerdotes que viven entre vosotros. Me refiero a esos afortunados que tienen poder sobre todos vuestros sacerdotes y llevan el título de jefes de uno de los dos continentes en su totalidad [12]. Precisamente las cosas que hacen felices a estos hombres son las coronas, la púrpura y los jovenzuelos de largos cabellos que les llevan incienso.

11 Ahora bien, baste con lo dicho para ver en qué situación se encuentran estos temas. Pero el llevar los cabellos largos no debe tomarse de ninguna manera como señal de virtud. Pues muchos hombres los llevan largos por algún motivo religioso. Incluso, hay campesinos que los llevan así aunque no hayan oído ni siquiera el nombre de filosofía. Y, por Zeus, también van así los bárbaros en su mayoría; unos, por razones de abrigo; otros, porque lo consideran también más conveniente. Pero nadie entre ellos es objeto
12 de odio o de burla por ese motivo. Pues posiblemente hasta tengan razón en hacerlo. Y ya veis cómo las liebres, seres los más indefensos, se salvan muchas veces gracias a su piel peluda. Y a los más débiles pajarillos les bastan sus alas para protegerse del viento y del agua. Nosotros, en cambio, nos cortamos la cabellera —como hacen los ganaderos con las yeguas que quieren aparear con burros—,

[11] *Ibid.*, 61-66.

[12] Se refiere Dión, probablemente, a los «asiarcas» que eran los más altos «praefecti sacrorum» en las ciudades de Asia durante la época romana.

y nos afeitamos la barba, pero nos cubrimos la cabeza [13]. Y en cuanto a los gallos, constatamos que no necesitan ninguna de estas cosas que necesitan los hombres, quienes se confeccionan pellizas, gorros de fieltro y otras prendas por el estilo. Y sin embargo, ¿qué gorro arcadio o espartano podría ser más idóneo para cada hombre que su propia caballera? Y ¿qué necesidad hay, como alguien dice, de tantos vestidos? Ninguna, desde luego, para los ricos; pero es que tampoco tienen necesidad de manos ni de pies [14].

Yo, por mi parte, observo que vuestra ciudad no es 13
inferior a ninguna de las principales, de lo que me alegro y me complazco. Pues ocupáis lo más seguro y fértil del continente, estáis situados en medio de las más bellas llanuras y montañas, poseéis fuentes abundantes y un país fertilísimo que produce inmensas cantidades de

trigo, escanda y la blanca cebada que crece por doquier [15].

y apacentáis y pastoreáis muchos ganados y muchos rebaños. Los más grandes de los ríos y los más beneficiosos tienen aquí sus manantiales, como este Marsías de aquí cuyas aguas fluyen por el centro de la ciudad; el Orgas y el Meandro, el más divino, con mucho, y el más sabio de todos los ríos, el cual, haciendo innumerables vueltas y revueltas, atraviesa prácticamente lo mejor del Asia [16].
Sois el baluarte de Frigia, de Lidia y hasta de Caria; y 14
otras naciones con muchísimos pobladores habitan a vues-

[13] Ya en otros lugares ha criticado Dión la costumbre de afeitarse la barba y cortarse la cabellera (XXXIII 63-64). Esos hábitos van contra la tendencia de la naturaleza.

[14] El que no necesita trabajar, ¿para qué quiere las manos y los pies?

[15] Homero, Odisea IV 604.

[16] Estrabón describe la geografía de estas tierras en XII 8, 15-18.

tro alrededor, como los capadocios, los panfilios y los pisidios, a todos los cuales ofrecéis vosotros vuestra ciudad como mercado y punto de encuentro. Tenéis, además, sometidas tanto a muchas ciudades anónimas como a muchas aldeas prósperas. Y como signo principal de vuestro poder está la cantidad de impuestos que pagáis. Pues del mismo modo, pienso yo, que las mejores bestias de tiro son, al parecer, las que arrastran más peso, así también las mejores ciudades son, por lógica, las que soportan mayores contribuciones.

15 Además de esto, los juicios se celebran en vuestra ciudad a lo largo del año, y se reúne una multitud inmensa de hombres: reos, jueces, oradores, jefes, servidores, esclavos, putos, arrieros, comerciantes, cortesanas y maleantes. De modo que los que llevan mercancías, las venden al mayor precio, y nada hay ocioso en la ciudad, ni las yuntas,
16 ni las casas ni las mujeres. Y esto es muy importante para la prosperidad. Pues donde se congrega una enorme cantidad de gente, necesariamente se produce allí muchísimo dinero y es lugar apto para prosperar, del mismo modo, creo yo, que el lugar donde acampan muchísimos rebaños se convierte, según dicen, en la tierra mejor para los campesinos a causa del estiércol, tanto que muchos piden a los pastores que pongan a acampar las ovejas en sus tierras.

17 Por eso, se considera de la mayor importancia para la solidez de una ciudad el tema de los juicios, y todos se interesan por ellos más que por ninguna otra cosa. Las ciudades principales toman parte en esa ocupación por turnos en años alternos. Pero dicen que ahora va a ser a intervalos más largos, pues la gente no soporta que la lleven continuamente de un lado para otro. Y por cierto que tenéis parte también en los santuarios de Asia, colaborando

en los gastos tanto como aquellas ciudades en donde se encuentran los templos.

Yo, pues, no conozco ciudad más afortunada que ésta, ni hombres que vivan mejor, a excepción de los indios.
Pues allí, según cuentan, hay ríos cuya corriente no es de 18
agua, como en nuestro país, sino que un río es de leche, otro de transparente vino, éste es de miel, aquél de aceite. Y fluyen de las colinas cercanas como de los pechos de la Madre Tierra. Todas estas cosas son infinitamente superiores a la nuestras en el placer y en el vigor que proporcionan. Ya que los productos de aquí los conseguimos de ciertos animales y ciertas plantas en escasas cantidades y con dificultad, majando el fruto de los árboles y ordeñando o castrando el alimento de algunos animales [17]. Pero los productos de la India son más puros en todos los aspectos y se obtienen, creo yo, sin necesidad de violencia ni de astucia. Sus ríos fluyen durante un mes para el rey, y ése es el tributo que recibe; el resto del tiempo, fluyen para los ciudadanos.

En cualquier caso, se reúnen cada día con sus hijos 19
y sus mujeres en las fuentes y junto a la corriente de los ríos, jugando y riendo como si estuvieran de fiesta. Y nace al lado de las riberas el loto —un loto fuerte y el más sabroso, o casi, de todos los alimentos, no como el que aquí se cría y que es comida de cuadrúpedos—, y mucho sésamo y apio, como podría llamarse por su apariencia; aunque en cuanto a la calidad, no se pueden hacer comparaciones. Nace allí otra semilla que es un alimento mejor que el trigo y la cebada, y más saludable. Brota dentro de unos cálices grandes como de rosas, pero de mayor fra-

[17] Son los distintos sistemas de obtención del aceite, el vino, la leche o la miel.

gancia y tamaño, y se come tanto la raíz como el fruto sin que cueste ninguna fatiga [18].

20 Hay también muchos canales que fluyen de los ríos, unos más grandes, otros más pequeños; se mezclan unos con otros y han sido construidos por el hombre como mejor les ha parecido. Así pueden los indios desviar sus aguas como hacemos nosotros con nuestros jardines. Disponen también de baños en las cercanías, cuya agua es unas veces caliente y más brillante que la plata; otras, azulada por su profundidad y frialdad. Allí nadan juntos mujeres y niños, preciosos todos. Después, creo, reclinados en las praderas, cantan y tararean.

21 Hay allí praderas hermosísimas y una clase de flores y de árboles que ofrecen sombra acogedora desde sus altas ramas, y frutos al alcance de la mano para los que quieran cogerlos cuando se inclinan las ramas. Y los pájaros, posados unas veces en las herrenes a grandes bandadas, y otras desde lo más alto de los árboles, cantan con más sonoridad que nuestros instrumentos. Sopla siempre un viento moderado, y la mezcla de los aires es perpetuamente igual con un clima parecido al principio del verano. Las gentes de aquel país viven más de cuatrocientos años manteniéndose hermosos y jóvenes durante todo ese tiempo, de modo que entre ellos no hay ni vejez, ni enfermedad ni pobreza.

22 Existiendo todas estas ventajas, tan grandes en calidad como en cantidad, hay, sin embargo, unos hombres llamados «bracmanes» [19] que, pasando de todos aquellos ríos

---

[18] Los relatos de una India paradisíaca dejaron sus ecos en autores como HERÓDOTO (II 93) y LUCIANO DE SAMOSATA (*Historia Verdadera* II 6-16).

[19] Sobre los bracmanes, cf. Disc. XLIX 7, y las noticias de ESTRABÓN (XV 1, 29). Los bracmanes que se equivocan tres veces deben callar el resto de la vida.

y huyendo de los que están dispersos por sus orillas, se dedican a reflexionar y a meditar apartados, emprenden admirables trabajos físicos sin que nadie les obligue y soportan terribles pruebas de resistencia. Se cuenta, además, que disponen de una fuente especial, la Fuente de la Verdad, la mejor, con diferencia, y la más divina de todas; y dicen que los que se sacian de ella nunca han dicho mentira. Así que, por lo que se refiere a las cosas de aquel país, el relato es verdadero. Pues así lo han contado también algunos de los que vienen de allí. Aunque no son muchos los que llegan, sino algunos y por motivos comerciales,
y sólo se relacionan con la gente de la costa. Es la clase 23
de indios más menospreciada, de la que los demás suelen hablar mal.

Es preciso reconocer que estos hombres son más afortunados que vosotros, pero que vosotros lo sois más que los demás, si exceptuamos a una clase de hombres, los más ricos en oro. Éstos consiguen el oro de unas hormigas que son más grandes que las zorras, aunque en todo lo demás son iguales que las que hay entre nosotros. Hacen galerías, bajo tierra como las demás hormigas. Pero la tierra que sacan es el oro más puro de todos los oros y el más brillante. Hay, pues, como colinas de pepitas, unas junto a otras, de modo que toda la llanura lanza destellos. Es, por tanto, difícil mirar en dirección al sol, y muchos de los que lo
han intentado se han quedado ciegos. Los hombres que 24
habitan por allí cerca, atraviesan el terreno que queda entre ellos y el de las hormigas, que es desértico y no muy grande, en carros a los que uncen los más veloces caballos, y llegan a mediodía, cuando las hormigas están ocultas bajo tierra. Luego huyen llevándose las pepitas de oro. Pero las hormigas, al darse cuenta, salen en su persecución y, dándoles alcance, luchan con ellos hasta que mueren o ma-

tan a sus enemigos. Porque son las más valerosas de todas las fieras. De modo que esas hormigas saben cuánto vale aquel oro, y prefieren morir antes que dejarlo escapar [20].

25 Ahora bien, ¿de qué otros pueblos de nuestra época oímos decir que son afortunados? De los bizantinos, que ocupan una tierra buenísima y un mar muy productivo, si bien de la tierra viven despreocupados en razón de la excelencia de su mar. Pues la tierra les ofrece su fruto cada mucho tiempo, y además, hay que conseguirlo con trabajo, mientras que el mar lo brinda inmediatamente y sin necesidad de fatiga [21].

---

[20] HERÓD., III 102-105.

[21] Ya explicó el porqué en el Disc. XXXIII 24.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

XII

«OLÍMPICO» O «SOBRE EL PRIMER CONCEPTO DE DIOS»

XIII

EN ATENAS: SOBRE SU DESTIERRO

XIV

SOBRE LA ESCLAVITUD Y LA LIBERTAD (I)

XV

SOBRE LA ESCLAVITUD Y LA LIBERTAD (II)

XVI

SOBRE LA TRISTEZA

XVII

SOBRE LA CODICIA

XVIII

SOBRE EL EJERCICIO DE LA PALABRA

XIX

SOBRE LA AFICIÓN A LAS AUDICIONES

XX

SOBRE EL RETIRO

XXI

SOBRE LA BELLEZA

XXII

SOBRE LA PAZ Y LA GUERRA

XXIII

EL HOMBRE SABIO ES FELIZ

XXIV

SOBRE LA FELICIDAD

XXV

SOBRE EL «DAÍMŌN»

XXVI

SOBRE LA DELIBERACIÓN

XXVII

DIATRIBA SOBRE LAS CIRCUNSTANCIAS DE UN BANQUETE

XXVIII

MELANCOMAS (II)

XXIX

MELANCOMAS (I)

XXX

CARIDEMO

XXXI

AL PUEBLO DE RODAS

XXXII

AL PUEBLO DE ALEJANDRÍA

XXXIII

EL PRIMERO EN TARSO DE CILICIA

XXXIV

SEGUNDO EN TARSO DE CILICIA

XXXV

EN CELENAS DE FRIGIA